NUESTRO
SECRETO
MÁS
OSCURO
TODOS ESCONDEN ALGO
JOAN LLENSA

JOAN LLENSA

NUESTRO SECRETO MÁS OSCURO

NUESTRO SECRETO MÁS OSCURO

Título: NUESTRO SECRETO MÁS OSCURO
© Joan Llensa, 2021

Primera edición digital: septiembre de 2021

© del diseño de la cubierta: Katy Molina, 2021

© de la corrección: Llyc Correcciones

ASIN: B09GL1N19H
Depósito legal: GI-236-21
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

ÍNDICE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Téngase en cuenta que este libro es una obra de ficción. Las localizaciones mencionadas en él están inspiradas en lugares reales. Ninguna de las descripciones es completamente fiel; me he tomado licencias artísticas cuando lo he considerado conveniente y ciertas libertades con la cronología y la geografía.

No habléis de las locuras del amor. ¡No!
El amor es lúcido y sereno. El amor no mata.
Lo bello, lo fuerte, no conduce jamás al asesinato.
Los fuertes mueren tal vez, pero no matan.
RAFAEL BARRETT

A mi padre.
Por todos los porqués.

1

Viernes, 7 de junio de 2019. Anochecer.
En las afueras de Aurora.

Ella está de pie frente al chico. Tiene una leve sonrisa en el rostro, pálido y bonito, que le acentúa la mirada cristalina.

Posee el cabello deslumbrante. Unos reflejos del crepúsculo le dan un vívido latido, más parecido a una forma de vida de otro mundo o a una cascada de fantasía violeta intenso.

El chico le habla con dulzura, casi como si quisiera camelársela. Ligando quizá. Su nariz puntiaguda destaca en un rostro huesudo y estrecho. Y su cabello desgarbado le da un aspecto de dejadez. Como su ropa; desgajada y sucia.

Son dos polos opuestos.

Ella agarra la mochila, que había dejado a los pies, se la cuelga en el hombro y ladea la cabeza. Es entonces cuando la sonrisa se le tuerce y se le ensombrece el rostro. Ha percibido un movimiento detrás del chico, que está por girarse.

La chica le aferra los brazos con fuerza y su atención regresa a ella. Da un paso al frente y él la agarra de la cintura, malinterpretando las señales.

La sombra a su espalda está cada vez más cerca.

La muchacha susurra unas palabras que hacen reír al chico. Carcajea con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados.

A ella, sin embargo, se le transforma el rostro en puro terror. El miedo agranda sus ojos y los anega. Sus labios son ahora una mueca, igual que un mal trazo hecho por un niño pequeño; desgajado y deforme.

No puede gritar. No puede moverse.

La sombra se ha convertido en una enorme barra metálica que desciende a toda velocidad sobre el cráneo del chico. El sonido le desgarra un trozo de alma. Como el trozo de algo que le ha salpicado el rostro.

Quiere llorar. Quiere chillar. No lo hace.

El peso del chico de rostro huesudo se deja caer inerte encima de ella en un instante que se alarga en el tiempo.

No podrá aguantarlo. Se abatirá encima, y ella, a su vez, caerá en el barro imposibilitándole así la huida.

La sombra agarra al chico en un abrazo que le envuelve el pecho. La chica ha caído y se ha golpeado la cabeza con una piedra. Su visión se torna borrosa y tambaleante.

Sabe que se desmayará, perderá el conocimiento. Quizá sea lo mejor. El chico huesudo vuelve en sí. Debe tratarse de un intento inconsciente del cuerpo por afanarse a la vida. Lucha en el aire, con brazos y piernas, golpeando a un enemigo que no puede ver. Un enemigo que lo abraza tan fuerte que le roba el aliento.

Luego, cuando la lucha se vuelve más una derrota que una defensa, el agresor afloja la tensión y el cuerpo del chico cae al suelo embarrado junto a la chica.

Ella se siente mareada. Todo le da vueltas. Lucecitas de colores. Borrones difusos que la envuelven. Es incapaz de moverse. ¿Será la siguiente?

La sombra gigante no se da por vencida ni satisfecha. La puede distinguir como si se tratara de un títere que alguien dirige. Intuye cómo se arrodilla encima del chico y levanta los brazos en alto y las manos hechas puños.

Pero, en un parpadeo ella ya no ve lo que ocurre a continuación.

Su mundo se ha vuelto negro.

Y, con toda probabilidad, es lo mejor que podía sucederle.

2

OLIVIA

Viernes, 7 de junio. Noche.
Barrio residencial Los Álamos, Aurora.

Estoy sentada en el viejo sillón del salón, frente a la ventana, cuando me sobresalta el timbre. Mis manos envuelven la humeante taza de café descafeinado con leche. Veo cómo las gotas de lluvia salpican el césped del jardín. Se crea una burbuja que explota un segundo después. Es tarde y la luz anaranjada de las luces del jardín ilumina con un aura fantasmal.

El timbre suena de nuevo.

Me intranquilizo. Miro el reloj. Las 22:13. ¿Quién será a estas horas? No es que sea muy tarde, pero una no espera visitas. Y menos un viernes. Se supone que es día de sofá y tele. Al menos para nosotros.

Me levanto sin ganas. Una presión en el pecho se apodera del aire de mis pulmones. Es algo irracional. Lo sé. No tiene por qué ser nada malo. Quizá Justin se ha olvidado de las llaves y solo sea eso. Después de cenar acostumbramos a dar un paseo por el barrio. Nada más lejos que poner en marcha la circulación y mantener el cuerpo activo. Hoy se ha marchado solo. No me apetecía salir bajo el paraguas. Y me arrepiento enseguida. Siento una punzada de alerta que me dice que no es normal.

Dejo la taza en la mesilla y me dirijo a la puerta sin dejar de darle vueltas a las posibilidades que se puedan presentar. Son apenas unos metros de distancia. Se me antojan eternos.

Cuando llego me detengo un instante con la mano en el pomo y tomo aire, aspiro un breve sorbo de valentía. Abro justo en el momento que el timbre suena por tercera vez y entonces tengo la confirmación de que ha ocurrido algo. Algo malo.

La silueta ensombrecida de un hombre me está mirando fijamente. Está sorprendido como un niño al que descubres comiéndose un caramelo a escondidas. Aparta el dedo del botón y el DONG retumba

fuera de lugar.

—Mamá —susurra con la voz arrastrada y pesada.

Es Justin, mi hijo. Está llorando. A mí se me hunde el suelo bajo mis pies y me traga las piernas. Un temblor helado me recorre la piel. «¿Qué ocurre?», me pregunto. Estoy a punto de echarle un sermón por presentarse de este modo. Pero sé que no servirá de nada. Está aterrado. Más incluso que yo misma. Se lo puedo ver en los ojos. Chispeantes. Llorosos. Temblorosos. En lugar de reprocharle nada, hago lo que haría cualquier madre.

—¿Qué ocurre, cariño? —Doy un paso hacia él con los brazos abiertos—. ¿Por qué estás llorando? ¿Te has hecho daño?

Justin me resquebraja el corazón con esos ojos miel y cae de rodillas al suelo. Rodea mi cintura con sus enormes brazos y me aprieta contra él.

Está empapado. ¿Dónde tiene el chubasquero? Su pelo negro le cae sobre el rostro. Parecen serpientes. O sanguijuelas. Hace unos meses que no quiere que se lo corte. Dice que quiere llevarlo como aquel cantante que le gusta tanto. ¿Cómo se llama? No lo recuerdo.

—Yo no quería hacerle daño, mamá —murmulla.

¿Hacerle daño? ¿A quién ha hecho daño? No. Justin es un buen chico. Es incapaz de hacerle mal a nadie. «Pero si eres incapaz de matar una mosca», pienso.

—Te lo prometo, mamá. Lo prometo. Lo prometo.

Me lo creo. Se lo digo. Me agacho en el suelo y le cojo la cara con mis manos. Le doy besos. Su rostro está ardiendo. Quizá tenga fiebre. No sé qué ha hecho —o qué cree que ha hecho—, pero él necesita que lo calmen, que lo cuiden. Y eso hago. Soy su madre. Su protectora.

—No te preocupes por nada, cariño —lo consuelo. Aprieto mis brazos en su robusto y ancho cuerpo.

Abro los ojos. Una sensación de vulnerabilidad se adueña de mí. «¿Nos ha visto alguien?», me pregunto. Y rápidamente mis ojos recorren la calle, los matorrales, las ventanas iluminadas de los vecinos. Por suerte para nosotros es día de lluvia y estamos a salvo. No estoy segura, pero me anima pensarlo.

Lo empujo hacia arriba para que se levante del suelo y él se deja llevar. «Menos mal», pienso. Si tuviera que levantarlo me sería imposible. Justin mide casi metro noventa, es ancho de hombros y pesa demasiado. No, no está gordo. Es macizo. Una masa de músculos. Ya de bebé tenía un tamaño poco habitual. El parto fue difícil, largo y muy doloroso. Sentí cada contracción como una muerte anunciada. Y la eternidad de cada empujón que acompañaba un desgarro más a mi frágil cuerpo. Fue algo tan horroroso que me prometí a mí misma no volver a tener ningún otro hijo. Y lo cumplí. Tras el dolor, en cuanto esos ojitos color miel, casi ambarinos, se posaron en mí todo lo demás

desapareció. Dos lucecitas que pensé que me reconocían y una ligera mueca parecida a una sonrisa. La mujer que le había hablado y acariciado a través de la piel durante nueve largos meses, le había cantado canciones y, claro que sí, me miraba por primera vez pensando en lo afortunado que era de tenerme como madre.

—He hecho una cosa mala, mamá. Mala de verdad.

«¿Qué has hecho mi vida? ¿Qué?». En lugar de eso le digo:

—Nada que no se pueda arreglar con un tazón de chocolate, cariño.

La frase estrella. Sí. El chocolate calentito lo arreglaba prácticamente todo cuando tenía ocho años; las caídas en bicicleta, las rodillas ensangrentadas, los juguetes rotos o un simple día triste. Una solución que siempre traía la luz a los momentos oscuros.

Me siento tan pequeña mientras lo acompaño a la cocina sin dejar de mantenerlo apretado a mí.

—Siéntate —le digo. Él obedece. Me apresuro en abrir el armario y rebuscar la lata de chocolate instantáneo. Pongo el agua a calentar y sé que debo comprender lo que ha sucedido para ayudarle. Le digo:

—Justin, cielo. ¿Qué es lo que te hace estar tan nervioso?

Aguanto la respiración. Él hace chocar sus uñas con un ruido que me martillea los oídos. Le cuesta articular las palabras. Las tiene atascadas en la garganta. Decido animarlo, darle un poco de seguridad. Le doy un beso en la frente, tomo una bocanada de aire y digo:

—Nada que no podamos solucionar.

Vuelvo al agua, que ya hierve, y la vierto en la taza grande. La que tiene un dibujo de aquella serie que le gusta tanto. Le echo tres cucharadas de cacao y remuevo esperando oír su voz.

—Es muy extraño, mamá. —Ha funcionado. «Eso es, cariño. Cuéntamelo», pienso—. Yo no quería, pero… le iban a hacer daño.

Un trueno lejano retumba en el cielo.

Dejo de respirar. Quiero girarme y preguntarle mirando a sus ojos, pero no puedo hacerlo. Me da miedo lo que pueda contarme. Ahora lo sé. De verdad hay algo de lo que preocuparme. Mi corazón lo sabía. Pero todavía no sé nada en realidad. Además, soy su madre. Dios, ¿qué debo hacer? ¿A quién le iban a hacer daño? ¿Qué ha hecho?

—Cuéntame, hijo —le digo y me giro ocultando el temblor que me invade. El tintineo de la cuchara contra la taza me delata. Él no se da cuenta. La dejo encima de la mesa. Le abrazo otra vez y, por primera vez, me doy cuenta de que lleva la camisa manchada de barro. No. No es barro. Parece… Es sangre—. ¿Estás herido, cariño? Déjame ver.

Miro su cuello, sus manos. Le levanto la camiseta y reviso su espalda, su torso.

—No, mamá. —Detiene la revisión cogiéndome de las manos—. La sangre no es mía.

La sangre no es mía. La sangre no es mía. La sangre no es mía. El eco está en mi cabeza reverberando.

Entonces, ¿sabe que es sangre? Yo no he dicho nada en voz alta. No puedo. Solo lo he pensado. Aun a sabiendas que estoy obligada a pronunciarme. Para eso soy la madre. Para eso soy la adulta.

Sus ojos me suplican anegados. Finjo que mi corazón se cubre con un manto de hielo. Lo justo para que no se rompa en mil pedazos.

—¿Sangre? —pregunto haciendo como que no tiene importancia—. ¿Algún amigo tuyo se ha hecho daño?

Por favor, que sea eso. Te lo suplico, Dios.

—Ya te he dicho que yo no quería, pero le iba a hacer daño.

No entiendo nada. Hago acopio de toda la fuerza de la que poseo y me dispongo a preguntar. Debo saberlo todo y a la vez no quiero.

—No podía dejar que le hicieran daño. Porque ella es mía.

Cada vez estoy más preocupada y desconcertada por lo que pueda haber hecho.

—Justin, cariño. ¿De quién estás hablando, hijo?

—De Judith, mamá.

¿Judith? ¿La vecina? No entiendo qué tiene que ver ella en todo esto. Ha dicho que era suya. Y la sangre de su camiseta, ¿también será de ella?

—¿Le ha ocurrido algo malo a Judith?

Justin me mira muy serio. Sus ojos chisporrotean y sus labios se curvan hacia arriba.

—La he salvado, mamá. La he salvado.

—Cariño, debes contarme todo lo que ha ocurrido desde el principio.

Justin asiente con la cabeza. Se lleva la taza de chocolate a los labios y da un buche.

Entonces, se relame los restos que tiene alrededor de la boca. Y empieza a hablar.

3

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio. Mañana.
Los Desamparados, Aurora.

El día se ha levantado con aquella sensación sofocante que te impide respirar bien. O por lo menos a mí. Odio el verano. Su pegajosa humedad, que no te quitas de encima en todo el día y que, por las noches, incluso es peor. Y vamos de camino a eso. Primeros de junio y ya me siento fatal.

—¿Qué tenemos esta vez? —me pregunta Alicia Bravo, mi compañera.

—Por lo que sé, se trata de un yonqui de la ciudad al que le deben haber salido mal las cosas. El sargento Mendoza solo ha dicho que lo habían encontrado literalmente aplastado.

Es el único punto interesante del caso. Se lo digo a Alicia y le cuento mis pensamientos y suposiciones sobre los hechos. Que no tengo el menor interés y que solo se trata de uno más en la larga lista de delincuentes de poca monta que salpican la comarca.

Ella va asintiendo en silencio. Es una chica aplicada. A pesar de que acaba de salir de la academia de policía, tiene ese ímpetu por querer aprenderlo todo, por querer arreglarlo todo. Una energía y optimismo que me sobrepasa y que yo ya perdí hace años.

—¿Crees que daremos con su asesino?

Me río.

—¿Y a quién le importa?

Un drogadicto víctima de un ajuste de cuentas. Con un poco de suerte se matarán entre ellos y no causarán problemas. A nadie le importa esta gentuza. A menos, claro, que se vean envueltos personajes públicos o atracos a establecimientos o viviendas. Entonces, se aprovecha para una buena campaña en contra de nuestro trabajo.

Las botas de Alicia ya tienen una capa de barro que se le pega al suelo. Es guapa. Lleva el pelo castaño recogido en una cola alta, justo

por debajo de la gorra. Tiene el cuerpo delgado y debo reconocer que está muy sexi de uniforme.

Nos acercamos al descampado donde ya están los de la científica recogiendo pruebas. La escena es como un paraje extraterrestre y ellos como astronautas a quienes cuesta moverse por la falta de gravedad. Están tan graciosos. Blanco y marrón. Limpieza y suciedad.

—¿Tenemos algo? —pregunto.

—Lo que imaginábamos. Todo apunta a un ajuste de cuentas entre bandas rivales.

Es bien conocido que Olot, la capital de la comarca, está en guerra por el control de sus calles. Es un enclave primordial entre la Costa Brava y Francia que los narcos quieren usar a su antojo. Que ya usan, mejor dicho. Algunos comercios de la zona ya están siendo extorsionados desde hace meses y sueltan una buena cantidad de euros para obtener cierta protección.

—Entonces, nada —lo corto. Quiero acabar cuanto antes. Estos altercados me aburren sobremanera—. Comencemos con el papeleo y cerramos el caso.

—De eso nada, Tiago.

Juan me sonríe. Que hijo de la gran puta. Sabe que me está jodiendo y lo disfruta.

—A mí no me retienes, aunque lo haya matado el ministro de Cultura.

Lo pienso por un segundo y hasta me parece gracioso. Me produciría cierto placer ver al ministro envuelto en un caso, con él como sospechoso, aunque de asesinato… no lo veo.

—Me temo que esta vez no te libras tan fácil.

Me da unos guantes de látex y unos patucos de plástico. Repite el proceso con Alicia. Me los pongo, observando a la inspectora Bravo. Me pregunto si mi entusiasmo al salir de la academia era la mitad del de ella. Ya ni me acuerdo. Han pasado siglos.

Cuando terminamos de ponernos el equipo, seguimos a Juan —yo de mala gana— por el descampado. El plástico se adhiere al suelo, que parece succionarme hacia abajo. Como si supiera que no debo avanzar, que no debo ver lo que hay allí. Y que mi final está tan cerca que la tierra me reclama.

Han cubierto la zona con una carpa de color amarillo chillón. ¿A quién se le ocurre? No quieren que nadie lo vea, que no llame la atención de curiosos y lo señalan así. Una gran diana amarilla en medio del fango oscuro. Cuántas incongruencias.

De momento no hay mirones salvo un viejo con un perro y una pareja de jóvenes con los móviles en alto.

—¿Quién lo halló? —pregunto fijándome en el viejo de pelo canoso. Me suena de algo, pero no logro situarlo.

—Sandra Barcino —responde Juan. Saca la libreta de espiral de un bolsillo imposible en el traje científico y hojea. Luego sigue—: Vive en el barrio residencial de allí al lado. —Señala con el brazo—. Salió a correr por el bosquejo como todos los días y casi se tropieza y cae encima del cadáver.

Uno de los agentes, con un bigote tan ridículo que me recuerda a Hitler, nos levanta la cinta del cordón policial. Nos agachamos y, tras un crujir en mi espalda, entramos en el cerco y me sorprendo enseguida.

Mi cabeza se había hecho una fotografía mental. Nada que ver con lo que mis ojos me muestran. Incluso veo a Alicia Bravo que reprime un grito. ¿O una arcada?

—Pero ¿esto qué…? —no logro terminar.

Juan me ayuda.

—Te dije que no podrías dejarlo.

Tiene razón. Jamás había visto algo así. Siento un repentino interés morboso. Creo que he dejado de parpadear y mis ojos absorben los detalles que tengo delante.

—Le golpearon la cabeza con aquella barra metálica. Más tarde se la aplastaron con multitud de golpes —relata Juan—. Creemos que con esa gran roca de allí. —Señala con el bolígrafo—. Tiene muestras de sangre y masa cerebral incrustadas. Así como otros fluidos.

Jamás he visto nada igual. El ensañamiento con el cuerpo parece apuntar a algo muy personal, muy pasional. Demasiado para un yonqui. «Pero levantar ese pedrusco debe de costar lo suyo», pienso.

—Lo más extraño es la zona pectoral. Hundida casi en su totalidad. Las costillas están tan destrozadas que tengo la certeza de que en el laboratorio podré certificar que están hechas pedazos.

—¿Con la piedra?

Niega con la cabeza.

—No lo creo. Es pronto y no te puedo dar una respuesta hasta que lo examine a fondo. Pero estoy convencido casi al cien por cien de que se lo han hecho con los puños.

¿Con los puños?

Juan debe ver mi sorpresa en los ojos porque responde sin que yo pronuncie palabra.

—Los moratones que presenta en la dermis y la manera en que se han formado me hace pensar que lo han golpeado hasta aplastarlo. No sé si habrás visto algún documental de gorilas de los que hacen en National Geographic, pero así es como creo que ha muerto.

La inspectora Bravo se disculpa y se aleja de la carpa. Sin duda está afectada por lo que ve. Ninguna academia te prepara para esto. Una cosa es hablar de un cadáver, y la otra es verlo y olerlo. La realidad es dura de cojones.

—¿Lo ha matado a golpes un gorila?

—Sin ninguna duda ha sido alguien con una fuerza extraordinaria. Y sí, sé que te lo preguntas, estaba vivo en el momento en que lo han golpeado. Animal o persona aún no lo sé, pero no podré darte más detalles hasta que le realice un examen más a fondo.

—Ya estás tardando —le digo y dejo que siga con su trabajo.

En cuanto salgo, me quito los guantes de látex y saco el teléfono móvil de mi bolsillo. Llamo a la jueza Pelayo, y le pido que se apresure con el levantamiento del cadáver. Necesito algo más para poder investigar. Tengo esa extraña sensación que acompaña al peligro. Algo en mis entrañas que me dice que hay algo más que se nos escapa. Nunca hay tanto ensañamiento en los ajustes de cuentas entre traficantes. Se pegan cuatro tiros o siete cuchilladas y listo. No esto.

Me seco el sudor de la frente y me acerco a Alicia Bravo.

—¿Estás bien?

—He estado mejor, pero se me pasará, señor.

—No es como en las películas, ¿verdad? —digo para calmarla un poco. No funciona. Me falta tacto—. Y deja de llamarme «señor». O Tiago o te buscas un nuevo compañero. No soy tan viejo.

Me regala una sonrisa. Sé que más por quedar bien conmigo que por la ayuda que le presto.

—¡Tiago! —La voz de Juan me hace girar de nuevo hacia el montaje de otro mundo—. Me olvidaba de otra cosa importante.

—Sigue —le digo, viendo que le cuesta trabajo mantener el aliento y el equilibrio.

—En la linde del bosque hemos encontrado una mochila. —Me señala el lugar donde veo a otros dos policías de la científica atareados recogiendo muestras.

«¿Y qué tiene eso de raro?», me pregunto a mí mismo. Es un descampado y la basura se mezcla con objetos de lo más variados. ¿Una mochila? ¿Y qué? Esa parte del bosquejo es conocida por ser más un picadero que un lugar donde pasear. Jóvenes y viejos se mezclan entre los arces dándose placer en secreto.

—¿Y la identidad del propietario nos ayuda en algo? —pregunto sin ganas—. ¿Tiene un adhesivo que pone: «Fui yo»?

—Peor, Santos, mucho peor. Pertenece a Judith Pellicer —mis ojos se abren todo lo que pueden. Sé quién es. Todos lo saben. Pero Juan termina la frase igualmente—, la hija del alcalde.

4

OLIVIA

Viernes, 7 de junio de 2019. Noche.
Residencia Fonseca, Aurora.

Me aterra preguntar. Me aterra, profundamente, lo que sea que haya ocurrido. Pero no se lo mostraré. No quiero sacar conclusiones precipitadas aunque todo me lleva a un salto al vacío. Debo ser valiente por él. Justin me necesita.

—Cielo, dime, ¿qué ha sucedido?

Me mira. Veo mi reflejo en sus ojos. No dice nada. Mueve los labios y se detiene. ¿No se atreve? ¿Tan malo es que no confía en mí?

—Es que no sé cómo contártelo, mamá —suelta a trompicones. Cuando termina, da otro sorbo, con un ruido que me molesta, a su chocolate.

—Tranquilo, sé que debe ser difícil. —Y yo qué sé si es fácil o no, pero se lo digo igualmente—. Empieza por el principio y explícamelo todo.

Levanta la mirada otra vez y se le ilumina el rostro.

—Si quieres te lo enseño —dice, y la temperatura en la casa cae bajo cero.

¿Qué significa que me lo quiere enseñar? ¿Acaso será verdad que ha hecho algo terrible?

No hay nada seguro, me engaño. Quizá le ha hecho daño a un gato o a algún otro animalito. Espero. No, deseo que así sea. Suspiro.

Asiento levemente con mi rostro. Le abrazo tan fuerte como puedo y le doy un beso en la mejilla.

Justin se levanta y me dice que lo siga, que va a llevarme a verla. Me temo lo peor. Aunque haya dicho que no quería, supongo que le habrá hecho daño a esa chica, a Judith, la hija del alcalde. Me martiriza pensarlo. Sería mucho más fácil si se tratara de un gato. Mi pulso se acelera. ¿Qué le habrá hecho? ¿Será suya la sangre que ensucia su camisa? ¿Qué debo hacer? No tengo ni idea.

Salimos de casa. Me ha cogido de la mano. Justin siempre ha sido

mi niño especial. Es tan cariñoso, tan atento, bueno y con un corazón enorme. Todo ocurrió en una fracción de segundo que a mí se me hizo eterna. Los médicos nos dijeron que durante el parto, que fue demasiado largo y demasiado agonizante, no le llegó el suficiente oxígeno al cerebro. Con lo cual, Justin perdió cierta capacidad intelectual. Lo pasamos muy mal. Sobre todo, al principio. Acudimos a muchos especialistas, y le hicieron tantas pruebas como fue posible. Incluso pagamos carísimos tratamientos alternativos que no funcionaron. Pero ya se sabe, por un hijo haces lo que sea necesario. Nunca nos dimos por vencidos.

Y a pesar de los contactos que tenía Rafael, mi marido, no se pudo hacer nada. Por eso lo pasó tan mal él. Ser un célebre médico y no verse capaz de ayudar a tu propio hijo, tiene que clavarse muy adentro. Por eso, a veces era tan irascible. No es que lo excuse ni nada por el estilo, es que, en gran medida, comprendo cómo se podía sentir. Él se había defendido siempre con una coraza extradura tamaño XXL y yo me volqué de cabeza en el cuidado y bienestar de nuestro hijo.

En el exterior hace fresco. La lluvia ha hecho descender, considerablemente, la temperatura. Y a pesar de estar en pleno junio siento un frío que me cala los huesos. Me caen algunas gotas en el rostro, pero eso es lo que menos me importa en este momento.

—¿Adónde me llevas? —pregunto para romper el silencio.

—Ya lo verás, mamá. Pero yo no quería, ¿vale? Yo no quería hacerle daño.

—Lo sé. —Cada vez siento más miedo de lo que me vaya a mostrar. La habrá dañado… No. Él no es capaz de hacerle daño a nadie—. Lo sé. Y lo sigo pensando.

Proseguimos por la calle a oscuras, iluminada solamente por el reflejo anaranjado de las farolas. Voy mirando las ventanas de las casas. Las luces están encendidas y puedo imaginar a nuestros vecinos en el interior. Espero que no se asomen ahora. ¿Qué les diría? ¿Que hemos salido a pasear? No son tan imbéciles. Enseguida se darían cuenta de que ocurría algo extraño. Yo y mi hijo bajo la débil llovizna, apresurándonos entre la oscuridad y él con la camisa manchada. Mierda. Acabo de darme cuenta del error. ¿Debería haberle hecho cambiarse antes de salir? Pues claro. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes? Soy tonta.

En la intersección calle arriba, Justin me sorprende girándose a la izquierda, hacia el bosque. Siento un latigazo de dolor que me llega al hombro. Casi me arranca el brazo del tirón. Eso me asusta más. No que me pueda romper el brazo, sino hacia dónde nos dirigimos. Nunca me ha gustado ese bosque. Conecta nuestro barrio residencial con un campamento de chabolas donde viven inmigrantes ilegales y despojos sociales.

No tardamos en salir a un pequeño claro. Me asombra que no nos hayamos perdido. Y me inquieta pensar que Justin pueda conocer tan bien aquella zona, incluso a oscuras, que nada tienen que ver con nosotros.

Recuerdo una de aquellas películas de miedo que tanto le gustaba ver a Rafael. Eso era antes del accidente. A él le gustaba tumbarse en el sofá cheslón. Yo a su lado, apretujada a su cuerpo, con el corazón a mil y los nervios a flor de piel. No recuerdo el nombre, pero sí una escena que transcurría en un bosque muy parecido al que estamos andando. Una madre se adentraba en la espesura de la vegetación tras Bobby —ese nombre sí lo recuerdo—, el pastor escocés de la familia que había salido corriendo tras una ardilla. Al poco descubrimos que no era un animalillo sino un encapuchado que acabó con ella.

¿Por qué debo recordar esa escena ahora? No me ayuda a calmar los ya desbocados ánimos.

—Mira, mamá. —Se detiene en seco y señala un bulto en el suelo, entre la hierba alta.

Intento calmar mi respiración. No lo consigo. Ha llegado la hora de la verdad. Lo sé. A mi espalda los troncos de los árboles se están riendo de mí. Los oigo susurrarme en los oídos. ¿O quizá los siento en mi cabeza? Ellos ya saben lo que hay allí. Y yo estoy aterrada. La presión en el pecho me impide respirar bien. Justin me invita con un empujón que me hace tambalear. Suelto nubes de vaho que nublan mi vista. Me estoy mareando. Respiro demasiado deprisa. La cabeza se me está yendo.

—Mamá —me llama Justin—, ¿estás bien?

—Sí —miento. ¿Cómo voy a estarlo?—. No te preocupes. Anda. Sigamos.

El tiempo se ralentiza y los pasos hasta el bulto que sobresale en el suelo se me antojan eternos. Un reflejo lila destaca en la oscuridad. Lo tengo justo aquí delante. Me agacho reprimiendo un grito. Dejando que se ahogue en mi garganta. Mi rostro se rompe y se desencaja. Lo que me temía se ha hecho realidad. Justin ha hecho algo terrible.

—Yo no quería —repite otra vez. Se habrá percatado de mi mirada. Pues claro que sí.

Le digo que lo sé. Sé que él es un buen chico y que jamás quiso lastimarla. Pero Judith Pellicer, la hija pequeña del alcalde, está aquí tendida en el suelo. ¿Muerta? No lo sé. No lo he comprobado. Y debo hacerlo. Quizá no esté todo perdido. Quizá aún haya esperanza. Por pequeña que sea aún puedo agarrarme a ella. Y lo necesito.

Me pongo al lado de la chica. No quiero tocarla. Pero debo hacerlo. Sí, si quiero proteger a mi pequeño gran hombre.

Lo he visto en las series de la televisión. No he de tocar nada. No he de dejar ninguna prueba, ningún rastro de que hemos estado allí.

Solo le tomaré el pulso, igual que sale en las películas, y si siento el latido de su corazón llamaré a la policía. Una llamada anónima y todo estará bien. Todo será como antes y esta noche nuestro secreto. Les diré: «He visto a un par de chicos persiguiendo a una joven en el barrio de Los Desamparados. ¡Corran! ¡Manden a alguien!». Y colgaré. Sí, me digo. Eso haré.

Acerco el dedo corazón e índice al cuello de Judith. Su cuerpo está retorcido. Pero no me parece que tenga nada roto. Sí veo que su pelo está apelmazado. Sangre. Es sangre coagulada en su cuero cabelludo. Y en parte del rostro. ¿Será la misma que tiene Justin en la camiseta? Que no esté muerta, por favor, Dios, que no esté muerta.

El tacto de su piel con las yemas de mis dedos me paraliza el corazón. Espero no sufrir un infarto. Dejo de respirar. Quiero sentir su latido corriendo por mis dedos. Y dejar de tener miedo por Justin. No puedo distinguir el tambor que palpita afanoso en mis oídos. Me late tan fuerte que no distingo sonido alguno, ni movimiento en mis yemas. Es irritable.

Al fin siento algo. Dudo de si es verdad o solo se trata de mi imaginación engañándome, regalándome lo que quiero que ocurra. Es un escalofrío que me recorre y reactiva mi confianza por débil que esta sea. Mis labios se curvan hacia arriba y miro a Justin que está a mi lado esperando una sentencia.

—Está viva, Justin. Judith está bien.

Mi niño salta de alegría y aplaude a la vez. Sonríe pletórico. Yo me uno a él. Sí. Siento una alegría inmensa. Todavía podemos salvarnos.

—Ya te lo he dicho, mamá. Yo no quería, pero…

—No digas nada —lo corto en seco—. Ahora llamaremos a la policía y esto lo olvidaremos como si fuera una pesadilla. No se lo diremos a nadie.

Justin se pone serio de golpe. Casi parece enfadado. Un relámpago lejano ilumina a mi hijo por la espalda. Me aterra. Recuerdo, por un instante, al monstruo de Frankenstein.

—Ella no quiere eso, mamá.

«¿Qué dices?», me pregunto sin decirlo en voz alta. ¿Ella no quiere qué?

—No podemos avisar a la policía, mamá. Si su padre se entera me encerrarán en una clínica para chicos con problemas. Y a ella también. Es un hombre malo.

Justin tiene parte de razón. Es el alcalde de la ciudad, es el presidente de la junta comarcal y de vete tú a saber cuántas entidades más. Está metido en tantos fregados y negocios oscuros que ni él lo debe saber. Pero si no avisamos a la policía, ¿qué podemos hacer? Dejarla allí, no. No creo que sobreviva una noche a la intemperie. O quizá sí. Es joven y su cuerpo fuerte.

—Además, él sí que tiene mucho daño…

Miro a mi hijo de nuevo sin comprender nada de nada. Lo veo asentir y mirar a un lado con el brazo extendido.

—¡Mierda! —exclamo.

No me había dado cuenta de que otro cuerpo yace un poco más apartado del de Judith, más hacia el centro del prado.

Siento náuseas y el temblor en mis piernas que quiere derrumbarme.

Me acerco despacio temiéndome lo peor. El estómago se me retuerce y siento la bilis ardiendo, quemándome la garganta. Nadie está preparado para ver algo tan perturbador.

—Lo ves, mamá. Lo ves, mamá —repite una y otra vez. Está entrando en estado de choque—. Lo ves, mamá.

Lo veo.

No puedo decirlo con los labios, pero lo veo.

Un cuerpo está tendido. Y este sí está muerto. Más que eso. No será necesario tomarle el pulso. Está destrozado de cintura para arriba. No logro ver de quién se trata. Es un amasijo de carne, huesos, vísceras y sangre. Se me comprimen y remueven las tripas. Dejo de mirar. No puedo mirar más.

Me lanzo a los brazos de Justin y le beso. Él sigue repitiendo que él no quería: «No quería hacerle daño. No quería hacerle daño». Una y otra vez. Una y otra vez.

Me estoy mareando y la cabeza se me está escapando de los hombros. Está subiendo hacia el cielo y pronto me explotará como un globo aerostático.

¿Qué has hecho, Justin? Por Dios. ¿Cómo es posible algo así? Con lo bueno que eres. Mi niño. Mi vida. Con lo bueno que eres. ¿Qué te ha llevado a destrozar a ese chico?

Lloro desconsolada. Derrumbada. No sé qué hacer. No sé qué decir. No sé qué pensar.

Si Justin ha hecho esto… No existe defensa posible. Lo encerrarán de por vida. Y esa no es vida para él. Antes prefiero enterrarle con mis manos a dejar que se lo coman en prisión.

5

DELENA

Viernes, 7 de junio de 2019. Noche.
Residencia Pellicer, Aurora.

Estoy tan cansada que pienso que no podré aguantar mucho más tiempo así. Me llevo la copa de vino a los labios y me termino todo el líquido de un trago. Es amargo. Igual que mi corazón. Resentido y triste.

Esta semana está siendo horrible. Cada día lo es. Desde que Francis aceptó el cargo de presidente de la junta comarcal, todo ha ido a peor, todo es una mentira. O por lo menos así lo siento. Los encuentros, los actos institucionales, las visitas de rigor. Me había acostumbrado a ser la mujer del excelentísimo señor alcalde, pero ahora estoy, si cabe, más aislada aún.

Una sonrisa, que recuerdo ensayar orgullosa en el espejo del baño, que terminó por salirme de manera natural y, ahora, siento como una mueca pintada por Dalí.

Termino de vaciar la botella de merlot y me enfado.

Todo se acaba. ¿Qué me queda en la vida? Me agobio dándole vueltas.

Hace una hora y media que Judith se ha marchado y ya la echo de menos.

Últimamente hemos peleado por todo. O por nada. Una palabra malsonante, un quejido, un resoplido que me hace tener la certeza de que la estoy perdiendo. Nuestras conversaciones tienen tantas espinas, tanto desprecio y tanto dolor.

Aunque hoy ha sido diferente.

—¿Se puede saber qué diablos haces? —le he preguntado entrando en su habitación.

—No aprendes a llamar, ¿verdad? Te da igual que sea mi habitación.

—Judith, háblame bien. Y responde a lo que te pregunto.

—¿Acaso eres tan boba que no puedes deducirlo por ti misma?

En ese punto se han crispado mis nervios y hemos empezado la batalla campal.

Encima de su cama estaba la mochila negra que siempre usa cuando se va. No llegué a ver qué estaba metiendo en ella, aunque estaba segura de que contendría alguna muda de ropa.

—¿Te vas? —le pregunté.

—Premio, mamá —respondió socarrona.

—¿Y puedo saber dónde esta vez?

—Ni idea. Supongo que me iré con alguno de esos «pintas» que no os gustan y os sacan tanto de quicio. Pero solo lo hago para joderos —ataca afilada, como siempre que quiere hacerme daño—. Me asfixiáis. Tú, papá y Lidi.

—Basta, por favor…

Ha cogido su bolsa y la he seguido hasta la puerta principal. He intentado convencerla. Dios sabe que lo hago siempre.

Vuelvo a beber de la copa recordando la estela de su pelo alejándose corriendo. Tiene el pelo largo y negro como la noche más oscura, con las puntas degradadas de un tono violáceo. Cuando lo hizo la odié. Pero ahora me gusta. Aunque no se lo diré, claro. No puedo decirle nada. Nada de lo que piense, por miedo a que decida llevarme la contra.

El reloj de la pared marca las diez de la noche.

En ese momento, oigo que alguien mete la llave en el cerrojo de la puerta.

Me levanto de la silla y, con la copa aún en la mano, me dirijo a ver si es ella.

No lo es.

Francis me lee la decepción en la mirada.

—Podrías fingir que te alegras de verme —dice socarrón.

—Pensaba que eras Judith —me excuso y me termino el vino.

Deja el maletín en el mueble y se quita la chaqueta en silencio. Me está matando. «Que diga algo», suplico.

Saca la cabeza por la puerta de la cocina y ve la botella vacía en la mesa.

—¿Qué ha sido esta vez?

No sé qué responderle. Así que permanezco en silencio y dejo que sea él quien tome la iniciativa de decir algo.

—No sé de qué te preocupas. Ni que fuera algo fuera de lo común en ella. ¡No sé qué piensa! ¡Maldita cría!

—No digas eso, Francis. Es solo una adolescente. No ha encontrado su camino.

—Pero tú sí. —Su cabeza señala la botella—. Una madre borracha con una hija drogadicta. —Me duele. Se me para el corazón. Cuánto dolor—. El camino que habéis elegido es bastante claro, ¿no crees?

Mis ojos se inundan. Salgo corriendo hacia las escaleras y subo los peldaños de dos en dos. Quiero desaparecer. Igual que Judith. Pero yo no puedo hacerlo. En lugar de ir a mi habitación, me dirijo a la de ella. Cierro la puerta y me dejo caer en su cama. Me aplasto los cojines en la cara y aspiro su aroma. La huelo y, por un instante, siento que está allí conmigo, como cuando era una cría.

Entre sollozos, el sentimiento de culpa y mareo, siento que algo más crece dentro de mí. La certeza de que esta vez no es como las anteriores.

Judith no regresará.

6

OLIVIA

Viernes, 7 de junio de 2019. Noche.
Los Desamparados, Aurora.

—Espérame aquí —le digo a Justin—. Y no toques nada. ¿Entendido?

Él asiente y yo desando el camino hasta casa. Se me hace eterno. Oigo mis pasos como si golpearan el suelo y este retumbara como un tambor. Me asusto con el canto de una lechuza, o un búho. ¡Yo qué sé! No me importa en absoluto. Solo temo que sea alguien que me vea. Alguien que haya visto a Justin.

Siento cómo la temperatura ha caído y la humedad me cala los huesos.

¿Qué has hecho, Justin?

¿Qué has hecho, Justin?

Cuando llego al barrio y veo las casas de mis vecinos, se me encoge más aún el alma. Que no abran la puerta. Que no estén en la ventana. Que no me vean. Que no. Que no.

Meto la llave en el cerrojo y el sonido me revuelve el estómago.

Decido qué hacer a cada paso. Jamás he tenido que pensar a tanta velocidad, y nunca mis decisiones han sido tan importantes, tan decisivas.

Si Rafael estuviese aquí sabría qué hacer. O quizá también tendría miedo. Lo echo de menos. Lo echo tanto de menos. Él me daba esa seguridad que a mí me falta.

Veo su foto en el recibidor. La del día de nuestra boda. Su blanca sonrisa y los ojos verdes brillantes. En esta foto siempre tengo la sensación de que me mira de verdad, como si aún estuviese vivo. «Te quiero tanto, mi amor». le digo. «¿Qué hago, Rafael? ¿Qué debo hacer?».

Unos segundos y recobro la cordura. Sé que no me dirá nada por mucho que aguarde. Aparto mis ojos y un destello llama mi atención. Son las llaves de la casita del lago que están colgadas en la pequeña caja de madera que construyó Rafael. Un portallaves con forma de pez. No me gusta nada, pero lo tengo allí porque me recuerda a él.

Ahora pienso que es cosa del destino. O quizá sea Rafael que me manda un mensaje desde el más allá.

Cojo las llaves y me voy corriendo por el pasillo. Justin me está esperando. No hay tiempo que perder.

Abro la puerta del garaje. No enciendo la luz. Sé donde está todo y puedo hacerlo a oscuras. Cuando Justin era un bebé me acostumbré a hacerlo todo así para no despertarlo. Tenía el sueño tan ligero que la mínima claridad le molestaba. Las otras madres hablaban de puntos de luz con formas de estrella, de animalillos de la selva. Todo por ver en las oscuras habitaciones. Ya entonces era diferente. Mi Justin era especial.

Aprieto el botón del mando y me sobresalta el sonido del coche. El parpadeo de las luces me ciega un segundo.

Abro la puerta del Audi y me siento. Cierro la puerta y respiro el olor a cuero. El olor de Rafael está en todos lados. Pero más en el coche. Él era quien siempre lo conducía. De hecho, a mí no me agrada y las pocas veces que lo llevaba, lo hacía con tanta tensión que la tortícolis me duraba días. Rafael se reía con eso.

Ahora sonrío yo.

Le doy al botón del mando y el portón del garaje se abre. Aprieto en «encendido» y el coche suelta un leve sonido. Esto es lo bueno de los eléctricos. Aparte de la escasa contaminación, ahora me viene bien que no haga ruido.

Salgo del garaje y me doy cuenta de que parezco una de esas delincuentes de poca monta que salen en las series. Estoy mirando a todos lados como una histérica intentando decidir qué hacer. «Seguro que si me aparece la policía por la esquina, me muerto de un infarto», pienso.

El barrio está tranquilo.

Me extraña, pero lo prefiero así. No sé cómo guardaría la compostura si tuviese que saludar a alguien. Parecería culpable. Soy culpable. Aunque no sé de qué. Pero lo soy.

Enfilo el camino y me desvío por la intersección cuando salgo de la zona habitable. Bordeo el bosquejo y entro en el claro. Justin es una gran sombra en mitad de la nada. Su cuerpo es grande. Se ve fuerte. ¿Lo suficiente para haber hecho daño a ese chico? Me sacudo la idea. No es momento de pensar en eso ahora.

No apago el coche antes de bajar. ¿Para qué? No hace ruido. Tampoco apago las luces. Quizá sea un error, pero me da miedo que deje algo en el suelo que pueda incriminarnos. Sí, en plural. A los dos.

—Mamá —me llama Justin—, se ha movido.

Tiemblo e, inevitablemente, mis ojos se posan en el cuerpo destrozado. Me sube la bilis. Es imposible que se haya movido. Lo sé. Aun así, me lo planteo.

—No. Él no.

Ella. Se ha movido ella.

Da igual. No hay vuelta atrás. En parte es mejor así. En parte es peor.

Abro el maletero y le doy las instrucciones a mi hijo mientras hago sitio en el interior. No recordaba que tuviese la caja de herramientas aquí, pero ahora me vendrá bien.

Justin levanta el cuerpo de Judith en brazos. Se ve tan pequeña en comparación con él. Su cara está ladeada y veo un corte en su frente. Bueno, no veo el corte, lo intuyo por la sangre reseca que le cubre el rostro y los cabellos.

¿Le habrá pegado con sus manos? Podría ser. Son tan grandes y tiene tanta fuerza que no le costaría mucho haberle hecho daño. Además, recuerdo, dijo que no quería hacérselo.

¡Madre mía! Estoy histérica.

Justin introduce a Judith en el maletero y yo lo cierro. Subimos al coche y doy un último vistazo al descampado antes de cerrar la puerta. No veo nada que pueda incriminarnos.

A medida que regreso a la carretera asfaltada, veo los surcos en el camino. ¿Podrán saber de qué coche han sido? ¿Podrá llevarlos eso a nosotros? No creo. Mejor dicho: deseo que no.

—Mamá. —Justin me saca de mis cavilaciones.

—Dime, cielo.

—¿Adónde la llevamos? ¿Al hospital?

Le pongo una mano en el muslo y doy un par de golpecitos.

—A la casa del lago, mi amor.

Él sonríe contento.

7

NÚMERO OCULTO

Hace unas dos horas…

—¿Me estás diciendo que no lo has logrado? —La voz es grave y dura, acusadora.

Al otro lado, silencio. Jadeos ahogados.

—¡Lo tenías a tiro! —Apremia incluso con más rabia en el tono.

—Es que han surgido complicaciones y verá…

—Complicaciones —dice sin más—. Complicaciones es lo que me provocas tú y tu pandilla de ineptos.

—Lo siento, señor —implora.

—Y más que lo vas a sentir, maldito inútil sin cerebro. Cuéntame qué ha sucedido.

Un silencio incómodo se adueña de los teléfonos.

Tras un par de carraspeos, vuelve a hablar el hombre al otro lado.

—Verá, señor. La gacela no ha llegado al punto de extracción. Hemos aguardado según lo acordado, pero nada.

—¿Y?

—Uno de los perros se ha acercado al claro para ver si el Comadreja se había distraído o qué. La cuestión es que allí había sucedido algo.

Se detiene y el silencio pone más nervioso al señor de voz grave al otro lado de la línea telefónica.

—¿Es que tengo que arrancarte las palabras una a una? ¡Por Dios! ¿Qué ocurrió, inútil? ¿Qué ocurrió?

—El Comadreja estaba muerto en el claro.

Espera una reacción por parte de su interlocutor que no llega. Así que sigue hablando.

—Sus palabras exactas han sido «destrozado». ¿Entiende? Ha dicho que lo han destrozado.

—¿Y la gacela?

—Ni idea.

—¿Cómo que «ni idea»? ¿Qué demonios significa eso?

—Lo siento mucho, señor. La gacela había desaparecido cuando ha

llegado el perro.

—Pues ya podéis espabilar y encontrarla. Sin ella el plan no va a funcionar.

—Tengo a los perros rastreando el barrio. No llegará lejos.

—Eso espero. Por vuestro bien.

—Puede estar tranquilo, señor. No le fallaremos.

—Desde luego que no. Otra vez no. —Hace una pausa bastante larga antes de decir—: Por cierto, si el perro no hace su trabajo, quizá sea el momento de sacrificarlo, ¿no crees?

—¿Cómo dice?

—Ya me has escuchado.

Y cuelga.

8

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Pellicer, Aurora.

No tengo ni idea de cómo reaccionarán. Es quizá la parte de las investigaciones que menos me gusta. Notificar a las familias que sus hijos se han visto envueltos en asuntos turbios no es nada atrayente. Y sé que tratar con el señor Pellicer será todo menos agradable.

Le he llamado yo mismo hace apenas una media hora y se ha mostrado esquivo. Cosa que no me ha extrañado. Es un tipo que se hace odiar.

Ahora, frente a su casa de dos plantas, me siento pequeño. Me repugnan estos energúmenos que nos engañan con una política basada en llenarse los bolsillos a costa de robárselo al pueblo.

Toco el timbre y me sorprende que me abra Delena, su mujer.

—Le esperábamos —anuncia. Tiene los ojos hinchados y lagrimosos de haber llorado o de no haber dormido nada—. Pasen.

Entramos en la casa. Un recibidor enorme como mi humilde piso en el centro nos da la bienvenida a Alicia y a mí. Destellos de poder económico dejan claro su bienestar social. Figuras de apariencia exclusiva de todos los rincones del mundo decoran las paredes, bustos y desnudos tallados en piedras minerales, y carísimos cuadros que no reconozco en marcos con relieves imposibles. Aun así, no me impresiono igual que Alicia. A mi compañera parece que se le va a caer la mandíbula al suelo. Por cierto, de un mármol que luce carísimo. ¿Cuánto costará cada una de las enormes piezas?

Nos dirigimos a una sala de estar igual de grande y allí nos esperan el alcalde y su hija mayor, a quien reconozco de las revistas, sentada en un sofá de piel. Los dos se parecen mucho; mandíbula cuadrada en un rostro afilado de mirada azul glacial. Él tiene un cuerpo macizo y ella unos hombros anchos, quizá demasiado para una figura femenina.

—Así qué, inspector. Usted dirá.

Rezuma soberbia en cada poro de su ser. Es de esos hombres que odias con solo verlos. Acostumbrado a salirse con la suya en todas las

ocasiones.

—Estamos investigando un caso de homicidio que ha tenido lugar en la barriada de Los Desamparados la pasada noche.

—Y no comprendo qué tiene que ver con nosotros esa gentuza —me corta sabiendo que me enojo. Respiro lento y me calmo.

—La cuestión es que nos gustaría hablar con su hija Judith.

—¿Con Judith? ¿Y puede saberse el motivo?

—No. —Soy tajante ante la negación—. Se trata de una investigación y, por el momento, la discreción es prioritaria.

—Dudo que Judith tenga nada que ver con lo que suceda en ese lugar…

—¿Podríamos hablar con ella? —pregunto otra vez dejándolo con la palabra en la boca. Veo su rabia. No está acostumbrado a que nadie le haga callar. Me encanta.

—No está en casa —responde seco.

—¿Y puedo saber dónde encontrarla? ¿Quizá podrían darme su número de teléfono?

—Pues estará con sus amiguitos. ¿Quién sabe?

Cortante. Tajante. Y sin querer aportar nada.

Sin embargo, veo que su mujer respira agitada y nerviosa. Ella sabe algo. Estoy convencido.

—¿Qué me dice usted, señora Pellicer? —Decido seguir mi intuición.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —responde agitada.

—Pensaba que quizá su hija le habría dicho dónde tenía pensado ir ayer por la noche. ¿Me equivoco?

La mujer se desploma y llora. No esperaba que se derrumbara así.

—Pero ¿cómo se atreve? ¡Maldito cabrón!

—Controle su lenguaje, señor alcalde. ¿Qué modales son estos?

—¿Cómo se atreve a presentarse en mi casa y mostrar tanta falta de respeto hacia mi mujer?

—Al contrario de lo que pueda pensar, estoy actuando con total respeto y contención.

—Mi mujer sufre depresión y se medica por ello. Así que, si ha venido a hundirla más, me veré en la obligación de echarle de mi propiedad.

—Lamento que su esposa esté mal, señor. Pero el motivo de mi visita no es conocer los detalles que esconde en su propiedad. Estoy aquí por su hija Judith. ¿Puede decirme dónde está en este momento? ¿O dónde puedo localizarla?

El silencio planea por la estancia. Es espeso, pesado y agonizante. Los tengo donde quería. Veo cómo aprieta los dientes y su mandíbula se agita.

—No tengo ni idea de dónde puede encontrarla.

—¿Es habitual en ella? Me refiero a que desaparezca y no sepan adónde va.

Los ojos de Pellicer se encienden con un fuego que amenaza con calcinarme. Pero no me echaré atrás. Yo no soy un ejemplo a seguir, pero él me gana en todo.

—Ella hace lo que le place cuando le apetece.

—Debe ser un rasgo genético en su familia. ¿Me equivoco?

Alicia Bravo está con los ojos muy abiertos y alucinada. Se le nota demasiado que le faltan tablas. Ya aprenderá con el tiempo.

—¿Qué ha dicho? —explota el patriarca—. Ahora sí que se ha pasado, maldito inspector de pacotilla. Puede dar su carrera por acabada. ¡Salga de mi casa inmediatamente!

—¿Y no quiere saber por qué pensamos que Judith, su hija, puede estar en peligro?

—¡Salga de mi casa! —grita—. ¡Ahora!

Me levanto y Alicia hace lo mismo, disculpándose por mi comportamiento. Salimos de la estancia. No sin antes asentirle a Delena que me observa cabizbaja. Está rota por dentro. Sabe algo que no nos ha dicho.

Solo nuestras pisadas nos acompañan hasta el coche.

Nos subimos al vehículo y es entonces cuando Alicia recupera la voz.

—¿Qué ha sido eso?

—Una enseñanza que no debes olvidar —le digo yo—. A los de su calaña no se les puede, ni se les debe, tratar como a la gente corriente.

Veo su rostro dudoso. Le queda tanto por aprender.

—Ese hombre de allí dentro está protegido por más capas que las que envuelven una cebolla. ¿Piensas que le importa algo más que su carrera? ¿Que el dinero que defrauda? ¿Que los negocios sucios que están bajo su control? Te equivocas. Es un puto narcisista de mierda que solo se preocupa por él mismo y nadie más.

—Sí, pero es su hija. ¿No crees que necesitaría algún tipo de consideración?

—¿Y qué caso nos ha hecho? ¿Acaso has visto el más mínimo sufrimiento, temor o angustia por saber qué es lo que estamos investigando o qué tiene que ver su hija?

Antes de que Alicia pueda ni siquiera responder, unos golpecitos en el cristal del coche nos hacen mirar afuera.

Al otro lado está Delena Pellicer. Sus ojos llorosos tiemblan. Una mezcla extraña de miedo, sufrimiento y… ¿esperanza tal vez?

Bajo la ventanilla y ella se acerca mucho a mi cara. Puedo oler su perfume fresco y floral.

Entonces, susurra:

—Disculpen a mi marido. A veces creo que me casé con una roca.

Necesito saber que Judith está bien.

—Nosotros también, señora —le digo, pero no me deja seguir hablando.

—Tenemos que hablar, inspector Santos. Pero no aquí. —Alarga el brazo e introduce una mano por la ventanilla. Veo una tarjeta y la agarro—. No es seguro.

Se da media vuelta y regresa al interior de la gran casa por un lateral de esta. La tarjeta es blanca con un símbolo dorado en relieve. Ladeo la tarjeta y veo que hay una dirección escrita a mano en el otro lado. La huelo y cierro los ojos.

«Bingo», pienso.

9

NÚMERO OCULTO

En ese mismo instante…

—¿Alguna novedad?

—Bueno, quiero hacerle saber que el perro ha ardido en la jaula.

—Bien.

—No tiene de qué preocuparse.

—¿Acaso habéis encontrado a la gacela?

—Estamos en ello, señor. No debe andar lejos.

Gruñe al otro lado.

—Tenemos una pista bastante fiable sobre su paradero. Le prometo que no tardaremos en dar con ella.

—Si vuelves a llamarme sin que la gacela esté encerrada, me ocuparé yo mismo y en persona de sacrificar a tus perros uno a uno. Y tú serás el último. Para verlos apagarse sin que puedas hacer nada. ¿Entendido?

El hombre con voz de muchacho no dice nada. No es capaz de hablar. Solo asiente al otro lado. Aterrado y asustado. Es su obligación enmendar el error. Encontrarla de una vez.

Cuando al fin le sale un «sí» rugoso y casi sin fuerza de la garganta ya es tarde. El señor ya ha colgado y no llega a oírlo.

10

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Pellicer, Aurora.

Cierro la puerta de la cocina y me apoyo en ella. Los cristales que la forman, una cenefa de rombos bicolor, tiemblan momentáneamente. Respiro hondo. ¿He hecho bien? Pues claro que sí. Porque tengo la seguridad de que algo le ha ocurrido a Judith. Algo desagradable. Y si Francis no quiere saber ni ayudar que haga lo que le plazca. Yo haré, por una vez, lo que me dicte el corazón.

Oigo el sonido que hace el coche del inspector al recorrer la grava de la entrada. Lo miro hasta perderlo de vista. Dejo salir el aire de mis pulmones. Hago acopio de valor, me giro de nuevo y me impulso hacia adelante.

—¿Qué ha sido eso? —Es Francis quien irrumpe en la cocina rompiendo mi recién conseguida calma.

—Tengo miedo, Francis. ¿Y si le ha pasado algo a nuestra hija?

Se queda un instante pensativo.

—¿Qué le va a pasar? Es su manera de llamar la atención e intentar hacernos quedar mal.

—No creo que sea eso. —Intento calmarlo. Y defenderla a ella. Tiene las venas del cuello hinchadas. Y en la frente también—. Ayer…

—Ayer se portó como una desagradecida. —Se acerca al armario, saca un vaso y lo rellena de wiski—. Es una experta en hacer quedar a nuestra familia como una cualquiera. Busca dañar mi imagen pública.

Como si no lo estuviese ya, me digo a mí misma. A nadie le agrada el señor alcalde. Le hacen la pelota y le sonríen siempre que puedan sacar partido de él. Incluso a nosotras nos complacen cuando se presenta la ocasión para que influyamos si hay alguna toma de decisiones en la que podamos aportar algo.

—Es por los estudios —justifico—. Sabes que entrar en la academia de arte supone un reto para ella.

—Eso, eso. Defiéndela. Como si con eso pudiera tener un futuro brillante. Ni siquiera tendrá un futuro por el que preocuparse.

No se lo rebato. ¿Para qué? Él tiene sus ideas y son las únicas que cuentan. Los demás, si no hacemos lo que él decide, ya no merecemos su compasión.

—No sé, Francis. No nos ha contado qué ha ocurrido en ese barrio ni qué le hace pensar que Judith pueda tener algo que ver… ¿Qué quieres que te diga? Sufro por ella.

Francis se acerca y pasa su mano por mi pelo. Cómo me gustaría sentir lo mismo que cuando éramos novios. Ese cosquilleo que abrasaba mi piel y derretía mis miedos. Cualquier momento era bueno para desatarnos y entregarnos el uno al otro. Nada existía salvo los dos. ¿Cómo puede haber cambiado tanto? Cierro los ojos un instante e intento buscar algo en mi interior que me diga que aún hay una reminiscencia de esa pasión esperando por liberarse. Encuentro la nada. El desierto más árido y seco que puedo imaginar.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, él ya está de espaldas a mí.

Me doy cuenta de que se ha puesto el traje azul marino. No me había percatado cuando estaba el inspector Santos. ¿Qué raro? Decido cambiar de tema.

—¿Vas a salir hoy? —pregunto pasándole la mirada de arriba abajo.

—La junta de seguridad ha detectado un incidente en la planta de purificación de las aguas. —Niega con la cabeza—. Debemos celebrar una reunión de urgencia. Salud pública. Ya sabes.

No. No lo sé. Nunca sé nada. Nunca me cuenta nada. Nada que sea verdad. En su lugar, afirmo con la cabeza fingiendo que lo comprendo.

—¿Qué harás tú?

«Ni que te importe lo que yo haga», pienso.

—Iré a ver a Janet, la madre de Elisabeth, la amiga de Judith, por si sabe algo.

Elisabeth es una buena amiga de nuestra hija. Siempre han estado muy unidas y, aunque no comparten muchos de los gustos típicos de la adolescencia, siempre se han llevado bien. No sería la primera vez que pasaban el fin de semana juntas. No sé por qué no llamé anoche a Janet. Podría haber dormido tranquila. «Bueno», me digo, «ahora ya da igual».

—Bien —asiente Francis, se termina el líquido ámbar de su vaso y sale por la puerta—. Nos vemos a la hora de la cena.

Me quedo en la cristalera del salón de estar mirando cómo Francis se aleja con el coche. Cómo cambia la vida con el paso del tiempo. Antes, esa misma situación, me parecía dolorosa. Contaba el paso de las horas con ansias. Odiaba estar alejada de él. Y, cuando llegaba a casa, necesitaba saberlo todo; qué había hecho, con quién había estado… Sus respuestas no tardaron en ser cada vez más esquivas y mi interés por saber lo que hacía se volvía menos verdadero. Ahora,

simplemente me da igual. Ya no necesito saber nada. Es más, cuanto menos sé, mejor estoy.

Salgo de casa y me pongo la chaqueta fina de algodón por encima de los hombros. No es que haga frío, pero no me quito esa sensación molesta en la piel.

Miro al cielo y me fastidia que esté tan azul. Tras la tormenta de ayer parece imposible que esté sin una sola nube. Incluso diría que es feliz.

He decidido salir a pie. Me vendrá bien andar un poco. No he cogido ni el bolso. En la mano llevo las llaves de casa y el teléfono móvil por si llama Judith. Aunque no sé con qué lo haría. Su teléfono estaba encima de la cama. Con las prisas se le debió caer de la mochila. Me escuecen los ojos y se me entrecorta la respiración. No quiero llorar. Bastante lo he hecho ya.

Me centro en Janet. ¿Será mejor que le diga lo que ocurre? ¿O mejor le pregunto por ella como si nada? Ni siquiera sé lo que sucede y me está volviendo loca esta inseguridad.

Suena el teléfono y vibra en mi mano.

Me asusto y casi lo dejo caer al suelo.

En la pantalla hay un nombre: Lidi.

Tomo aire y deslizo el botón verde.

—Lidi, cariño —digo—. ¿Te has olvidado de algo?

—Nada, mamá. Solo que no te he dicho adiós. Mañana, a primera hora, me voy a Turín a pasar una semana de relax.

Estoy a punto de decirle que cómo se le ocurre. Con su hermana desaparecida. Pero no puedo hacerlo. Ella trabaja mucho. Más horas que las que tiene un reloj y merece tanto una desconexión como lo necesitaría yo. Eso sí, yo no regresaría.

—Oh, qué buen plan, cariño —le respondo con tanta felicidad como puedo fingir—. ¿Y se puede saber si te acompañará ese chico tan guapo que he visto en las fotos?

—¡Mamá!

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no puedo saber si vais en serio vosotros dos?

Lo vi por primera vez en Instagram. Me abrí una cuenta solo por tener cierto contacto con las niñas. La madre de Elisabeth me había dicho que ella tenía una cuenta con un perfil falso. Así podía ver lo que hacía y con quién estaba su hija sin que ella pensara en esconderse ni en bloquearla. Me creé el mío en su casa, pero yo lo hice con mi verdadera identidad, claro. Allí estaba aquel chico, junto a Lidi, abrazándola como hacen los recién enamorados. Plantándole un beso apasionado. Él con el torso desnudo irradiando perversión.

—Somos amigos, mamá. Por el momento, así está bien.

—Yo solo digo que cuando quieras traerlo a casa, para que lo

conozcamos, puedes hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Cómo no voy a saberlo, mamá? Si es lo único que me dices en semanas.

Cierto. En cuanto lo vi en la foto ya me apeteció conocerle. El chico que quizá algún día sería el marido de mi hija, el padre de mis nietos. Y es tan sexi.

—Bueno, mamá —responde seria, pero sé que se está riendo al otro lado—. No te preocupes por Judith, ¿vale? Seguro que está bien. A su manera. Pero siempre lo está. Es su forma de ser.

¿Y eso qué significa? A su manera. Su forma de ser. No me gusta cómo hace las cosas, cómo se comporta, ni sus compañías. Solo necesito saber que no está en peligro, que está bien. ¿Es demasiado pedir? Por Dios, soy su madre.

En lugar de quejarme, respondo:

—Espero que tengas razón. —Que tampoco es una mentira.

—Ya verás como sí.

—Pasadlo muy bien en Turín, cariño.

—Descuida. Lo haremos.

—Y llámame.

—Lo haré.

—Y cuando regreses te traes a ese chico tan guapo a casa. Si quieres, claro.

Me rio imaginándome la cara de agobio que se le debe de haber quedado y lo divertido que sería poder verla.

—Vale, mamá. Chao.

—Chao, cariño.

Cuelgo y me quedo con una sonrisa de boba pensando que quizá esta vez sí conozcamos a ese chico que le tiene robado el corazón. Lidi es seria como su padre y muestra una fachada de seguridad que roza lo agresivo. Y sus ojos son capaces de congelarte. Pero en su interior arde el fuego, por mucho que quiera ocultarlo no es como su padre.

Levanto la vista y sigo mi camino.

Entonces, la veo. Pienso en cambiar de acera, pero sería demasiado violento. Ella me mira también. ¿Es sorpresa lo que destilan sus ojos? Tengo la sensación de que se le tuercen los labios. Me sonríe y levanta un brazo. Lo sacude en el aire. Me está saludando. No me apetece hablar con ella ahora. ¿Cómo escapar? No puedo. Pienso que quizá ella sepa algo de Judith. Su hijo y ella han pasado algún tiempo juntos. No me gustan, pero es la realidad.

Ya no tengo escapatoria posible y, quién sabe, quizá descubra algo.

Así que yo hago lo mismo.

Levanto el brazo, lo agito en el aire y le regalo una sonrisa bien alegre y falsa a Olivia.

11

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Urbanización Los Álamos, Aurora.

¿Y qué le digo yo?

Qué mala suerte la mía.

De la de personas que viven en el barrio y tengo que encontrarme, precisamente, con ella.

«Qué raro que vaya andando», me digo. Siempre va en coche a todos lados.

La saludo y sonrío.

—¡Olivia! —exclama—. Qué agradable sorpresa.

—¿Cómo estás? —le pregunto. Soy imbécil. Es lo último que quiero saber y se lo digo enseguida. ¿Cómo va a estar? ¿Cómo estaría yo si mi hijo hubiera desaparecido?

—Muy bien, la verdad.

¿Eh? ¿Bien? Me estoy perdiendo algo.

Tiene las bolsas debajo de los ojos hinchadas y ensombrecidas. Ha pasado mala noche. Se le nota. Igual que se me deben notar a mí. Pero ella nunca sale sin maquillar. ¿Estará al tanto de que a su hija le ha ocurrido algo y no quiere que lo sepa? El coche negro que he visto hace un momento me ha dado mala espina. ¿Serían de la policía? Seguro que sí. El hombre que conducía tenía una gesto perturbador. Lástima que desde la acera no lo he podido ver con toda claridad. Se me ha puesto el vello de punta.

—¿Y vosotros? —me pregunta y doy un respingo.

—¿Nosotros? Bien, bien. Vamos tirando. Como siempre. Ya sabes.

—Ayer vi a Justin. Parecía muy contento.

Cierto. No lo recordaba. Se pasó la tarde recorriendo la urbanización, acera arriba, acera abajo, dando saltitos primero y después con la bici, cantando no sé qué canción de Miley Cirus.

—Me alegra verle así. —Mi gesto es sincero—. Es un buen chico y ha sufrido mucho.

—¿Y tú cómo estás, Olivia?

—Bueno, yo… no tengo tiempo para derrumbarme.

—¿Cuánto hace ya?

—Nueve meses y parece que fue ayer —respondo entristecida—. En septiembre hará un año que nos dejó.

—¿Y aún no tienen ninguna pista? —pregunta. ¿Por qué precisamente ahora? Nunca ha mostrado el menor interés por nosotros —. No hacen bien ni su trabajo. ¡Maldita policía!

—Nada, Delena. Ya no tengo esperanza de que encuentren al que lo mató. —Se me oprime el pecho y siento que no puedo respirar.

¿Cómo puedo hablarle de muertos, de accidentes, de asesinos?

—Puede que quien lo hiciera termine entregándose —intenta consolarme—, que se sienta culpable y busque el perdón. Los remordimientos pueden destruir a una persona.

La miro con los ojos muy abiertos. ¿Me está acusando? ¿Sabe algo? Me siento tan aludida en sus palabras que, en lugar de consolarme, me ponen en alerta.

—Es duro —le digo—. Quiero pensar que han hecho lo posible. Si me dejo arrastrar por las dudas o la ira, dejaría de lado a Justin. Y eso no me lo puedo permitir.

—Eres muy valiente. Y buena persona.

No. No lo soy. Soy lo peor.

¿Cómo puedo mirarla a la cara siquiera?

Debo irme. Debo marcharme de aquí. Hablar con ella me está matando. Pero… si sabe algo de lo ocurrido ayer, ¿por qué no me lo dice? Por fuerza debe saberlo. Es su hija.

Doy un paso para alejarme de ella y me disculpo. Le digo que tengo prisa, cosas que hacer, ya sabe a qué me refiero.

—Por cierto —decido indagar antes de dejarla marchar—, ¿tus hijas están bien? Hace bastante que no las veo —miento de nuevo.

Veo la duda en su rostro. ¿Qué estará pensando?

—Creo que Lidi se ha enamorado. Aún no lo conozco, pero por las fotos que he visto me parece un buen partido.

¿Cómo no? Hija de su madre. Ella sabe más que ninguna lo que es un «buen partido». Cazó al malote de Francis por el poder que emanaba y ejercía sobre los demás. Lidi debía ser la discípula más aplicada.

Un segundo incómodo.

Espero que hable de Judith.

No lo hace.

Otro segundo más.

¿Por qué no me dice nada de su hija menor? Arrugo la frente. Siempre fanfarronea de lo buenas que son sus hijas, su familia. Aun así, no dice nada de la más joven.

Ya van tres segundos.

La situación empieza a espesarse.

¡Qué incomodidad!

¡Qué raro!

Es la información que necesito ahora. Debo saber si ya la están buscando. Y veo que no está dispuesta a decirme nada, así que no me queda otra que preguntarle yo.

—¿Y Judith? —Me atraganto. Carraspeo—. Hace días que no la veo por el barrio. ¿Cómo le va?

Se pone seria de golpe. Más, si cabe. Y los segundos en silencio me golpean el estómago como un martillo percutor. Es como si el tiempo se hubiese detenido, excepto para mí.

—Ella… es una soñadora. Ya la conoces. —Curva los labios hacia arriba—. Piensa que la vida es… No sé definirlo en una palabra. Vamos, que no le gusta lo convencional.

¿Es posible que no la eche de menos o será una fachada? Demasiado perfecta. Demasiado acostumbrada a aparentar.

—Pero eso no es malo —digo yo y ella me lanza una mirada gélida —. Me refiero a perseguir los sueños.

Como Delena se ha quedado pensativa sin decir nada, creo que lo mejor es darle una explicación un poco más extensa.

—La vida está llena de baches, de imprevistos y… cuanto antes aprendan nuestros hijos a defenderse de ellos, mejor les harán frente.

Lo sé mejor que nadie. Pensar en el futuro que le aguarda a mi Justin me enloquece. Mi niño especial no encaja en esta sociedad egoísta y totalitaria que solo se preocupa por la complacencia individual. ¿A quién le importa el bienestar de Justin salvo a mí? A nadie.

—Lo siento —se disculpa Delena al ver que mi silencio, en espera de una réplica, dura demasiado—. No era mi intención ofenderte. Tú más que nadie sabes lo que es preocuparse por un hijo.

Estoy por decirle cuatro cosas bien dichas de mi preocupación por Justin y su futuro. De la mierda de familia que tiene ella. De la falsedad que supuran y de la corrupción que les recorre.

Me trago las palabras. Y, en su lugar, tan afligida como soy capaz de fingir, digo:

—No te preocupes, Delena. Sé que me entiendes. Tú también eres una madre, una luchadora, y harías todo lo posible por el bien de tus hijas. Eso lo explica todo.

Nos despedimos y cada una sigue su camino. ¿Por qué no ha dicho nada? ¿No habrá echado de menos a Judith aún?

Me giro para mirarla y, en ese instante, Delena también lo hace. Nuestras miradas se cruzan. Incómodas. Fingimos otra sonrisa, un saludo rápido y volvemos a lo nuestro.

12

OLIVIA

Viernes, 7 de junio de 2019. Noche.
En la A-26.

Durante el trayecto en coche, Justin me pide que ponga música. Accedo. Empieza a toquetear los botones y se ilumina con un azul eléctrico. Se emociona cuando el sonido nos envuelve. Da palmas y se mueve al ritmo.

Le sonrío y, en parte, me alegra que tome cierta distancia de la realidad.

—Kate es la bomba —me asegura.

No me suena del todo mal. Aunque soy incapaz de bailotear. Bastante trabajo tengo en guardar la compostura y no salirme de la carretera.

He tomado la autovía dirección norte. Y pronto llego al fin de la misma. Aquí jamás terminaron de conectarla. El dinero no llega o no se llenan suficiente los bolsillos de los que están al mando. Cosas de políticos. Igual que el de Francis Pellicer, el padre de Judith. Metido hasta el fondo en asuntos turbios.

A pesar de mis objeciones, ahora me va bien que no la hayan terminado. La privacidad que tenemos en este momento se vería truncada. No me he cruzado con ningún otro coche. «¿Quién iba a estar por aquí si no hay nada?», me pregunto.

Es dejar la autovía y la carretera desaparece sustituida primero por un tramo en malas condiciones y, tras encontrar el caminito, por otra sin asfaltar. Los árboles son más abundantes a cada kilómetro y parecen engullirnos.

Un poco más allá, bosque adentro, la vegetación se abre y veo la caseta al otro lado. Está todo muy tranquilo. Ese fue el motivo por el cual no la vendimos años atrás. Rafael estaba tan feliz de tener esta pequeña propiedad en mitad de la nada. A pesar de mis ganas por venderla y dejarla en el olvido, ahí estaba. Un punto de esperanza real en la oscura incerteza actual.

—¿Podremos pescar mañana? —pregunta Justin al bajar del coche.

¿Cómo se le ocurren estas cosas?

—Ya veremos —respondo y él da un salto.

Las lluvias han hecho crecer el cabal y se oye el rumor allí al lado. El río está justo por detrás de la casa, serpenteando limpio con el agua del deshielo de los Pirineos. ¿Cuántas tardes habían pasado pescando Justin y Rafael? ¿Cuántas lo haría si no…?

La visión se me va al maletero. Imagino a Judith encogida en su interior. Y en lo que debo hacer a continuación. ¿Qué harían otras madres? No tengo ni idea. Yo por Justin soy capaz de hacerlo todo. Siempre lo he pensado y ahora veo que es de verdad, que de verdad lo soy.

Entro en la casa y un quejido me pone el vello de punta. Las bisagras nos dan la bienvenida a su modo. Y quizá los ratones también lo hagan. Después les echaré un poco de aceite. Rafael era el que lo hacía. Se ocupaba de estas cosas. A pesar de que no se le daba bien el bricolaje, lo hacía con una sonrisa en los labios.

La casa de campo, que no sé por qué la llamamos así, es una simple cabaña de madera construida con troncos enormes intercalados. El interior se divide en cuatro estancias; la sala-de-estar-comedor-cocina-con-chimenea, dos habitaciones sencillas y un lavabo aún más sencillo.

Busco la caja de fusibles a tientas. No he pensado en llevarme nada de casa y me arrepiento de ser tan poco previsora. La costumbre de vivir con un hombre que lo preparaba todo.

Entonces, acude a mi mente una idea como un relámpago. ¿Cómo no lo habré pensado antes? El móvil tiene linterna. Pues claro.

Lo saco del bolsillo y desplazo los iconos hasta que encuentro el que busco. Cuando se enciende el led e ilumina el interior de la casa-cabaña me molesta.

Ahora no tengo problema. Subo el fusible general y le doy a la luz.

Está tal cual lo recordaba. Aquí es como si el tiempo se hubiera detenido. Las telarañas se agitan por una brisa que no veo y supongo que los roedores estarán molestos de oírnos llegar. Ojalá pudiera detener el tiempo. Ojalá Rafael estuviese aquí.

Le digo a Justin que debemos acomodar —sí, acomodar— a Judith en la que era su habitación.

—Una chica va a dormir en mi cama.

—Y tú dormirás conmigo, cariño.

—¿Nos quedaremos aquí de vacaciones?

«Buena idea», pienso.

—Sí, cariño. Unos días de desconexión nos vendrán muy bien.

La realidad de lo que estamos haciendo contrasta con la realidad que vive él. Mientras que una es aterradora, la otra es como una fiesta.

Bueno, ya me va bien así. Será más fácil para él.

Volvemos al Audi, abro el maletero y me aseguro de que está viva. Le pongo dos dedos en el lateral del cuello, igual que en las películas. Y dejo de respirar, concentrada, hasta que siento su latido bajo mis dedos.

—¿Qué haces, mamá?

—Intentar que esté lo mejor posible —digo, y le hago unas caricias a Judith en la mejilla.

—Está contenta, mami —me asegura.

Me llega al corazón. Pobrecillo. Es tan inocente.

—Lo digo de verdad, mamá. Me lo ha dicho.

—Anda, Justin. Cógela con mucho cuidado y llevémosla adentro.

13

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Basterra, Aurora.

Janet abre la puerta. Me nota enseguida que ocurre algo. Algo malo.

—¿Estás sola? —pregunto a su cara de sorpresa y preocupación.

Me dice que sí, da un paso atrás y me invita a entrar. Nos dirigimos a la parte posterior de la casa. Allí tiene un porche acristalado que goza de una vista impresionante hacia el bosque. Una mesa blanca con sofás del mismo color. Nos sentamos y me interroga.

—Es Judith —digo—. Ayer se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Discutimos y se marchó —aclaro—. Ya sabes que ella y Francis no se llevan muy bien. Y casi todas las discusiones son acerca de lo mismo.

Janet asiente.

Ella me comprende. Su marido es funcionario del Estado y también se debe al pueblo. Sus rostros, poses y actos deben calcularse y contenerse al milímetro. No sé cómo lo hace ella para aparentar esa perfección. Quizá, que Elisabeth, su hija, siga los pasos de su padre ayuda.

—Pensaba que tal vez Elisabeth supiera algo de ella. —Hago una pausa—. Dónde ha ido. O incluso que estuviese con ella.

—Lamento no poder ayudarte, Dele. Eli salió ayer por la tarde a un encuentro de jóvenes empresarios y no regresará hasta mañana. Dijo que llegaría tarde.

Elisabeth es una de esas chicas que puede con todo. Estudia y trabaja a partes iguales, y, por si no fuese suficiente, ayuda en la parroquia a servir las comidas para los sintecho de la comarca.

—¿Sería muy descabellado pensar que están juntas? ¿Que Judith se fuera con Elisabeth al seminario sin decir nada?

Sé que significaría que mi hija ha cambiado, que aceptara tomar una decisión en beneficio de Francis y pensando en su futuro

profesional.

Imposible, me digo a mí misma.

Janet tampoco dice nada. Se limita a mirarme con esos ojos lastimeros sobre unos labios inexpresivos pero bonitos y carnosos. Debe estar pensando en lo ingenua que soy. La pena que doy. Y el patético papel que hago como madre.

—Quizá sepa adónde ha ido…

Sugiero.

Janet ni se lo piensa, coge su teléfono sin mediar palabra —ni niega ni asiente— y marca el número de su hija. La oigo hablar y por lo que va diciendo sé que no ha habido suerte. Cuando cuelga me lo confirma.

—Dice que no sabe nada de ella desde ayer por la tarde. Que antes de salir se mandaron unos wasaps, pero no intuyó nada que le hiciera pensar en algo así. Dice que se pondrá en contacto con ella y en cuanto sepa algo, me llamará.

—Gracias, Janet. No sé qué hacer.

—Verás como vuelve y ya. Son adolescentes. Necesitan encontrarse a sí mismos.

«Qué fácil decirlo cuando tu hija es tan buena», pienso yo.

—Ojalá tengas razón —digo—. Pero me temo que esta vez no es igual que las otras.

—¿Y qué te hace pensar eso? —Se levanta y desaparece un instante entre la encimera y los armarios. Regresa con una bandeja de pastas y un par de copas de vino.

—Ha venido la policía a casa —respondo con un nudo en la garganta.

—¿La policía? —Ahora trae una botella de vino blanco, la abre y sirve las copas—. ¿Acaso habéis denunciado la desaparición?

—No. No. Ya sabes lo que opina Francis sobre mezclar lo personal con lo profesional. Es más, está de un humor de perros.

Agarro la copa y doy un sorbo. El gusto amargo me provoca un ligero rechazo. Es pronto para beber. ¡Qué más da! Me llevo la copa a los labios de nuevo y me termino el contenido de un trago.

Janet guarda la compostura. El tic en el labio la delata y sé que su mente piensa a toda velocidad. Y no, precisamente, en concordancia con sus tranquilizadoras palabras.

Francis no soportaría que la prensa tomase partido en todo esto. Sería carne de cañón para sus detractores. Se lo comerían en vida.

Si se trata de Judith, Francis es capaz de renunciar a lo que sea con tal de quedar bien de puertas afuera. Si se trata de Lidi la preferencia es otra muy distinta. Le encanta hablar de ella y de sus logros. Se le llena la boca de elogios y presume de la astucia de «su» hija.

—¿Entonces? —Janet me devuelve al presente. Rellena las copas—.

¿A qué han ido?

—Parece ser que ha habido un asesinato en el descampado de Los Desamparados, aquí al lado, y están investigando lo sucedido.

—Bien, eso puedo entenderlo, pero ¿qué tiene que ver con ella? En ese barrio hay delincuencia y…

—Yonquis —termino yo—. El inspector que vino a casa solo quería saber dónde estaba Judith.

—¡Por Dios! —exclama.

—Es horrible…

—¿Piensas que le ha ocurrido algo a ella?

—No lo sé. No han dicho nada. Están investigando. Pero es muy extraño, Janet. La vi ayer cómo llenaba su mochila de objetos personales, como sise preparara para una excursión. ¿Y si tiene algo que ver? Y si se drogaba… Puede que tuviera problemas y ni siquiera me di cuenta. ¿Qué clase de madre…?

Me derrumbo. Las lágrimas aparecen y me falta el aire. Janet se levanta, se sienta a mi lado y me abraza.

—Seguro que hay una explicación para todo esto, Dele. No te martirices antes de tiempo. No te conviene.

—Lo sé, pero sabes cómo es Francis. No quiere hablar del tema. Hace como si nada y por si fuera poco se ha portado como un auténtico imbécil con el inspector. Él y su maldita reputación.

—Solo piensan en su carrera. —Me apoya—. Por suerte nos tenemos la una a la otra.

Se levanta y coge una de las pastas, la pone en una servilleta y me la da. Le digo que no puedo comer, que tengo el estómago raro. Ella me responde que debo comer algo y me da la copa.

—No quiero pasarme con el vino, Janet. No puedo emborracharme.

Sonrío.

—En otra ocasión tal vez te diera la razón, te diría que es pronto para empezar a beber. Hoy, sin embargo, es justo lo que necesitamos. Y que nos lo merecemos.

Accedo.

¿Qué más da la hora que sea?

Miro la pantalla de mi iPhone para asegurarme de que no tengo ningún mensaje nuevo. Nada. Janet me sirve la copa de vino blanco y me la llevo a los labios.

—Verás como vuelve antes del lunes.

Lo hace para calmarme y yo quiero pensar lo mismo, pero no puedo.

Hablamos de todo un poco y asuntos banales. Así pasamos mejor el rato. ¿Quizá podríamos hacer algo más?

14

OLIVIA

Viernes, 7 de junio de 2019. Noche.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Tumbamos a Judith en la cama de Justin. Se ve aún más pequeña de lo que es en realidad. Me sorprende la delicadeza con la que él la trata. Tiene mucho cuidado de no hacerle daño y eso me perturba un poco. ¿Por qué? Porque no me cuadra que le haya hecho daño a aquel chico o, incluso, a ella y ahora pueda tener tanto tacto.

Cuando era más pequeño, de edad me refiero, le costaba controlar la fuerza y cuando los demás niños se reían de él, perdía el control y les pegaba. En parte, ese era el motivo por el que nadie quería jugar con él y no lo invitaban a los cumpleaños. El otro era que su edad mental no concordaba con los demás chicos y chicas de su edad.

Dijeron que fue por falta de oxígeno durante el parto. Lo que me costó dar a luz y el dolor que sentí durante horas, no fue nada comparado con las palabras del pediatra y la comadrona. Sus rostros me dejaron claro que algo iba mal. Sus prisas, la ausencia de explicaciones y cómo se lo llevaron a otra sala dejándome desconcertada en aquel quirófano frío y estéril.

Se llevaron a Rafael de mi lado. Y aún me sentí peor. ¿No se suponía que el primer contacto de una madre con su hijo es primordial? Eché de menos sentir aquel cuerpecito que había nadado en mi interior. Fue como si me arrancaran una parte de mi alma.

—Vamos a valorar los daños, pero es pronto para asegurar nada —eso nos dijo. Eso y mucho más. No me enteré de nada. Mi mente desconectó mis oídos para protegerme. Veía al doctor y a mi marido hablando. Asentían. Negaban. Movían los labios sin que yo pudiera entender nada.

Los daños.

Los daños.

Qué manera más cruel de nombrar un qué; ¿Un accidente? ¿Un error? ¿Un fallo? ¿Mi fallo?

Fuera lo que fuere, Rafael lo pasó fatal. Intentó guardar la

compostura ante mí, que me sentía tan desgarrada por dentro como por fuera. Él, un médico de reputación, que no se pudo librar de un error. Quizá médico, quizá mío. Se apresuraron en calmarme y hablarme de que, en ocasiones, ocurrían este tipo de inconvenientes. Partos largos, partos complicados. Sufrimiento fetal, aguas fecales y contaminadas. Son cosas que pasan. Pero me pasó a mí. Un descuido que había dañado a mi bebé. No lo había cometido el doctor, ni la comadrona, ni siquiera una enfermera. Lo cometí yo. Le había fallado a Rafael como esposa al no darle un niño sano. Le había fallado a Justin como madre al no darle el oxígeno que sus diminutas células precisaban y privándole de una futura vida normal.

Ahora no le fallaría.

Ahora debía enmendar toda mi culpa.

Y defenderlo hasta el fin. Fuese cual fuese.

En el armario de la estancia principal encuentro unas cuerdas y se las ato a Judith. Primero los brazos. Después, las piernas. Compruebo los nudos y me aseguro de que estén lo justo para que no pueda liberar sus manos o pies. Tenso las cuerdas y las ato a la cama.

Pienso que es excesivo, pero no puedo correr riesgo alguno hasta conocer todos los detalles de lo que ha ocurrido. Lo único que sé con certeza es que Justin no quería hacer lo que hizo —que aún no sé qué fue o no quiero asimilarlo—, que un chico está muerto y que Judith está lastimada. Y ahora yo la he llevado contra su voluntad, la he atado a una cama y me dispongo a interrogarla. Ahora soy cómplice.

Justin, que ha permanecido callado y atento a todos mis movimientos, rompe el silencio.

—¿Por qué la atas, mamá? No se marchará a ningún sitio.

—Para asegurarme de que no se hace más daño, cariño. Debemos limpiarle el barro y desinfectarle esa herida tan fea que tiene en la cabeza.

—No se irá —me asegura—. Judith se casará conmigo y seremos muy, muy, muy felices los tres.

—¿Los tres? —pregunto sorprendida.

—Claro, mamá. Tú vivirás con nosotros.

Asiento con amargura. Ojalá fuese cierto y pudiéramos dar un vuelco a la situación. En mi mente se forma la escena con rapidez. Justin con un esmoquin negro y pajarita. Judith con un largo vestido blanco con mil capas de seda y relieves en forma de rosas. Una iglesia engalanada con flores; lirios, crisantemos… Se prometen fidelidad, amor eterno y se besan ante los vítores de los asistentes. Luego, la música celestial que envuelve a los recién casados se quiebra. Se oscurece el cielo y el ambiente se vuelve denso. Del rostro de Judith sale un río de color púrpura que va cayéndole, resbalando y

manchando el vestido. Su rostro se deshace, se funde como la cera. Y, entonces, me doy cuenta de que mi hijo también sigue los pasos de ella. Manchándose de carmesí. Fundiéndose.

Luego, regreso a la habitación.

Nada de eso es posible a menos que se trate de una serie de Netflix. No ocurre en la realidad.

—¿Mamá? Dime que sí.

—¿Qué? —pregunto desconcertada y con la visión de la boda macabra todavía en mis ojos.

—Dime que vivirás con nosotros y seremos felices los tres.

Lo abrazo y ahogo las lágrimas que asoman en mis lagrimales.

—Claro que sí, Justin —miento—. Seremos una familia feliz.

Sin embargo, me temo que no será para nada tan bonito ni tan fácil.

15

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
En el coche, Aurora.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunto sabiendo que se trata, inevitablemente, de problemas. En la pantalla del aparato me ha aparecido el nombre de ella al tiempo que ha reverberado excesivamente alto.

—Santos, ¿se puede saber qué te propones?

—Resolver un asesinato con ensañamiento, señora jueza —digo porque sé que le molesta y por ser la verdad aunque no se refiera a ello.

—Me ha llamado Pellicer y está muy enfadado por el modo en el que te has presentado en su casa. Dice que eres un maleducado.

¿Por qué no me extraña eso?

—Así que tenemos un alcalde al que no le gusta que husmeen en sus quehaceres aunque su hija esté relacionada.

—Supongo que tienes alguna prueba de ello. —Su voz se ha vuelto más afilada y menos agradable.

Mi silencio la anima.

—¿Me oyes, Santos? No tienes nada de nada.

—La mochila. No se olvide de ella.

—Eso es circunstancial. Sabe que no es prueba de nada. Por favor, no me sea infantil.

—Mi intuición me dice que, en esa familia, hay demasiados secretos por salir a la luz e, inevitablemente, su hija Judith tiene algo que ver en todo el asunto.

—Un puto ajuste de cuentas entre yonquis, Santos. Solo es eso lo que tiene entre manos. —Si supiera lo que tengo entre manos ahora, haría que me echasen del cuerpo—. Ate los cabos y cierre el caso. Y, por el amor de Dios, ¡deje a la familia Pellicer en paz!

—No le prometo nada. Prefiero arrojar luz al hecho de que su hija ha desaparecido, que no a enfocarme en que quede bien de cara a las

elecciones.

—¡Santos! ¡Vale ya!

—No se preocupe, jueza Pelayo. Si ese hombre tiene el culo limpio, puede estar tranquilo, pero si la ha llamado a usted para que me amenace… entonces tengo claro que mi intuición mira en la dirección correcta. Y, ¿sabe qué? Me encontraré un culo lleno de mierda.

Y cuelgo.

Doy un suspiro de satisfacción.

Qué bien me siento. La imagino aún con el teléfono en la mano insultándome y sin dejar de soltar improperios.

Seguro que está muy atractiva con su pelo negro apretadísimo en su cabeza y la cola de caballo meneándose de un lado a otro. Sus ojos oscuros chispeando y sus finos labios apretados en una línea fina y pequeña.

Voy en la buena dirección.

El teléfono vuelve a sonar y casi puedo sentir de nuevo la voz de la jueza.

No. No es ella.

—¿Qué tienes? —pregunto sin saludar.

—Santos, ven al laboratorio ahora mismo. Hay algo que deberías ver.

16

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Madrugada.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Estoy tan agotada que me falta el aliento. Me siento a la mesa de la cocina. Pensar en el siguiente movimiento se me hace pesado, arduo y doloroso. Justin, sin embargo, mantiene un constante…, no sé cómo expresarlo, ¿estado de alegría? Sí. Quizá parezca eso.

—Cielo —lo llamo—, ven un momento.

—Dime, mamá. —Me pasa el gran brazo por mis hombros, acerca su cabeza y me da un beso en la mejilla que retumba en la sala—. ¿Qué quieres?

—Voy a salir un momento y debes prometerme que no tocarás nada. Pero, sobre todo, no quiero que entres en la habitación.

Cuanto menos contacto tenga con ella, mejor. Quizá cuando recobre el conocimiento pueda convencerla de que no denuncie a Justin.

—¿Por qué? —pregunta, decepcionado.

—Necesitamos comida y algún zumo. Aquí no tenemos nada. Hacía mucho que no veníamos.

—Vale. Pero por qué no puedo mirarla. Ahora es mía.

Lo dice tan tranquilo que me provoca un escalofrío. «Es mía». Por Dios bendito, Justin. No hables así.

—Es nuestra invitada. Y debes dejarla descansar. —Intento dar un vuelco a la situación. Veo lo enojado que está y su sentencia «es mía» no me gusta nada—. Después le daremos algo de comer.

—Pero me aburriré.

—¿Sabes qué puedes hacer mientras? —Me levanto y abro el pequeño armario que tenemos al fondo, en un lateral. Saco un cubo, una fregona y una escoba—. La caseta necesita una buena limpieza y tú eres el hombre indicado para dejarla perfecta.

—Soy el hombre, soy el hombre —se alegra.

—O si lo prefieres puedes echarte en la cama y dormir un poco.

—¿Con Judith aquí? ¡Imposible! ¡Estoy tan emocionado!

No sé qué pensar.

—Está bien, Justin. Primero barres el suelo y después le das con la fregona.

Miro debajo de la fregadera y estoy contenta de encontrar una botella de lejía. La agito y el líquido hace ruido. Aún contiene algo, así que será suficiente para mantenerlo distraído y, de pasada, desinfectar un poco.

Echo un último vistazo a Judith. Está profundamente dormida. Profundamente inconsciente. Me despido de Justin con un beso en la frente y cuando subo al coche él sigue agitando el brazo con efusividad.

Me acuerdo de cuando era yo la que le decía adiós desde la acera cuando él se iba de excursión con la escuela. Tenía tanto miedo de dejarlo solo, de que le ocurriera cualquier desgracia.

Ahora soy yo la que me voy y la desgracia la ha hecho él.

Levanto la mano, la muevo y le digo adiós al espejo retrovisor. Espero que no haga ninguna trastada. Espero que Judith no se despierte. No antes de que yo regrese.

17

JUSTIN

Sábado. 8 de junio de 2019. Madrugada.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Mamá confía en mí. Ya soy adulto. Soy un hombre. Pues claro que lo soy. Tengo las piernas llenas de vello y en el pecho también. Papá también tenía mucho y yo me parezco a él. Lo echo mucho de menos. Mamá dice que así lo ha querido Dios. Y yo lo odio a veces por llevárselo.

Un día, Carlota Fernández, la niña de las trenzas a los lados, me dijo: «¿Por qué no te mueres y te vas al infierno?». Lo dijo para hacerme daño. Yo pensé que sería buena idea, que quizá me encontraría a mi padre. Que él estaría esperándome con los brazos abiertos. Luego recordé que el reverendo dijo que mi padre se había ido al cielo. Y Carlota quería que me fuera al infierno. Suerte que me di cuenta y le supliqué a Dios que no me matara. No hubiese soportado morir y no encontrarlo.

Dejo de agitar el brazo cuando me duele y un rato después de perder de vista las luces rojas que tiene el coche.

Respiro el aire. Me gusta este olor a campo. Sonrío. Papá me decía que aquí el aire es tan limpio que los pulmones sonríen al llegar. El aire es fresco y frío, baja directamente desde los Pirineos. Donde durante casi todo el año puedes ver las cimas nevadas.

Cierro la puerta, doy un suspiro y voy al armario. Ojeo lo que hay y cojo la escoba. Aquí también huele muy especial. A madera y cenizas. Y a humedad. Y a viejo. Y a moho.

Entonces, abro el primer cajón y saco la radio portátil. La enchufo a la corriente y busco el dial de la emisora que me gusta. Lo consigo. No se oye a la perfección y la sintonizo con ruidos, pero me basta. Siempre ponen música marchosa que me hace bailar. A veces, también canto. Lo hago en inglés. No me sé las letras ni el idioma, pero eso no me impide disfrutar siguiendo el ritmo con las piernas y brazos, y tarareando como un experto.

Vuelvo a mi tarea. Escoba, cubo y fregar. Cuando mamá llegue estará más orgullosa de mí. Estará feliz. Y, al final, lo seremos los tres.

Miro hacia mi habitación, la de Judith, la nuestra. Me siento la cara ardiendo. Seguro que me he puesto rojo como un tomate. Nunca había tenido a una chica en mi cama. Y eso significa que somos más que amigos. Somos íntimos. Igual que lo eran mamá y papá. Me pregunto si Judith también soltará suspiros cuando durmamos juntos.

Pronto lo sabré.

Seré su hombre. Eso me hace feliz. Y a ella también.

18

santiago

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Cementerio de Aurora.

Pasan unos largos minutos antes de que empiece a dudar de que acuda a la cita. Juego con la tarjeta y paso los dedos por el relieve dorado. Escrito a mano con una rúbrica delicada, fina y segura.

«CEMENTERIO MUNICIPAL,
10:30h»

El día está empezando a ser bochornoso y mi camisa se me está pegando a la espalda.

La llamada de Juan Pérez me ha dejado intrigado. ¿Qué habrá visto en el cadáver?

Cuando creo que la mejor opción es que vaya al depósito porque Delena no va a aparecer, un movimiento llama mi atención.

La señora Pellicer aparece detrás de los cipreses, andando con un aire que solo las mujeres como ella —de su clase— las envuelve. ¿Se aprende con el tiempo? ¿O es el dinero que te transforma? Qué más da. Supura poder, atracción, y ella lo sabe.

Se sienta a mi lado en el banco de madera, desgastada por la intemperie, percibiendo el perfume floral que abre mis fosas nasales. Casi puedo distinguir la repulsión a sentarse en un lugar tan vulgar, tan popular, entre los que son menos que ella.

—¿Y bien? —pregunta la mujer sin mirarme. Tampoco le veo los ojos. Se ha puesto unas enormes y redondeadas gafas de sol que le cubren la mitad del rostro. Se hace la interesante. Es guapa. Los años no le sientan nada mal. Pero no estamos aquí para flirtear.

—Creo recordar que fue usted quien me invitó a venir —digo tajante mostrando la tarjeta que aún tengo, jugando en mis dedos.

—Es que… Es sobre Judith.

Asiento con la cabeza. La animo a seguir. Ella se toma un tiempo.

—Sé que es una chica rebelde a la que le gusta ir a su aire, pero esta vez… No sé… Tengo una sensación extraña aquí dentro —se pone

la mano en el pecho—, que me dice que algo no está bien.

—No cree que se marchara por su cuenta. ¿Es eso?

Confirma. Se quita las gafas. Tiene los ojos llorosos, preocupados. Son de un color avellana tirando a miel clara. Preciosos.

—Sé que lo ha hecho muchas veces y que es una joven complicada, pero… no se ha ido.

—¿Cómo de complicada es?

—Le cuesta seguir las normas y siente que no encaja en la familia —veo que le cuesta pronunciar estas frases—. Ella y Lidi, su hermana, son dos caras de la misma moneda y chocan a menudo.

Lo he notado. Tanto la hermana como el padre mostraban una serenidad gélida. Mantuvieron la compostura en todo momento y fueron tajantes con el tema, que, según ellos, no existía.

Delena, sin embargo, no podía mantener esa pose de impasibilidad. Igual que ahora, la percibo cercana, casi como si el dolor o temor pudiera supurar por su cuerpo.

—Entiendo —le aseguro.

—¿Tiene usted hijos, inspector?

La pregunta me sorprende con la guardia baja.

—No —digo—. No tengo, señora.

—Cuando tenga, entenderá qué es sentir cosas en el corazón. Lo que duele ver que tu hija es tan diferente a sus hermanos y su padre. Una diferencia que no pasa por el gusto diferente, sino que más bien se percibe como un odio latente, una rabia contrita que lucha por salir y confrontar.

—Así que Judith era una bomba de relojería a punto de explotar —afirmo así, sin preguntar.

—Todos los días, inspector.

—Los adolescentes a menudo se rebelan y se sienten tentados en romper las imposiciones de los padres. Nosotros mismos, de jóvenes, ¿cuántas leyes pudimos quebrantar?

Me arrepiento en cuanto la última frase sale de mi boca. ¿Qué sé yo de cómo sería su paso a la fase adulta? Conocía mis errores, mis batallas y el dolor que sufrí por nimiedades.

—Es una etapa difícil —me sorprende que lo confirme—. Sin embargo, no puedo evitar sentir esta opresión que teme por ella.

—No la juzgo, señora. Es lo lógico en una madre.

—Lo que me extraña es el modo en que lo ha hecho.

—¿Piensa que es posible que le haya ocurrido algo malo que la ha hecho huir?

Asiente.

—¿Y cree que —hago una pequeña pausa para encontrar las palabras justas para no parecer un insensible—, es posible que se marchara para vengarse de su padre o de su hermana?

Me mira como si la hubiera dañado. Como si le hubiese clavado un cuchillo en el pecho.

—¡No! —exclama—. No puede decir eso. No. Judith jamás…

—Señora Pellicer —suavizo mi voz, aunque suena inclemente—, ¿sabe cuántos adolescentes desaparecen cada año por su propia voluntad?

—No lo sé, pero Judith no lo haría. No.

Le doy un tiempo para pensar en lo que le digo. A veces, cuando los padres empiezan a visualizar que puede que sus hijos se marcharan por voluntad propia, empiezan a recordar riñas, situaciones o cambios que son como un detonador.

Delena me mira muy fijamente.

—Inspector, en casa ha hablado de un incidente en el que Judith se ha visto envuelta. ¿A qué se refiere exactamente?

—Por el momento, tenemos poca información al respecto y estamos siguiendo los pocos cabos que hemos visto. Es de vital importancia que hablemos con ella cuanto antes.

—¿Y qué tiene que ver con Judith? Se lo suplico. Deme algo.

Diga lo que diga la haré sufrir.

—Cerca del cadáver que apareció en el descampado encontramos la mochila de su hija.

Delena se rompe tan rápido que me arrepiento de haber sido tan directo. Sus lágrimas se han desatado como un río desbocado corriendo mejillas abajo sin control. No sé qué hacer. Por suerte, ella habla antes de que yo la cague por completo.

—Ayer se fue de casa. Nos peleamos. —Se deja caer en mis brazos. Es incómodo, pero la envuelvo con los míos, dándole unos golpecitos en la espalda—. Por Francis. Dijo que él la estaba matando y no soportaba más la situación.

¿La estaba matando? Me interesa.

—¿Cuál era el problema, Delena? —Uso su nombre de pila. Cercanía y seguridad.

—Judith quiere ser artista. De hecho, siempre ha pintado muy bien. Sus cuadros son… oscuros y tétricos, pero se le da muy bien el pincel. El problema es que a Francis nunca le ha parecido un trabajo. Él la inscribió en la universidad para que siguiera sus estudios. Empresariales o algo así. Pero ella no quería. Decía que si la obligaba a ir se cortaría las venas y cuando encontraran su cadáver sabría que fue por su culpa.

—¿Piensa que es posible que…?

Se separa con brusquedad.

—No. ¡Por Dios! No lo ha hecho. Discutimos y nos dijimos cosas terribles, pero Judith jamás se quitaría la vida. —Sus sollozos son inaguantables y no sé qué hacer. Quizá un nuevo abrazo, un golpecito

en el hombro. No soy así. No entiendo de cercanía y ya bastante incómodo me siento con la situación—. Por favor, inspector. Encuéntrela. Haga que vuelva a casa.

Si Judith ha decidido marcharse por su cuenta, lo único que pueden hacer sus padres es aceptarlo. No es mayor de edad, aunque puede haber decidido desaparecer. Les guste más o menos. No se lo digo. En lugar de eso, aseguro:

—Lo haré. Daré con ella.

—¿Y qué hacía su mochila junto a ese energúmeno?

—También lo averiguaremos, Delena. No le quepa la menor duda de que lo haremos. Es primordial que la encontremos cuanto antes. ¿Puede darme su número de teléfono?

—No servirá de nada —afirma.

—¿A qué se refiere?

—A que no se lo llevó. Debió de caérsele cuando se fue de casa. Lo encontré en su habitación, encima de la cama.

«Premio», exclamo en mi mente.

—Me pregunto si sería usted tan amable de dejarme echarle un vistazo.

—¿Serviría de algo? —me interroga con nueva esperanza en los ojos—. No puede decirme nada, ¿verdad?

—Tiene razón, pero quizá podamos acceder a él y saber a quién llamó, con quién habló. O encontrar algún mensaje que nos ayude a entender dónde… —Pienso muy bien en la palabra a utilizar. No quiero mentirle, pero tampoco quiero darle falsas esperanzas. Así que omito hablar de su estado—: Dónde se encuentra.

—De acuerdo, se lo daré.

Abre el bolso, saca su teléfono y lo tiende frente a mí.

—Deme su número y le digo cómo hacemos la entrega.

Anoto la numeración en la pantalla y se lo devuelvo. No puedo evitar pensar en lo clandestino y sospechoso, casi oscuro, de nuestra futura quedada. ¿A quién le teme?

—Señora Pellicer —la sondeo—. Si hay algo más que deba saber, puede contármelo.

—Todo está bien —zanja.

Nos levantamos del banco. Ella se coloca las gafas de sol y parece que vuelve a ponerse la máscara de la mujer de hielo. O, por lo menos, lo intenta.

—Gracias, inspector.

—Nada. Es mi trabajo hallar la verdad.

Empieza a andar y yo la miro. Contonea la cadera como una modelo. Su melena oscura se agita de un lado a otro con elegancia bajo la sombra de la pamela.

Se detiene. Se vuelve hacia mí, aparta las gafas levándolas hacia

arriba y me mira con unos ojos que se han vuelto agresivos de repente. Luego dice:

—Le agradeceríamos que mantuviera el caso con la máxima discreción, inspector. A mi marido no le gustaría que nada se hiciera público antes de tener alguna respuesta. ¿Me entiende?

No respondo. ¿O sí lo he hecho? ¿He asentido?

—Gracias, inspector.

19

JUSTIN

Sábado, 8 de junio de 2019. Madrugada.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

El suelo está muy limpio. Mamá estará muy contenta conmigo. Seguro que me felicitará. Quizá me habrá comprado una tableta de chocolate. Sí, sabe lo que disfruto dejándolo derretir en mi boca.

Un quejido me sobresalta. Viene de la habitación. Es Judith. ¿Estará despierta? Me pongo nervioso. Estoy temblando y me muerdo el labio inferior. ¿Qué hago? ¿Voy a ver o espero a que llegue mamá?

Dejo la fregona apoyada en la pared. Respiro muy despacio. Doy un paso con cuidado. El suelo cruje bajo mis pies. Quizá sí esté un poco sobrado de peso como dice mi doctor. No, soy grandote, no gordo. Me vendría bien hacer algo de deporte. ¿Me quito los zapatos? No. Voy andando tan lento que incluso el tictac del reloj de pared parece sonar a ralentí.

Pongo una mano en el marco rugoso de la puerta. Asomo la cabeza y veo a Judith moverse. Me da pena verla atada. Pero mamá ha dicho que es por su bien.

—¿Hola? —Judith mueve los labios—. ¿Hay alguien ahí?

No me ha visto, aunque sabe que estoy aquí. No sé qué hacer. ¿Respondo o no? ¿Espero a mamá o no?

No me gustan las decisiones difíciles. Me ponen nervioso. Ya estoy temblando otra vez. Mis manos están inquietas y mis latidos han aumentado el ritmo. Cierro mis dedos haciendo un puño. Las uñas se me están clavando en las palmas de las manos. No importa. Sigo con mi presión.

«Cierra los ojos y visualiza las dos opciones. Relaja la respiración y obsérvalas. La que te haga sentir mejor. Esa es la buena.» Es lo que me dice la doctora. Lo hago y logro calmarme un poco. Aunque siga teniendo miedo.

Pero soy un hombre. Soy el hombre. Y ella es mía. No tengo de qué temer ni de qué asustarme.

Sí. Soy fuerte.

—Hola —respondo y doy un paso al frente.

Ella se agita y veo como abre los ojos. Parece que le cuesta trabajo. ¿Será por el corte en la frente? ¿Por la sangre?

—¿Quién eres?

No me conoce. Claro, está a oscuras y estoy en el umbral de la puerta. Aún no ve que soy yo.

—Justin —digo—, soy Jazzy.

—No conozco a ningún Justin —dice, y me duele en el pecho. Siento un agujero que se come mis entrañas—. ¿Dónde estoy?

—En mi habitación, Judith —respondo. Luego, rectifico—. En nuestra habitación.

Judith me mira extrañada con los ojos medio abiertos. ¿Le duele? Me he acercado hasta su lado. Sus ojos se ven confusos, tristes. ¿De verdad no se acuerda de mí? Me siento en la cama. Parece asustada.

—Me has atado.

Se mira pies y manos.

—Ha sido mamá. Yo no te haría nada que no te gustase. Pero no te preocupes, es parte del plan. Todo está bien.

—No. No. No está bien. Me duele todo el cuerpo. Me duele mucho.

El cuerpo. Yo también se lo miro y me duele. Cómo lo agita, cómo lo estira, cómo lo retuerce. Es tan guapa. Su pelo, sus brazos, sus piernas. Quiero tocarla. Pasear mis dedos por su piel. Besarla y abrazarla. Quiero ser un hombre. Ya soy un hombre. Su hombre.

Se agita con unos movimientos espasmódicos. Forcejea intentando librarse de las cuerdas que la retienen.

—¡Suéltame! —me grita.

—No. No. No. No puedo hacerlo. Te harías daño, Judith. Y no quiero que te hagas daño.

Entonces, se queda muy quieta y me mira. Un rato después dice:

—Dices que es por mi bien.

—Sí, claro. Te harías daño. Además, tenemos que lavarte la herida antes de que se te infecte. Y no queremos que ocurra eso.

—No, no lo quiero.

—Eres tan guapa.

—¿Quién más hay en la casa?

—Ahora nadie más. Solo estamos tú y yo.

—Pero hace un rato has hablado en plural. Has dicho que teníais que lavarme la herida.

—¡Ah, sí! Mi madre, pero ahora no está aquí. Llegará pronto y, después, podremos lavarte.

—¿Y si me desabrochas las cuerdas mientras la esperamos?

—No puedo. Se enfadaría mucho.

—No tiene por qué saberlo, Justin —cuando dice mi nombre pone los labios de un modo muy sexi. Es como si me lanzara un beso. Me

ruborizo y siento un cosquilleo en la entrepierna. En mis partes. Sonrío—. Será nuestro secreto.

Sí. Lo será. Quiero más secretos con Judith. Como los encuentros en el parque. Hablábamos de cosas importantes. El verano, la nieve, la playa… Ella me comprendía y le había contado mis secretos más íntimos. Nosotros éramos íntimos.

—Vale —accedo.

Empiezo a deshacer el nudo de su mano derecha. Le estoy rozando la piel y vuelvo a sentir el cosquilleo en mí. Mis dedos se ven tan grandes que tengo miedo de hacerle daño con mis manazas. Las suyas son delicadas, pequeñas, suaves. Quiero subirle por el brazo, llegar a su cuello y besárselo. No debo hacerlo. No estamos casados. Sería pecado e iría al infierno.

Su mano se libera. Ella mueve la muñeca. La gira. Estira y contrae los dedos. Me señala la cuerda de la pierna. Asiento. Me lo ha pedido. Me giro y desabrocho la cuerda. Su pierna es tan perfecta también. Me siento tan a gusto y, a la vez, tan arrepentido de sentirme así, que no sé qué pensar. La tengo aquí tumbada. Es mía al fin. La estoy tocando y estoy excitado. Mi pene ha crecido de tamaño y me aprieta bajo el pantalón. Quiere salir. Quiere que sea un hombre de verdad.

Pero no debo hacerlo. No aún. No hasta que estemos casados.

—Judith —la llamo.

—¿Qué?

—¿Cuándo nos casaremos? —le pregunto sintiendo mis mejillas cada vez más ardientes y mi entrepierna más hinchada.

—¿Quieres casarte? —finge con cara de sorpresa.

—Claro. —Le dejo libre la pierna. Me levanto y me giro de cara a ella—. Soy tu hombre. ¿Ves? —Me levanto y señalo el bulto de mis pantalones—. Ya soy un hombre y estoy apunto para ti, para darte lo que necesitas.

Judith mantiene sus ojos en mí. Ha perdido el miedo. Se lo veo en los ojos. Lo quiere. Me quiere. Tiene la mirada en mis manos, que desabrochan los botones de mi pantalón. Los dejo caer. Se me quedan a media rodilla. Mis calzoncillos no pueden retener mi pene. Es grande, duro y quiere hacerme hombre.

—¿Lo ves, Judith? —le pregunto—. ¿A qué es lo que te hará feliz?

Entonces, justo cuando libero toda la presión que me retiene, ella suelta un jadeo, como de sorpresa ante mi hombría.

—¡Qué demonios!

El bramido desde la puerta hace que me gire de golpe. Mi mamá ha llegado y no la había escuchado. Está enfadada. Su mirada salta de Judith a mí, de sus extremidades a mi entrepierna. Está confusa, asustada, enojada.

—¡No! —grita, y la veo que se lanza a cámara lenta hacia mí.

¿Cree que quería hacerle daño? No. Está mirando detrás de mí. Me doy la vuelta a tiempo para ver un pie que se me clava a toda velocidad en la cara. Un latigazo en forma de calambre me sacude el cuerpo. Me tambaleo, mareado, y pierdo el equilibrio. Caigo hacia atrás al suelo.

Todo se vuelve negro.

20

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Madrugada.
Siempre abierto, La Garrotxa.

He corrido como alma que lleva al diablo. A estas horas la carretera estaba desierta. Mejor. No sabía adónde ir, así que estoy en las afueras de Aurora. En el supermercado, de esos que están abiertos las veinticuatro horas, me ha parecido que todos me miraban. Hace tiempo que no pasaba tanta vergüenza.

Cuando Rafael murió, sí que me miraban. La pobre viuda. La pobre madre. La pobre monja. No me lo decían con palabras, claro. Aunque no era necesario que lo hicieran. Sus gestos tan compungidos y sus miradas tan lastimeras que me dolían. Yo lo sabía con solo verlos. Cambiaban su estado cuando se daban cuenta de que era yo, y no cualquier otra mujer, que quisiera llenar la despensa. Sus rostros cambiaban, se tensaban.

—Querida —mi espalda se ha tensado al oír la voz de Florentina. Es una anciana encantadora, aunque cotilla como la que más—, veo que no soy la única que pierde la memoria.

Sus ojos se dirigen a mi cesta. Se da cuenta de que no sabía a qué se refería. Sus ojos regresan a mi rostro y sus cejas, casi ausentes, se le juntan en medio de la frente.

—Una no se recupera tan rápido de la muerte de un marido —dice asintiendo con semblante serio—. A pesar de lo que acostumbre a decir la gente, no es cierto. Recuerdo a mi Fausto como si fuese ayer. Incluso creo que sigue tumbado en mi cama por las mañanas. Él se fue por el maldito corazón, pero puedo comprender parte de tu dolor.

—Gracias, señora Florentina.

—¿Aún no han encontrado al sinvergüenza que lo arrolló?

«¿Sinvergüenza?», pienso yo. Asesino. Esa es la definición correcta.

—No —niego.

—¿Y alguna pista que estén siguiendo?

—No, que sepamos.

—¿Algún sospechoso?

—Nada.

—¡Por todos los diablos del inferno! —exclama con una voz demasiado alta y chillona—. Policías de pacotilla. Que hagan su trabajo. Después se quejarán de que la gente se tome la justicia por su cuenta.

No sé qué decirle. No es raro, ni una falta de respeto. Ella lo interpretará como doloroso y me dará su apoyo.

—Suerte que tienes a ese hombretón en casa que vale cada rayo de sol.

—Sí —afirmo—. Justin es quien me empuja a vivir.

Y ahora mismo me empuja a hacer cosas terribles, pienso para mis adentros.

—Por cierto —mira a su alrededor—, ¿dónde se ha metido, que no lo veo? ¿En la estantería de las chocolatinas?

—No ha venido conmigo. Está en casa.

¿En casa? Es mentira. Y sabrá que le he mentido en cuanto vuelva a la suya y no vea luces en la mía. Florentina vive en nuestra urbanización; misma calle aunque al lado de los Pellicer.

—En la casa de campo —añado.

Abre mucho los ojos, sorprendida.

—Me alegra oírlo, Olivia. Es un lugar precioso y, además, cargado de recuerdos bonitos.

—Cierto. Fuimos muy felices allí los tres.

—Sois una buena familia. Aunque Rafael no esté de verdad, siempre lo tendréis a vuestro lado, cariño. No lo dudes que os guiará. Siempre os observa.

Siento un escalofrío que me recorre el espinazo. Imagino a Rafael a mi lado. ¿Estaría contento de ver cómo llevo la situación o aterrado de en qué me estoy convirtiendo?

—Nada que ver con la familia del alcalde.

Mi rostro palidece y creo que me voy a desmayar. ¿Qué dice? ¿Por qué habla de ellos? ¿Sabe algo? ¿Habrá visto a Justin llegando a casa alterado y ensangrentado?

—Esos sí que no pegan ni con Loctite. Creo que ahora están con problemas graves.

—Claro —afirmo siguiéndole la conversación, aunque mis piernas me gritan que salga de allí corriendo. Es el único modo de saber si hay algo más—, con las elecciones cerca y los problemas de medioambiente.

Me mira rara.

—¿Piensas que te hablo del boicot de los activistas?

—¿No es eso?

—¡Qué va! Si ya digo yo que eres un trozo de pan. —Me guiña un

ojo y se acerca a mí, me agarra del brazo y me susurra en el oído—. No paran de discutir. Desde mi casa los oigo todos los días.

«Y si no fuese así, se ocuparía de acercarse lo suficiente», pienso. Pero no lo digo.

—Con la de problemas que deben tener y una hija adolescente…

—Ese es el problema. Esa niña… Judith. Es una rebelde. No le gusta acatar las exigencias de su padre y… eso los hace estallar.

—Es complicado, señora Florentina. Los jóvenes de hoy en día se enfrentan a un mundo muy diferente al que lo hicimos nosotros.

—¡Pamplinas! Lo dices porque Justin está encaprichado de ella y tú eres un trozo de pan.

Justin…, ¿encaprichado de Judith? ¿Es eso cierto?

—Lo he visto —sigue—. La mira con esos ojos chispeantes que solo te da el amor. Pero esa chica los tiene bien puestos. No se deja arrastrar por las exigencias del alcalde.

Me he perdido. Ya no sé si hablamos de Judith, de Justin, de Rafael o de nosotras. Entre los nervios, el fingir que todo está bien y la mente que sigue entre la cabaña y nuestro futuro inmediato, no sé qué decir.

—Piensa que ese hombre es malo de narices, Olivia. —Menos mal que Florentina no se da cuenta y solo piensa en hablar y soltar lo que tiene dentro—. Esta semana la cosa ha ido a peor. Escuché que querían internar a Judith en un reformatorio. Creo haber entendido que era en ese que hay en las montañas. Pobrecita. Ella lo que necesita es ser libre. Ser ella misma. Que las mujeres ya no debemos ser unas reprimidas. ¡Carajo! Tenemos derechos.

Asiento.

Y pienso.

Si querían internarla lejos de aquí… Quizá piensen que se ha fugado. Que se ha marchado para que no la conviertan en una monja de clausura.

—Ya lo ves, Olivia. Esa familia está desquiciada. No como vosotros. Tuvisteis una mala racha, pero ahora merecéis ser felices.

—Eso intentamos. —Pongo la mejor cara que puedo.

—¿Y cuánto tiempo pasaréis en la cabaña del lago?

No lo había pensado. ¿Cuánto tiempo? Días, meses, años.

—Solo este fin de semana. Se nos ha ocurrido así, de repente.

—Entonces nos vemos el domingo, cariño —dice al tiempo que nos colocamos en la caja para pagar—. Dile a Justin que venga a verme cuando regreséis. Aunque sea tarde. Mañana prepararé un estofado de ternera con verduras. Le tendré un táper listo. Que sé que le gusta mucho.

En esta ocasión no hay nadie haciendo cola salvo el chico paquistaní de la caja y unos jóvenes (menores) que lo sobornaban para que les venda unas botellas de ginebra.

—Hey, Ranjit —dice Florentina al cajero con voz chillona—. Si quieres te doy mi carné, pero espabila que no tenemos todo el día. Además, ¿tú no has sido joven o qué?

21

DELENA

DOS MESES ANTES

Miércoles, 10 de abril de 2019. Tarde.
Urbanización Los Álamos, Aurora.

Este barrio tiene la privacidad que siempre deseé. Urbanización Los Álamos, villas unifamiliares rodeadas de jardines bien cuidados, calles y aceras anchas con árboles enormes a cada lado. Es la zona rica entre la ciudad y el bosque. Aquí pocas veces hay disturbios. Tenemos un servicio privado de vigilancia y, aunque al otro lado hay una de las peores barriadas, no acostumbra a haber problemas. Los delincuentes asaltan antes a otros barrios que al nuestro.

Hoy hace un día estupendo para pasear. Por eso me he puesto las mallas y las zapatillas deportivas. Quisiera hacer algo de deporte. Siempre me digo, en días así, que empezaré con una buena rutina y así me mantengo en forma. Quizá correr por la manzana. Debo fortalecer mis piernas, tonificarlas. Por el momento, me vale andar a paso ligero. Poco a poco lo lograré.

Voy concentrada en la respiración. Janet me ha enseñado a respirar correctamente e intento llevar el ritmo para no fatigarme. Varias veces me acompaña y se asegura de que no desisto. Hoy no puede salir conmigo y por eso es tan especial. Es mi primer día en solitario.

El cielo está de un azul brillante sin nubes. Las lluvias primaverales no han llegado aún. Lo harán. Siempre lo hacen. Y, con ellas, los cambios bruscos de presiones junto a mis jaquecas y episodios de depresión. Ahora me medico. El doctor Vílchez me dio ansiolíticos junto con los antihistamínicos por la alergia estacional.

Aun así, hoy puedo respirar y siento el aire llenándome los pulmones.

Las mansiones son una muestra de los inquilinos que los habitan. Una fachada de poder y bienestar. Ostentosas formaciones florales en la parte delantera que cuesta una fortuna mantener en un clima tan

variado como el que tenemos aquí. La Garrotxa es una tierra dura con contrastes equidistantes extremos. Frío en invierno con temperaturas que llegan a bajo cero y veranos ardientes con olas de calor seco procedente del desierto africano.

Desde la acera no las veo, pero en las partes traseras de las casas se aparejan las piscinas con las zonas de barbacoa, pérgolas con plantas florales trepadoras y sofás de exterior. Todos separados por grandes setos que dan una privacidad aparente. Siempre hay alguien vigilando y nunca puedes estar del todo seguro de que los secretos estén a salvo.

Una noche de verano, habíamos estado cenando en casa de los Pedregal, integrantes del consejo comarcal y otros representantes institucionales. Un encuentro informal amparado por la luna llena, la humeante barbacoa y las copas de vino que no paraban de rellenarnos.

La suave música ambientaba y decoraba de manera sublime los conjuntos de ellos con sus pantalones cortos, los polos informales y las zapatillas carísimas. Nosotras nos habíamos puesto largos vestidos de seda y gasa, con escotes que mostraban pechos de silicona y cuerpos retocados.

Yo nunca me había sometido a ninguna operación. Bueno, esto no es del todo cierto. De pequeña me habían extirpado el apéndice. Pero eso no era por estética como ellas. Yo, a mis bien llevados cuarenta y cinco años, no pensaba en operaciones estúpidas. Ni siquiera iba a hacer desaparecer las estrías que me provocó el embarazo de Judith. Aquellas líneas claras y más finas me recordaban que era fuerte. Ser madre es más importante que ser una escultura.

Pero bueno, a lo que iba. Aquella noche, entre las risas y anécdotas, sobre todo las muy aburridas de los hombres, nosotras hablamos de los gustos sexuales de nuestros maridos. El mío es un aburrido en la cama. Y, durante años, seguimos una rutina tan simple que incluso se puede decir que hemos llegado a dejar de hacer el amor.

Aquellas jovencitas se jactaban de ser máquinas de placer, y yo, en parte, envidiaba poder sentirme como ellas. Deseada, amada y poderosa. Si bien es cierto que ellas lo hacen para llevar una vida plagada de lujo y no las separa mucho al límite de la prostitución. A mi modo de verlo, claro. Yo anhelaba poder sentirme, por una vez, el objeto de deseo de algún joven apuesto. Como Darek, el joven ruso que cuida nuestro jardín.

Por supuesto que ni lo mencioné. Prefiero quedar como una estirada, fiel y anticuada, a que me vean como una vieja suelta y necesitada.

La mujer del consejero de cultura comenzó a alardear de ciertos gustos a los disfraces. Lo que fueron risas esa noche, provocó un revuelo extremo dos días después cuando el *Periódico Nacional* publicó un artículo en el cual se detallaban los gustos exquisitos del político y

acabó así con su dimisión y posterior divorcio.

Cuidarme ha significado hacer dietas, evitar comidas pesadas e, incluso, provocarme el vómito cuando me he visto obligada a aparentar durante una comida. Sé que no está bien, pero qué diablos.

Ahora que las niñas son grandes y más o menos tienen sus vidas encarriladas, he tomado la decisión de empezar a hacer algo que de verdad suponga un reto.

Hago un esfuerzo y me lanzo a la carrera. Con suavidad y calma, viendo cómo reaccionan mis músculos y órganos. Por mucha voluntad que tenga, puedo sentir las quejas de cada célula de mi cuerpo. Me fatigo. Mucho. Estoy sin aliento. La señal de STOP al final de la calle es mi objetivo. Se me antoja infinito. La cara me arde y las piernas me tiemblan. Voy a desmayarme. Espero que nadie me vea. Haría el ridículo y estaría en las redes sociales en menos de un minuto. O quizá mejor que me viesen. Podrían avisar a emergencias.

Sea como sea, logro mi objetivo. Llego a la señal de tráfico y me detengo en seco. Apoyo primero la mano y después dejo que haga lo mismo todo el cuerpo.

¿Estoy loca? ¿O es que soy vieja para esto? Puede que haya llegado el momento de rendirse y asimilar que la edad me ha vencido.

Cierro los ojos. Siento el aire entrar por mi garganta y romper sus paredes. «Céntrate, Delena, céntrate», me digo. Lo voy logrando. He cumplido parte del objetivo. Mañana lo haré mejor. O quizá pasado mañana.

Abro los ojos y cuando me dispongo a regresar andando a casa, los veo.

Un poco más allá está el parque infantil. Es una zona arbolada, bien cuidada, en la que pusieron un tobogán, varios columpios y unos bancos con suelo acolchado.

Son Judith y ese chico, Justin, el hijo de Rafael Fonseca, el cirujano que falleció hace poco. Se me revuelve el estómago. No sé si por la carrera o por el recuerdo de ese hombre. Su mujer es de esas personas tan puritanas y recatadas que todos los domingos van a misa y están continuamente recaudando fondos para ayudar a los desfavorecidos.

Me apena pensar en cuánto habrá sufrido. En lo que debe sufrir con un hijo así.

Desde donde estoy, semioculta por los setos, no me ven. Parecen estar hablando distraídos, contentos, incluso. Judith se ríe. Siento un pinchazo de envidia. ¿Cuánto tiempo hace que no la veo reírse así en casa? Ni me acuerdo. Siempre está de morros. Y si su padre está en casa, ella se muere por salir.

No sé qué le ve a ese chico. Sí, tienen, prácticamente, la misma edad, pero a él le sucedió algo durante el embarazo. Su edad mental es menor. Judith debería rodearse de otro tipo de gente más afín a su

categoría social. A sus aspiraciones profesionales. Alguien que mañana pueda ayudarla a convertirse en quien quiera.

Me acerco a ellos. Están de espaldas y no me han visto aún. Siento curiosidad. Si pudiese, me convertiría en mosca y me quedaría allí, junto a ellos, y escucharía todo lo que se dicen.

Judith se agarra de las cadenas y se deja caer. El vaivén del columpio me marea. Su pelo bicolor se mece y Justin se ríe a carcajadas con la boca muy abierta como un bebé.

—Hey, Judith —la saludo con mi mejor sonrisa.

Ella se frena con los pies y me mira fulminándome. Justin no deja de sonreír. Levanta el brazo y agita la mano al aire.

—Hola, señora Pellicer. —No ha dejado de sonreír—. ¿Ha venido a columpiarse?

Será infantil…

—No —responde Judith en mi lugar—. Ha venido a molestar.

—No molesta, Jud. Mi madre, a veces, viene a columpiarse conmigo y se lo pasa muy bien.

—Tu madre es diferente. La mía no sabe pasárselo bien. —Me duele que mi hija suelte tantos cuchillos contra mí—. Lo suyo es la apariencia y el qué dirán. ¿Verdad, madre?

—Estaba haciendo deporte y solo pasaba por aquí —le respondo al chico con mi mejor máscara—. Seguid con lo vuestro. Judith, acuérdate de que mañana tienes clase.

—Chao, mamá. Vete rápido que si algún paparazi te hace una foto esta mañana sales en las portadas de los periódicos locales hecha un trapo.

Me doy media vuelta fingiendo no ver el fuego en los ojos de mi hija. Estoy convencida de que me mataría si pudiera. Me odia. Y yo también a veces. Sé que es mi hija, pero, en ocasiones, no soporto ni mirarla a la cara. Me duele tanto su mirada… Es tan, profundamente, maligna, que creo que me haría daño si pudiera. Hay veces que deseo que no hubiese nacido. ¿Soy mala madre? No, pero ella nació de algo que jamás debiera ocurrir y ahora pago las consecuencias.

Cuando estoy lista para retomar el camino a casa, se me ocurre un castigo. Me giro y los miro de nuevo.

—Justin —lo llamo—, tu madre te estaba buscando. Y parecía urgente.

Es mentira. Pero así me aseguro de que no seguirán juntos cuando me marche.

—Gracias, señora Pellicer. Voy enseguida.

Le sonrío, me doy la vuelta y salgo a trote. Ha funcionado. Estoy satisfecha.

22

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Madrugada.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Aparco el coche frente a la caseta de madera. Me bajo y pienso en Justin. En lo que puede que haya hecho. Debemos hablarlo. He de saber con exactitud a qué nos enfrentamos antes de tomar un camino sin retorno. Luego pienso: «¿Acaso no lo he tomado ya?».

Saco las dos bolsas; una con alimentos y la otra con artículos de primeros auxilios. Me contenta haber podido comprarlo en ese establecimiento. Esa gente tiene de todo. Y está justo fuera de la urbanización.

Meto la llave en el cerrojo y abro la puerta. No veo a Justin en ningún lugar. Me extraña y me inquieta. ¿Habrá salido? Miro afuera. Espero que no haya ido al río.

Entonces, oigo voces. Proceden de la habitación. ¡No! No puede estar hablando con Judith.

Dejo las bolsas encima de la mesa y entro pitando en la habitación. Lo que veo allí me perturba al instante. No puedo evitar exclamar a voz en grito:

—¡Qué demonios!

Veo a Judith desatada de un brazo y una pierna. Y Justin. ¡Por Dios! Se ha girado y me observa asustado. Veo que tiene los pantalones bajados y el pene erecto. La miro a ella. A él. Sus caderas. Su cintura.

¿Qué estaban haciendo? ¿Qué han hecho?

La pierna de Judith se contrae y su cuerpo se agazapa en la cama. Me lanzo para apartar a Justin de su trayectoria. No llego a tiempo. Él ve mi cara y se gira en el momento en que Judith suelta toda la fuerza en forma de puntapié contra el rostro de mi hijo.

Se tambalea hacia atrás, tropieza y me cae encima, aplastándome contra el suelo de madera. Pierdo la respiración unos segundos por el impacto. Siento un mareo. La habitación me da vueltas y mis ojos

perciben el techo borroso. Y la cama. Y la figura que hay en ella moviéndose como un animal salvaje. «He de centrarme», me digo. Recobro el aliento, la visión y empujo a Justin a un lado. Pesa demasiado para mí. No puedo moverlo. Él no se mueve. ¿Se habrá desmayado? Judith se retuerce y se pone de lado. Va a quitarse los nudos que aún la retienen atada. ¡No! No puedo permitírselo. No puedo dejar que escape.

Tomo una gran bocanada de aire. Lo aguanto en mis pulmones con toda mi fuerza y sin soltarlo aprieto a Justin a un lado. No se mueve.

Maldigo en voz alta y rezo. Rezo a Dios. Necesito salvar a mi hijo. Por favor, Dios. Dame tu fuerza.

Tomo aire de nuevo y empujo.

Vuelvo a tomarlo y a empujar. Los dientes apretados con fuerza. Mi mandíbula se tensa y de la garganta asciende un gruñido animal.

Poco a poco logro sacármelo de encima. ¿Está inconsciente o muerto? No puedo comprobarlo. Me convenzo de que será lo primero. Es lo que deseo. Si Judith se suelta y escapa estaré perdida y Justin también sin mí. Sin nadie que lo defienda.

Su cuerpo provoca un sonido que reverbera en la habitación estremeciéndome.

Me levanto del suelo de un salto y me abalanzo sobre Judith. Ella me golpea en el costado y me acuerdo de respirar de nuevo. Toso. Me falta el aliento. Intento sujetarla. Se me escapa. Es más joven que yo. Más fuerte. Más ágil.

Tal y como se libró de Justin, ahora siento la patada en el estómago y salgo rebotada contra la pared.

Judith ya se ha liberado de la otra mano y ahora se centra en la única pierna que sigue retenida.

Está todo perdido.

Se va a escapar.

En la mesilla hay una lamparilla de esas antiguas. Nunca me ha gustado. La última vez que estuvimos en la cabaña iba a tirarla. Algo me frenó. Sabía que no debía desprenderme de ella. La agarro con fuerza. Los nudillos se me vuelven blancos de tanto que aprieto. Sí, Dios. Gracias por darme el poder que necesito.

Judith no se da cuenta de lo que hago. Está centrada en su propia liberación. Ojalá hubiese otro camino, otra manera de afrontarlo. No la hay. Ya no.

Levanto la lámpara al aire y la dejo caer en el cráneo de Judith con un movimiento lateral. Un crujido excesivo me sube por el brazo como un calambre que acaba por hacerme temblar.

Su cuerpecillo, que ha mostrado poseer una fuerza extrema, se derrumba en la cama, lánguido como una pluma de ganso.

Dejo caer la lámpara de mi mano. Los nudillos siguen blancos como

la nieve y la mano está engarrotada. Mi relámpago interior se expande.

Doy un paso atrás buscando dónde caer rendida, agotada y vencida. Todavía no puedo. Así que hago acopio de la energía que me queda y, sin siquiera detenerme a comprobar las constantes de Justin ni las de Judith, me subo encima de la chica. Agarro las cuerdas con decisión. Vuelvo a atarla. Ahora más fuerte, con más nudos. Y tengo la idea de hacerlo con el cable de la lámpara, que es más fino. ¿Le lacerará la piel? Así quizá se lo piense dos veces antes de intentar huir.

No lo hago, pero quizá me sirva para más adelante.

Giro mi cuerpo y lo dejo resbalar hasta el suelo. Siento los tablones de madera ásperos, agresivos, incluso el aire se ha espesado impidiéndome moverme con rapidez.

Me tumbo en el suelo y, con los dedos índice y corazón, busco el pulso a mi hijo, que sigue… bum, bum, bum. Inconsciente. ¡Bien! No está muerto.

Le golpeo las mejillas.

—Despierta, cariño, despierta.

Se lo suplico. Me hace caso. Abre los ojos con pesar.

—Mamá —dice con la voz pesada—. Perdóname.

Le digo que se calle. No quiero oírlo. Seguro que se siente fatal. Pobrecillo. Mi niño bonito. Mi niño especial. Lo abrazo y le beso tantas veces como puedo antes de quedarme sin aliento. Tomo aire y vuelvo a comérmelo a besos.

Le ayudo a levantarse y nos vamos a la otra habitación. Se tumba en la cama y se pone a llorar.

—Por favor, mamá. Perdóname.

—No hay nada que perdonar, cariño. Eres demasiado bueno.

—Es que soy un hombre, mamá. Y ella quiere casarse conmigo.

Lo miro extrañada y con tristeza. Sus fantasías vuelven a martirizarle. Quizá va siendo hora de llevarlo a ver a la doctora otra vez. Pero ¿y si se le escapa algo de lo que ha ocurrido? No, lo encerrarían en una institución mental. No puedo permitirlo. Si llegan a enterarse, lo perderé para siempre. Lo drogarán y lo atarán a camas de por vida.

—Sois muy jóvenes, cariño. Ya os casaréis en unos años si acaso.

—Pero soy el hombre, mamá. Y tengo la responsabilidad de hacerla feliz.

Me viene a la mente la entrepierna de Justin. Ahora tiene el miembro flácido, pero hace unos minutos lo tenía duro como una piedra. ¿Qué le habría hecho a Judith de no haber llegado a tiempo? ¿Dios no perdona a los violadores? No puedo dejar que estos pensamientos me corroan. Justin es bueno. Él no lo hubiese hecho. Seguro que ha sido ella, lo habrá provocado. Siempre andaba

buscándolo y seguro que se ha insinuado.

—Dios perdona a los buenos, mi amor.

Se calma y me abraza.

Tiene la mandíbula hinchada por la patada que le ha propinado. Le pondré algo frío para aliviar la hinchazón. El material de primeros auxilios será para él y para mí. Y si queda algo para ella. Sino, que se aguante. Ella se lo ha buscado.

Le doy un fuerte abrazo y pienso en la suerte que tiene de tenerme a mí preocupándose tanto por su bienestar.

Le beso.

23

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Tarde.
Departamento de Anatomía Patológica, Aurora.

Cuantas más veces vengo a este sitio, menos encanto le encuentro. Es una especie de híbrido entre hospital y morgue. Olor aséptico, color insípido y decoración exigua.

Los de la científica parecen astronautas enfundados en esos trajes hinchados al estilo del muñeco Michelin.

—¿Qué tenemos? —Exijo saber sin rodeos y así se lo digo—. Que no tengo todo el día.

Juan Pérez me asiente. Sabe que conmigo no hay nada que hacer. Levanta la carpeta y remueve los papeles.

—Yo que tenía preparados veinte folios para que te leyeras y resulta que el señor no-tengo-tiempo-para-pequeñeces menosprecia mi trabajo. —Bromea—. Bueno, si no los lees te haré un resumen, pero te quedas sin birras.

—Ni hablar. Las birras son imperdonables.

—¿Quieres ver el cuerpo?

—De eso nada. Ya vi a ese mal nacido en el descampado. He elegido el resumen. Directos al grano. Solo los detalles importantes —hago una pausa dramática—, y las birras.

—Entonces, dame cinco minutos para que me cambie de ropa y nos las tomamos mientras te cuento.

Accedo. Ya pasan de las doce y mis tripas se quejan como si fuese una tempestad.

Le sigo hasta los vestuarios y hablamos de la liga de fútbol, de la mierda de políticos que nos gobiernan y de la chica del tiempo, que cada día lleva un modelito más provocativo.

Llegamos al bar La ciénaga tras cinco minutos andando. El local está a pocos metros del Departamento de Anatomía Patológica, en los bajos del Hospital Comarcal, y hace las veces de bar de día y pub de noche.

El ambiente es lúgubre con una decoración típica americana —que

no entiendo muy bien qué pinta aquí— y mesas con sofás acolchados rodeados de una gran pared cristalera con la que se ve la bulliciosa calle.

Juan saluda a Brenda, la dueña del bar, con un gran guiño y un beso exagerado.

—¡Cariño, enseguida os atiendo! —grita ella devolviéndole un beso con sus gruesos labios.

Brenda es una mujer de armas tomar. De estatura media con un cuerpo generoso en carnes y unos pechos grandes que se enfunda en tops unas tallas menores de la adecuada. Igual que las faldas cortas de tejidos resplandecientes y prietos en unos magnánimos muslos.

El pelo rubio brillante parece blanco. Y su maquillaje exagerado le dan el aire personal que le gusta.

Siempre he pensado que ella y Juan tienen algo. Nada de amor, claro. Los dos son unos vividores con corazones inmensos. Una lástima. Hacen buena pareja.

Nos sentamos en el sofá que rodea la mesa de la esquina, al fondo del local. No hay mucha gente. Aún es pronto. Pero nos da cierta intimidad.

—Así qué, sorpréndeme.

—El cadáver pertenece a Marcus Sánchez, más conocido como el Comadreja. Traficante de poca monta con antecedentes por posesión, por agresión sexual y por robo con arma de fuego.

—Juan, al grano —le reto—. Eso lo sabíamos por el carné de conducir.

—Lo suponíamos. Ahora sí lo sabemos con certeza.

—¿Cómo está mi doctor preferido? —Brenda nos corta. Apoya las manos en la mesa dejando ver sus generosas ubres—. Ya pensaba que me habría abandonado por una de esas jóvenes esqueléticas y sin sesos que le rondan.

—¿Y perderme la mejor de las compañías? —Le recorre el antebrazo con los dedos índice y anular—. Eso jamás.

—Será mejor que no siga por ese camino, doctor Pérez. O no respondo de mis actos y me dejo engullir por esos ojos negros que me vuelven loca.

—Entonces, que sean dos jarras de cerveza y unas tapas de calamares, chipirones y bravas. —Se relame el labio superior antes de decirle la frase final—. Y después hablamos de esas ideas que tienes de dejarte engullir.

—Eso si no está demasiado lleno, doctor. —Se aleja de nosotros contoneando las caderas. Juan no le quita ojo del culo.

—No sois adolescentes, Juanito —le digo riéndome—. Buscaos un hotel.

Enseguida nos traen las jarras heladas. Las bravas tardarán unos

minutos más, pero el tiempo ideal para ponernos al día y retomar la conversación.

—El tronco superior del Comadreja estaba aplastado. —Eso ya lo sé —. Y hay muestras de ensañamiento. Dato que nos confirma que no fue un asesinato casual. Quien fuera que se lo hiciera, se aseguró de no detenerse hasta haberlo matado cinco veces seguidas.

—¿Un crimen pasional?

La camarera joven deja el plato humeante de bravas en el centro de la mesa, nos guiña un ojo y se va.

—Exacto. —Me da la razón. El asesino se ha recreado.

—A ver si lo entiendo. ¿Me estás diciendo que lo ha aplastado a golpes una mujer? ¿Una amante resentida?

Juan Pérez se ríe con una carcajada.

—No me he explicado bien. No he dicho que fuese una mujer.

—¿Entonces? ¿Un ex celoso? ¿Un gorila con mal de amores? ¿Sabemos si el Comadreja era gay?

—Desconozco los gustos sexuales de la víctima, pero puedes estar seguro de que le aplastaron el tronco y la cabeza a puñetazos.

Estoy asombrado. Y no lo hago a menudo.

—Algún tipo de arma se debe de haber usado. No me jodas que una persona es capaz de aplastar a puñetazos a un hombre y dejarlo abierto en canal.

—Sí se aprecian cortes incisivos en el corazón —hace tintinear el tenedor en el platillo—, con forma de estrella de cinco puntas, pero todo indica a que se lo realizaron *post mortem*.

—¿Algo que haga pensar en un tipo de ritual? Tal vez como la secta esa que adoraba al diablo con ofrendas en forma de corazón.

—Mi opinión es que… —Se lleva una humeante brava a la boca y suelta un placentero suspiro—. Tras el asesinato se los dibujaron. Dudo que se trate de nada esotérico. Aun así, no estaría de más indagar un poco. En el antebrazo tiene tatuados tres símbolos que creo que tienen que ver con la mitología y cosas por el estilo.

—¿Alguna idea al respecto?

—Nada conclusivo, Santos. Salvo que murió a golpes. De eso no tengo la menor duda. Las marcas en el cuerpo revelan que hay dos tipos de moratones.

—No me jodas que has distinguido moratones entre el amasijo de… carne y vísceras.

—Te sorprendería lo que nos puede decir un cuerpo. Esté como esté. A los cuerpos les gusta hablar y el del Comadreja lo ha hecho mucho.

La camarera joven del pirsin en la nariz nos trae los chipirones y los calamares aún humeantes.

—Hay, por lo menos, dos tipos de puño diferentes. Y aquí está lo

más extraño de todo. Unos son grandes y gruesos, con lo cual me hace pensar que nuestro sospechoso es un varón de metro ochenta o noventa de complexión y con una gran fuerza física. Mientras que el otro puño es más débil. Diría que de un varón de talla pequeña, con menos fuerza física, o incluso de una mujer.

¿Una mujer?

Pienso en la clase de relaciones que podría estar envuelto el Comadreja. ¿Qué clase de mujer lo mataría a golpes? ¿O qué clase de hombre? Quizá sí que al tipo le gustaban las relaciones abiertas y se lo montaba con quien fuera con tal de obtener un buen chute. Y quizá ese día le salió mal. Es posible que, simplemente, se trate de eso.

—Pero esto no es todo, Tiago. —Lo miro inquieto—. Hemos hallado cabellos en el cuerpo.

El silencio me inquieta. Así que lo animo.

—Y…

—Son morenos y largos, con las puntas teñidas de azul violeta. ¿Y sabes quién los lleva así ahora mismo?

—¡No jodas!

—Exacto, la hija del alcalde. Judith Pellicer.

Perfecto. Es lo que quería. La mochila era una prueba circunstancial. Y que tendría poca o ninguna validez. Además, el alcalde se negaba a reconocer que había algún problema y, por mucho que Delena me hubiese confesado su preocupación, no podía hacer nada. Ahora, los cabellos en el cadáver me ofrecen la posibilidad de encaminar la investigación por donde mi intuición me indicaba.

—Pellicer no quiere que lo señalen con el dedo y ahora puedo hacerlo con descaro.

—¿Y crees que interpondría la alcaldía a la seguridad de su hija?

No le respondo. No con palabras al menos. Ese hombre es un ladrón de guante blanco.

—¿Algo más?

—Sí. Hemos examinado la mochila de la chica, contenía diversos artículos personales, la mayoría sin importancia. —Hace una pausa dramática. Sabe que me pone de los nervios. Le abro mucho los ojos y aprieto los labios—. Hemos catalogado todo y obtenido pruebas de ADN. Como te digo, sin importancia relevante o a tener en cuenta. Excepto esto.

Saca un sobre rectangular de color beis metido en una bolsa transparente de plástico. En la parte frontal está escrito «Mamá», en letra gótica.

—¿Y esto es?

—Un sobre común, pero limpio. Sin rastro de huellas de ningún tipo.

Veo que está abierto. Así que, en el interior, hay una carta dirigida

a «Mamá».

—¿Judith escribió una carta a su madre?

—Mi trabajo es otro, Tiago. El tuyo, averiguar ese tipo de cosas.

—Y en la carta dice…

Se ríe.

—De esta no te libras. Es de lo más interesante y si quieres saberlo te tocará leerla.

—Pérez, eres un maldito cabrón.

Se ríe aún más fuerte al ver mi disgusto. Las carcajadas hacen girar a Brenda, la cual también se ríe contagiándosela a varios comensales.

—Está bien —digo. Abro el precinto de la bolsa y dejo caer el sobre en mi mano. Lo abro y saco la carta para leer qué nos tiene que decir Judith.

24

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Madrugada.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Preparo unas tortillas y hamburguesas mixtas. Por suerte para mí, la bombona de gas butano estaba medio llena. No lo había comprobado antes de salir a comprar y lo último que me apetecía era tener que volver a salir.

Nos sentamos a la mesa y Justin come igual que en casa. No lo veo nada preocupado. Al contrario. Está tranquilo, sereno. A pesar de que hace horas que habríamos comido e, incluso, que estaríamos durmiendo, no parece que sea ya tan tarde.

—Me duele un poco aquí. —Se toca la mandíbula inferior—. Cuando mastico, sobre todo.

—Entonces, ve más despacio, cariño. ¿Qué prisa tienes?

—Quiero darle la cena a Judith, mamá.

No me lo esperaba. Quiero decir, que él quisiera darle la cena.

—Lo haremos los dos.

No quiero que le haga más daño a Justin ni que ella intente engañarlo.

Nos terminamos la cena sin hablar de nada. Quiero preguntarle qué pasó, pero, a la vez me da miedo la respuesta que me pueda dar. Será mejor preguntarle mañana.

Una de las compañeras de Rafael era psicóloga y me viene a la mente que una vez dijo que, ante un fuerte trauma, el paciente debe dejar salir a su ritmo los pensamientos. Que algunas veces alteran su realidad para no sufrirlo sobremanera.

¿Habrá hecho lo mismo? ¿Estará alterando su realidad?

Dejo los cubiertos en el fregadero. Ya los lavaré después. Meto el plato en el viejo microondas y lo precaliento durante menos de un minuto.

Al entrar en la habitación, me altero al ver que Judith está con los ojos abiertos mirándonos.

No parece enfadada, nerviosa ni asustada, y siento un calambre en cuanto abre la boca para decir:

—Hola, no me atrevía a llamaros. No quería molestar.

—¿Cómo vas a molestar, Jud? —Justin se acerca a ella, contento, y no sé cómo retenerlo.

—Es que…

—Te hemos traído la cena —le informa él con una voz demasiado dulce—. ¿No la hueles?

—¿Qué es? —Intenta levantarse. No puede. Se mira las cuerdas que la retienen.

—Tortilla de dos huevos y hamburguesa. ¿Tienes hambre?

—Supongo. No lo sé. ¿Por qué estoy atada a la cama?

«Porqué mi hijo te ha hecho daño. Y ha matado a un chico. Y si te soltamos lo denunciarás. Ah, sí, y porque le has metido un puntapié y has intentado huir».

No digo nada de eso.

—Por tu seguridad.

Mira extrañada. ¿De verdad no lo recuerda?

—Sufriste un accidente, recibiste un fuerte golpe en la frente y te hemos traído aquí para curarte.

Se agita nerviosa.

—¡Mentira! —Me escupe—. Me habéis secuestrado.

Sí, lo hemos hecho. Pero no, no somos secuestradores.

—¡Soltadme! ¿Qué queréis? ¿Dinero? Llamad a mi padre.

Intento calmarla. Es imposible. Está demasiado nerviosa. Justin también se ha alterado. Se rasca la cabeza y sus ojos parecen estar a punto de llorar.

—No, Jud —le dice él—. No te haremos daño. Te cuidaremos. Recuerda que yo seré tu hombre. Soy tu hombre.

—Justin, ve a la otra habitación.

—Pero yo…

—¡Haz lo que te digo! —le ordeno.

Obedece y se pierde tras el umbral. Me giro y me siento al lado de Judith, que no deja de matarme con la mirada.

—Mira, cielo —le digo mientras abro la cajita metálica que contiene todo lo necesario para curarle las heridas. Ya no le sangra, pero se lo debo limpiar—. Estás aquí porque ha sucedido algo muy grave que no entiendo. Voy a hacer lo que sea necesario para proteger a mi niño. Incluso si tengo que hacerte daño, lo haré. Él es el único que está inscrito en mi lista de prioridades. ¿Entiendes?

Asiente sin decir nada. Tengo su atención. Esto está bien. Sigo.

—La verdad es que hace unas horas mi hijo te ha encontrado al lado de otro chico, el cual ha muerto.

—¿Qué? —me interroga y los rasgos de su rostro cambian.

—El chico está muerto. Quien lo ha matado se ha asegurado de hacerlo y le ha destrozado por completo. Tú habías perdido el conocimiento.

Su rostro se desencaja. O es una gran actriz o se sorprende y horroriza de verdad.

—¿Podrías decirme de quién se trata? —pregunto.

Mueve la cabeza de lado a lado.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—No —dice y sus cejas se juntan—, no lo sé.

—Y, ¿qué hacías en el descampado?

—¿Dónde? —pregunta ella. Me descoloca.

—Te encontramos en las afueras de la urbanización Los Álamos, donde vives. En los desamparados, cerca de las chabolas.

—No sé de qué me está hablando, señora.

Ahora sí que estoy confundida. ¿Se está riendo de mí?

—Judith —digo—, será mejor que colabores.

Me mira con los ojos más abiertos que he visto nunca.

—¿Yo soy Judith?

¿No sabe quién es? ¿Es posible? Le asiento con la cabeza. Ella empieza a llorar. Y la creo. Mi intuición me dice que está diciendo la verdad. No recuerda quién es.

—No logro acordarme de nada —certifica con la voz entrecortada —. No sé quién soy, ni qué hago aquí. —Vuelve a mirarme con esa mirada triste—. No sé ni quiénes sois vosotros. Tengo miedo.

Me da mucha pena por ella. Pero me alegra que sea así. Esto es bueno. Muy bueno. Si no recuerda nada, estaremos a salvo. No puedo estar del todo segura de que me esté diciendo la verdad, pero es mejor que nada. Mejor que pelear con ella. Mejor que convencerla que no denuncie a Justin. Ni a mí.

—Tranquila —le digo y le paso una mano por el pelo—. Nosotros te cuidaremos hasta que estés bien.

No es tan diferente a mi hijo. Podría ser la hermana que Justin siempre quiso. Es una adolescente indefensa que precisa ayuda. Quizá no tenga la identidad bien definida, quizá precise un poco de apoyo. Alguien que la comprenda y escuche. Alguien como yo.

Saco las gasas, el alcohol y esparadrapo, y lo pongo todo en la mesilla. Le limpio la piel, la herida y le digo que le convendría un buen baño. Asiente. Le cuento que necesita relajarse. Y, entonces, se me ocurre otra mentira. Le digo que Justin es su prometido y yo su suegra. Se sorprende, pero no replica. Yo también me sorprendo. Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Supongo que, de un modo inconsciente, las palabras de Justin diciendo que se casarían se me han vuelto en contra.

Se lo cree. Me cree.

A mí me suena extraño. Pero bien podría ser cierto. ¿Tan raro sería? Es impredecible hacia dónde nos conducirá el destino, pero, por lo menos, ahora tendremos una salida.

—Ya te lo he dicho, Judith. Es por tu bien. —Me refiero a tener que atarla. Le cuento que nos visita una psicóloga por su gran imaginación y le ha recetado unas pastillas muy potentes. Que se olvidó tomarlas y le provocó un brote psicótico—. Pronto podremos soltarte. En cuanto tu cabeza empiece a recordar quién es en realidad. ¿Entendido?

Asiente.

—La amnesia se irá enseguida, espero. —¿Por qué mentiré tanto? Le acaricio con suavidad la tez y pienso en complementar la información que le acabo de dar. Le leo en los ojos cierta duda, pero también me parece que se lo está creyendo y eso es bueno—. La doctora lo llama «mitomanía». Es un problema psicológico que te hace mentir y creer las mentiras, las tuyas propias. Lo malo es que nos dijeron que confundes realidad con ficción y ni siquiera sabes qué es una mentira.

—¿Digo mentiras que no sé que lo son y me las creo?

—Exacto —asiento con pena—. Pero no debes preocuparte. En cuanto retomes la medicación, mejorarás y todo será más lúcido.

Me sonríe.

Tiene una sonrisa bonita. Unos dientes blancos bien colocados.

—Ahora has de comer un poco y recuperar fuerzas.

Asiente de nuevo y añade:

—Entendido.

Le devuelvo la sonrisa. Agarro el plato con la cena, corto un trozo de tortilla y se la acerco a la boca. Ella abre, mastica y traga. Abre, mastica y traga. Así hasta que se lo termina todo. Le doy un vaso de agua. Y dos pastillas de Diazepam de mi reserva personal para asegurarme de que duerme tranquila y no intenta escapar. Por si me ha mentido.

—Señora —me llama con una voz fina y dulce—, disculpe mi comportamiento de antes, por favor.

—No te preocupes.

—Estaba asustada y tenía miedo. De verdad que lo siento mucho.

—Nada, cielo. Ahora descansa y piensa solo en recuperar las fuerzas.

—Gracias —dice y me rompe el alma—. Gracias por ayudarme. Usted y Justin son buenas personas. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Olivia.

25

delena

Sábado, 8 de junio de 2019. Tarde.
Residencia Pellicer, Aurora.

Me preparo una ensalada César sin pensar en lo que hago. Tengo la extraña sensación de que me han abandonado. Francis no está. Lidi se marcha y Judith desaparece. ¿Tan mala madre soy? ¿Tan mala esposa?

Me siento a la mesa de la cocina. Remuevo con el tenedor y pincho sin apetito. Estoy a punto de ponerme un tomate cherri en la boca cuando suena mi teléfono móvil.

—¿Judith? —pregunto sin haber leído el nombre que salía en pantalla. No es ella.

—No, señora Pellicer. —Me derrumbo—. Soy Eli.

Es la amiga de Judith.

—Ah, Elisabeth. ¿Cómo estás?

—Bien. —Hace una pausa demasiado larga—. La llamo por Judith. Mi madre me ha dicho que no saben nada de ella desde ayer.

Dicho por ella suena más doloroso. Quizá es que se hace más real a cada minuto que pasa. Le respondo que sí, que seguimos sin saber nada de ella y le pido que si tiene algún dato para tranquilizarnos se lo agradeceré. Como mínimo saber que está bien. Me conformo con eso.

—Lo siento mucho. Pero no sé nada de ella desde ayer al mediodía.

—¿Acaso me lo dirías si supieras que se ha fugado?

—Pues claro —responde. Pensé que había formulado la pregunta en mi cabeza—. Es raro que no dijera nada.

—Lo mismo opino yo, Elisabeth. Y no sé dónde buscarla. —Hago una pausa—. ¿Tiene algún novio?

Silencio incómodo.

—¿Eli?

—Disculpe. No, no tiene ningún novio que yo sepa. A Judith le gusta ir por libre, sin ataduras. Me cuesta imaginarla con alguien en

plan novios.

Eso es cierto. Judith es un alma solitaria. Libre. No le apetece estar con nadie. Eso no quita que quizá…

—Tú lo sabrías si se veía con alguien, ¿no? ¿Quizás un amigo especial?

—Siempre me contaba planes de futuro. —¿A ti? ¿Por qué no me decía nada a mí? Soy su madre—. Deseaba ir a la ciudad a vivir. Decía que quería estudiar Bellas Artes en Barcelona, pasear por el puerto todas las mañanas y atardeceres. Que allí nadie la juzgaría por su ropa, ni por su pelo. Podría ser una más.

Me siento mal. Muy mal. Cuántas veces le habré recriminado que se vistiera como cualquier chica decente. Cuántas veces le grité por las mechas tricolor de su pelo. ¿Se ha marchado por mí? ¿Por no comprenderla?

—¿Crees que se ha ido a la ciudad?

—Me extrañaría. No que fuera, sino que lo hiciera así sin decir nada a nadie. Ella no es tan radical. He preguntado a compañeros y tampoco parecen saber nada de ella. Piensan que puede tratarse de un calentón, una decisión en plan «me voy unos días».

Francis también lo piensa. ¿Tiene razón? Quizá no debamos darle tanta importancia y cuando le apetezca regresará. Sí. Por primera vez, empiezo a pensar que me equivoco. Judith está bien. Y volverá en unos días.

—¿Has probado de llamarla? —le pregunto.

—Sí. Varias veces. Y me salta el buzón de voz. Incluso le he mandado unos wasaps, pero no me sale el *check* azul. Es raro, ya que siempre lo tiene conectado y responde enseguida —Elisabeth hace una pausa demasiado larga. Se ha dado cuenta de que aún me preocupa más y añade—: pero seguro que tiene una explicación razonable.

—Eso espero, Elisabeth.

—Señora Pellicer, verá como está bien. Habrá ido a pasar el fin de semana en casa de algún amigo artista de la Costa Brava —lo dice sin alegría ni convicción en su acento. Finjo no notarlo, le doy las gracias y cuelgo.

Vuelvo a mi ensalada. La remuevo. Elisabeth cree que está con un artista. ¿Haciendo qué? ¿Drogada? ¿Borracha? ¿En una bacanal sexual de artistas, quizá?

Aparto el plato. Ya sin nada de hambre. Las imágenes invaden mi mente y me ahogan.

¿Tanto le cuesta llamar? ¿Tan difícil es? ¿O acaso nos está castigando? Quizá sea eso lo que quiere y busca. Hacernos ver que ella hará lo que le plazca cuando le plazca, por mucho que nos neguemos a ello.

—La vida social y política es vuestra —nos dijo una vez—, yo no

tengo por qué fingir ser lo que no soy como vosotros.

Francis se enfadó muchísimo y ella desapareció durante dos días. Fue horrible. Estuve horas llorando preocupada por dónde estaría y con quién. Y cuando volvió ni siquiera hablamos del tema. Llegué a casa y vi su mochila en el suelo. Subí corriendo al piso superior y estaba dándose una ducha. Me quedé en la puerta hasta que salió. Quería abrazarla, pero no lo hice. Me paralicé como una estúpida y ella se fue a su habitación. Jamás hablamos de dónde estuvo ni de cuánto la eché de menos. Seguimos con nuestras rutinas e hicimos un punto y aparte.

¿Por qué tengo que ser tan poco cariñosa?

El teléfono vuelve a sonar. Ahora sí miro la pantalla y veo un nombre escrito «FRANCIS».

Descuelgo.

—¿Alguna novedad? —pregunto.

—No hables con nadie —dice tajante.

¿Pero qué dice? Se lo pregunto y él repite lo mismo. Después añade:

—No puedo permitirme que la prensa se entere de esta crisis.

¿Crisis? ¿Judith es una crisis?

—Fran, es nuestra hija. ¿Y si le ha ocurrido…? —No me deja terminar.

—Es otra de sus gilipolleces, Delena. —Su voz es fría, seca, dura. Corta la respiración—. En uno o dos días aparecerá como si nada hubiese ocurrido. Espero que no haga ninguna locura ni que nadie la vea. Como se enteren…

Solo le importa su carrera política, sus lameculos, sus periodistas, sus contactos.

—Pero, Fran, ¿y si le ha ocurrido algo malo de verdad?

—¿Cómo qué, Delena? Dime. ¿Qué crees que le ha ocurrido?

Estoy callada durante demasiado tiempo. Lidi cree que se ha ido por su cuenta, su amiga Elisabeth también y Fran… Solo yo tengo el temor de que sí, que esta vez le haya ocurrido algo malo. Él entiende mi silencio como una duda real de que no se trate de una fuga.

Él se crece. Yo me hundo.

—Lo sabes, ¿verdad? —Me ataca de nuevo—. Judith siempre va a su bola. Siempre nos hace quedar mal. Como familia, como padres, como ciudadanos. A la gente le gusta criticarnos y señalarnos por sus tonterías, su falta de respeto y sus salidas de tono.

—Y es más importante tu carrera que ella.

Lo digo sin ánimos. Conozco la respuesta. Siempre la he conocido. Cuando nos conocimos no pensaba que era tan egoísta. Incluso me parecía interesante y misterioso. Los banquetes, las salidas, los viajes… Ahora, sin embargo, lo respetaba y complacía, pero no

compartía para nada esa necesidad y avaricia por querer más y más.

¡Por Dios! ¡Si podríamos vivir de los ahorros el resto de nuestras vidas! Con calma y seguridad. En una isla del Caribe.

—Estamos en un momento decisivo, Dele. El gobierno tomará la decisión de invertir en nuestro territorio y esto significa un beneficio más grande de lo que puedas imaginar.

—Claro —digo enojada—. La tonta de tu mujer no entiende nada.

—No empecemos.

—Es nuestra hija.

—Y ella es quien decide meterse en problemas.

—Pero…

—Nada de peros, Delena. Y nada de comentarlo con nadie.

Dudo si decirle que ya lo he hablado con Janet, con su hija y el inspector, o si mandarlo a la mierda.

—La policía está investigando, Francis. Ellos sí creen que es extraño.

—El inspector —dice él con un tono de asco y un suspiro—. De él no te preocupes. He hablado con la jueza Pelayo y se ocupará de ponerlo en su sitio. No va a molestarnos.

—¡Francis, por Dios! Está buscando a nuestra hija. Que la mochila de Judith haya aparecido en el descampado, significa algo.

Se me pone el vello de punta.

—¿De qué estás hablando?

—El inspector Santos me ha contado que la han hallado en la escena del crimen.

—¿Y cuándo ha sido eso, exactamente?

No puedo responderle. Sé que está enfadado.

Carraspea y gruñe algo entre dientes. Cuando habla, su tono ha cambiado:

—Es circunstancial. No saques conclusiones precipitadas. Aquel delincuente pudo robársela. ¿Entendido?

No me queda claro. No tiene por qué ser así. No hasta conocer qué ha ocurrido de verdad. No hasta que Judith vuelva a casa.

No respondo eso.

—Entendido.

—Será nuestro secreto familiar —dice él, de pronto animado.

«Otro más», pienso.

Otro horrible secreto más.

26

olivia

Sábado 8 de junio de 2019. Mañana.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

No pego ojo en toda la noche. Bueno, en las horas que estoy allí. Le he dado las pastillas a Judith y otra a Justin mezclada con su leche con cacao.

Me devano los sesos pensando en una solución que nos libre de ir a prisión por secuestro y, más terrible aún, por asesinato.

Que Justin haya podido hacer algo tan malo me estremece, pero tampoco sé ciertamente si lo ha hecho. Sí dijo que él no quería hacerle daño. Sí estaba ensangrentado. Pero nada es seguro.

Pienso en los padres de Judith y me pregunto si la echarán de menos ya. Quizá han avisado a la policía y en este momento estén viniendo hacia aquí para detenernos.

¿Qué debo hacer?

No tengo ni la más remota idea.

Lo único que sé es que debo proteger a Justin. Si es necesario confesaré que lo he hecho yo y me aseguraré de que él se libre de cualquier castigo.

No me costaría. Ya lo hice en el centro comercial.

Era verano y habíamos ido a Girona. Fuimos a pasar un día en familia. En agosto la gente se va a la playa, a la piscina y se olvida de los centros. Nosotros fuimos a pasar la mañana en el fresco del aire artificial, los cientos de olores a perfume, mirando tiendas y probándonos ropa. A Justin le encanta esa tienda de ropa juvenil que está tan de moda. No recuerdo el nombre. Es algo en inglés que ni siquiera sé pronunciar. La música *dance* estaba superalta y él se puso a bailar mientras se probaba la ropa. No le quedaba nada mal, pero es demasiado grande para ese estilo en particular. Yo no se lo dije, claro. Y Rafa tampoco. Disfrutamos solo con verle tan feliz.

Después de eso, nos tomamos un helado en la heladería y comimos unas tapas. Era un día fantástico. Tras llenarnos la panza de patatas bravas, pulpo a la gallega, alitas de pollo con salsa picante, calamares

y otros platitos, Rafael sugirió que fuésemos al cine. La sesión de la tarde empezaría pronto y ponían una película de acción del actor Vin Diesel, que les gustaba mucho a Rafa y Justin. A mí también, pero era una atracción un poco diferente. Así que nos dispusimos ir a verla.

Cuando llegamos a las escaleras mecánicas, un grupo de chicos estaba molestando a dos chicas más jóvenes que ellos. Supongo que no tendrían más de doce o trece años. Se veían muy asustadas. Quizá era su primera salida sin padres o puede, incluso, que estuvieran por allí mientras ellas disfrutaban de cierta libertad.

El caso es que los chicos sí se veían mayores y lo pasaban bien incordiándolas. Dándoselas de machitos con un ego supurante y estúpido.

Me apretujé en el brazo de Rafa. Él también miraba la escena y tenía la mandíbula apretada y tensa. Estábamos yendo directos hacia ellos, y Justin, que estaba más avanzado que nosotros, dejó de mirar los pósteres del fondo con las películas y tenía la cabeza girada hacia los chicos.

Entonces, todo fue muy rápido y muy despacio a la vez.

—Mierda —dijo Rafa.

Miré como Justin se giró levantando un brazo hacia los chicos. Su gran mano impactó en el chaval rapado que salió rebotado escaleras abajo. Rafael y yo llegamos a tiempo de sujetar a Justin y apartarlo del grupo. Ellos estaban viendo cómo su amigo se precipitaba sin control.

Cuando todos estaban agrupados ayudando al chico, que no dejaba de quejarse de dolor, las chicas se fueron corriendo. Estaban aliviadas de poder escapar. El guarda de seguridad tenía la vista fijada en mí. Me entró el pánico. ¿Habría visto lo que sucedió? Claro que sí. Habló por el *walkie-talkie* y comenzó a andar a paso ligero hacia nosotros.

—Vete, Rafa —le dije—. Llévate a Justin. Rápido.

Mi marido lo hizo sin rechistar. Él también quería protegerlo. Se desvivía por hacerlo. Siempre lo hacía. Su niño. Nuestro niño.

Me lancé hacia el hombre de uniforme. Era un tipo grande de piel tostada. Supongo que latino. El pelo muy corto y negro como sus ojos. Los músculos muy marcados bajo el uniforme. No tenía nada que hacer contra él. Pero, de todos modos, me iba a enfrentar y afrontaría lo que fuera que se me venía encima.

—Ha sido sin querer —dije intentando poner cara de pena.

—Señora —dijo él con voz grave.

—Me he tropezado y, sin querer, lo he empujado. —Se me ocurrió de repente—. ¡Dios! ¡Espero que esté bien!

El hombre me agarró de los hombros y me clavó aquellos ojos oscuros como el carbón en los míos.

—Señora —repitió—. Lo he visto todo. No tiene por qué decir

nada. —Una leve sonrisa curvó sus labios. ¿Era una sonrisa?—. Hace rato que estaba vigilando a esos desgraciados y ahora iba a darles un toque. No soporto a los vacilones.

Lo miré muy sorprendida. El vigilante también parecía un vacilón, un chulo de playa. Tenía ese tipo de rostro que te dice: «¡Hey, aquí estoy yo! ¿Me entiendes?». Un tipo duro de roer.

Asentí con la cabeza.

—Ha sido sin querer —le juré de nuevo.

—Déjelo. Lo merecen. Por gilipollas.

Mi cara debió de asustarle por un momento porque en sus ojos vi bondad. Era un buen hombre.

—Vaya con su marido y su hijo —dijo—. Intente que no se meta en problemas. Ir de defensor de la justicia no siempre sale como uno quiere. Suerte que esta vez estaba yo para ver que ese sinvergüenza se ha tropezado y caído solito —asintió y me guiñó un ojo.

Me fui. Aquel hombre me comprendió. Vio el buen hacer de Justin y me defendió sin que nadie nos acusara de nada. Justin es un buen chico que vio algo que no estaba bien. Actuó sin pensar en las consecuencias y, si bien es cierto que no estaba bien hacerlo así, el chico se lo merecía. También vio la maldad en ellos.

Quizá ahora también lo comprendan y Justin pueda defenderse. Quizá aquel chico había querido hacerle daño a Judith y él había perdido el mundo de vista al ayudarla.

Sí. Era eso.

Pero… ¿golpearlo hasta la muerte?

¿Lo habría hecho?

¿Mi Justin había matado a un chico?

Aunque eso fuera cierto y actuase por una vena defensora y heroica, se había excedido.

Primero debía saber lo ocurrido y después…, ¿qué hacer después?

Miro en Facebook. Nada.

Miro en el noticiario de la comarca. Nada.

He de volver a casa. Solo así sabré si se han encontrado el cadáver de aquel chico, si creen que Justin tiene algo que ver y si están buscando a Judith.

Me desagrada tener que dejarlos aquí solos, pero no me queda otra opción. El sol empieza a despuntar en el horizonte y el cielo se va pintando de tonos pastel.

Subo al coche y salgo para casa.

27

JUDITH

EL DÍA ANTES

Jueves, 6 de junio de 2019. Madrugada.
Residencia Pellicer, Aurora.

El reloj digital de la mesilla marca las 03:35 en un tono verde fosforito. Tengo encendida la pequeña luz plegable y, si no fuera por los relámpagos, que iluminan a intervalos regulares la habitación, me metería debajo de la sábana y me dejaría arropar por el calor.

Los truenos me acompañan y me mantienen tensa. No sé cuántas veces he pensado en escribir esta carta. En cómo debía expresarme, qué decir y qué omitir. Siempre han terminado las hojas en la trituradora. No me he atrevido a llegar hasta el final.

Esta vez es distinto. No hay marcha atrás. Lo tengo todo planeado. Pero… ¿cómo empiezo?

Querida mamá. Demasiado directo.

Queridos papá y mamá. No me convence.

Igual sería mejor enviarles un audio por WhatsApp o un vídeo corto. No. Descarto la idea. Ya bastante difícil es escribir como para tener que interpretar delante de una cámara o frente al micrófono. Solo imaginarme mi cara hablándole a nadie me da corte. Además, si llegaran a analizar mis gestos se partirían el culo de la risa. Ya me parece estar oyéndolos.

Está desviando la mirada a la derecha. Esto significa que miente.

Se rasca la nariz. Está dudando.

Ha tartamudeado. Está indecisa.

Nada. Lo mejor es la carta. Tampoco se trata de escribir un libro ni nada de eso. Es un resumen. Una síntesis que relate mi decisión. Que los lleve por donde quiero.

Un relámpago me hace mirar afuera.

Uno, dos, tres, cua…

La habitación tiembla. El trueno ha durado bastante. Miro la puerta

de mi habitación y pienso que mi madre entrará en cualquier momento. ¡Qué va! Hace siglos que no se atreve. Lo hacía cuando yo era pequeña. Ahora solo cuando quiere incordiar con sus «consejos de adulta responsable». Menudo ejemplo.

Respiro con fuerza y aguanto. No es momento de andarme por las ramas.

Empiezo a escribir y no la dirijo a ninguno de ellos en concreto.

He estado durante muchas semanas pensando cómo decir esto. Y no me está siendo nada sencillo. Así que os lo digo tal cual lo siento.

Siempre me decís que tengo que hacer algo con mi vida, que debo pensar en mi futuro y planificar cada decisión con firmeza. No. No soy como vosotros. Estoy cansada de decirlo. En mi interior vive otro tipo de persona. No es mejor ni peor que vosotros o los demás. Simplemente soy diferente. Con otras prioridades y preocupaciones. Con otra forma de pensar.

Sé que os cuesta entenderlo. Supongo que tampoco le dedicáis las suficientes ganas. Para mí, el arte es una forma de expresarme, y con mis dibujos siento que estoy haciendo algo que vale la pena, que mi alma se llena y, a la vez, la vacío. Lo quiero hacer por mí. No tiene nada que ver con haceros daño o hacer lo contrario solo porque sí.

Cuando estéis leyendo esta nota, ya estaré lejos.

No sé adónde iré, ni cuánto tiempo me llevará encontrarme a mí misma. Lo único que tengo claro es que bajo el ambiente opresor que hay en casa, nunca lograré ser yo misma.

Quizá me quede por aquí cerca, en Barcelona, sabéis que la ciudad me encanta y tiene muchos profesores y academias en las que podría entrar. Puede que me vaya a Ibiza y viva de la experiencia natural al unirme a un grupo jipi de la isla. El sol, sus playas, el ambiente bohemio, también me atraen bastante. Londres también sería una buena opción tanto por academias de arte como por su mezcla cultural, aunque no descarto cualquier otro lugar del mundo. En este momento no puedo desechar nada.

Lo que tengo claro es que no quiero sentir más que estoy haciendo algo mal. Y así es cómo me siento en casa.

No soy como Lidi. Y jamás lo seré.

Os pido que no me busquéis. Estaré bien. Me llevo los ahorros que tengo en casa y, si no me bloqueáis la cuenta, quizá estire algo de allí si me encuentro en algún apuro. Mi idea es no hacerlo.

Cuando haya pasado el tiempo, quizá me entendáis.

Que seáis felices.

Yo lo seré.

Jud

Doblo la hoja dos veces y la introduzco en el sobre. Pienso en la cara que pondrá mamá cuando la lea. Se cabreará muchísimo. Los imagino mintiéndoles a sus amistades. «Sí, la pequeña está interna en un instituto en Londres para perfeccionar el inglés». Papá y su cara de circunstancias frente a la prensa. Le harán todo tipo de preguntas y especularán tanto que sentirá la ansiedad oprimiéndole el pecho. Y Lidi. Bueno, ella se enojará al no ser el centro de atención, aunque seguro que se lo monta de algún modo para girar el foco y lograrlo.

Guardo la carta en la mochila. No me apetece que la encuentren antes de tiempo. Mañana cogeré algo de ropa y la dejaré en el escritorio.

No hay vuelta atrás.

28

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Tarde.
Residencia Pellicer, Aurora.

En cuanto cuelgo el teléfono me invade una sensación de desapego. Francis es siempre tan frío que me hiela a mí también. Antes era tan distinto. Todo era tan diferente. Tan fácil. Sí, se implicaba mucho con el trabajo y le dedicaba muchas horas a los «asuntos oficiales», que era como él los llamaba. Pero siempre tenía un momento para un abrazo cariñoso, un beso, o cuando aparecía en la cocina y me agarraba del culo. Ahora me parece que han pasado siglos. Que somos personas distintas.

Subo al piso de arriba y entro en la habitación de Judith. Me quedo de pie. Ojeo la estancia con la vaga esperanza de ver algo fuera de lugar, algo que me dé una pista. La cama, el escritorio, el armario empotrado. Me detengo en el mural que ocupa parte de la pared. Hay multitud de fotos clavadas con chinchetas. ¿Quiénes son esos jóvenes? No tengo ni idea. La veo riéndose con la boca muy abierta dando saltitos con esa música rara que escuchaba. Se lo pasaba en grande.

Ahora que lo pienso, no sé si tendrá novio o no. Nunca lo ha mencionado. Yo no le he preguntado. Dejé de hacerlo hace años. Cuando empezó en el instituto la incordiaba a diario, claro. Quería saberlo todo. Pero su carácter se volvió arisco y cualquier comentario le molestaba. Había tantos guaperas de buenas familias que me hubiesen gustado como yernos, que ahora veo lo equivocada que estaba. Los que aparecen en estas fotografías no se ven, ni de lejos, de buenas familias o «hijos de papá», como decía ella.

Ya en primero, en el instituto, se juntaba con jóvenes que no nos gustaban. Siempre pensando en su bien. Francis la presionaba mucho.

—¿Quién es su familia? —le dijo durante la cena, uno de esos días.

—No lo sé, papá —respondió ella sin ánimo.

—Sabrás quiénes son sus padres, por lo menos, o a qué se dedican.

—Papá, ¿crees que hablamos de vosotros en el insti? Qué me importa a mí quiénes sean o lo que hagan. Es él quien será mi amigo,

no sus padres.

—Es algo que debería preocuparte, Judith. Por lo menos un poco. Cuando nosotros no estemos, ¿qué harás?

—No lo he pensado nunca. Supongo que me tendré que adaptar a las circunstancias. Superarlo.

—Será mejor que te adaptes pronto, la vida no te espera. Es como un gusano de seda, Judith. Ahora es tiempo de comer y comer, y, cuando llegue el momento, te transformarás en lo que hayas trabajado.

—Lo sé, lo sé… Si te es más sencillo de entender hablando del ciclo de vida de los gusanos de seda, puedes pensar que estoy en modo «capullo», papá.

La falta de apetito era como la falta de ganas de discutir. Una apatía constante mezclada con el uso de sus metáforas contra él. Y eso lo enfadaba más aún.

—¿Y esas manos? —Alzó la voz, le agarró las muñecas y se las retorció—. ¡Qué demonios!

En la parte interior del antebrazo había tres símbolos pintados de un color negro y carmesí.

—¡Me haces daño, papá! —se quejó ella soltando un chillido agudo.

—Cómo te atreves a tatuarte esta mierda. —No era una pregunta—. ¿Qué son? ¿Símbolos satánicos de una secta o de aquel grupo de degenerados con los que te juntas?

—Son runas, papá. Solo eso.

—Y es muy chulo grabarse estas cosas en la piel, ¿no?

—Me da igual si es o no algo que esté de moda, papá. Tengo mi propia personalidad y mi propio criterio.

Me pasé toda la conversación como si fuese el público en un partido de tenis. Girando la cabeza de uno a otro sin atreverme a decirles nada. Ni Francis se achantaría, ni Judith se callaría. Era su juego, su batalla para ver cuál de los dos era más orgulloso y valiente.

—Tener criterio no se demuestra con palabras, Judith. Se demuestra con actos serios, sensatos y coherentes. Y esas cosas son todo menos lo que dices.

—¿Igual que tú?

—¿Cómo dices?

—Si quieres que haga como tú, papá, me da la impresión de que voy por buen camino. Coherencia, sensatez… Quizá sea tu sucesora en la alcaldía o en el consejo comarcal. Ya sería hora de que una mujer tomara el control. ¿Qué me dices? ¿No te gustaría?

A Francis se le hincharon las venas del cuello y parecía que los latidos del corazón se las harían explotar. Su rostro se puso tan rojo y los ojos inyectados en sangre que pensé en que quizá se transformara

en un demonio.

Puse mi mano en la de él y le di unos golpecitos suaves. «Cálmate», le susurré. «Tranquilo». Me miró con esos ojos incendiados y se calmó.

—No tengo apetito —anunció, se levantó de la silla y se fue a su despacho.

—Hija…

—No, mamá. Yo no me voy a callar. Que haga lo que quiera con sus marionetas de traje y corbata, pero no conmigo.

—Lo sé, cariño. Sé cómo te sientes. Pero tu padre aguanta mucha presión y podrías apoyarle un poquito.

—Se pone como una fiera por unos tatuajes de los que ni siquiera conoce el significado. Lo que simbolizan para mí.

—Lo hace por ti, para que cuando seas mayor no te arrepientas, que no los veas en una piel de adulta en la que ya no sean tan… estéticamente bonitos.

Un silencio planeó por un instante.

—¿A ti te gustan, mamá?

Dudé un par de segundos cuál debía ser mi respuesta. Como madre defendería a muerte las decisiones de mi hija. Pero también como madre debía intentar torcer las ramas que crecían rebeldes en otra dirección. «Qué difícil es ser madre», pensé.

—No están mal —le dije—. No sé qué significado poseen y espero que me lo cuentes, pero creo que deberías habernos preguntado antes de hacértelos.

Judith sonrió. Estuvo durante un buen rato explicándome que eran unos símbolos muy antiguos y que provenían de las leyendas de la zona, de unas mujeres muy poderosas que protegían el mundo y a sus gentes.

No entendí prácticamente nada de lo que me contó. Brujas, druidas, poderes ancestrales, rituales. «Las Elementales», las llamó. Las había descubierto en aquellos libros de colores chillones que tenía en la habitación. Por un instante temí que hubiese sido captada por una secta adoradora del diablo. Sin embargo, el hecho de tenerla allí, tan cerca de mí, contándome con esa ilusión cada trazo de aquellos símbolos, era infinitamente mejor que cualquier duda que me pudiera nublar la mente.

Paso mis dedos por los lomos de los libros y saco uno de ellos. Es de color rojo. En la portada hay una chica joven de rodillas en el suelo de un bosque carmesí y en pose triste, lacónica, como si estuviera suplicando. Detrás de ella, en las sombras, alguien la observa y vigila. Siento un escalofrío. Abro el libro. La ilustración de una libélula me llama la atención. Le paso el dedo y resigo su contorno. Leí en algún sitio que ese insecto simboliza el cambio, la madurez y la

transformación. ¿Eso es lo que querías, Judith? ¿Transformarte en otra tú?

Paso al texto y leo el inicio:

> «Sentada en el borde del puente, la niña miraba las aguas bañadas por la luz de la luna.
>
> Los vecinos del pueblo dormían ajenos a su derecha, encima del refulgente acantilado basáltico parecido a un cuadro sombrío pintado al óleo por algún lunático poseído. Un lugar de cuento de hadas, pero también de monstruos y pesadillas que aterran.
>
> Sentada allí, tan cerca del final, hacía que Iris se sintiera mágica como los seres que pueblan las leyendas. Imaginaba que era un ave: una especie de ángel que sobrevolaba por encima de los tejados de las casas hasta llegar a la cima de la iglesia románica y se posaba al lado de la gran cruz de hierro antes de marcharse para siempre de ese maldito pueblo».

Dejo un instante la lectura. Me acerco a la ventana y miro afuera. ¿Eso es lo que querías Judith? ¿Adónde pretendías huir?

> «…era plenamente consciente de las diferencias con los demás vecinos, y no tenía ningún reparo en ocultarlo y resguardarse de miradas curiosas. Tan diferente de su hermana menor, Celia, con quien sí sentía un apego verdadero. Aunque Celia y ella no se parecían en nada, compartían en silencio una unión admirable.
>
> Celia era la perfecta»

¿Por qué me da la sensación de que es Judith quien habla? Sé que es imposible, pero me parecen sus sentimientos, sus emociones. Ella la diferente, Lidi la «perfecta», como siempre la llamaba.

> «Iris miró hacia las aguas plateadas por debajo de sus pies suspendidos en el aire y se preguntó si realmente podría volar algún día. Jamás le permitían salir sola, pero ese no era problema para ella, que se escabullía al menor descuido. Si la vieran, seguro que le gritarían y encerrarían en la cuadra junto a las ovejas y los cerdos.
>
> La necesidad de sentirse libre era más fuerte que los posibles castigos. Soñaba con salir del pueblo y abandonar esa tierra, o, de lo contrario, la infelicidad se la comería y acabaría con su vida. No. Ella no quería quedar atrapada como los habitantes del pueblo a una vida rutinaria y dominada por el miedo».

Detengo la lectura. Cada frase me da más escalofríos que la anterior

y la sensación de que se trata de la historia de Judith. O, como mínimo, que se le parece. «¿Eso pensabas tú también, cielo?», le pregunto a la foto de ella encastrada en el espejo del escritorio.

Regreso a la estantería de libros y veo que hay tres de la misma serie. Me llevo el que tengo en las manos a la nariz y hago pasar las páginas mientras aspiro su olor. Ha sido usado muchas veces y está desgastado, pero sigue manteniendo un fuerte olor a libro. Y a ella.

De repente, me doy cuenta de que un papel doblado asoma oculto entre las páginas. Me detengo, saco el papel, lo desdoblo y encuentro otro papel más pequeño. La hoja grande es un dibujo hecho por ella de una mujer alada. Preciosa. De estilo gótico. Con los cabellos tricolor y una mirada triste. Como ella y como la chica del libro.

Se me hiela el corazón.

Estiro con cuidado el papel pequeño y lo abro también. Siento que algo no va bien y temo que se trate de… No, no quiero pensarlo. Tomo aire. He de ser valiente. No me queda otra.

Es una nota escrita a mano. De una libreta cuadriculada.

El corazón me da un vuelco. O se me detiene. No estoy segura ni de eso. La habitación se aleja de mi vista. Está desapareciendo; la cama, el escritorio, las estanterías, la luz… Todo me está dejando anclada en el suelo, que también se ha marchado. Solo hay negrura. Un pozo oscuro sin luz, sin humedad, sin olor, sin brisa.

En el papel hay el dibujo de un corazón y escrito con letras góticas, una declaración:

«Te quiero infinito, J.».

29

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Fonseca, Aurora.

Llego a casa. Veo a la señora Roberts regando las flores del porche. Es pronto. Las siete de la mañana, pero ella madruga todos los días, incluso los sábados y domingos. Dice que es como los animales. Que está conectada con la naturaleza y sus coordenadas y normas. O eso creo.

La saludo con la mano y con una amplia sonrisa mientras detengo el coche delante del garaje. Vivimos en esta preciosa residencia desde hace diez años y la señora Roberts ha sido nuestra vecina desde que vinimos. Es una anciana entrometida y fisgona. Siempre tiene la excusa ideal para estar donde no debe, escuchar lo que no debiera y decir lo que nadie quiere oír. Aunque mucho mejor que Filomena, la vecina de los Pellicer.

Reconozco que ayer temí que se nos presentara en la puerta justo en el momento en que Justin estaba más aterrado. No lo hizo. Eso no me dejó más tranquila ni por asomo. Sé que podía haber estado detrás de las cortinas con la ventana entreabierta captando todo lo que decíamos y hacíamos.

Veo que deja la regadera en el suelo y emprende el camino hacia mí. ¿Qué querrá? No me apetece nada hablar con ella ahora. Y, ¿cómo debo reaccionar? ¿Qué cara ponerle? Quitármela de encima con diplomacia se me convierte en una tarea imposible. ¿Y si arranco el coche de nuevo y me marcho a todo gas?

No puedo hacerlo.

Cojo las llaves y bajo del coche. Finjo mi mejor sonrisa.

—Buenos días, querida —saluda andando hacia mí.

—Buenos días, Esther —la saludo con su nombre de pila, no le gusta nada que la llamemos señora Roberts porque le recuerda a su marido, August Roberts, un inglés de lo más cariñoso y buena gente al que ella llamaba Agustín. Y que se fue demasiado pronto.

—Qué ojeras tienes, Olivia. Y qué mala cara… ¡Por Dios! ¿Estás bien?

¿Cómo voy a estarlo? Ni siquiera me he mirado en el espejo retrovisor del coche. Seguro que tengo la cara de culpabilidad brillando como un faro en la oscuridad de un mar negro.

—Sí, estoy bien —miento tan bien como me permiten mis dotes de actriz—. La noche ha sido muy larga y agotadora. Además, en la cabaña no se duerme como en casa. Ya sabe.

«Ya sabe». Seré imbécil… ¿Y qué va a saber ella?

—¿Estáis en la cabaña? —Sus ojos parecen preocupados de verdad —. Me pareció ver movimiento anoche en tu casa… ¡Por Dios bendito! Tal vez te hayan invadido unos ocupas…

—No, tranquila. Salimos tarde. Seguro que nos vio a nosotros trasteando.

—Conque saliendo tarde… Huyendo a toda prisa de algo, ¿verdad? —Se sujeta el mentón con la mano y entrecierra los ojos.

Sonrío lo mejor que puedo y hago unos aspavientos.

—Huir de la monotonía, Esther. —Mi mente da vueltas a dos mil revoluciones para encontrar la mejor de las excusas. ¡La tengo!—. Aunque para Justin fue una especie de aventura superdivertida. Fingimos que nos invadían los alienígenas y debíamos ponernos a salvo. Ya sabe, de un ataque inminente.

—Qué raro… ¿Y qué se ha olvidado para regresar tan pronto? Y, ¿ha dejado solo a Justin?

—Ya es un hombretón, Esther. Por poco que me guste, debo empezar a darle un poco más de libertad. Aunque si quiere saber la verdad, es que está durmiendo como un angelito y no creo que se despierte todavía. Al menos, hasta que regrese. O eso espero. Ya sabe que los adolescentes son como marmotas. — Me río.

Su mirada es imposible de leer. No sé qué estará pensando. Decido añadir algo de película.

—Además, si está despierto cuando regrese, le diré que he estado en el súper aprovisionando lo poco que han dejado los saqueadores. — Sonrío como si me hiciera mucha gracia. Ella no, continúa seria e impertérrita.

¿Se lo habrá creído?

—Como le ocurra algo a mi pobrecito niñito, la denuncio por desatención y negligencia.

Se me hiela la sangre.

—Es broma, Olivia. —Me río, pero ella no—. Pero no me ha respondido a qué ha vuelto.

—Me olvidé la almohada y ya ve las consecuencias. —Me señalo el rostro que, aunque no lo pueda ver, sé que está desquiciado. Me lo ha dicho ella misma. Y dejo salir una risa que parece sacada de una

telenovela estúpida—. Ya sabe…

—Lo echas de menos, ¿verdad?

No habla de la almohada.

—Todos los días, Esther —respondo, y mis ojos se humedecen y mi rostro se ensombrece. No necesito aparentar.

—Cuando mi Agustín me dejó, también lo pasé muy mal —asiente —. La gente dice que lo superarás y ese rollo de las fases del duelo, pero es todo una gran mentira. Una gran mierda. A mí me dejó hace diez años y no hay día en el que no lo recuerde y lo eche de menos.

Agustín murió justo antes de mudarnos al barrio. No llegamos a conocerle más que por lo que nos contaron de él. Según decían, era un buen hombre. Un tipo trabajador y grandote con un corazón más grande aún. La señora Roberts siempre estaba triste y la oíamos llorar desde el jardín de casa. Por eso Justin comenzó a visitarla. Sentía pena por ella y ella por él. Aunque nunca me lo dijo directamente, podía leérselo en los ojos.

—Está siendo muy difícil, Esther.

—Lo sé, bonita. A mi Agustín se lo llevó el maldito cáncer justo cuando iba a jubilarse. Pero a ti… Te arrebataron a Rafael en la flor de la vida y sesgada en pleno florecer.

—Quizá algún día lleguen a encontrar a quien lo hizo. Yo no pierdo la esperanza.

—Y no debes perderla. Agárrate a ella y si ves que no se mueven lo suficiente, siempre puedes hacer más ruido. El hijo de satanás que se lo llevó, lo pagará. Más tarde o más temprano lo encontrarán y pagará por lo que hizo.

Cuando atropellaron a Rafael se me cayó el mundo encima. No comprendo cómo alguien puede vivir con una carga así. Nos dijeron que el conductor no se detuvo, que no miró ni siquiera si estaba vivo aún. ¿Y qué sabrán? Son incapaces de encontrarle, pero saben que no se detuvo. Mentiras. Quien fuera, lo hizo y se marchó. Lo dejó desangrándose y sin la posibilidad de vivir. ¿Qué le costaba cargarlo en el coche y acercarlo al hospital? Me importaría una mierda quién fuese. ¿Qué le costaba simplemente llamar a emergencias? Hoy estaría vivo. Estaría conmigo. Y sabría qué hacer con Justin.

Pero…

Una certeza me sacude el estómago de golpe.

¿Acaso no soy tan mala yo como el conductor del coche?

Estoy encubriendo un asesinato. Y un secuestro. ¡Dios! Posiblemente… ¡Soy peor que el conductor! ¡Soy un monstruo! Debería haber llamado a la policía y contarles toda la verdad. Que fue un accidente. Que fue… No tengo ni la más remota idea de lo que fue, de qué sucedió…

—Perdóname, Olivia —Esther me corta los pensamientos—. No

debí haber sacado el tema. Es muy reciente aún y…

—No, no. Tranquila.

—Ve dentro y haz lo que debas. —Señala mi casa con un dedo huesudo—. Date una ducha rápida si lo necesitas y recoge la almohada. Llévate también la de Rafael —asiente con las manos en el corazón—. Después vuelve con tu hijo. Pero antes de marcharte pasa por casa. He hecho un roscón de limón y chocolate negro, de esos que le encantan a Justin, y tengo la masa creciendo. Ahora lo pondré en el horno.

—No te molestes, Esther. No es necesario.

—Molestia ninguna. Y menos para mi hermoso pequeñín.

Da media vuelta y regresa a su casa con paso ligero. Es una viejecita adorable. Metomentodo también, pero con corazón. Lleva el pelo gris recogido en la parte de atrás en un moño. Su forma trenzada se me antoja complicada. Es una manitas.

30

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Tarde.
En el coche.

—Señora Pellicer —digo con voz monótona—. Deberíamos vernos cuanto antes.

—¿La han encontrado? ¿Está bien?

Esto es más complicado de hablar con los familiares.

—No, pero creemos tener un hilo del que tirar.

—¿Cuál? ¿De qué se trata?

—Por teléfono no. Será mejor que lo hablemos en persona. ¿Podemos quedar ahora?

Ella duda. Lo sé por el silencio. Comprendo la batalla que se debe estar produciendo en su mente. Querer saberlo todo y, a la vez, no querer saber nada. Descubrir los secretos de un hijo no siempre es bueno para una madre o un padre.

Oigo un suspiro y luego responde:

—Venga a casa.

—Si prefiere cualquier otro lugar no es problema para mí.

—No, está bien aquí.

—De acuerdo. Estoy ahí en quince minutos.

Cuelgo.

—Alicia. Voy a hablar con la señora Pellicer acerca de la nota. Necesito que vayas a ver a Pérez y descubras todo lo que sabe y si tiene alguna nueva pista que seguir.

—¿Crees que la nota no es todo?

—Efectivamente. Me da que hay algo más en todo esto que no cuadra. Es demasiado… personal. Pero, antes de nada, quiero ver cómo reacciona la madre.

—¿Crees que sabe más de lo que cuenta?

—Sabe mucho más de lo que dice. Eso está claro. Pero no termino de creerme que no tenga una idea más concreta de los motivos que envuelven a Judith por marcharse. En fin. Voy para allá.

Llego en poco más de veinte minutos. Son las 16:40. He tenido tiempo de pensar cómo voy a enfocar el tema. No acostumbro a ser muy diplomático. Y tampoco quiero que Delena se sienta acosada.

Se abre la verja de metal. Entro en la propiedad.

La casa no deja lugar a duda de la ostentosidad de los propietarios. Vuelve a sorprenderme lo bien colocado que está todo. Justo en el sitio correcto. Incluso Delena, que me espera en lo alto de las escaleras. Piernas juntas. Manos agarradas en un rezo nervioso.

—¿Qué tiene, inspector? —pregunta al tiempo que bajo del coche.

—Hay un punto que quisiera compartir con usted.

Asiente.

—Vamos a la parte trasera.

Me conduce al jardín trasero. Una zona cubierta por una pérgola con sofás, una mesa y sillas. El césped de un verde radiante, unos sauces enormes entre arbustos bien cuidados y una gran piscina.

Nos sentamos a la mesa y, al momento, una mujer se nos acerca y sirve un par de tazas.

—¿Té, inspector?

Asiento.

La mujer deja unas pastas en un platillo de plata.

—¿De qué se trata?

No me ando con rodeos y la pongo al día. Saco la copia de la nota que escribió Judith y se la entrego.

La lee.

—No puede ser…

—Señora Pellicer, Judith se ha marchado por su propia voluntad. No existe la menor duda.

—Francis tenía razón… Lo ha hecho para…

Dejo que hable. Es importante ver cada reacción.

—Es verdad que le cuesta seguir las normas y le gusta ir a su aire, pero esto…

—¿Hay alguna duda de que se trate de su letra?

—No. Es la suya. Lo ha escrito ella.

—¿Cree que podría haberlo hecho bajo coacción?

Delena levanta la vista de la nota y la clava en mis ojos. Tiene una expresión que baila entre el desgarro y la esperanza. Me doy cuenta de que está llorando cuando veo las lágrimas descendiéndole por las mejillas.

—¿Es posible? —me pregunta intrigada con la voz quebrada—. ¿Puede ser que la obligaran a escribirla?

—Hemos visto casos en los que sí, que los secuestradores lo utilizan como prueba de vida.

—Esto significa que es posible que se trate de un secuestro…

—No he dicho eso, señora. —Debo aclararle la situación cuanto

antes. Su esperanza se agarra donde puede. Y lo comprendo—. En algún caso de secuestro, la familia recibe una nota en lugar de la llamada de teléfono. Al escribirla el rehén, se convierte en una prueba irrefutable de que lo tienen cautivo. Aunque también es cierto que no supone, ni da por sentado, que se encuentre en buen estado.

Niega con la cabeza.

—No entiendo nada, inspector. ¿Qué se supone que debo hacer, o pensar?

—Judith escribió esta nota y gracias a ella sabemos que se marchó, o eso pretendía, por su propia voluntad. O es posible que eso mismo quieren que pensemos. Tengo a mis hombres rastreando las cuentas bancarias de su familia. Cualquier irregularidad que detectemos podría ser un hilo a seguir.

—¿Cree que sigue viva?

—No hay prueba que diga lo contrario.

—¿Y el…?

—El asesinato del descampado y que la mochila de Judith estuviese cerca del cadáver, es un punto que me tiene intrigado. Sin embargo, no es concluyente. Se la podrían haber robado minutos antes del suceso.

—Gracias a Dios —tartamudea Delena. Junta las manos y mira al cielo.

—Delena —la llamo con mi voz más suave. Necesito que vuelva a la realidad—. Ahora me gustaría que hiciera un esfuerzo para recordar cualquier detalle de importancia que pudiera avisarla de lo que Judith pretendía.

—¿Cómo dice? ¿Acaso cree que no me hubiese dado cuenta de que algo no iba bien?

—No hay padre ni madre en el mundo que sepa lo que ocurre en la cabeza de un adolescente. Y eso no los convierte en peores padres.

—Judith siempre buscaba estar sola. —Bien, se está soltando—. Decía que si quisiera interpretar un papel artificial se apuntaría a teatro.

No le digo nada. La pausa sirve para que ella hurgue en su memoria.

—Se encerraba en su habitación, ponía la música a todo volumen y, en caso de estar en silencio, era porque se había puesto los auriculares.

Delena hace el intento por coger la taza, pero no termina de decidirse.

—Esos aparatos electrónicos la tenían enganchada. Nos tienen a todos enganchados. Entiendo que se sintiera extraña, con el trabajo de Francis… todos parecemos otras personas.

«Bingo», pienso. Es hora de tomar el hilo y tirar de él.

—Debe ser complicado lidiar con una persona tan popular.

—Ni se lo imagina. Francis vive por y para ello, pero nosotras nos adaptamos lo mejor que podemos. Yo… hace años que cumplo con mi papel, pero Judith tiene un carácter rebelde. Necesita experimentar por sí misma.

—Como le he dicho antes, no es nada malo. La juventud es sinónimo de primeras veces y retos.

Me da la razón asintiendo y una leve curva se forma en sus labios.

—Maldita y maravillosa juventud —dice.

—Háblame de Lidi, Delena. Parece que ella no tiene problema de adaptación ni rebeldía.

—Lidi y Judith son dos caras de la misma moneda, inspector. Es seria, serena y mantiene la pose en todo momento. Incluso cuando eran pequeñas ya se percibía esa diferencia. Lidi ha nacido para esto.

—¿Y con «esto» se refiere a…?

—A la vida social, al trato con la multitud, a liderar a grupos. Tiene una cabeza excepcional. Judith también, no me malinterprete. Pero Lidi sabe esconder su inseguridad, miedos, dudas, y proyecta lo contrario para que nadie sepa la verdad.

—¿Se llevaban bien Judith y Lidi?

—Como hermanas. Lo mismo podían reírse viendo una película juntas, como podían tirarse de los pelos por usar primero el baño. Aunque con la pubertad era más habitual que se ignorasen la una a la otra.

—En cuanto a la nota, Judith escribió que sentía un ambiente opresivo en casa. ¿Qué le dice eso?

—Todo tiene relación con lo mismo. Francis. Él, su trabajo, sus relaciones sociales, sus entrevistas, los actos… Éramos parte de su circo mediático y eso irritaba a Judith. Su padre quería que siguiera una carrera de prestigio, pero a ella le tiraban más sus dibujos, los cuadros.

—¿Y a usted qué le parecía todo?

—¿A mí? Me hubiera gustado apoyarla más, que sintiera que estaba a su lado y que no se sintiera mal por desear otro estilo de vida. Pero yo cambié hace mucho tiempo, inspector, y… la verdad es que no sé ni conozco otra manera de vivir que bajo esta fachada.

—¿Es feliz, Delena?

Me mira con los ojos muy abiertos y sus mejillas se sonrojan ligeramente.

—¿Qué tiene que ver eso con la investigación, inspector? —pregunta con un deje de enfado.

—Solo pretendo ponerme en situación, Delena. Si no quiere, no es necesario que responda. No se preocupe.

—Lo era.

—Disculpe…

—Era feliz. Lo fui durante un tiempo. Al principio. Cuando conocí a Francis, cuando nos ennoviamos y nos prometimos, incluso los primeros años de casados. Luego, con el tiempo… se fue imponiendo una distancia. No es que sea infeliz, pero tampoco disfruto con esta vida que nos pone frente al ojo de todo el mundo.

—¿Es posible que Judith viese ese disgusto en usted?

—No, sin lugar a dudas. Siempre he evitado preocuparlas más de lo debido. He intentado enseñarle cómo comportarse en público sin perder sus aficiones.

—Entiendo. Ha dicho que a Judith le gustaba dibujar.

—Así es.

—Me gustaría verlos. Si es posible. Y su habitación también.

—Supongo que no hay ningún problema. Sígame.

31

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Fonseca, Aurora.

He estado recogiendo algo de ropa para Justin y para mí. Por un momento he imaginado que nos íbamos de vacaciones. Es algo que teníamos pendiente desde hace bastante tiempo. Desde que Rafael murió que me cuesta mucho dar un paso hacia adelante. Por más que la psicóloga que me «recetaron» —como yo lo digo—, y las amigas de la oficina se empeñen en animarme, siento que le estaría fallando. Sé que Rafael ya no me ve y es una tontería, pero es lo que siento.

Me estremezco y miro alrededor.

—¿Estás aquí, Rafa? ¿Puedes verme? —pregunto.

La habitación sigue en silencio. Menos mal. Lo único que me faltaba ahora sería un encuentro paranormal.

Termino de colocar la ropa en la maleta azul. No sé ni cuánto tiempo hace que no la usaba.

Voy al baño y recojo los cepillos de dientes, el champú anticaspa de Justin y el de frutos del bosque con mascarilla para mí.

Abro el perfume de Rafael y lo huelo.

Cierro los ojos. Y aspiro de nuevo. Es como si lo tuviera aquí al lado; dándose una ducha y cantando al mismo tiempo. Dándome fuerza. Sin decirme nada, con solo sentir su respiración, sus manos en mis hombros… ya es más que suficiente. Quiero abrir los ojos y que él se refleje en el espejo. Que mueva sus labios para susurrarme al oído que todo irá bien. Que estoy haciendo lo correcto.

Pero cuando lo hago, sigo sola. Oliendo el perfume y sintiéndome una idiota con un rostro gris y penoso.

Cojo el desodorante de Justin y salgo pitando del baño. Termino de apretujar todo en la maleta y la dejo al lado de la puerta principal.

En la cocina, me aprovisiono con unos cereales.

Y tengo una nueva visión.

Era verano y el calor apretaba mucho ese año. Me di una ducha

nada más levantarme para quitarme de encima el sudor de las pesadillas de la noche. Me costaba mucho, muchísimo dormir. Siempre tenía pesadillas. Una ginecóloga, amiga de mi marido, le había dicho que a muchas madres le ocurre algo parecido. Me lo comentó y no le dio más importancia.

Bajé del baño en ropa interior, cubriéndome solo con una fina bata de seda.

—Buenos días, cariño.

Rafa tenía una sonrisa radiante. Blanca, perfecta. Te recordaba a los anuncios de dentífrico.

—He vuelto a tener la misma pesadilla.

A él se lo podía decir. Pensaba igual que los doctores y no le daba la menor importancia, pero me escuchaba e intentaba que no me pusiera más nerviosa.

—La infusión no sirvió de nada —se dijo más para él que para mí —. Esta noche probaremos con algo nuevo.

—Y de qué se trata.

—Ya lo verás cuando llegue, cariño. Será como un regalo premamá.

—Pero si solo acabo de tener una falta.

—¿Y crees que eso le resta importancia? —Se levantó y me abrazó —. Nuestro pequeñín ya está aquí con nosotros y tu cuerpo está cambiando.

Se quedó pensativo un instante y yo callada sin saber qué decirle. Me sentí bendecida. Y que no merecía a un hombre tan bueno como él en mi vida. Y, por lo visto, Dios pensó lo mismo años después.

Luego, habló.

—Voy a hacerte un regalo todos los días hasta que nuestro pequeño nazca. Serás la madre más mimada de todos los tiempos.

—Eres un sol, Rafa.

—Y tú mi luna, cielo.

No sé las demás mujeres, pero yo era realmente feliz con mi marido. Ahora que lo veo, después de que me lo arrebataran, se me encoje el corazón. ¿Cómo puede cambiar todo tanto con el tiempo?

—Podría deberse a un simple retraso. No sabemos nada aún. Mejor no nos hagamos ilusiones.

—Por eso mismo creo que no debemos pasar más días sin saber algo a ciencia cierta.

—Es pronto, Rafa.

—¡Chorradas! —exclamó—. Esta misma tarde, cuando salga del hospital, recojo un test y salimos de dudas.

Yo ya lo había hecho el día anterior. Y el otro. Y el otro. A decir verdad, llevaba haciéndolo desde, prácticamente, el día después a la primera falta. No compré ningún test de embarazo en la farmacia ni nada de eso. Mi comprobación era más sencilla.

Orinaba en un vaso y luego le echaba bicarbonato sódico. En caso de no estar embarazada, no ocurriría nada. Pero si hervía, significaba un positivo. Y a mí siempre me hervía.

A él no se lo conté. Lo más seguro era que pensase que los remedios, «los test naturales», no eran fiables.

—De acuerdo —asentí—. Pero puedo ir yo a por uno.

—Ni hablar. Tú descansa. Tienes algo más importante que hacer. —Mi cara debió de reflejar una duda tremenda porque respondió sin que hubiera formulado una pregunta—. Despedirte del trabajo.

—¿Cómo dices? —Ahora sí que estaba sorprendida.

—No te tratan como mereces y tienes estudios muy superiores, y estás más que cualificada para optar por un puesto mejor.

—Pero, Rafa… En caso de que…

—Nada, Olivia. Para empezar, podemos vivir los tres con mi sueldo. En caso de que necesitemos más, ya cogeré algún turno extra en urgencias. Pero, ahora mismo, lo primordial es que pienses en ti y en el bebé.

—Me parece exagerado, cielo.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando se enteren tus jefes? Te darán la enhorabuena y te encandilarán. Primero con sonrisitas encantadoras. Te permitirán teletrabajar un tiempo, te darán los días de maternidad que te correspondan por ley, pero cuando pase el tiempo serás un estorbo.

—Ellos no son así, Rafa —repliqué—. Somos como una pequeña familia.

—La trampa de la familia. —Se puso la mano en la frente—. Es un simple juego psicológico para atraparte, para hacerte sentir que tienes una obligación para con ellos.

Negaba con la cabeza y hacía aspavientos como si fuese una inútil que no entendía nada.

Luego, siguió:

—Lo que digas. Pero prométeme que lo pensarás.

—Lo pensaré —le dije.

—Bien. —Me dio un beso en la frente—. Pero cuando llegue haremos el test y saldremos de dudas.

Por la tarde, cuando terminó su jornada laboral, Rafa llegó con una sonrisa radiante de oreja a oreja. Llevaba la camisa desabrochada y se le veían parte de los pelos del pecho. Estaba tan atractivo con el pelo revuelto.

Me lancé a sus brazos y me lo comí a besos. Necesitaba tenerlo cerca. Quizá fuese por el cambio hormonal que experimentaba mi cuerpo, pero incluso el contacto con sus labios se percibía más ardiente que de costumbre. Le rodeé con mis brazos y me apreté a su cuerpo. Bajé mis manos hasta sus glúteos y los apretujé.

—Qué recibimiento, cielo.

—Te echaba de menos.

Mis manos se fueron a los botones de la camisa y los desabroché con ánimo mientras le besaba el cuello.

—Tenemos algo pendiente… —susurró él.

—Podemos esperar un rato, ¿no?

Ya me estaba quitando la blusa cuando me percaté de que él me deseaba tanto como yo.

Hicimos el amor como si la vida nos fuera en ello. Terminamos desnudos en la alfombra del salón comedor. Yo envuelta en sus brazos y piernas. Él hablándome de lo feliz que era y de la suerte que tenía de haberme encontrado. Al rato, Rafa se levantó y buscó en su maletín. Cogió la caja del test de embarazo y lo movió al aire.

—¿Lista para conocer nuestro futuro?

—Por supuesto.

Cogí la caja y me dirigí al baño. Seguí las instrucciones al pie de la letra y regresé junto a él.

—¿Sabes que si es positivo no podrás tener un recibimiento así cuando llegues del trabajo?

Rafa dudó antes de responder.

—Igualmente podrás recibirme en nuestra habitación. Podremos fingir que he llegado tarde, que tú eres la cocinera y me amenazas que tengo la cena fría.

—¿Te refieres a hacer algún tipo de teatro o actuación?

—¿Y por qué no? Puede ser divertido.

Aquellos minutos se nos hicieron eternos. Nos dio tiempo a pensar y hablar de un futuro próximo con nuestro bebé correteando entre los dos. El aparato se quedó en la mesilla y no lo tocamos en los cinco minutos que debía —o no— hacer reacción.

Lo mirábamos expectantes, nerviosos, con el ansia de un niño que espera dar su carta a los Reyes Magos o a Papá Noel.

—¿Ya? —preguntó impaciente mirando el reloj de pared.

—Creo que sí. —Mi corazón latía como un tren desbocado.

—¿Haces los honores?

—Mejor tú —le dije asintiendo.

Rafa cogió el aparato, se lo llevó a la frente y cerró los ojos. Ese momento era mágico. Tenía el tipo de ambiente que se les da a las películas de fantasía o, incluso, a las románticas. Casi podía sentir los destellos de las estrellas a nuestro alrededor.

Me miró sonriente. Se acurrucó a mi lado. Seguíamos desnudos, pero eso no importaba. Nuestra vida. Nuestro destino dependía de aquel simple detalle.

Rafa me besó.

—Salga lo que salga, mi amor por ti no cambiará en nada —me

dijo.

—Lo sé, cariño. Y lo mismo te digo.

Era cierto. Aunque, por primera vez, fui consciente de verdad en cuánto lo deseaba él. En cuánto quería tener un hijo al que educar, con el que jugar y al que amar.

Nos juntamos aún más.

Nuestros latidos se convirtieron en uno.

Y el aparato nos sacó de dudas.

Dos rayas.

32

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Tarde.
Residencia Pellicer, Aurora.

Llevo al inspector a la habitación de Judith. No deduzco a qué viene este interés por ver los dibujos que hacía. ¿Es posible que tenga algo que ver con la desaparición? Quizá ha dejado una pista entre los bocetos.

Abro la puerta y veo como el detective pone cara de sorpresa.

—Una chica con personalidad —anuncia sin preguntar, ni sorpresa en su tono.

—Salta a la vista —le respondo.

La pared, cubierta por pósteres de grupos musicales, es lo primero que le llama la atención. Los va mirando de arriba abajo. Reconozco que me pongo nerviosa. Me intriga saber qué le ronda la cabeza. No logro discernir si está sorprendido, si lo encuentra normal, o quizá piense que son grupos captadores de una secta juvenil o algo así.

—Veo que a su hija Judith le gusta la música y la lectura. —Pasea la mirada por la estantería a la izquierda, repleta de libros.

—Se encerraba durante horas leyendo y escuchando música. Alguna vez bajaba al patio y se acurrucaba en uno de los bancos. —Le señalo el lugar a través de la ventana.

—Un buen lugar para la lectura. —Se apoya en el alféizar de la ventana y otea el exterior—. ¿Me permite?

—Adelante.

Abre la ventana y un ligero aire se cuela en el interior.

—Judith no es de las que huyen —digo, y me arrepiento al haberlo dicho. Así que añado—: Me refiero a escaparse por la ventana.

Me mira de nuevo con esos ojos penetrantes que me abren en canal.

—¿No lo ha hecho nunca?

—No. No que yo sepa, inspector.

Una pausa y el ambiente se vuelve espeso.

—Una escapada, un mal día…, cosas así. Ya sabe. Cosas de la edad.

Me giro y rebusco en su escritorio. En las estanterías, además de los libros, tiene figuras de sus *animes* favoritos. Le entrego el bloc de dibujo.

Lo abre.

—Es fascinante —dice—. No soy un experto en arte, pero su hija tiene talento. Eso se nota.

Miro los bocetos. Mujeres con expresiones agresivas, figuras abstractas, monstruos infernales y paisajes tenebrosos. Sí, están bien. No son de mi gusto, pero se le da bien.

—Desde muy pequeña mostró interés por colorear y pintar. La apuntamos dos veces por semana a bellas artes desde los siete años. A Francis no le agradaba. Él hubiera preferido que acudiera a clases de violín o piano.

—¿Cómo lo lleva? —pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Al talento de Judith. Su marido no parece el tipo de hombre que acepta el arte como un modo de vida para su hija.

Cierto.

—Como le he dicho, él la presionaba mucho en que invirtiera su tiempo en otras tareas más lucrativas a largo plazo.

—Entiendo.

—Lidi, en cambio, siempre fue más dada a complacer a su padre. Sus aficiones concordaban más con lo que él esperaba de ella. Y, de hecho, sigue siendo así.

—¿Cómo definiría la relación de Judith con su padre?

A matar. Se pasaban el día discutiendo. Eran perro y gato. ¿Se lo digo? ¿O puede jugarme a la contra?

Opto por adornarlo.

—Como la de cualquier adolescente con su padre. Ya me entiende…

¿A qué juega, inspector? Me está repitiendo las mismas preguntas una y otra vez. ¿Acaso cree que le miento?

—La verdad es que no. No todos los jóvenes tienen la presión de tener un padre tan poderoso e influyente.

—Roces por nada, discusiones por todo… Ese era el día a día de los dos. Si podían evitar el conflicto lo hacían.

—Entonces, ¿no podemos decir que su relación fuera muy buena?

—No. Supongo que no.

Mierda. ¿Y eso dónde lo llevará? ¿A pensar que le hemos hecho algo? ¡Por Dios!

—Sin embargo, define usted a su hija mayor con un carácter complaciente. ¿Qué tal era la relación de las dos?

—Lidi y Judith son el día y la noche, inspector. Si una es el color

blanco, la otra es negro.

—¿Es posible que Judith estuviese celosa de su hermana por la cercanía con su padre?

—Judith siempre ha ido a lo suyo. Nunca parece que le afecte lo que los demás piensen de ella. Así que, no, me extrañaría que sintiera algún tipo de celos por Lidi.

—Aun así, su hermana tiene los gustos como el señor Pellicer y, por lo que vi esta mañana, ella sí siente una repulsa hacia Judith. ¿Me equivoco?

—Lidi la presionaba mucho. Se disgustaba por el pasotismo que mostraba y pensaba que era una desagradecida.

—¿Sabe dónde podría hablar con ella? Me gustaría hacerle unas preguntas.

—No, no está.

—Puedo desplazarme sin problema.

—No es eso. Lidi se ha marchado unos días a Turín.

—¿Acaso no está preocupada por Judith?

—No. Digo, sí. Pero ella no podía faltar. Es muy importante para su carrera.

El inspector junta las cejas en la frente. ¿Qué estará pensando?

—Puedo darle su número y seguro que no tendrá objeción en responder a sus preguntas, inspector.

—No será necesario. Mi compañera ya anotó los de toda la familia. —Vuelve a hacer una pausa y el silencio se impone en la habitación—. ¿Piensa igual usted?

Estoy temblando. Un escalofrío recorre mi espalda. Me friego los brazos con las manos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Pensaba usted que Judith era una desagradecida?

No me quito el repentino frío. ¿Qué preguntas son estas? El inspector está empezando a caerme mal.

—Nunca le ha faltado nada. Yo solo le pedía que fuera un poco más respetuosa. Nada más.

—Ayúdeme a entenderla, señora Pellicer. ¿Piensa que Judith no era respetuosa por gustarle las bellas artes?

¡Tierra, trágame! Tengo la impresión de que su tono me hace parecer culpable. Pero ¿de qué?

—Francis y yo nos hemos preocupado de que no les faltase nunca nada a ninguna de las dos. Y, a veces, pienso que ella no es del todo justa con su padre. —Hago una pausa y añado sin dudarlo—. Ni conmigo. Me gusta que tenga esa afición, pero no le costaría nada ser un poquitín más amable.

—¿Usted se dedica a…?

Me hierve la sangre.

El frío que sentía hace un rato se ha ido y, en su lugar, se ha apoderado de mi un latido ansioso que arde de rabia. «Usted se dedica a…». Sé muy bien lo que da a entender. No es el único que me lo ha soltado en los últimos años.

—A cuidar de mis hijas. Y de la casa. Y presidir las comitivas del consorcio para las mujeres modernas. Y, créame, me lleva mucha energía estar en todo.

—Y no lo pongo en duda.

—Entonces, inspector Santos —le corto. Incisiva—. Si ya ha visto durante suficiente tiempo los dibujos de Judith…

—Sí, Delena. —Ahora usa mi nombre de pila. Este hombre sabe cómo sacarme de mis casillas—. Hemos terminado. Por ahora.

—Perfecto.

Lo acompaño hasta la puerta principal y él sale sin mostrar enojo. Lo contrario que yo. Tengo la respiración acelerada y me siento las mejillas ardientes. No puedo dejarlo así. Tengo que decir la última palabra. Y cuando la encuentro, le digo:

—Dedíquese a buscar a Judith, inspector. Está perdiendo un tiempo muy valioso.

Y cierro de un portazo.

33

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Parque infantil. Urbanización Los Álamos, Aurora.

Estoy sentada en el asiento delantero del coche, frente al volante. Al otro lado, la zona infantil a la que tanto le gustaba ir a Justin. No he podido evitar detenerme tras el extraño encuentro con Delena.

¿Por qué ha hecho como si nada?

El olor a bizcocho recién horneado me devuelve a dos épocas muy diferentes entre ellas. Por un lado, mi infancia y, por el otro, a cuando Justin era pequeño.

En mi infancia, yo era la que me encargaba de hacer pan en el horno de leña, de algún que otro bizcocho, de ordeñar las vacas y recoger los huevos que habían puesto las gallinas.

Vivíamos en una pequeña granja en el Alt Empordá, cerca del pantano de Darnius. Allí teníamos todo lo necesario para llevar una vida tranquila. Con mucho trabajo de campo y atención a los animales, pero éramos felices. Mis padres me insistían mucho en que estudiase, que me aplicara a sembrar la mente para recoger los frutos en el futuro. Mis hermanos, dos chicos mayores que yo, pasaban del instituto y lo dejaron tan pronto como terminaron los estudios obligatorios que marca el Estado.

Yo seguí e hice caso a mis padres. Me licencié en medicina veterinaria con una nota muy superior a la media. Nunca he sido de las inteligentes ni mucho menos. Me pasaba horas con los codos encima de la mesa y me dormía con los ojos ardiéndome de tantas palabras y lecturas. Y cuando se suponía que podía darme un respiro, ayudaba en la granja familiar.

Tenía la idea de utilizar el edificio adyacente a la principal como centro veterinario y que los habitantes de la zona pudieran venir a casa. De ese modo estaría cerca de mis padres por si me necesitaban y cerca de las tareas.

—Lo que tienes que hacer es abrir en Figueres, Girona o cualquier ciudad grande de verdad —decía mi padre—. ¿Qué tienes aquí?

¿Vacas? ¿Gallinas?

—También necesitan atención, papá —me defendí como pude.

—En las ciudades, la gente tiene perros carísimos y gatos que viven como auténticos reyes. ¿Y sabes? Pagan fortunas por su bienestar.

—Lo sé, pero…

—¿Acaso nos preocupamos mucho por los gatos y perros aquí? —Me miró tan fijamente que pensé que los ojos me estaban devorando. No respondí. Aguardé en silencio—. Los unos controlan que no haya plagas de ratas que se coman el grano. Y los otros montan jaleo si alguien desconocido se acerca a nuestra propiedad. Y lo que comparten no son los cuidados veterinarios, sino las pulgas, bacterias y enfermedades.

Tenía razón. Supongo que forma parte de la selección natural en las zonas rurales. Y de la forma más económica también.

A mi madre le encantaba tenerme en casa y le costaba más alentarme a seguir mi camino, que, por otro lado, sabía que me alejaría de ellos.

Y así fue.

Estuve semanas, meses, haciendo números, visitando locales en diferentes ciudades y pasando noches en vela por cómo debía cuadrar todo. Entonces, apareció él.

Me estaba tomando un café en la Taberna de Pepe, la mesa llena de papeles y mi móvil en modo calculadora, cuando vi que, en la barra, un hombre me miraba con una media sonrisa en los labios.

Se la devolví. Fue un acto reflejo. Algo sin importancia.

Él se levantó del taburete y vino hacia mí. Recuerdo que se me aceleró el pulso, y cuando escuché su voz me sonrojé igual que una adolescente.

—¿Puedo acompañarte? —me preguntó.

—Nos conocemos de…

Intenté mantener la compostura. Sus ojos, de un verde oscuro hipnótico, me atraparon. Su cabello corto y castaño peinado hacia atrás le daba un aire interesante. Su mandíbula ancha y sus labios finos.

—Tú a mí, de nada —respondió y me exalté. ¿De qué hablaba?

—¿Se supone que tú sí me conoces a mí? —Fingí no tener el menor interés en él y mostré la impasividad como arma defensiva ante el guapo desconocido.

—Por supuesto. —fue su única respuesta.

«Por supuesto».

¿Qué pretendía? ¿Hacerme dudar?

Clavé mis ojos en él, indagando en qué lugar nos podíamos haber conocido. No me sonaba de nada. Un rostro así lo recordaría. Y un cuerpo así… también. Se veía fuerte debajo de un jersey verde de

punto con un logotipo en el pecho que no conocía. Sus músculos se intuían trabajados sin llegar al extremo de decirme que era un obseso de los gimnasios. Y la parte inferior, unos pantalones de pinzas de color caqui.

—Supongo que me ayudarás… —dije con mi voz más neutra posible.

—En cuanto me invites a sentarme.

Instintivamente, lo hice, y me arrepentí de ello al instante.

Me habían enseñado a ser amable, educada y complaciente. O lo que es lo mismo: no ser desagradable con nadie. Sin embargo, ese hombre me había asaltado en plena guardia baja y yo estaba cayendo en sus redes como una tonta.

Se sentó con su sonrisa de chico malote. No apartó sus ojos de mí ni siquiera cuando la camarera se acercó a preguntarle si deseaba tomar algo.

—Lo mismo que ella, gracias.

—Y bien.

Él me mostró sus blancos y rectos dientes, asintió y, en cuanto la chica regresó con su café, dijo:

—Hace semanas que te veo a diario.

«Mierda», pensé. Era demasiado bonito para ser verdad. Mi alarma interior tenía razón. Era un obseso, un psicópata que se había fijado en mí. ¿Y qué quería?

—¿Perdona? ¿Qué significa eso?

—Desde el primer día que te vi entrar por la puerta me llamaste la atención.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Permite que te diga que tienes un aire intrigante, casi infantil.

—¡Cómo te atreves a…! —No me dejó terminar la frase que ya se estaba disculpando.

—No lo digo como una falta de respeto. Es tu mirada, la mantienes bajada, como por timidez. Igual que tu cabeza ligeramente ladeada con el pelo que te cubre parte de la cara.

Era cierto. Lo hacía aposta. No era una chica altiva, ni con tanta seguridad como para andar erguida, pretensiosa y arrogante.

—Desde entonces que no he dejado de venir aquí esperando verte.

Me desarma. ¿Cómo puede ser tan directo? O es sinceridad o es locura.

—Suena raro. ¿Lo sabes no?

—Lo raro sería si no te hubiera dicho nada. Me pareces una chica muy interesante.

¿Interesante? Una manera de describirme un tanto extraña. Interesante es una obra de teatro. O una figura abstracta de un artista. O, incluso, las noticias del mediodía.

—Si no tienes objeción y lo prefieres, me gustaría conocerte mejor. Quizá si lo hacemos de un modo más clásico te agrade más.

—¿Y cómo se supone que debemos hacerlo?

Él alargó su brazo hacia mí y extendió su mano.

—Mi nombre es Rafael Fonseca —dijo—. Encantado de saludarla, señorita.

Lejos de echarme atrás, seguí su actuación.

—Olivia Dernal, para servirle.

Nos estrechamos las manos y la sentí caliente. Me recorrió un calambre que terminó con una curva en mis labios.

Ese día lo pasamos hablando. Fue como si jamás hubiera estado con nadie y, a la vez, estar con todos. El café dio paso a un paseo, luego a una comida, un nuevo paseo y una cena. Sin sexo, claro. Aunque no me faltaron las ganas, no iba a entregarme así como así. Nos despedimos con un beso e intercambiamos nuestros números de teléfono.

Una sonrisa se me escapa de los labios al recordarlo, cuando, de pronto, veo a un hombre vestido con un traje con americana oscura que se acerca andando por la acera hacia el coche.

34

JUSTIN

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

—¡Estás despierta! —grito con la puerta de la habitación entreabierta.

Doy unos saltitos y entro. Cierro la puerta a mi espalda con cuidado de que no se me caiga el brik de zumo de uva y melocotón al suelo.

—Hola, Judith. —Dejo la bandeja en la mesilla—. ¿Te encuentras mejor?

Sus ojos le tiemblan igual que los labios. Parece que es una actriz de verdad, como esas de las series que miro a escondidas de mi madre porque dice que son demasiado violentas para mí.

—¿Sabes que podrías salir en Riverdale? —le digo.

—¿A qué te refieres? —pregunta ella. La voz tiembla como sus labios y pienso que el miedo es real.

—Que casi me creo que estás asustada de verdad.

Sus cejas se juntan y me mira como si no supiera nada de lo que le digo.

—Jud. —Me siento en la cama—. ¿De verdad que no recuerdas quién soy?

Ella me mira de arriba abajo. Siento un cosquilleo en el cuerpo al saberme examinado.

—No. No recuerdo nada.

—¡¿Nada?¡ —Me sale un gritito. O un chillido reprimido.

Niega con la cabeza.

—Soy Justin Fonseca. Somos amigos. A veces quedamos en el parque del barrio y hablamos hasta que se hace tarde. ¿No te acuerdas?

—No.

—Mierda. —Me pongo la mano en la boca. A mi madre no le gusta que suelte tacos. Menos mal que no está aquí para escucharme. Por cierto, ¿dónde está?—. Te diste un golpe demasiado fuerte. Puede que…

Ella no aparta la vista de mí. No dice nada. Está esperando a que hable yo.

—Puede que tengas amnesia. Sí, eso es. Lo he visto en las películas. ¡Qué fuerte!

—Pero tú vas a ayudarme, ¿no?

—Tranquila, Judith. —Le sonrío—. Te explicaré todo lo que necesites saber. Soy un hombre. Y estoy aquí para rescatarte.

Judith se mira los brazos y los mueve con delicadeza.

—Me gustaría desatarte, pero… no puedo hacerlo. Mamá se enfadaría conmigo.

—Has dicho que me ayudarías… —se lamenta.

—Puedo hablarte de todo y hacer que recuerdes quién eres tú, quién soy yo…, pero no puedo desatarte. Rompería las reglas del juego. Y las reglas están para ser cumplidas.

—No entiendo nada… Estoy muy confusa…

Doy unas palmadas al aire y digo:

—Para eso estoy aquí. Que empiece el juego.

Debo concentrarme para encontrar el orden de mis palabras. Me desconcentra tener a Judith en la misma cama que yo. Es un sueño hecho realidad. Sí. Pero las reglas están para cumplirse y… yo lo haré porque soy un hombre. Un hombre de verdad.

—Yo soy Justin. Y tú eres Judith Pellicer. Vivimos en el mismo barrio. Tu padre es el alcalde de la ciudad, tu madre es la presidenta de todas las asociaciones conocidas y tu hermana es una superempollona que te hace la vida imposible.

Me quedo en silencio.

Aguardo una reacción.

—¿Me llamo Judith?

—Sí. Ese es tu nombre. Aunque te gusta más que te llame Jud. Dices que es más de serie americana.

Sus labios se curvan.

¿Estará recordando? ¿O solo es que está contenta?

—¿Y tú te llamas Justin…?

—Por el cantante.

—No sé… —Niega con la cabeza.

—Justin Timberlake. A mi madre le gusta mucho ese cantante y por eso me lo pusieron.

—Es un nombre bonito —me dice.

—Gracias. Mi padre no opinaba igual. A él le parecía demasiado americanizado y hubiera preferido que me llamara Julio, como su abuelo.

—Pues a mí me gusta. Creo que te pega bastante.

—Lo dices porque no me has oído cantar.

Se ríe a carcajadas. Yo, también. Qué bien me siento con ella. Es

tan buena. Y tan guapa. Y ahora es mía.

—Eso lo decidiré en cuanto te animes a hacerme una demostración.

—¿Quieres que cante?

—Claro.

—Vale, pero en otro momento. Ahora debemos seguir las reglas que si no lo hago perderé el hilo.

—Vale.

—Espera un momento —digo de repente cuando me fijo en la mesilla—. Te he traído un zumo. ¿Te apetece?

—La verdad es que sí.

Vuelve a sonreír.

Cojo el brik con la mano y rompo el plástico de la pajita. La introduzco en el círculo plateado y un chorro sube disparado, salpicándome la mano.

Me la llevo a la boca y chupo el zumo.

Le acerco a Judith el brik a los labios y ella los abre. Después los cierra y aspira. Tiene mucha sed. No sé si es que ella va muy rápido o es que a mí el momento me pasa volando. Pero, en un plis plas, se lo termina.

Cuando sus labios se separan, dejo el brik vacío en la bandeja de nuevo y ella suelta un suspiro de satisfacción.

—Gracias.

—No hay de qué, Jud. Si quieres comer algo puedo preparártelo en un momento. Puedo hacerte un sándwich o unas tostadas…

—¿Estamos solos?

—Sí. Aunque mi madre llegará enseguida.

—¿Y tu padre? Me has dicho que a él le gustaba otro nombre. —Hace una pausa y yo me quedo esperando a que termine de completar lo que sea que quiere decirme—. ¿Está él en casa?

—No.

Bajo la mirada al suelo.

—Disculpa si he dicho algo que te ha ofendido —se lamenta.

—Es que no me gusta hablar de mi padre. Veo que no recuerdas eso tampoco.

—No te preocupes, Justin. Hay muchos matrimonios que se separan y los hijos sufren por…

—¿Piensas que mis padres se han separado?

—No es algo tan raro.

—No. Mi padre está… Murió.

Me pican los ojos y siento un cosquilleo en ellos. No quiero llorar.

—Cuánto lo siento, Justin. Debe ser muy duro…

—Gracias, Jud. —Tiene razón, es muy duro—. Lo extraño todos los días y pienso que ojalá nunca se hubiera marchado. El reverendo Artigas, cada domingo, nos regala palabras bonitas para él y dice que

está bien al lado del Señor, aunque siento rabia—. Me aprieto el pecho y me hago daño—. Una rabia aquí dentro que no me deja respirar.

Judith me mira entristecida. ¿Quiere abrazarme? Yo sí quiero hacerlo.

—Tiene que ser duro perder a tu padre tan joven. ¿Qué le ocurrió? ¿Fue el maldito cáncer?

Qué rostro más bonito tiene Judith. Alargo un brazo y lo llevo a su pelo. Lo tiene fino, liso, de esos colores que me gustan tanto y le hacen parecer más joven. Ella no se molesta. Por lo menos no parece sentirse atacada, ni temerosa de que le haga nada malo.

Niego con la cabeza y la miro a los ojos.

—No. No fue el cáncer.

Siento una lágrima bajándome por la mejilla.

—Murió en un accidente de coche.

—¡Oh, Justin! Qué terrible. ¿Ibais todos en el coche?

—No, no. Él iba andando por la acera.

—No me digas que…

—Un coche se lo llevó por delante.

Un silencio incómodo.

—Nos dijeron que él andaba por la acera y un conductor lo arrolló. Según ellos murió en el acto y no sufrió, pero creo que me mintieron.

—¿Por qué crees eso?

—Verás, la noche posterior al accidente, lo vi en mi habitación. Me asusté mucho. Bueno… muchísimo. Sabía que estaba muerto y eso, pero me sobresalté. Se me hizo un nudo en la garganta tan grande que no podía gritar. Tampoco podía hablar. Entonces, abrió su boca como queriéndome decir algo. Pero yo no lo entendía. No eran palabras lo que salían de su boca.

» Salí corriendo de mi habitación y me metí en la cama de mi madre. Ella me abrazó, me besó y escuchó lo que me había sucedido. Me calmó diciendo que era normal, que en un estado de extrema tristeza nuestro cerebro intenta arreglarlo, aunque no siempre lo logra.

—Y tú tenías otra teoría.

—Sí. Sé que mi padre vino para decirme algo, pero como a mi cerebro le faltan unos cuantos tornillos —me doy unos golpes en la sien—, no pude entenderlo.

—Quizá quería despedirse —añade Judith—, o decirte cuánto te quería. O hacerte saber que estaría bien allá adonde fuera.

—Artigas, el reverendo, también me dijo eso. Que Dios le había invitado al paraíso y no le faltaría de nada. Pero no me lo creí del todo. ¿Por qué te llevarían al cielo matándote en un accidente? ¿Acaso no podría habérselo llevado cuando dormía plácidamente en su cama?

—Creo que esas preguntas no las podemos responder.

—Sin embargo, ¿sabes lo que me da más rabia de todo?

—¿Qué, Justin?

—No saber quién se lo llevó. El conductor se dio a la fuga. Lo dejó allí, de noche, agonizando en el suelo. Apagándose poco a poco.

—Lo siento mucho, Justin.

—Me dijeron que no sufrió. Sé que sí. Y que podía haberse salvado. Murió ahogado con su propia sangre. ¿Sabes lo terrible que debe ser eso? Ahogado en una acera, en el suelo frío y húmedo, de noche y sin la menor esperanza de que alguien te ayude. Sin nadie que te diese la mano y te alentara con ánimos mientras llamaba a una ambulancia. Eso es lo que sí es duro. Y todos dicen que no, pero yo sé que fue así porque cada noche vino a mi habitación a verme. Cada noche se quedaba allí de pie. Mirándome con los ojos más tristes que jamás he visto. Abriendo su boca para hablar y solo oír los gorjeos de ese líquido escarlata que se lo llevaba.

Judith está llorando. Igual que yo. Ella me comprende. No me dice nada. No es necesario. Ella y yo tenemos una conexión especial.

Cuando creo que no dirá nada. Siento su mano luchando con las cuerdas y la sitúa encima de la mía. Luego, dice:

—Lo pagará, Justin. Te juro que lo pagará.

35

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Parque infantil. Urbanización Los Álamos, Aurora.

—Buenos días —saluda el hombre del traje al tiempo que yo salgo del coche. El leve movimiento de su cabeza y la mirada fría me agitan el estómago. Lo miro con las cejas juntas—. Es usted la señora Fonseca, ¿me equivoco?

Niego con la cabeza.

—Soy el inspector Santos. —¿Inspector? Mierda. Lo sabe—. No sé si me recuerda de la investigación del atropello de su marido. —Es verdad, es él quien nos informó y llevó el caso—. Si tiene unos minutos, me gustaría hacerle unas preguntas.

Voy a decirle que no. Que tengo mucha prisa y que quizá otro día, en otra ocasión. No me apetece hablar de mi marido ahora. Aunque él ya ha visto que me disponía a marcharme. Se lo digo de todos modos.

—A menos que tenga noticias favorables, inspector, preferiría no remover el tema.

—No se trata de eso, señora.

—Entonces, no comprendo. Usted dirá, inspector.

—¿Va a salir de viaje? —interroga mirando los asientos traseros del coche.

¿A qué viene esta pregunta? Demasiado tarde para huir.

—Qué va. —Intento sonar lo más calmada posible—. Vamos a pasar el fin de semana en una caseta de campo aquí al lado.

Se agacha y mira el interior del coche —el asiento del copiloto—. Yo me apoyo en la parte trasera, cruzo los brazos y espero a que siga con las preguntas.

—¿Va con algunos amigos a desconectar de la rutina?

—Inspector, ya no tengo edad para una fiesta juvenil. —Me río con una carcajada que suena más bien como un cacareo—. Voy con Justin, mi hijo.

Alza las cejas. Mira al parque, a la zona arbolada que alcanza con la vista y sé lo que está pensando. Así que me adelanto.

—Nos marchamos ayer noche. Fue algo improvisado. Mi hijo se moría de ganas de irse, así que cargué lo justo, pero me olvidé de algunas cositas y por ese motivo me encuentra ahora aquí, cargando con mil prendas que no usaremos ninguno de los dos.

Anota algo en su libreta. ¿Qué será? ¿Habré sonado como una mentirosa?

—Dice que salieron ayer.

—Sí. Así es.

—¿Sobre qué hora?

—Ufff… No lo recuerdo bien. Debían ser las nueve, nueve y media. Quizá más tarde. ¿Por? ¿Ha ocurrido algo, inspector?

—Un incidente en el descampado de Los Desamparados. Un chico murió y lo estamos investigando.

Siento la bilis subiéndome por el esófago. Su ardor me abrasa. Me pongo una mano en la boca, frenando el reflejo de vomitar.

—¿Está usted bien, señora Fonseca?

—Sí, sí. Es que… —«Lo mató mi hijo», pienso. No lo digo, claro está—. No imagino que este tipo de cosas sucedan aquí al lado. Por Dios, qué terrible.

—Es más habitual de lo que queremos reconocer. Ocurre a diario y ese barrio se ha convertido en un vertedero humano.

—Tiene razón. No comprendo cómo el ayuntamiento sigue con la venda en los ojos y sin tomar cartas en el asunto. Hace años que prometen una limpieza general. Pero ya ve. Cuando pasan las elecciones ni se acuerdan de lo que prometieron. Es una vergüenza.

—Hablando del alcalde. ¿Conoce a su hija?

—Sí, bueno, no muy bien, pero lo justo para saber que Judith es una niña muy buena.

—Más que una niña es una adolescente de dieciséis años—afirma y yo asiento—. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

Mis latidos retumban en mi cráneo como un maldito ejército de tamborileros. ¿Porqué están investigando su desaparición tan rápido? Siempre dicen que tienen que transcurrir cuarenta y ocho horas, ¿no? Además, Delena ha actuado como si nada. Como si no hubiera desaparecido.

—No me diga que… —Mis manos ya no saben si bloquean la bilis o a mis palabras para que no diga nada que me delate—. ¿Le ha sucedido algo?

—Es lo que estamos investigando.

—¿No tendrá nada que ver con la chusma que vive en Los Desamparados?

—Esperemos que no. Su familia está muy preocupada por ella. No

saben nada de su paradero desde ayer por la mañana, cuando salió hacia el instituto, al que, por cierto, no llegó. Por eso es muy importante que intente recordar cuándo fue la última vez que la vio o con quién estaba.

—Pobre familia…

Pienso lo mismo: que Delena no parecía preocupada.

—¿Se conocen bien?

—Qué va. No son de esas familias que se relacionan con todos. Ellos tienen un nivel al que el resto de mortales no podemos ni soñar.

El inspector mira a lo lejos, calle arriba, hacia mi casa. Y añade:

—No es que a usted le vaya mal.

—Mi marido era médico en el Hospital General y nos dio una buena vida.

—Por cierto, ¿cómo están?

—Murió hace nueve meses. En un accidente. Nos lo arrebataron. ¿Cómo cree que estamos, inspector?

—Lo lamento.

—Yo también, inspector. Era un buen hombre y un mejor padre. Aunque se hizo una búsqueda a conciencia, jamás encontraron al conductor, que se dio a la fuga.

—Tarde o temprano, la verdad termina por salir a la luz, señora Fonseca. No lo dude. Atraparemos a ese mal nacido.

—Espero que sea cierto, inspector. Y que no sean solo las mismas palabras que llevan nueve meses repitiendo.

—Ahora centrémonos. —Pasa unas hojas de su libreta cuadriculada y da unos golpecitos con el bolígrafo en la página que tiene delante—. Dígame: ¿cuándo vio por última vez a Judith Fonseca?

Hace un rato. Está en la casa de campo. Con mi hijo.

No lo digo, por supuesto.

—Creo que fue anteayer. Sí. El jueves por la tarde.

—¿Está segura?

—Sin duda. Mi hijo Justin tiene clase de inglés los jueves y, al salir se queda un rato en el parque. —Señalo a nuestro lado—. Lo recuerdo porque fui a buscarlo para cenar. Muchas veces se le hace tarde y debo ir a por él.

—Y vio a Judith en…

—En el parque. Estaba columpiándose con mi hijo.

—¿Acostumbran a ir juntos sus hijos?

—No, nada de eso. Tienen la misma edad, pero en cuanto al cerebro… Justin tiene un retraso que lo equipara con un niño de diez años. Ni siquiera pueden ir al mismo instituto. Justin asiste a un centro de educación especial.

—Aun así, ¿acostumbran a quedar o a verse?

—Ya le digo que no, no quedan como amigos. Sí que coinciden o se

encuentran en el parque y Judith siempre lo ha tratado con mucha amabilidad. Nada que ver con sus padres.

—¿Tiene buena relación con sus padres?

—Ellos son…, ¿cómo decirlo? De ese tipo de personas que parecen actores, ¿sabe? Que siempre tienen lista una sonrisa, una buena cara y la mejor frase en cada momento, pero, en el fondo, están rotos.

—Así que usted no se relaciona con ellos.

—Ahora, no. Antes, sí, por mi marido. Al ocupar un cargo tan importante en la comunidad nos invitaban a alguna de las fiestas que daban en su jardín. Pero desde que Rafael murió, la relación se fue enfriando.

—¿Y sus hijos? ¿Qué relación mantenían durante esas fiestas?

—Ninguna, inspector. Justin se quedaba en casa con su canguro y Judith iba a su rollo, como decía su madre, ella pasaba de fiestas y relaciones sociales.

—Entiendo. ¿Podría hablar con su hijo?

¡No! ¿Por qué iba a dejarle hacer eso?

—No está en casa. Ya le he dicho que fuimos a la casa de campo. —Levanta las cejas. Ya sé lo que piensa. ¿Cómo habré podido dejar a un niño deficiente solo en la casa de campo?—. Estaba tan dormido que me dio pena despertarlo. Así que si me disculpa… debo llegar antes de que se despierte.

—Me gustaría hablar con él. Quizá recuerde algo.

—No es una buena idea, inspector. Sus recuerdos son como los de un niño pequeño, ¿sabe? Su cerebro no funciona como el nuestro e inventa detalles y situaciones. Incluso mezcla los días. Él vive en su propio mundo.

—Entonces, quizá usted podría intentarlo. Me refiero a hacerle alguna pregunta sobre Judith. Como quien no quiere la cosa y ver qué le cuenta.

—Está bien. Se lo preguntaré. Ahora si me disculpa…

Le doy la mano y me despido. Giro en seco y abro la puerta del coche. Me siento en el asiento y cierro de un portazo. Mierda. Lo he hecho con demasiada fuerza.

Toc-toc

El inspector golpea el cristal de la ventanilla con los nudillos. La bajo. Entonces, él alarga un brazo y habla:

—Tome mi tarjeta. Si su hijo recuerda algo, por pequeño o sin importancia que le parezca, llámeme. Puede ser significativo para el caso.

Cojo la tarjeta, la miro y la deposito en la consola central del coche.

—Así lo haré, inspector —asiento con mi mejor sonrisa.

—Muchas gracias, Olivia. Que tenga un buen fin de semana.

Arranco el motor, pongo la marcha atrás y me incorporo a la calzada. Piso el embrague, pongo primera y doy gas.

Me alejo sin quitar ojo del espejo retrovisor. El inspector está allí de pie, en el mismo lugar que nos hemos despedido. Quieto. Mirándome.

Pienso en Justin. Y en Judith.

¿Cómo podremos salir de esta?

Con lo sencillo que hubiese sido dejarla allí en el descampado. Dejar que la encontrasen y que pensaran que había sido algún yonqui que le había hecho daño.

Aunque ya no hay vuelta atrás.

Ya no podemos más que avanzar, eliminar nuestro rastro y rezar para que Dios no esté muy enojado con nosotros.

36

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Noche.
Residencia Pellicer, Aurora.

Necesitaba salir y verlo por mí misma.

Regreso a casa titiritando. Se me ha metido el frío en el cuerpo y no dejo de abrazarme y fregarme los brazos con las manos. Un autoabrazo que no me da el calor que necesito ni me hace sentir mejor.

He ido hasta el descampado andando. Allí donde se ha encontrado el cadáver de un yonqui y que, según el inspector, apareció la mochila de Judith.

Imaginaba que podría encontrar algo que me permitiera tirar de un hilo. Un hilo que solo una madre puede ver, y obtener lo que necesito para saber qué ha sucedido. Porque… no se habrá ido por su voluntad, ¿no? Sería sencillo de responder si Judith fuese otra, pero su carácter siempre la hace impredecible, rebelde y retadora.

Una carta de despedida no significa nada. Quizá el deseo de irse, sí. Pero no que signifique que lo ha hecho.

En el descampado destacaba la carpa de plástico que había montado la policía. Un envoltorio de regalo en medio del prado. Una carpa de circo en la que no entraban los espectadores para ver a los monstruos. Más bien salían astronautas, virólogos o yo que sé de ella.

Miré cada movimiento que se producía en mi campo de visión, pero nada me llevaba a imaginar o intuir qué había ocurrido. Me mantuve lo bastante lejos para que nadie me viese. Estaba rodeado de una cinta amarilla y negra de la policía en la que se podía leer: «PROHIBIDO EL PASO», repitiéndose tan larga como era. Algunas personas se habían acercado a observar, movidas por la curiosidad o quizá por el morbo por conocer detalles.

Anduve por el caminito del bosque que rodea el descampado y me detuve detrás de un árbol.

¿Qué hacías aquí, Judith?

¿Estuviste en este lugar de verdad?

¿Querías huir de casa?

Aguardé en silencio dejándome caer en el tronco rugoso del árbol.

No sé si era por la absurda idea de que Judith me respondiera o por la esperanza de que estuviese bien. Sea por el motivo que fuere, cuando oí un crujido a mi espalda, salté presa del pánico.

—¿Señora Pellicer?

Ahogué un grito. Me giré muerta de miedo hacia la voz que me llamaba. Pensé que sería algún periodista del periódico local o un drogadicto que me quería saquear. No lo era.

—¿Me está siguiendo, inspector?

—No en términos generales como sospechosa. —Sonrió—. Pero sí desde que la vi ascender por el camino. Reconozco que sentí curiosidad.

—¿Acaso le divierte?

—Ni por asomo, Delena. Lo único divertido en estos casos es si logramos detener al culpable.

Se me rompió el alma.

—¿Cree…?

No me dio tiempo a formular la pregunta que el inspector Santos ya me respondía.

—Es pronto para hacer conjeturas.

Le miré suplicante, agradecida e interrogante. Él lo comprendió y siguió diciendo:

—Por el momento, las pruebas de que su hija, Judith, estuviese en el descampado son circunstanciales. La mochila se la podían haber robado, los mechones de pelo podrían haber sido arrancados en una pelea por robarle dicha mochila, así que…

—No tiene nada que ver con esto. —Señalé la carpa.

—Es pronto, Delena. Lo que quiero descartar es que se haya ido por su cuenta. ¿Me entiende?

Lo entendía. Tampoco me apetecía pensarlo por muy cierto que pudiera ser. Solo asentí.

—¿Han descubierto algo más?

—No. Estamos recabando información acerca de sus movimientos días antes de la desaparición. En casos como el suyo, siempre hay alguien que ha visto algo. Necesitamos encontrarle y que no tema hablar.

—Gracias, inspector.

—Es mi trabajo.

—Le agradezco que no me tenga en cuenta la manera como le he tratado antes. Fue desconsiderado por mi parte. Le pido disculpas.

—No se preocupe, Delena. Entiendo por lo que está pasando y perder los nervios es parte del proceso natural.

—Nada de qué preocuparse. Vuelva a casa y permanezca

localizable por si Judith llama o vuelve.

No sé por qué hice lo que hice cuando él terminó de hablar. Pero me lancé a sus brazos y lo envolví con los míos. Apoyé mi cabeza en su pecho y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí segura. Percibí una calma que me recorría el cuerpo, y una sensación de bienestar, de protección, se apoderó de mí. Mis ojos se humedecieron. No lloré.

Levanté la cabeza y lo miré al rostro. Ya no me parecía tan patético aquel hombre, ni tan arrogante. Su rostro marcado por el paso del tiempo me dio seguridad, fortaleza. Y sus ojos cristalinos eran los de alguien con alma, no como los de un demonio sin escrúpulos.

—Gracias —dije.

Y me marché.

Cierro la puerta tras de mí.

El calor de la casa no me reconforta en absoluto. Tengo la mente confundida con sentimientos enfrentados y sigo sintiendo el cuerpo del inspector en el mío. Sus brazos rodeándome con fuerza y la mirada. ¿Compasión? ¿Sufrimiento? Quién sabe…

Cojo la rebeca azul marino que está colgada en el perchero de la entrada y me la pongo por encima de los hombros. Voy a la cocina, abro el armario superior y saco una copa. Una de las grandes. La lleno hasta la mitad con el merlot que tanto me gusta y me la llevo a los labios.

Su sabor agrio y dulzón me invade. Cierro los ojos. Mi cabeza está jugando con Santos. De una manera que hace años no juega con nadie. ¿Qué te ocurre, Delena? ¿Por qué piensas eso ahora?

«Céntrate», me digo a mí misma.

Me relleno la copa y voy al salón. La dejo encima de la mesa y abro los cajones. Saco el portátil y me siento. Mientras se inicia el sistema doy un par de sorbos más.

Quería pensar que Judith estaría fuera uno o, quizá, dos días. Igual que ha hecho tantas otras veces. Sé que me miento a mí misma al pensar que está bien. Hay algo diferente en su partida. Y con ese chico muerto empeora mi temor.

Hago doble clic en la carpeta «FOTOS». Dentro hay otras enumeradas en orden y acontecimientos, seguido del año.

Busco la más reciente, perteneciente a este mismo año y la abro.

Voy pasando una a una. Puedo percibir incluso los olores, la temperatura y el sentimiento que capturó cada imagen; la sonrisa forzada tras una discusión, la tarta recién hecha que se deformó, las risas con ese dolor en la tripa al no poder parar. Ahora son tan tristes y dolorosas que me duele. Tengo el estómago encogido. Busco la foto perfecta. Aquella que muestre los rasgos de mi hija a todo el mundo.

Una imagen que sirva para presentarla al mundo. Francis no quiere que nadie lo sepa. Quiere que lo ocultemos. No puedo hacerlo. Nunca fuimos carne y uña. Pero haré lo que sea por encontrarla.

En la pantalla aparece una foto en primer plano. Judith está mirando a la cámara con una tristeza bella, tímida e interrogante. «¿Quién se la hizo? No recuerdo si fui yo. Lo recordaría, ¿verdad?», me pregunto. No estoy segura. He hecho tantas fotos que han quedado guardadas en archivos y colecciones que no veo nunca. Siempre con las prisas del día a día, siempre con planes, celebraciones y eventos. Siempre inmortalizando escenas para recordar y ni un instante para sentarse y revivirlas.

Me termino el merlot perdida en el rostro tan perfecto de mi pequeña.

Incluso aquí lleva el pelo teñido con mechas violeta.

Busco el correo electrónico del inspector y escribo:

Saludos, inspector:

He encontrado la foto perfecta de Judith y que creo que pueden utilizar para los medios. Ahora voy a pasársela a una compañera que me ayudará a hacer unos carteles. Los repartiremos por la zona. Como usted me ha dicho: alguien debe haber visto algo.

Sé que Francis no lo aprueba y que se va a molestar, pero ¡qué diablos! Es mi hija.

¿Sabe una cosa, Santos?

Estoy muy feliz de que sea usted quien lleve el caso. Es un gran profesional. Su afilada mente es digna de estudio. Seguro que gracias a usted encontraremos a nuestra pequeña.

Gracias por su apoyo hoy en el bosque. Es usted una persona maravillosa.

Con todo mi cariño,
Delena

¿Es un escrito demasiado pomposo?

No. Es justo lo que debo decirle y justo lo que pide mi interior.

Adjunto la foto con el título *Mi preferida*, y dos más por si a la policía le parece oportuno.

Le doy a «enviar».

Me aprieto las sienes dándome un suave masaje. Deseo que Judith esté bien. Deseo que no le haya ocurrido nada malo. Y deseo volver a ver al inspector Santos para apretujarme en sus brazos.

37

OLIVIA

Sábado, 8 de junio de 2019. Mañana.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Justin se me echa encima en cuanto entro en la cabaña. Lo veo más tranquilo. Por lo menos desde ayer por la noche. Que ya es mucho.

—¿Qué es eso? —pregunta mirando el envoltorio que tan bien conoce.

—Esther te ha preparado un bizcocho de esos que tanto te gustan y dice que es todo para ti.

—Con el hambre que tengo. Esther es muy buena.

—Sí, cariño. Dice que te lo pases genial en la cabaña y que te echará mucho de menos.

—¿Se lo has contado? —Me mira aterrado paseando sus ojos de mí a la habitación.

—Sabe que estaremos el fin de semana aquí, pero no, de ella no sabe nada. No puede saberlo nadie.

Asiente con grandes cabezazos.

—He hablado con ella y está muy contenta con nosotros. Me ha dicho que se encuentra bien.

¿Qué está diciendo? ¿De quién habla?

—¿A quién te refieres, cariño? —Intento parecer lo más calmada que puedo. Finjo una sonrisa y añado—: ¿Acaso ha venido alguien?

—No, no, mamá. Estamos en medio del bosque. —Se ríe muy fuerte. Coge el zumo de naranja y se lo lleva a los labios—. Aquí no viene nadie. Ha sido Judith. —Se me hiela la sangre—. Dice que está muy a gusto con nosotros.

—¿Has hablado con ella? —pregunto.

—Sí, claro.

Me temo que la haya podido soltar. Si lo ha hecho estamos perdidos. No sé si salir corriendo hacia la habitación o fingir despreocupación.

Elijo la segunda opción.

—¿La has soltado?

—No. Dice que cuando tú estés preparada ya lo harás.

Estoy completamente descolocada. A Justin se le está yendo de las manos y ha empezado a perder la cordura. No me extraña. Lo raro es que no la esté perdiendo yo.

La psicóloga ya nos ayudó mucho cuando murió Rafael. Recuerdo que Justin se levantaba por la noche hablando con él. Decía que podían hablar y que no había sido un accidente, sino que lo habían matado.

—Así que eso te ha dicho.

—Sí, mamá. Ya te he dicho que Judith es muy buena. Ella solo quiere ayudarnos.

—Claro, cariño. Y nosotros a ella.

Me responde que lo sabe y yo me confundo todavía más.

Guardo todo lo que he traído y cuando termino le corto un trozo de bizcocho a Justin.

—¡Con pepitas de chocolate! —grita.

—Porque Esther te quiere mucho.

Le da un bocado grandote y casi se lleva la mitad del trozo a la boca.

—Podemos darle a Judith, ¿no? Seguro que le gusta.

—Si quieres, no hay problema.

Le corto un trozo y se lo doy. No sé si es buena idea que él interactúe tanto con ella. Nunca he secuestrado a nadie ni sé cómo se debe proceder.

He visto el *modus operandi* en las series, pero no sé hasta qué punto puede ser real.

Justin corre a la habitación y yo entro detrás de él.

Judith nos mira.

Oigo sus tripas quejarse. Sonrío. Me recuerda a Justin cuando era pequeño y veía algo de comida que le gustaba. Ese sonido de las tripas al que él denominaba «el monstruo de la barriga».

—Mira, Judith —le dice Justin—. Lo ha hecho Esther, nuestra vecina de la derecha, la de las flores en las ventanas. —Ella mira el plato y se relame—. Es una anciana muy amable y siempre me hace bizcochos y magdalenas.

—Parece muy sabroso —dice ella. Oír su voz me hace temblar por la velocidad que está tomando todo, por lo que está cambiando.

—Este trozo es tuyo. Mamá dice que si te gusta nos dejará repetir.

Me mira.

—Gracias —me dice.

Sé que tiene las manos atadas y que debería soltarle por lo menos una. Pero no puedo. No quiero arriesgarme a que vuelva a pegarle a

Justin. O a mí. Si quiere comer, que se lo dé él.

Sin decirlo en voz alta, Justin le acerca el trozo de bizcocho a los labios. Ella abre la boca y le da un mordisco. Mastica con ganas. El ruido que hace retumba en la habitación como si fuera un crujido en una caverna oscura y profunda.

—¿Quieres zumo? —pregunta Justin—. Es de melocotón y uva.

—Sí, gracias.

Justin desaparece por la puerta.

Me acerco a ella y le susurro tan bajo como puedo:

—Así que habéis estado hablando tú y él…

Asiente.

—Es un buen chico.

—¿Y de qué habéis hablado?

—De cómo puedo ayudaros a vosotros y… de cómo me podéis ayudar a mí.

—Ah, ¿sí…? —Junto mis cejas. Ya no parece tan perdida ni tan agresiva. La verdad es que no siento que no es la misma que antes—. ¿Y qué seguridad me puedes dar de que no intentas engañarme?

—Esto no es bueno para ninguno de nosotros y sé el modo de arreglarlo.

¿Arreglarlo? ¿Acaso se puede arreglar? ¿Quién es esta chica? Parece otra.

—¿Y has pensado en…?

—Usted puede soltarme y nos olvidamos de todo.

No me río porque no me hace ninguna gracia.

—Creo que no será posible, Judith.

—¿Por? Le prometo que no diré nada a nadie.

—Aunque esto fuese cierto, necesito saber qué ocurrió en el descampado. Y qué le ocurrió al otro chico.

—Quizá también sea mejor olvidarlo. Que usted lo olvide.

—Judith. Mi hijo te encontró allí, habías perdido la consciencia, estabas herida y al lado de otro chico que no tuvo mejor suerte. Un chico que ahora está muerto. Y no sé nada de lo ocurrido.

—Por eso le digo que sería mejor olvidarlo todo. A veces, las cosas ocurren sin más. Y cuanto menos se remuevan, mejor.

—La policía ya está investigando el caso. Están haciendo preguntas a todo el vecindario. Te buscan a ti y al que le hizo daño al chico. —Me callo y espero que añada algo más a la perorata que estoy soltando. No lo hace. Así que le hablo yo—. ¿No decías que no recordabas nada de lo sucedido?

—Y no lo recuerdo con exactitud.

—Y, entonces, ¿qué es lo que debemos olvidar? ¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—No sé qué sucedió, pero su hijo, Justin, me ayudó. Lo siento en

mi interior. Usted también me está cuidando. Pienso que si me dejan ir… nadie los buscará.

—¿Me estás sugiriendo en serio que te suelte y te deje marchar sin más?

—Así es —asiente.

—Supongo que eres consciente de que te avasallarán a preguntas si accedo a tu petición, ¿no?

—Eso no será problema. Me he escapado muchas veces de casa. No les extrañará. Les diré que me he despertado en una cuneta, en una habitación de una casa abandonada o algo así, y que no recuerdo nada.

¿Podría funcionar lo que propone? ¿Puedo fiarme de ella? Dios. ¿Me lo estoy planteando en serio?

Cuando estoy por querer saber más de ese plan, Justin entra en la habitación con el zumo.

—Aquí lo tienes, Jud. —Se sienta rápidamente en la cama y le acerca el vaso a los labios.

—Oh, zumo de melocotón y uva. Mi preferido. —Se alegra ella.

—Solo quiero que estés contenta, Jud.

Judith le guiña un ojo y Justin se ríe.

¿De dónde sale esta complicidad?

Algo se me escapa y no me gusta nada. Sé que los dos se conocían de antes de que ocurriera todo esto, pero… siento un pinchazo en el estómago. Me da mala espina.

38

DELENA

Sábado, 8 de junio de 2019. Noche.
Residencia Pellicer, Aurora.

Suena el timbre de la entrada y doy un respingo. ¿Cuánto rato llevo aquí sentada viendo las fotos pasar? No lo sé. Solo que la botella de merlot está casi vacía.

Me levanto de la silla agarrándome en ella. Respiro hondo y espero.

Bien. La cabeza no me da vueltas. Lo último que quiero es que, quien sea que esté aguardando en la puerta, me vea chispeada o borracha.

Llevo la copa y la botella a la cocina y deposito la primera en el fregadero y la segunda al lado del cubo de basura, dentro del armario inferior.

Cuando paso por el pasillo me miro en el espejo de cuerpo entero. No estoy tan mal, me animo. Atuso algún mechón de mis cabellos, estiro el cuello hasta que cruje y me plancho con las manos la camisa. Perfecta.

Vuelven a llamar al timbre y me sacan de mis cábalas.

Me sorprendo al abrir la puerta. Esperaba que fuera el inspector, pero, en su lugar, me encuentro a un apuesto joven de pelo negro.

—Buenas tardes, señora Pellicer —saluda con una sonrisa de dientes blanco marfil.

—¿Nos conocemos?

Sé que ha sonado más seco y cortante de lo que pretendía, pero bastante trabajo tengo para que no se me note la falta de interés.

—No —responde—. Pero sí a su hija. Somos compañeros en el instituto.

Abro los ojos de golpe con un interés creciente. Él se da cuenta y prosigue.

—Bueno, tenemos algunas clases en común y… me he enterado de su desaparición. Por eso me he pasado. Por si puedo ayudar.

Se ve un buen chico. El peinado —o, mejor dicho: despeinado—, es

un corte irregular con mechones de punta a todos lados y otros aplastados. Tiene los ojos azules de un tono muy claro, y su ropa, camiseta y tejanos. No lo he visto nunca por el barrio. Ni me suena su cara.

—¿Quieres pasar? —Le invito—. Estaremos mejor dentro.

Asiente y da un paso al frente en cuanto me aparto a un lado.

Me percato de su olor. Un perfume floral y dulzón. No es colonia a granel. Lo he olido antes, aunque no logro situarme.

Sus ojos se mueven en todas direcciones.

—Tiene una casa preciosa, señora.

—Gracias. Puedes llamarme Delena. Señora me hace vieja y, tal y como puedes ver, soy casi de la edad de Judith.

Sonrío.

Él me mira y también lo hace. Asiente con la cabeza y se ríe.

—¿Y tú eres?

—David —responde—. David Torres.

No me suena de nada. Ni siquiera ahora que conozco su apellido.

—¿Vives en nuestra calle? —pregunto aun sabiendo la respuesta.

—No. Unas calles más abajo. Pero como le he dicho, coincido en algunas clases con Judith y ayer me extrañó no saber de ella. —Hace una pausa—. Y hoy me he enterado de que se ha marchado.

—Bueno, ni de eso estamos seguros, David.

Me mira con el rostro triste, pero son sus ojos los que me dicen que lo está de verdad. O eso o es un maravilloso actor.

—¿Te apetece un chocolate caliente, David? ¿O una limonada? —Le invito.

—Gracias, de verdad. Pero no quiero ser una molestia.

—Para nada. Estaba a punto de prepararme uno para mí —miento —. Y la limonada está lista en la nevera.

—Entonces, sí, la acompañaré con mucho gusto con esa limonada fresquita.

Se sienta a la mesa de la cocina mientras yo busco un par de vasos tamaño medio litro, le echo unos cubitos de hielo y saco la limonada del frigorífico.

—Dices que coincidís en alguna asignatura.

—Así es, estamos en literatura y artes. Ayer teníamos clase y nunca se ha saltado ninguna. —Junto mis cejas y David se da cuenta. Así que aclara—: no se ha saltado ninguna clase de Dibujo y Arte.

—A Judith le gusta mucho dibujar y se le da bien.

Decido ir directa al grano. Ya sé que le gusta dibujar, el arte y eso, pero ahora no me aporta nada nuevo.

—Supongo que sabrás que Judith se toma la libertad de perderse muchas veces, ¿no?

—Sí, lo sé —responde con el vaso de limonada entre las manos. Los

hielos tintinean.

—¿Y qué te hace pensar que esto es diferente a una de sus escapadas?

—El último día que la vi me contó que se sentía observada.

—¿Cómo dices? —Me sorprendo.

—Se sentía insegura. Me dijo que tenía la sensación de que alguien la seguía de regreso a casa. O, incluso, cuando estaba en su habitación, tenía la impresión de que la rondaban desde afuera.

—¿Y no tienes idea de a quién se refería? ¿O si había alguien del instituto de quien dudara?

—No. Pero me dijo que era alguien real. Que lo había visto en las sombras, entre los arbustos y… que era muy grande.

—¿Qué significa que era muy grande?

—No lo sé. Yo creía que eran imaginaciones suyas hasta hoy, que he sabido de su desaparición.

—Así que piensas que la han secuestrado. O que le han hecho algo malo.

—Me temo que sí.

Mis ojos se humedecen con las miles de posibilidades que se abren ante mí; un secuestro para abusar de ella, violarla y maltratarla. Quizá matarla y vender sus órganos en el mercado negro. O encerrarla y convertirla en una esclava sexual de algún depravado.

Rompo en llanto.

—Lo siento —dice David. Se levanta y me da un abrazo—. Tengo miedo, señora. Tengo mucho miedo.

Absorbo el aroma del chico como si se tratara de un salvavidas que ha aparecido de repente en mitad del océano.

Entonces, me sereno y digo:

—¿Has hablado con la policía?

—No. Han estado hablando con la gente de la urbanización. Yo quería hacerlo antes con usted, por si podía serle de ayuda o había visto también a alguien acechándola.

¿Qué iba a decirme? Ojalá lo hubiera hecho. De haber sabido que alguien la seguía, habría contratado a algún servicio de seguridad. ¿Por qué los adolescentes no hablan con los padres cuando tienen algún problema?

«Porque no los entendemos», me respondo a mí misma.

¿Acaso hablaba yo con mis padres? No. Largos silencios nos separaban. Un barro espeso y gelatinoso entre generaciones.

—Es la primera noticia que tengo, David. No sabía que Judith pudiera estar en peligro.

—Ni yo. —Me abraza con las palabras. Se siente destrozado también—. De haber sabido que era cierto…

—No podías.

—Pero me lo dijo. Ella me confió su preocupación y yo… Yo no hice nada.

—Lo estás haciendo ahora, David. Y te lo agradezco. —Le doy un beso en la mejilla.

Busco en el bolso la tarjeta que me dio el inspector y marco su número en mi iPhone.

—¿Inspector? Soy Delena. Tengo en casa a un compañero de clase de Judith. Y hay algo que debería saber.

39

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Noche.
En el coche.

La llamada de Delena me ha trastocado los planes. Mi intuición me dice que ella oculta más de lo que aparenta, y que su marido, quizá, la haya intoxicado. A fin de cuentas, ¿quién no se acostumbra a los métodos de quien comparte lecho?

Aparco el coche en un lateral del camino de acceso. Me extraña que la verja principal esté abierta. Apago el motor y bajo del viejo Seat León. Antes de cerrar la puerta, Delena está de pie ante la puerta principal de la casa.

—Ha llegado rápido —dice ella.

—Estaba cerca, señora. —Subo los escalones de piedra de la entrada y me siento intimidado otra vez por las columnas que se alzan a ambos lados—. Y debo reconocer que su llamada me ha sorprendido. No puedo negar que, tras nuestra última charla, no esperaba noticias suyas tan pronto.

Ella tuerce la mandíbula y se muerde el labio inferior.

—Lo siento mucho, inspector. —Veo cierto color en su rostro—. Le ruego que disculpe mis modales. Yo no soy así.

¿Y cómo es Delena? ¿Cuál es su verdadero rostro?

—No se preocupe —digo—. Entiendo que está atravesando una situación de mucho estrés.

Ella asiente con la cabeza.

—Veamos lo que tiene —añado—. No perdamos ni un minuto. ¿Le parece?

—Sí, Sí, inspector. Pase.

Entramos en la gran casa y Delena me conduce a la cocina. Más que una cocina tiene el tamaño de mi triste y oscuro apartamento, pero con la iluminación de un sol propio. La isleta tendrá unos dos metros de largo por uno y medio de ancho, y los muebles son de un lacado

blanco y azul turquesa que parece sacado de una revista de moda.

—Este es David Torres —presenta Delena alargando la mano hacia el joven que está de pie frente a la cristalera con vistas al jardín.

—Inspector Santos. —Alargo el brazo y le estrecho la mano.

Es un chico joven y, por su mirada, sé que está muy nervioso. Sus ojos están húmedos y no puede mantenerlos quietos ni centrados. Además, sus manos son dos apéndices que no paran quietos.

Saco mi pequeña libreta de espiral y anoto su nombre en ella.

—Bien, David. Cuéntame lo que sepas de Judith.

El chico me relata con pelos y señales su relación de amistad con Judith. Las confidencias en forma de arte, y el temor de ella a que alguien le hiciera daño.

Parece que dice la verdad. No logro ver en su relato nada que me haga pensar que me miente. Los nervios, tics y frente sudorosa no significan nada.

—¿Algo más que se te ocurra, David?

—No, no. Aunque esta semana estaba más inquieta y ausente que de costumbre.

—¿Puedes ser más explícito, David? —indago.

—Era como si estuviese en otro lugar, pensando en otras cosas. No sé. Quizá es cosa mía, pero siento que estaba… perdida. ¿Cree que le podrían haber hecho algo malo, inspector?

—Estamos en ello, chico. Por eso es tan importante cualquier detalle que podamos encontrar.

Delena, que se ha mantenido callada, habla ahora.

—Y si un psicópata la tiene secuestrada, ¿qué, Santos? ¿Qué debemos hacer?

—Nada, Delena. Lamento decirle que no se puede hacer nada. Si Judith ha sido víctima de un secuestro, lo mejor es que se quede en casa a la espera, por si recibe una llamada pidiendo un rescate. Por todo lo demás, no debe hacer nada.

—Pretende que me quede aquí sentada… Lo que necesito es salir y buscarla en cada rincón, inspector. Si tiene que llamar, ¿no cree que lo hará al móvil?

—Lo dudo, por el mismo motivo que su móvil ya debe estar inoperativo. Tanto si se ha ido por voluntad propia o a la fuerza, dudo que recibamos señal inalámbrica. Sería un modo sencillo de localizarla. Sin embargo, de una línea fija pública, ya sería otra historia. Si quieren pedir un rescate, esa es la opción más fiable.

—Dinero. Eso es. Seguro que quieren dinero. Por eso lo han hecho. Por el maldito dinero.

—Es una opción, Delena. Al igual que podemos pensar que quien llame sea ella misma diciendo que está bien y que no la busque.

—¡Imposible! Judith no haría eso.

—Con lo que sabemos ahora es una opción que no podemos descartar, Delena. Tenemos una carta de despedida, un cadáver con la bolsa —y sus pertenencias— con la que, supuestamente, pretendía huir, y a alguien siguiéndola de cerca. O, como mínimo, el temor a alguien desconocido. Las tres opciones son posibles. Aún no podemos descartar ninguna de ellas.

No estoy dispuesto a entrar en una batalla que no ganaré. Sé cómo se ponen los familiares y los comprendo. No es sencillo descubrir que tu hijo o hija se ha marchado de casa por voluntad propia y sin decir nada. Ese pequeño apéndice que crees tener siempre cerca, y un día, de buenas a primeras, ya no está.

No solo ocurre en las familias «normales», no. Los ricos, famosos, los magnates poderosos. Esos son a quienes duele más. Movidos por el qué dirán y no pueden verlos así, lo ocultan y hacen como si nada. Siempre tienen una respuesta idónea: de campamento a otro país, a mejorar el inglés a Londres o una desconexión con los primos de Madrid o Andalucía.

Todo fachada. Todo teatro. Todo apariencia.

—David —digo—. Gracias por la información. Quisiera que te pasases por comisaría en cuanto puedas para tomarte una declaración formal y nos dejes tus datos personales.

David asiente.

—Pregunta por la agente Alicia Bravo. ¿Entendido?

—Sí, señor. Si quiere puedo ir ahora.

—Me parece perfecto, David. Muchas gracias.

David sonríe por primera vez desde que estoy en la casa. Se ve un buen chico. No me dejo llevar por las apariencias, pero parece totalmente inofensivo.

Cuando oigo la puerta cerrarse, hablo con Delena de que debe estar tranquila. Que es, quizá, la parte más dura de todo el proceso, pero es de vital importancia que espere y nos avise ante cualquier detalle que recuerde o cualquier llamada que reciba. Y le insisto en que necesitamos que su marido nos eche un cable. A fin de cuentas, es su hija. Me extraña que se muestre tan frío.

Salgo de casa de los Pellicer con la extraña sensación de hormigueo en la nuca. Se me está escapando algo y no sé lo que es.

Subo al coche, enciendo el motor y cojo el teléfono.

—Alicia, ¿tenemos algo del móvil de Judith?

—Nada. Seguimos con los trámites jurídicos con la compañía telefónica.

—Maldita burocracia —gruño—. Dile al capitán que necesitamos ser más ágiles y que se moje. Que los amenace con filtrar su nula cooperación en la investigación.

—Santos.

—¿Qué?

Me pone muy nervioso que Alicia se quede callada. Más que nada porque mi mente empieza a sentir que le llueven dos mil posibles complicaciones como alfileres punzantes.

—Por Dios, Alicia. Dilo de una vez.

—No has visto las redes, ¿verdad? —No espera respuesta. La conoce—. Ya es tarde.

—¿Para qué es tarde?

—La desaparición de Judith está en todas partes.

Mierda.

Es lo único que puedo pensar.

MIERDA.

40

LA VOZ DE AURORA

Última hora

DESAPARECE JUDITH PELLICER

Según hemos podido conocer en redacción hace escasos minutos, la hija menor de Francis Pellicer, alcalde de Aurora y presidente de la junta comarcal de la Garrotxa, desapareció anoche sin dejar rastro.

La familia de Judith se ha negado a hacer declaraciones a esta redacción.

Las hipótesis que baraja la policía siguen siendo un misterio. Solo sabemos que dicha desaparición tendría que ver con el brutal asesinato de un joven yonqui acontecido la pasada noche en el descampado del barrio de Los Desamparados, a las afueras de Aurora.

…

¿Qué le ha ocurrido a Judith? Quizá se haya marchado por su voluntad o puede que esté envuelta en un turbio asunto de drogas. La zona es, desde hace años, un estercolero en el que malviven indigentes, camellos y ladrones. Pero hay quien cree que podría tratarse de un ajuste de cuentas o un intento de hacer daño al conflictivo señor Pellicer.

Es bien conocido por nuestro medio que el polémico alcalde se ha visto envuelto en diferentes temas delicados que han sido el punto de mira de medios y ciudadanía. La recualificación de parte de la zona natural como suelo urbanístico para viviendas de alto nivel, la expulsión de inmigrantes de pisos ocupados y su traslado clandestino a quién sabe dónde.

Judith, que nunca se ha mezclado en los turbios asuntos de su padre y cursa sus estudios en el instituto comarcal, es una chica rebelde e independiente. Muy diferente a su hermana Lidia, la cual sigue los pasos del alcalde con gran entusiasmo.

Lo último que hemos podido saber es que la policía está siguiendo el rastro de la señal de móvil de Judith. De este modo, esperan poder dibujar un mapa con sus movimientos durante los últimos días y horas.

41

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Madrugada.
Cerca de Figueres.

He tenido que dejar a Justin otra vez solo con Judith. Una decisión que no me agrada nada. Desde el viernes por la noche que estoy atrapada en una espiral de malas decisiones. Y no le veo la salida.

Siento un frío en la piel que me hace temblar. Es todo tan irreal. ¿No estaré soñando? Si es una pesadilla, en cuanto despierte lloraré de felicidad. Lo juro.

Miro el asiento del copiloto. Vacío. Salvo por el rectángulo violeta.

El segundo teléfono de Judith, según me ha contado ella. Me confesó que era de prepago y que nadie conocía de su existencia. No puedo estar segura de nada. Parecía sincera. Y prefiero no pensar qué podría haber ocurrido de habérmelo dicho. Justin ni se acordaba…

Llevaba horas dándole vueltas a qué era lo mejor que hacer con él. ¿Destruirlo a golpes? Vale, pero los chips se podían rastrear. O eso había oído en algún sitio. ¿Quemarlo? La última señal podía darles una posición en el mapa.

Sin embargo, cuando vi la noticia en *La voz de Aurora*, el portal digital de noticias, se me heló la sangre.

Ahora aún me siento cansada y, aunque no puedo dejar que sigan el rastro que los lleve a Justin, sé que estoy corriendo un riesgo extremo dejándolo solo.

Dejo atrás la ciudad de Figueres y sigo por la C-260 hasta La Garriga. El paisaje ha cambiado como la noche y el día. Dejando atrás los bosques frondosos para recibir la planicie que me llevará a la costa. La vegetación es más bien escasa en esta zona. Solo de vez en cuando veo algún pino y rocas que me hacen creer que estoy en otro lugar, mucho más lejos.

Ahora he tomado la GI-614. Curvas. Pinos. Poco tráfico y salitre. El olor inconfundible del mar.

Lo que nos gustaba ir al mar cuando Rafael aún estaba con nosotros

y lo que gustaba a Justin construir castillos en la arena.

Solíamos ir a Sant Pere Pescador, un enclave privilegiado en la bahía de Roses. Kilómetros de dunas de arena tan fina que siempre te llevabas a casa pegada en el cuerpo. No importaba. Lo pasábamos tan bien haciendo volar la cometa y comiendo el picnic al tiempo que nos achicharrábamos al sol, que llegábamos a olvidar los problemas. Las risas, el sonido de las olas y el olor a crema solar.

Sonrío al recordarlo y me digo que volveremos a ir. Sí. Este verano, cuando todo haya quedado atrás, recuperaremos la tradición. Aunque sé que no será lo mismo sin Rafael. Pero debemos seguir adelante. Si salimos de esta, claro.

El pueblo de Cadaqués me da la bienvenida con sus hoteles y pisos de alquiler. Lo que me gusta son sus casitas tradicionales; blanquitas y construidas al modo antiguo, que las asemeja a la textura arenosa de los castillos de Justin.

Tomo dirección este. La carretera se vuelve intransitable por momentos. Menos mal que es temporada alta. La carretera Pampacunills, luego la calle Mestral y creo haberme perdido hasta que doy con la avenida de Sant Baldiri, y veo el azul turquesa del mar al fondo pintado en una salida del sol amarillo pastel. Sigo recto hasta llegar a la zona de aparcamiento. Apago el motor. Cierro los ojos y hago una respiración profunda. Cojo el teléfono y salgo del coche.

El olor es tan fuerte que siento que podría vivir aquí. Azotada por el viento salubre y frío.

Me dirijo al gran azul andando por un caminito de tierra. Llego a Punta des Bou Marí. Un lugar sin orilla de arena ni gente bañándose. Una valla construida con troncos me separa del Mediterráneo. Me subo en ella y la salto.

Las olas rompen con las rocas violentamente. Las azotan con brío, con poder e ímpetu. Una relación agresiva unos días, tierna y apacible, otros. Así es la Costa Brava. Un rinconcito salvaje que aún no se ha explotado al cien por cien.

Camino hasta que ya no puedo avanzar más. El viento me golpea con intervalos irregulares. Mis cabellos y camiseta golpean mi piel dominados por la fuerza invisible.

Tengo dudas. Muchas. Demasiadas.

Lo que me falta es serenidad. Seguridad.

Saco el aparato de mi bolsillo. Lo miro y deseo con todas mis fuerzas que la sal del agua lo consuma. Lo restriego con mi camiseta para borrarle alguna huella —si es que queda alguna—. Luego lo pongo en el suelo, agarro una piedra y le doy con fuerza. La pantalla se agrieta. Le doy una segunda vez aún con más potencia. Un pequeño agujero se ha dibujado en el centro de la telaraña de cristal.

Supongo que el agua entraría igualmente por el micrófono o los

agujeros de conexión, pero me aseguro que así también penetre por la pantalla.

Lo recojo del suelo y me dispongo a lanzarlo al mar.

Echo el brazo atrás y mi cuerpo ligeramente entornado como una catapulta humana. Siento como se rompe la cuerda ficticia que libera el poder. El brazo dispara hacia delante y la mano suelta el teléfono.

Veo como planea en el aire unos metros hasta que rompe la superficie del agua y desaparece de mi vista.

Ojalá fuera tan sencillo desaparecer y que los problemas se hundieran tan rápido.

Me dejo caer en las rocas y lloro.

Lloro con toda mi alma. Sin cubrirme el rostro. Dejo que todo el dolor salga a la superficie y el viento se lleve mis lágrimas saladas.

42

DELENA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Pellicer, Aurora.

Me acurruco en la tumbona del porche trasero, en el jardín. Es pronto y el sol empieza a despuntar. No he dormido nada esta noche. Y ahora no siento el aire matutino ni su temperatura. Me he cubierto con una manta que he cogido de la habitación de Judith. De cuadros amarillos, rojos y negros, con símbolos que no conozco. La he visto muchas veces envolverse en ella.

Aspiro el perfume que la impregna con los ojos cerrados y, por un instante, siento que está aquí, conmigo.

La echo de menos. Me pregunto por que ha sido necesario llegar a este extremo para darme cuenta. ¿Es por la adolescencia? ¿O quizá porque me he hecho mayor?

No. No, por Dios.

Aún soy joven. Lo que ocurre es que me he convertido en una cascarrabias. Sí. Ahora soy mi madre.

¿Cuándo cambié? ¿Cuándo fue que dejé de ver la vida con ojos de adolescente?

Antes era todo aventura, retos, sueños por cumplir. Soy consciente de que otras mujeres me envidian por mi estatus social. Pero ellas no ven mi interior. No ven que mis brasas se han extinguido.

Doy un sorbo a la copa de vino. Sé que es pronto para beber. Y, ¿qué más da? ¿A quién le importa ya? ¿A quién le importo? Arrugo la nariz y me termino el contenido de un trago.

Suena el teléfono y mi corazón se encabrita.

Es pronto para beber, así que también lo es para llamar a alguien. Eso me lleva a pensar inevitablemente en una cosa: son malas noticias. Solo puede ser la desgracia. Todo lo malo se resume en una llamada a altas horas de la noche o de madrugada.

Miro la pantalla. Aterrada y sin respirar.

—Hola, Del —dice la voz al otro lado—. ¿Cómo estás?

Es Janet. Me alegra oír su voz. Pensaba que sería el inspector Santos con malas noticias.

—Cariño —le digo—. Mal. Estoy mal. Y casi me provocas un infarto. —Hago una pausa dramática.

—Te pido mil disculpas —lo expresa con dolor.

Tomo aire con una inhalación sonora y larga, y digo:

—Y aquí, en el jardín, triste y sola.

—No digas nada más —corta ella—. Estoy ahí en tres minutos.

Cuelga.

Me deja con la palabra en la boca. No me molesta. Y tampoco iba a negarme a que viniera. Más bien todo lo contrario. Me vendrá bien su compañía.

Janet se presenta en nada de tiempo y cargando una botella de vino. Hoy nos pondremos sentimentales. Sonrío.

—Janet al rescate —dice levantando la botella. Se abalanza sobre mí, me da un beso y se sienta a mi lado con un suspiro—. Por cierto, debes cambiar la llave de debajo de la escultura ahora mismo.

La puse allí el primer día que terminaron las obras de la casa. Más que nada por mi cabeza olvidadiza. Así cuando me dejara las llaves en casa —o en cualquier otro lugar— podría contar con que tendría una de repuesto debajo del querubín alado.

—Te lo digo porque tienes a la prensa como buitres al acecho. —Pone las manos en forma de garras de ave—. No me gustaría que alguno de ellos, buscando una primicia, se te colara en casa. Lo comprendes, ¿no?

Asiento. Ella deja caer la llave en la mesa.

—Gracias —le digo.

Me levanto, cojo la llave y voy a la cocina. Mi intención es dejarla en cualquier cajón. Desestimo la idea. Abro el armario y cojo una copa para Janet.

—Toma. —Extiendo la mano hacia ella—. Quiero que la tengas tú.

—¿La llave de tu casa?

—Sí, Janet. Nunca se sabe lo que puede pasar y prefiero que la tengas tú a guardarla en un rincón. Quién sabe si mañana querrás volver. Y si levantas el querubín y no está allí, ¿crees que tendré humor para levantar mi culo de allá donde esté?

Nos reímos a carcajadas.

Acepta la llave y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta fina de color morado.

Sirvo las copas con el vino y las hacemos chocar en el aire.

—¿Sabes que se considera pronto para beber? —le digo—. Creo que antes de las doce del mediodía, dicen que solo beben los borrachos.

—¡Que digan lo que les apetezca! —Mira a ambos lados—. Aunque

si nadie nos ve, podemos mantenerlo en secreto, ¿no?

—Cierto. Nuestro secreto. —Le guiño un ojo y retomamos el brindis. Una especie de *After* secreto.

—Por nosotras —dice ella—. Y que se arregle todo.

Chinchín.

—Estuve buscando en la habitación de Elisabeth —dice—. Por si había algo que relacionar con Judith.

Me echo para adelante con los ojos interrogantes. Suplicantes. Ansiosos.

—Ayer regresó antes de tiempo del seminario y se encerró en su cuarto y casi no me dijo una palabra. En realidad, la escuché hablando con alguien y…

No puedo más.

—¿Y? —digo, pregunto o exijo. No lo sé muy bien.

—Pegué la oreja en su puerta tanto como me fue posible, pero me pareció que estaba hablando con Judith. O que era posible que se tratara de ella.

—¿En serio? ¿Y qué decía?

—No lo sé. Ya te he dicho que no comprendí sus palabras, pero el modo en que hablaba… Quizá fuese ella.

—Se lo diré al inspector Santos —digo emocionada—. Si pueden rastrear su teléfono.

—Lo mismo he pensado yo, pero prefería hablarlo contigo antes.

—¡Oh! Gracias, Janet. —Le planto un abrazo y unos besos muy sonoros—. Le llamo enseguida.

Busco el número que he grabado en mis contactos y llamo. Me salta el contestador. ¿Qué raro? Suena el pitido y no sé qué decirle a la nada. Así que cuelgo.

Abro la aplicación de mensajería y le escribo por WhatsApp. Le escribo como si fuera un telegrama; lo justo y necesario en pocas palabras.

—¿Qué? —pregunta Janet.

—No lo ha cogido y no me apetece dejarle un mensaje a un buzón. En cuanto lo vea, ya me llamará o dirá algo. Por cierto, dame el número de Elisabeth para pasárselo a él.

Janet lo dice y yo escribo y envío.

Dejo el móvil en la mesa y vuelvo a rellenar las copas.

—Ojalá puedan encontrarla —digo en una súplica.

—Ya verás que todo saldrá bien. Y quizá…

¿Aún hay más?

—¿Quizá? —insisto.

—Puede que Elisabeth esté con Judith.

—¿A qué viene eso? —pregunto o, quizá, exclamo. No estoy segura. Lo cierto es que mis latidos ya están golpeándome los oídos—. ¿Qué te

hace pensar que estén juntas?

Da un sorbo al vino.

—Verás… es que no la he vuelto a ver desde la llamada y me extraña. Acostumbra a hacer una videollamada al día. Elisabeth no suele desaparecer así como así.

No doy crédito. Si Elisabeth está con Judith, eso significaría tres cosas: primero, que no la han secuestrado. Segundo, que está cerca. Y tercero, que está escondida por lo que ocurrió en el descampado o que fue atacada por ese delincuente.

Estoy llorando. No evito siquiera que las lágrimas caigan en mi regazo. Siento una alegría inmensa.

—Esto lo cambia todo, Janet —digo—. Gracias.

43

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana
Punta des Bou Marí, Costa Brava.

Cuando lo has perdido todo, crees que no merece la pena luchar por vivir. Sientes un vacío en el pecho que no se llena con nada. Un pozo negro y oscuro, sin fondo.

Rafael y yo éramos un todo incluso de novios. Con la llegada de Justin a nuestras vidas, se expandió y en ningún momento flaqueó. Al contrario, las dificultades —cualidades especiales, como preferíamos llamarlas— de nuestro hijo, nos hicieron más fuertes.

Cuando él se fue…

Cuando me lo arrebataron…

El pozo se hacía más y más hondo. Imposible de llenarlo con nada. Y por más que me hubiera centrado en nuestro hijo, seguía sintiendo que una parte de mí no volvería jamás. Quedó tanto por hacer y por decir.

Ahora no pienso dejar que nadie me arrebate lo único que me queda y por lo que lucharé con uñas y dientes.

Justin ha cometido un error. Y no debería haber traído a Judith a casa. La policía hubiera encontrado su cuerpo junto al del drogadicto ese y se habría zanjado la investigación. Una chica en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Punto final.

Ahora, sin embargo, era una desaparecida. Un posible rapto. Una fuga. He leído la prensa cuando me he detenido en la gasolinera. Casi vomito allí mismo. Se me ha revuelto el estómago y me ha parecido que la gente me observaba con demasiada atención. Como si lo supieran. Como si tuviese la palabra «culpable» escrita en la frente y en lucecitas de neón.

Lo que me anima es que, al parecer, la policía está desorientada por el momento. Buena noticia.

La opción de deshacerme de ella no cabe en mi mente. ¿Cómo lo haría? ¿Qué consecuencias tendría? Dudo que fuera posible vivir con

una carga psicológica tan dura.

Además, está Justin. Él la considera una amiga. Se la llevó del descampado para ayudarla. Sigo sin comprender por qué lo hizo. Puede que la respuesta se halle en que es bueno y nada más. Así que no puedo matar a Judith sin más. Un escalofrío me eriza la piel solo de pensarlo.

¿Qué hago?

Si la dejo marchar, le hablará a la policía de mí y de Justin. Y no puedo dejar que él caiga en sus manos. Lo internarían en una institución mental de por vida. Lo destruirán.

Quizá lo mejor sea hablar con ella y acceder a su propuesta: soltarla, que le diga a la policía que se despertó desorientada y que un buen samaritano la ayudó. Dijo que sabía en su interior que Justin solo quería ayudarla, que la protegió.

¿Qué hago?

¿Puedo fiarme?

La desesperación puede hacerme tomar una mala decisión. Al igual que la confianza ciega en ella. ¿Quién me asegura que no es un engaño?

Debo pensar en algo efectivo de verdad. Algo que me dé la certeza de que ella cumplirá con su parte del trato y jamás se sabrá la verdad.

¿Qué puede hacer que ella no se vaya de la lengua? ¿Qué puedo ofrecerle yo para ganarme su silencio?

44

LA VOZ DE AURORA

Nuevos datos

LA FUGA DE JUDITH PELLICER

Fuentes cercanas a la desaparición de la hija del conocidísimo político, Francis Pellicer, nos han asegurado que existe la posibilidad de que Judith se marchara de su casa por decisión propia.

Al parecer, ha sido hallada una nota, escrita de su puño y letra, en la que comunica su intención de desaparecer del mapa.

La joven reconoce haberse llevado dinero, y pide que su familia no le cierre la cuenta corriente del banco, ya que, considera posible la necesidad de utilizarla.

Entramos, pues, en una nueva y delicada tesitura que plantea a las autoridades, así como a la familia de la joven, más preguntas que respuestas en dicho caso.

¿Qué tenía que ver Judith con el conocido delincuente? Si pensaba huir, ¿por qué su bolsa apareció en el descampado junto al cadáver del chico? Y lo más desconcertante, ¿por qué su padre, el señor Pellicer, sigue con su trabajo sin hacer ningún comunicado ni mostrar preocupación?

45

SANTIAGO

Sábado, 8 de junio de 2019. Noche.
Aurora.

—¡Malditos cabrones! —grito golpeando con una mano el volante del coche. La otra con el teléfono a la oreja—. ¿Cómo demonios se han enterado?

—Puede que David, su compañero de clase, o quizá una amiga —justifica Alicia—, supieran de la existencia de la carta.

—Ya no hay respeto por la familia ni por la autoridad, Alicia. Antes nadie sabía nada hasta que nosotros lo hacíamos. Y siempre pensando en el interés del caso.

—Lo sé, señor, es la parte mala de la inmediatez de Internet y los móviles.

Asiento.

Los tiempos han cambiado muy deprisa. Ya nada se contrasta ni se prueba. Basta con un indicio y…, ¡zas! Ya tienes una noticia que se multiplica por la red. Cada uno añade lo suyo. Opiniones, detalles, mentiras. Todo vale.

—Lo cierto es que no deja de ser extraño que el padre de Judith siga como si nada. Como si no le importara.

—Es un hombre frío al que solo le importa su estatus. —Pienso un momento antes de añadir—: Y su hija mayor parece seguir sus pasos. Resulta que se ha ido con el novio a Milán. ¿Es eso normal?

—¿Y la madre? —pregunta Alicia—. Parece la más afectada.

—Sí, lo que me recuerda que me ha enviado un mensaje con cierta información que me gustaría contrastar.

Hago una breve pausa.

—Usted dirá, inspector.

—Quiero que hagan un control de otro teléfono. Es de una amiga de Judith, y es posible que nos dé una opción interesante.

—De acuerdo. Enseguida hago la petición…

—No —la corto—. Quiero que se lo pida a Thor, el informático.

—¿El *hacker*?

Thor es el nombre en clave de Javier Cincel, un *hacker* que trabaja clandestinamente para nosotros. Él es quien destapa los entresijos ocultos de las personas sin dejar huellas ni rastros antes de proceder de una manera más oficial.

—Llámele a él directamente. Le da los números de Judith y de su amiga Elisabeth. Quiero sus movimientos durante la última semana, todos los mensajes de sus cuentas de correo electrónico —en especial de los eliminados—, y todos los contactos y mensajes instantáneos de las aplicaciones.

—Ajá. ¿Algo más?

—Sí, haga la petición oficial y que siga su curso legal, pero no mencione a Thor ni su trabajo con nadie. Necesito saber ya si alguien la acosaba y si la amiga la está encubriendo de alguna manera. ¿Entendido?

—Así lo haré, jefe.

Cuelgo.

46

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Centro Comercial Asia, Figueres.

Hay un fluorescente que tintinea. Me pone nerviosa. Más de lo que ya estoy.

Es pronto y, a pesar de ser domingo y que según el horario de la puerta no abren hasta dentro de quince minutos (en realidad está abierto las veinticuatro horas), no parece importar a nadie. Apenas hay clientes. En un par de horas, o menos, se llenará hasta los topes. La gente es así. Llega el fin de semana y salen volando de sus casas para meterse en centros comerciales, cines, tiendas de ropa, cafeterías y cualquier lugar en el que se asemejen a sardinas en lata. O se paran de camino a la playa a comprar algún flotador sandía, pelícano o el que esté de moda, crema solar o, quizá, una bolsa de cubitos para la nevera playera.

Con lo bien que se está en casa. Qué daría yo por estar ahora mismo sentada en el porche y tomándome un café con leche.

Suspiro.

En lugar de eso, estoy aquí, recorriendo los pasillos que huelen a limpiador desinfectante y estanterías repletas de miles de artículos. La mayoría innecesarios, inútiles y que se rompen en nada. Pero, claro, a un superprecio irresistible.

Veo lo que busco en una vitrina detrás del dependiente. Levanta la mirada y me sonríe. Sus ojos se sorprenden al ver mis manos vacías.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, señora —responde con un marcado acento extranjero. Tiene el cabello muy oscuro, al igual que su piel y ojos pardos. Le encuentro cierto aire a nuestro Ranjit. Así que, hindi, decido—. ¿Desea algo en especial?

«Quiero que desaparezcan las últimas cuarenta y ocho horas», pienso.

—Esos teléfonos que tiene allí. —Señalo la vitrina detrás del

hombre—. ¿Son de prepago?

—Solo la mitad del lado derecho —responde—. Los otros son terminales libres.

—Ajá. ¿Y sabe si se pueden rastrear?

Él sonríe. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso imagina para qué los quiero? He empezado a sudar y me tiembla el párpado derecho.

—Si lo que quiere es evitar el registro con la compañía de teléfonos —baja la voz a un susurro a pesar de que no hay nadie cerca—, puedo facilitarle una tarjeta SIM que le dará privacidad. El terminal es francés, pero le funcionará bien en España.

Es lo que quiero.

—Es lo que busco.

—¿Y qué terminal le gusta más? Tengo varios modelos que…

—Deme tres —lo corto—. Del modelo más barato que tenga.

Sonríe de nuevo y me pongo más nerviosa. Tiene los dientes muy blancos. Demasiado. Le devuelvo la sonrisa. Pero sin enseñar mis piezas dentales. Recuerdo que no me he lavado los dientes desde ayer. Así que un movimiento rápido de labios me vale.

Me da la espalda y abre la vitrina cerrada con un candado. No coge ninguno de los que hay expuestos. Está rebuscando en la parte baja donde, desde mi posición, solo alcanzo a ver cajas viejas.

En cuanto ha cerrado el candado con un clic que me ha hecho dar un brinco, pone tres cajas idénticas y destartaladas encima de la mesa.

—Es uno de los mejores que me quedan y su precio es de risa. —Veo que se dispone a abrir una caja

—No es necesario que lo abra —le digo—. Me fío de su palabra. ¿A cuánto asciende el precio?

Le da a una calculadora y me dice:

—Ciento noventa y cinco euros.

Pensaba que sería mucho más caro… Menuda sorpresa. Me alegra que algo salga mejor de lo que pensaba.

Abro mi billetera y saco la tarjeta de crédito. Se la extiendo al hombre, que me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Ocurre algo? —le pregunto.

—Verá… —Carraspea. Aunque no pierde la sonrisa—. Si busca el anonimato y paga con tarjeta, estará dejando un registro que la vinculará a los tres aparatos.

Tiene razón. Él lo sabe y me da la solución sin tener que preguntarle nada.

—Lo mejor es pagar en efectivo. Es la manera de no dejar constancia. ¿Entiende?

Asiento. Me guardo la tarjeta y pongo cuatro billetes de cincuenta euros en el mostrador.

El hombre los recoge y se los guarda en el bolsillo.

—No registro. Nadie sabrá nada. —Señala la cámara de seguridad que hay en la esquina superior, grabándome, delinquiendo—. Ahora borraré su visita y nadie estará al corriente que ha estado aquí.

Me pregunto si estará muy acostumbrado a hacer este tipo de negocio. Y quién y para qué comprarán terminales telefónicos irrastreables.

Hoy en día no somos conscientes de que estos pequeños aparatos, que supuestamente nos facilitan la vida, son, en realidad, pequeños espías que registran cada movimiento en nuestras vidas, tanto geográfico como virtual.

Recojo la bolsa que me ha preparado y le doy las gracias.

—Deseo que le sean de ayuda, señora —me dice con su blanca sonrisa—. Que tenga un maravilloso día.

Mientras salgo de la gran superficie por las puertas correderas de cristal, me doy cuenta de que ya se ha llenado bastante. Me detengo y vuelvo la cabeza al interior. Cada una de aquellas personas siguen un rol, un plan específico en sus vidas. Me doy cuenta de que cualquiera de ellos podría estar en una situación como la mía. Quizá escondan un secreto oscuro y aterrador. Quizá yo no sea tan mala al retener a Judith contra su voluntad.

—Buen día. —El saludo me hace dar un respingo y se me eriza el vello de la nuca en un escalofrío. Me giro, tan sorprendida que me extraña no haber soltado la bolsa—. ¿Una ayuda para resistir un día más en el purgatorio?

Es un sintecho. Su ropa hecha jirones. Su pelo de color canoso enmarañado le sale por los lados de un gorro de lana gris que, en otro tiempo, fue colorido. Su cara es informe debido a la cantidad de pelo que la cubre. También del mismo color cano.

No lo había visto al entrar.

Veo que detrás de él, en lo que debía ser en otro tiempo una tiendecita pequeña, ahora está infestada de cartones, mantas y enseres inservibles. Pienso que no es un lugar tan malo para guardarse de la intemperie.

Me tiende la mano. Sus ojos se ven tristes, lastimeros. Pero no malignos. Aunque sea teatro, me enternece el corazón. No soy muy amiga de dar nada a esta gente, pero el hombre me da pena.

Saco mi cartera, la abro y le tiendo un billete de veinte euros y otro de diez con un intento de sonrisa.

—¡Oh! —exclama—. Es demasiado, señora.

—Para nada. Tome un buen desayuno.

—Con esta cantidad tengo para tres comidas. Y de las buenas.

—Entonces —digo—, mucho mejor.

—Una condición.

—¿Cómo dice? —pregunto sorprendida.

—Que aceptaré el dinero con una condición.

Lo miro tan extrañada que no me salen las palabras. ¿Qué vagabundo no acepta el dinero que se le da? Miro alrededor. ¿Puede ser una broma? ¿De esas que salen en la red?

Al ver mi sorpresa en el rostro, el hombre se adelanta a mis palabras y dice:

—Quédese aquí —ordena—. Le haré una tirada de runas para ver lo bueno que vendrá a usted. —Desaparece en el espacio detrás de él. Y yo con mil preguntas en mi cabeza.

¿Me voy, ahora que puedo, o me quedo y aguardo?

47

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Aurora.

—Lo que se oculta debajo es más grande que lo que se ve a simple vista.

La frase de Alicia me deja pensativo.

—¿Me ha escuchado? —pregunta ella con tono agudo. Seguro que lo ha hecho tras revisar que no le he colgado.

—Sí, Alicia —apunto. Thor es siempre muy críptico, pero no dice nada por decir. Todas sus palabras tienen un significado real—. ¿Esas han sido sus palabras exactas? ¿Nada más? ¿Nada que podamos utilizar?

—Verá, Santos. —Hace una pausa que me inquieta—. He tenido la sensación de que ya sabía de qué le estaba hablando. —Otra pausa de tres segundos y me pongo más nervioso—. Yo diría que sabía que lo íbamos a llamar.

—No te extrañe nada, Alicia. Thor es así. Siempre anda un par de pasos por delante que los demás. Incluidos nosotros. Por ese motivo necesito que se ponga a ello cuanto antes, a pesar de no tener un permiso oficial. ¿Me entiende?

—Ese hombre… me ha hablado del caso y, mientras, podía escuchar de fondo el sonido de un teclado, señor.

—Ese es mi hombre. ¿Y bien?

Casi puedo sentir cómo Alicia se atusa el pelo y hace bailar una pierna. Es novata, pero tiene mucho potencial por explotar.

—Por lo visto, le llevará un tiempo revisar los mensajes, correos y localizaciones de las chicas. Dice que contrastará los datos con un programa nuevo que ha creado él mismo.

—¿Y bien? —la corto sin miramientos. Quiero que vaya al grano—. ¿Tenemos algo con lo que empezar?

—Disculpe, señor. —Se le atraganta la voz—. Lo cierto es que sí. Como le he contado, mientras hablaba conmigo, Thor iba tecleando y me ha dado una dirección.

—Siga.

—Las dos chicas han estado durante la última semana, en un mismo lugar, durante mucho tiempo, y al cotejar con ese programa, Thor ha dicho que allí hay algo interesante que seguir.

—Alicia. Como se te ocurra decirme cualquiera de sus viviendas, el instituto o un pub ilegal…

—No me cree tan imbécil, ¿no?

Tiene cierta gracia y reconozco que lo disfruto un poco, pero ahora no puedo perder más el tiempo.

—¿Dónde está ese sitio?

—Le paso la ubicación a su teléfono, Santos.

—Bien, voy para allá enseguida. Manténgame informado de todo lo que Thor descubra por pequeño e insignificante que le parezca.

Cuelgo.

Mientras espero a que me llegue la ubicación, pienso en la joven. Cuantas más vueltas le doy al asunto, más claro tengo que el padre tiene algo que ver. Ese hombre tiene muchos enemigos. No solo de ahora. Para llegar donde está, ha tenido que pisar a muchas personas, y no me extrañaría nada, que alguna de ellas se hubiera tomado la justicia por su cuenta.

Hacerle daño por medio de un hijo.

Golpeo el volante del coche con fuerza de la rabia que siento.

Dañar a Judith no parece dañarlo a él.

El doble pitido del teléfono móvil me advierte de la llegada de la ubicación.

La leo.

Al terminar, no pierdo un instante; arranco el motor y me voy a todo gas a la dirección indicada.

48

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Con el sintecho, Figueres.

—Las runas no mienten cuando hablan desde el corazón.

—¿Cómo dice? —pregunto.

—Que el poder de las runas, de contarnos la verdad, es inmenso —dice—. Aunque la gente las tiene olvidadas.

—Pensé que se refería a tirarme las cartas o leerme la mano. —Hace tiempo me las echaron. Creo que fue en una feria.

—Ese es problema de las personas, señora. —Se sienta en una caja de plástico del revés y me invita a sentarme frente a él—. La gente ha olvidado que el poder ancestral es más antiguo que el papel. Las runas vienen de mucho más allá en el tiempo. De cuando se grababan símbolos en piedra, madera y hueso. Más allá de todo.

Tomo asiento. No me importa que nadie me vea allí sentada con ese pobre hombre. Sé que es un cuadro que llamará la atención, pero tampoco estaré demasiado rato. Lo justo y necesario para saciar mi curiosidad.

Entre nosotros hay otra caja puesta del revés con un mantel manchado y con dibujos de muñecos de nieve, estrellas y lucecitas de colores. El hombre ha puesto una bolsa aterciopelada de color negro encima de la improvisada mesa. Desata el nudo de la cuerda gruesa y vacía el contenido de la bolsa en el mantel.

Me sorprende el ruido que hacen un montón de piedras oscuras con símbolos grabados —mejor dicho: pintados— en ellas. Abro mucho los ojos. Eso se parece a lo que Judith se tatuó.

—Dice que esto es muy antiguo… —Me intriga de verdad saber de dónde viene.

—Más que la humanidad, señora. Su poder viene de cuando éramos ángeles.

Lee mi incertidumbre en el rostro. Y esto le alimenta.

—Hubo un tiempo en el que todos estuvimos hechos del mismo

patrón: a imagen de Dios. Sin embargo, la arrogancia de la humanidad obligó al Creador a despojarnos de nuestras alas. Y ya no pudimos volver a volar. Ahora solo podemos esperar a que el Señor nos perdone y, el día de nuestro ascenso al reino celestial, nos permita volver a tenerlas.

Lo último que deseo ahora mismo es una charla existencial, religiosa o lo que sea este rollo que me está soltando.

—¿Y qué se supone que me dirán? —pregunto con poco a nula certeza de que pueda decirme nada.

—Formule una pregunta y ellas le responderán.

El hombre recoge las piedras con las dos manos. Las mantiene unidas con la palma hueca y las agita en el espacio que ha creado.

—¿Que pregunte algo?

—Exacto —dice—. Lo que le ronde por la cabeza. Si quiere no tiene por qué formularla en voz alta. —Tengo la sensación de que me ha leído la mente—. Mientras se concentre en lo que desea conocer, las runas harán su cometido. ¿Entendido?

—Creo que sí —asiento.

—Usted céntrese en lo que quiere y me avisa cuando quiera la respuesta.

¿Cuál es mi pregunta? ¿Qué quiero saber? Se me ocurren tantas ahora mismo, que me es imposible decidirme por una.

El accidente de Rafael. Saber quién se lo llevó de nuestro lado para siempre. Pero ¿podrían decírmelo las piedras?

Por otro lado, está Justin. ¿Estoy preparada para saber qué ocurrió en el descampado y si fue él quien acabó con la vida del chico? Lo pienso y no estoy segura de querer saberlo.

Luego tengo a Judith. ¿Qué debo hacer con ella? ¿Me fío y la suelto? ¿Irá a la policía? ¿Nos detendrán a Justin y a mí? Y parecía sencillo. ¡Y un cuerno! Como la idea de acabar con su vida. Tan sencillo que parece en las películas… La realidad es otra historia. Por mucho que su familia sean unos ladrones de la sociedad.

¿Qué debo hacer?

¿Qué debo hacer?

Sí, eso es, precisamente, lo que quiero saber. Me concentro. Cierro los ojos. Lo veo todo negro. Flases de color que me llevan a casa, a la cabaña, al cruce en la carretera donde murió Rafael, a la playa…

Tomo una gran bocanada de aire, lo retengo cuatro segundos y, luego, dejo que salga lentamente con un soplido.

—¿Quiero saber el camino que debo tomar?

Lo he dicho sin miedo, en voz monótona y suave.

El hombre cesa el movimiento que hacía con las manos y susurra unas palabras que no llego a oír ni a identificar. Las sitúa en lo alto de la mesa y abre las palmas. El sonido de las piedras al caer me hace dar

un respingo. Los símbolos curvados, otros rectos o cruzados, se muestran, y me parece que tienen un cierto brillo que no había visto antes.

El hombre se concentra en ellas y aparta tres que han quedado alejadas del montón central.

—Estas runas representan su misión en la vida, su propósito o un sueño por realizar —dice sin mirarme—. Un hijo que necesita ayuda se percibe en esta. Sin embargo, hay un elemento desconocido pegado a él. —Señala la piedra con los círculos en ella. ¿Está hablando de Justin y Judith? Sigue hablando—: Un elemento que lo ciega, ocupando todos sus pensamientos. ¿Cómo está su hijo?

La pregunta me descoloca. No le he comentado que lo tuviese. Estoy segura. ¿Puede haber visto su foto en mi cartera?

—Bien —digo—. Está bien. Es un chico especial.

—Las runas advierten que está en peligro. Ahora mismo cree que lo tiene todo bajo control y que sus peculiaridades están… controladas. La verdad es que no, la runa del espía deja claro que está siendo engañado. Y usted deberá tomar ciertas decisiones que cambiarán el curso de su vida para siempre.

¿Un peligro? ¿Engañado? ¿Decisiones?

Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Me siento mareada. No ha sido una buena idea acceder a esto.

Decido marcharme.

—Bien —digo al levantarme—, muchas gracias por sus lecturas.

Me clava sus ojos oscuros y luego dice muy serio:

—Hay algo más.

—Bueno —respondo—, vamos a dejar alguna sorpresa para el destino, ¿no?

Sonrío, aparentando una seguridad que perdí hace mucho.

—El destino no tiene nada que decidir, señora —me replica muy serio—. Es usted. —Muestra una runa con el dedo—. Usted deberá tomar la última decisión. —Los dedos se pasean de una piedra a la otra como leyendo un texto que yo no puedo ver—. En cuanto le sea mostrada la verdad y no haya más elección frente a usted, será el momento de hablar o callar, de reconocer o engañar.

No puedo seguir escuchando al hombre. Me giro y me voy, dejándolo con la palabra en la boca. Tan pronto como cruzo al exterior, su voz parece llegarme al centro mismo del cerebro.

—Hace tiempo que el diablo se ha fijado en su familia y les ha mentido, señora. Tenga cuidado. Tenga mucho cuidado. Su rostro será revelado muy pronto.

49

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Periferia de Aurora.

La dirección que Thor nos ha indicado me lleva a uno de los barrios periféricos de la zona. He dejado las grandes y ostentosas casonas de lujo con jardines inmensos y bien cuidados que han dado paso a una carretera salpicada de hoyos. A ambos lados se levantan bloques de hormigón, desconchados. Con ventanas rotas y rastro de carbonilla negra, residuo de algún fuego ocasional.

Me pregunto si Thor se habrá equivocado. O quizá yo al leer la dirección. No. Es aquí. Si Judith y Elisabeth han estado en este lugar no es buena señal.

«Ha llegado a su destino». La voz del GPS me ha hecho dar un respingo. Detengo el coche a un lado, apago el motor y observo mi alrededor.

No veo a nadie. Aunque sé que me están mirando. Ocultos tras las cortinas deshilachadas o entre los arbustos medio muertos. Esa gente incluso sabe que soy policía con una ojeada.

Recojo la pistola y me la pongo en el cinto del pecho cuando me percato de que un chaval, de no más de ocho años, me mira fijamente a través del otro lado de la ventanilla del coche.

Abro la puerta con la intención de salir.

—No nos gusta que gente como usted venga a nuestra casa —dice el chico.

—Ni a mí me gusta venir —respondo terminando de salir. Doy un portazo.

—Entonces, márchese —ordena muy serio apretando sus manos en los bolsillos.

—No puedo hacerlo. —Ahora soy yo el que lo mira, pero sin expresión.

—¿Y eso por qué?

—Necesito entrar en ese edificio. —Señalo con la cabeza.

—Ya le he avisado de que debe marcharse ahora mismo. Si no…

despídase del carro.

—Aquí es donde entras tú, chaval —indico. Luego añado—: Estaba pensando en que podrías cuidar de él. ¿Me entiendes?

El chico se pone tenso. Una reacción que he visto muchas veces. Está dudando.

—¡Qué se ha creído, viejo! ¿Que soy un esclavo o algo así?

—Para nada —le digo con una sonrisita—. Pensaba que te gustaría ganarte unos euros, nada más.

—¿Unos euros son…?

Saco la cartera y la abro. Miro en el interior y lamento que no haya más billetes.

—Seguro que algún amigo tuyo de por aquí será lo suficientemente adulto y valiente para el trabajo.

—¡Eh! ¡Que tengo nueve años, viejo! —Ha picado el anzuelo—. ¿Cuánto tiene?

Saco el billete de veinte euros y se lo tiendo. El muchacho alarga su enclenque brazo y me lo quita de las manos.

—Ese y el otro. —Sus ojos en mi cartera.

Otro billete de veinte. No tengo nada más. Asiento y se lo doy.

—Me dejas seco. —Le muestro que de verdad es así.

—El precio de tener al mejor a su servicio, viejo.

Le extiendo la mano con el puño cerrado y él la choca con el suyo.

—Tiene quince minutos, viejo. No más.

Es poco tiempo, pero me conformo. Sé que con estos chavales no hay que discutir. En estos lugares, las reglas son muy distintas al resto de la ciudad. Si quieren dejarte seco, lo harán de todos modos, pero si te portas bien con ellos se crea un vínculo mucho más fuerte que el odio: el honor.

El trato con el chaval parece haber cambiado el paisaje. Aunque sigue estando ruinoso, en mi camino hasta los bajos del bloque, me percato de más individuos que se asoman a observarme. Ya sin miedo a ser vistos.

La puerta cristalera ha sido arrancada de cuajo y la hilera de buzones de la pared lateral es solo un deseo de quienes construyeron el lugar.

Las escaleras están sucias. Veo jeringuillas tiradas en un rincón, botellas de alcohol y paquetes de tabaco para liar. En el descansillo hay una mujer tirada en el suelo. «Durmiendo la mona», pienso. O un mal viaje.

Las puertas de los pisos también han desaparecido. Y, en su lugar, se encuentran cortinillas hechas de cápsulas de café Nespresso, anillas de latas o tapones de botellas.

Llego al segundo piso sin dificultad. En mi ascenso, los inquilinos se han ido asomando; unos con cierta timidez, otros a punto de saltarme

a la yugular blandiendo enormes machetes.

En el lugar donde debería haber un timbre, alguien ha dibujado una enorme sombra dentada con cuernos. Y más arriba se lee a la perfección «el Diablo».

—Mira a quién tenemos aquí —dice un hombre musculoso apoyado en la pared—. Si es nuestro inspector preferido.

—No te andes con camelos, Diablo. Ya tenemos una edad.

Suelta una enorme carcajada. Como sus músculos tatuados con calaveras, cruces y vírgenes marianas. Sus dientes chapados en oro brillan y le otorgan un poder casi sobrenatural. Su frente y rostro, también tatuados, albergan esas cosas que se ponen debajo de la piel para deformarla y darle otro aspecto. Funciona. Él se asemeja a un réptil.

—Y, ¿qué le trae por el infierno? —pregunta.

—Estoy buscando a una chica y tengo indicios de que tú tienes información importante.

—Supongo que será la hija del alcalde. ¿Me equivoco?

No sirve de nada mentir. Él sabe mucho más de lo que aparenta. Siempre. Y nosotros, la supuesta ley, no podemos hacer nada con tipejos como el Diablo.

—La misma.

—Nos trae sin cuidado lo que le ocurra a esa pequeña zorrita, inspector. —Chasquea la lengua en una sonrisa ladeada.

—Pero os encantaría echarle mano a su padre, ¿no?

Se le borra la sonrisa y su cuerpo adopta una pose agresiva, casi al acecho y lista para saltarme encima.

—Disculpe mis modales, viejo. Pase. —Me invita a entrar.

El piso no tiene nada que envidiar a cualquier casa de vecino. Las paredes del pasillo de un salmón pastel, un mueble recibidor con figuritas de cristal y un espejo en cinco hojas que van del suelo al techo.

Me lleva a un comedor igual de ostentoso. Muebles macizos de color blanco con relieves que me recuerdan a los romanos, tres sofás de piel y una mesa de cristal con sillas doradas. Las figuras de cristal también llenan la estancia junto con alguna fotografía. En la esquina, junto a la gran cortina que da al balcón, un gorila de dos metros y ancho como una mole, permanece con los brazos cruzados y dos pistolas a ambos lados de su cintura.

—Siéntese, inspector. —Me ofrece una de las sillas. Saca dos vasos enormes del armario y acerca una botella de wiski.

—Dime, Diablo. ¿Qué ha ocurrido con los Pellicer?

—Inspector, inspector. Si lo quisiéramos tieso, que no nos faltan ganas, ya habría desaparecido.

—Y ¿qué me puedes decir de su hija Judith?

—Que, al parecer, estaba con alguno de los nuestros y lo pagó.

—El Comadreja.

—Así es.

—Sigo sin entender qué une a uno y otro…

—La muchacha venía por aquí, ¿sabe? —Thor estaba en lo cierto. No hubiese imaginado que Judith pudiera frecuentar un lugar como este—. Con su amiga, a veces.

—Entendía que pudiera haberse alojado aquí, con vosotros, unos días. —Decido cambiar un poco la realidad y ver si me da resultado—. La verdad es que los medios ya están metiendo sus narices en el asunto y no nos gustaría que salierais en portada.

—Inspector. Quien nos ha puesto en el ojo del huracán es el puto alcalde. ¿No recuerda que pretende sacarnos de nuestras casas para sus zonas de alto nivel?

—Sus métodos no son los más adecuados —le explico dándole la razón—. Pero ahora estoy aquí por su hija. Dices que venía por aquí.

—Sí. Ella y su amiga. Creo que se llama Beth. Eran amigas del Comadreja y pasaban tiempo aquí arriba.

—Me insinúas que…

—Venían a fumar y a pasarlo en grande —me afirma—. No se parecen en nada a sus familias, ¿sabe? Tienen buen fondo.

—Si hace nada me has dicho que te traía sin cuidado lo que le hubiera sucedido…

Se ríe.

—Pura fachada, inspector. La chica tiene poco que ver con el hijo de puta de su padre. Ese sí que es malo de raíz.

Ahora no me interesa el odio a Pellicer, aunque me sorprende que el Diablo sienta afinidad por Judith.

—¿Y me dices que pasaban tiempo en el piso de arriba?

—Sí. La hija del alcalde tenía un rollo con el Comadreja y la otra iba más de por libre. Ya me entiende.

¿Un rollo raro?

—¿Y crees que podría echar un vistazo?

Se lo piensa. El silencio me está matando. Es posible que las chicas estén aquí arriba ocultas.

—No me diga que cree que las tenemos secuestradas, inspector. ¿Por qué clase de personas nos ha tomado?

—No es eso —miento.

—Entonces, ¿por qué? Bastante tenemos con averiguar quién se cargó a nuestro Comadreja.

—Puede que se os haya pasado algo por alto. —Suplico para mis adentros. Necesito entrar en ese piso y echar un vistazo. Si no me lo permite, será imposible entrar. Ni con una orden judicial.

—Quien haya acabado con el Comadreja puede darse por muerto.

Lo encontraremos. Y a la chica esa, Judith, es una de los nuestros. ¿Me entiende? Quien la esté reteniendo, morirá. Téngalo por seguro.

Me sorprende que el Diablo mismo esté defendiendo a la hija del alcalde de esta manera y cambia por completo la idea que tenía sobre el caso. Ella pertenece a la banda… y Beth también.

—Por eso mismo acudo a ti, Diablo. Elisabeth también ha desaparecido. —Una mentirijilla de nada o un as en la manga. Según se mire.

—¡¿Qué?!

¡Bien! ¡Ha picado!

—Su madre ha informado que no sabe de ella desde ayer. Y creo que aquí arriba, si es donde pasaban sus ratos de ocio, puede haber algo que nos indique quién pudo haberle hecho daño al Comadreja y llevarse a las chicas.

—Está bien —dice—. Dimitri, acompaña al inspector a su guarida.

—Gracias, Diablo.

—Inspector —me llama cuando ya estoy por salir de la estancia con el gorila de dos metros—. Solo le pido algo a cambio. Mi única exigencia.

—Lo que sea —digo y sé que me arrepentiré.

—Quiero que me informe de lo que encuentre, el nombre del culpable y una hora de margen para ir a por él.

—Eso son tres deseos, Diablo. No soy el genio de la lámpara.

—O eso, o se marcha ahora mismo.

No me queda otra. Lo sé.

—De acuerdo. Así lo haremos.

El teléfono me vibra en el bolsillo de la chaqueta. Lo cojo por inercia mientras nos dirigimos escaleras arriba. Es un mensaje de texto de Alicia.

«Inspector, creo que debería leer el noticiario».

50

LA VOZ DE AURORA

MENSAJE DE JUDITH PELLICER

Hace apenas unos minutos hemos recibido en nuestro teléfono de contacto, en la central, un mensaje que, al parecer, nos ha hecho llegar Judith Pellicer, la desaparecida hija del alcalde.

Recordemos que Judith se encuentra en paradero desconocido desde ayer, y se la ha relacionado con el asesinato de uno de los traficantes de la zona.

En anteriores artículos, les mostramos las diferentes teorías a tener en cuenta.

Les reproducimos el texto íntegro para que no haya confusiones al respecto. Nuestra filosofía y moral siempre ha sido el máximo rigor, cercanía y veracidad de las noticias.

«Les contacto por ser los primeros en hablar de mí y de este caso. Soy Judith Pellicer, y tal y como pudieron comprobar, me marché por voluntad propia.

Les escribo para que hagan saber a sus lectores y a la policía que no deseo que me busquen. Soy joven y menor, pero me he tomado la libertad de conocer mundo por mi riesgo y cuenta. Me sentía ahogada en mi casa y he decidido aprender por mí misma.

Les pido disculpas y agradezco su preocupación. Pero deben dejar de buscarme.

Denle un abrazo a mi madre y díganle que no se preocupe. Estoy bien.

Judith»

Seguiremos informando.

51

DELENA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Residencia Pellicer, Aurora.

Leyendo la noticia que publica *La voz de Aurora*, me doy cuenta de que poco o nada se parece a mi hija.

Mi hija. Dos palabras que lo son todo y, a la vez, no son nada. Ella es independiente, rebelde, provocativa. Muy inteligente y para nada cariñosa.

—¿Estás bien? —pregunta Janet que no ha dejado de abrazarme ni un minuto—. Ni siquiera podemos saber que es real.

La miro muy fijamente.

—Es real —le digo—. Está sucediendo de verdad. Lo que no me cuadra en todo esto es que no me haya llamado.

—Puede que lo haga…

—Es que no le costaría nada. Quiero decir que, si de verdad se ha marchado por su cuenta, ¿qué le impide mandarme un mensaje a mí? ¿O una llamada en el buzón de voz?

Un silencio incómodo planea entre las dos. Janet sirve las copas de nuevo y me da la mía.

—Sigues pensando que le ha sucedido algo malo, ¿verdad?

—No puedo evitarlo. Lo siento aquí. —Me aprieto el puño en el estómago tan fuerte que me duelen las costillas—. Soy su madre. Y aunque no hayamos estado muy unidas, lo sé.

—Debemos confiar en que la policía haga su trabajo.

—Eso es —digo en un arrebato de ira—. El inspector nos ayudará.

Cojo mi teléfono móvil y llamo al inspector. Me salta su buzón de voz. Cuelgo. No me apetece dejarle nada. Le quiero a él en persona.

—¿No está? —pregunta Janet.

Niego con la cabeza y marco otro número. El de Francis. Al tercer tono me sobresalto al oír su voz.

—¿Alguna novedad? —dice seco.

—¿Acaso no has visto las noticias? Nuestra hija está en todo Internet.

—Si te refieres a la fuga —a eso mismo me refiero—, es lo que te dije desde el principio: tiene ganas de llamar la atención y esta es su forma de hacerlo. La rabieta de una niña malcriada.

—¡Cómo puedes decir esto de nuestra pequeña! —Suena más como una pregunta que como una exclamación.

—Siempre le ha gustado provocarnos y ahora no es menos, Del. Verás que si le corto el grifo vuelve mañana mismo.

—No —estallo envalentonada por el vino—. No puedes dejarla sin dinero. Santiago ha dicho que si usa la tarjeta tendremos su ubicación. O la de quien la tenga retenida.

Silencio al otro lado.

Miro la pantalla creyendo que se ha cortado o que me ha colgado. No sería la primera vez que lo hace. Casi puedo ver cómo arruga la nariz y aprieta los labios en la distancia.

—¿Francis? ¿Estás ahí? —susurro más que pregunto.

—Así que ahora os tuteáis.

Me quedo a cuadros. Desarmada. Y con un repentino calor en mis mejillas que, por suerte, él no puede ver. Aunque Janet sí se da cuenta y me interroga con los ojos.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Me parece muy bonito que ahora llames al inspector por su nombre de pila. —Puedo sentir la acusación que arrastra su tono alargando cada letra, con su sonrisita ladeada y los ojos entrecerrados —. Confías mucho en él, ¿no crees, Del?

Mi corazón late desbocado y sin control. Mis mejillas me queman la piel.

—¡Es el único que hace algo por solucionar esto, Francis! ¡El único al que parece importarle nuestra hija!

Estallo como una fiera. Tengo ganas de llorar. Siento el cosquilleo en mis ojos. Pero no lo haré. No mientras hable con él. No pienso darle el gusto.

—Cariño —dice él con un tono condescendiente que no me agrada —. Te conozco muy bien y ya no puedes engañarme. No me enseñes las uñas, si no te importa. No haces más que demostrarme que tengo razón.

—¡Eres un cerdo! ¡Y un maldito insensible! ¡Es nuestra hija lo que debería preocuparte!

—Ya te he dicho lo que pienso. Y nada me hará cambiar de opinión. No por ahora.

Le odio. Le odio tanto…

—Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender, Del. ¿Entiendes?

No le respondo. Solo aprieto el botón rojo de la pantalla. Luego sí me pongo a llorar.

—No te preocupes, cariño —me consuela Janet—. Verás que todo saldrá bien.

—¿Y si no es así? ¿Y si Judith nunca vuelve? ¿Qué voy a hacer entonces?

—Ni lo pienses. Eso no va a suceder. Ella volverá y, quizá, después puedas poner en orden tu matrimonio con Francis.

Asiento.

—Sí. Creo que tienes razón.

—Vuelve a marcar el número del inspector y no dejes de llamarlo hasta que consigas hablar con él. Si tu corazón te dice que la nota del periódico no la ha escrito Judith, debe saberlo.

Asiento de nuevo.

Esta vez cojo el teléfono y marco los números de nuevo. No pararé hasta que hable conmigo.

52

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Lago de Banyoles.

Conduciendo de camino hasta el lago de Banyoles, me hago tantas preguntas, que sus respuestas se pasean ante mí como hologramas del futuro.

Aparco el coche a un lado de la carretera. Hay un área de aparcamiento delimitada con setos y árboles que la cubren. Me bajo y doy una bocanada de aire. Empiezo a andar hacia el caminito sin asfaltar. Esta zona es preciosa. Con sus árboles de mil tonos verde rodeando el lago.

Respiro aliviada de haber avanzado. La meta final sigue siendo una duda, pero, por lo menos, siento que la policía no nos buscará a nosotros.

Ando hasta la orilla y me alegra ver que no hay prácticamente nadie. Algún paseante disperso, jóvenes corriendo y, en el lago, practicantes con sus kayaks. Aquí fue donde se jugó parte de los Juegos Olímpicos. No recuerdo el año. Al otro lado se encuentran los pisos que construyeron para albergar a los atletas y que ahora son un reclamo para la zona.

Sigo andando y me adentro entre los altos árboles.

En este tramo no se tocó nada. Así que la gran zona verde es un pulmón de salud y un remanso de tranquilidad.

Un embarcadero de madera se adentra unos metros sobre el agua. Llego hasta el final y me siento. Me quito los zapatos y meto los pies en el agua.

Está fría. Chapoteo un poco y dibujo figuras con los dedos en la superficie. Enseguida me acostumbro a la temperatura y la encuentro agradable.

Saco mi teléfono y busco la página del noticiario.

Ya han publicado el mensaje. Sonrío. La noticia tiene muchos comentarios y se ha compartido más de cien veces.

Vuelvo a guardarme el teléfono y saco el que he utilizado para

enviar el supuesto mensaje de Judith. Entonces, repito el mismo proceso que en la costa: saco la tarjeta, la rompo y lo tiro todo al agua tan lejos como puedo.

Una pareja me observa desde el camino.

¿Habrán visto lo que he hecho?

Me sonríen, me saludan y siguen su caminata.

Habrán creído que tiraba unas piedras. No tienen por qué pensar mal. Me gusta la amabilidad de la gente que te saluda sin conocerte de nada. Aún existe este tipo de personas.

Yo misma soy una buena persona.

Tiemblo.

Ahora es el destino quien me ha jugado una mala pasada y he debido de tomar alguna decisión difícil. Incluso mala. Pero el fin es bueno. Defender y proteger a Justin es más importante que lo que estoy haciendo. Además, a Judith no le haré daño.

¿O sí?

¿Seré capaz de hacérselo si llega el momento?

53

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Periferia de Aurora.

El piso de arriba apesta a marihuana, alcohol y sexo. La mezcla que, por mucho que se abrieran las ventanas y corriera aire, jamás abandonaría el lugar.

Las paredes están pintadas en colores chillones. Quizá en espray. La luz es crepuscular. Una sombra rojiza que no sé bien de dónde proviene. Y el suelo es un entramado de restos orgánicos, entre otras que no sé —ni quiero— distinguir.

Dimitri me conduce por el pasillo y se planta de golpe. A su izquierda hay una abertura. Se gira y me indica la oscuridad.

Asiento a modo de agradecimiento y me siento bastante ridículo. Más que nada por la diferencia entre ese armatoste de carne y yo. Si llegara el momento de entablar una pelea cuerpo a cuerpo, mi mejor baza sería la huida.

El clic del interruptor me sobresalta. Ni siquiera he visto cómo lo accionaba.

La habitación me recuerda a un hotel de carretera, de esos en los que solo se va a echar un polvo o a tener una mala fantasía sexual.

Una cama pequeña en el rincón. Una mesita cajonera. Un escritorio destartalado. Un armario de dos puertas. Y un sofá de tres plazas. Suciedad y ambiente insalubre.

Me pongo unos guantes de látex y empiezo la búsqueda sin muchas esperanzas.

—Así que este es el escondite del Comadreja —lo digo así, sin énfasis ni dudando.

—Pasaban horas aquí encerrados. —Me sorprende Dimitri.

Echo una ojeada detrás de él y veo que la puerta ha sido sacada de sus goznes. De hecho, ni siquiera veo la puerta.

—¿Y en qué empleaban las horas? —Pruebo suerte.

—Y yo que creía que los maderos erais unos tipos listos…

Suelta una carcajada que retumba en la pequeña habitación. Se

cree muy gracioso.

Soy consciente de lo que vienen a hacer los jóvenes en lugares como este. Lo que me extraña es que unas chicas con el estatus de Judith y Elisabeth necesiten un subidón tan vulgar.

He visto a ricos meterse de todo en vena y, sinceramente, lo hacen con más estilo. No necesitan siquiera entrar en una ratonera como esta.

En uno de los cajones encuentro el teléfono móvil de Elisabeth. Sé que es el suyo por la funda. Su nombre escrito en relieve de brillantes.

—¿Dónde está ella? ¿Quizá en otra habitación?

Dimitri me mira con el ceño fruncido y levanta los hombros.

—Cada uno va a su rollo, inspector. Es como si pretende saber adónde ha ido el gato.

Vuelve a carcajearse.

Suena mi teléfono y pienso que será mejor contestar. Ya es la cuarta vez que me vibra en el bolsillo y puede que Alicia tenga más información.

Me equivoco. No es Alicia.

Es Delena.

La conversación es para decirme que su marido no se preocupa en absoluto y que está convencido que se trata de una rabieta más.

La escucho y dejo que lo suelte todo. A veces funciona y la lengua dice cosas que no diría si pensara un poco.

Me señala que está preocupada y que siente que le han hecho algo malo a Judith. Que está en peligro. Y que la nota que han publicado en la web del noticiario es falsa. O, por lo menos, me asegura que no la ha escrito Judith.

La calmo como buenamente puedo. Y le digo que hacemos lo que podemos. Que lo tendremos en cuenta. Que la encontraremos.

En cierto modo me da pena esta mujer. Estoy convencido de que está atrapada en un matrimonio basado en la apariencia y el dinero. Quizá sea verdad lo que me cuenta y ahora se lamenta de no haber estado más por su hija.

Cuelgo y salgo del piso con Dimitri. Parece que le gusta ser mi sombra.

—Inspector —me llama.

—¿Sí?

—Recuerde que ha hecho un trato con el Diablo. Y debe informarle.

—Lo sé, Dim. —Me tomo la libertad de acortarle el nombre—. Dile que en cuanto tenga una pista fiable, será el primero en conocerla.

Me guiña un ojo al tiempo que chasquea la lengua en una mueca. Me da repelús.

Regreso al coche. Sigue de una pieza.

—Veo que has cumplido tu palabra, chaval —digo oteando el

automóvil—. Quizá necesite de tus servicios otro día.

—Siempre que traiga la billetera más cargada, le ayudaré —dice sonriendo—. No crea que los minutos de más son un regalo. ¿Entiende?

Le digo que sí y corre hacia el bloque.

—Una cosa más. —Se detiene a escucharme—. ¿Cuándo fue la última vez que viste al Comadreja o a las chicas por aquí?

—¿Qué chicas? ¿Las pijas?

—Sí, esas.

—La del pelo violeta, el viernes por la tarde con el Comadreja, y la otra se marchó cuando usted llegó.

—¡¿Qué dices?!

El chaval da unas zancadas y se coloca frente a mí. Se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un papel.

—Apúntese mi número de teléfono, viejo. Cuando vuelva con más pasta, me da el toque. Además, me da que volverá a necesitarme pronto.

54

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Abro los ojos y me pesa la cabeza. La siento embotada. Miro el reloj y no me lo puedo creer. Ya pasan de las once de la mañana.

Me he quedado dormido…

No sería de extrañar. En verano, sobre todo los días que hace más calor, me tomo unas buenas siestas. Mi padre acostumbraba a decirme que era tan necesario como el comer o el ir de vientre. Y, otras veces, si me he acostado tarde, alargo el sueño por las mañanas.

De pronto, pienso en Judith. ¿Se habrá dormido también?

Hago que el cuello me cruja. Primero la cabeza a un lado y, luego, al otro. Bostezo y me acerco a la habitación. Al asomarme oigo el ruido de la cerradura. Doy un brinco y me asusto como si hubiese hecho algo malo.

—Ya estoy en… —Es mi madre. Se queda muda un segundo, luego añade—: ¿Ocurre algo? ¿Está bien nuestra invitada?

—Si, mamá —resoplo—. Me has dado un susto de muerte. Es que me acabo de levantar y quería ver si ella también dormía.

Pone una cara rara y no me dice nada mientras deja unas bolsas encima de la mesa.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, cariño. Es solo que estoy cansada.

Echo un vistazo rápido a la habitación y me vuelvo hacia ella. Pobrecita, yo durmiendo y ella atareada desde primera hora, seguro.

—Puedes tumbarte si quieres —le digo con mi mejor sonrisa—. Judith está dormida y yo puedo preparar algo para desayunar. —Lo pienso mejor—. ¿O algo para comer?

Se acerca a mí y me da un abrazo muy fuerte seguido de un beso.

—Eres un sol, Justin. —Me revuelve el pelo con su mano—. No te preocupes. Lo mejor será que salgas un rato afuera mientras preparo algo yo.

—¡Barbacoa! —grito entusiasmado recordando las veces que mi

padre nos preparaba unas chuletas, salchichas y beicon.

—No es mal plan, pero pensaba en unos espaguetis a la boloñesa.

El cambio no me apaga el humor. Más bien todo lo contrario. Es uno de mis platos preferidos. Se lo digo con una gran sonrisa. Mamá me devuelve la expresión y me anima a salir.

Sí. Iré a la orilla del río y recogeré algunas flores para Judith. Así se pondrá muy contenta conmigo.

55

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Aurora.

—Santos, tenemos un nuevo cadáver —suelta sin más.

Por la forma en que lo dice, sé que no se trata de Judith. O eso espero. Me quedo en silencio y Alicia sabe lo que significa. Así que sigue diciendo:

—Creemos que es otro narco perteneciente al mismo grupo que el Comadreja.

—¿Creemos?

—Sí, el cuerpo está totalmente calcinado y va a ser muy complicada su identificación. Ha sido encontrado dentro de un silo en una granja de las afueras. El propietario llamó a los bomberos al ver el humo. Por lo visto fue la pasada noche y no hallaron el cadáver hasta hace pocos minutos, mientras valoraban los daños estructurales y el costo de reparación.

—¿Y la dentadura? ¿Podrá Juan identificarlo?

—Imposible, Santos. Al parecer, le han arrancado todos los dientes, y los dedos han sido amputados.

—Trabajo de profesionales.

—¿Quiere que mandemos una unidad a por el clan del Diablo?

—No. En caso necesario prefiero ir yo.

—¿Solo? —espeta con una voz muy aguda—. Dígamelo y le acompaño.

—Esto debo hacerlo solo, inspectora Bravo. Además, usted debería estar pendiente de encontrar a alguien que encaje en el perfil del hombretón que buscamos. Puede que se haya visto envuelto en alguna pelea, un robo… ¿Quién sabe? Le mando los detalles por WhatsApp. ¿Entendido?

—Entendido. —No le queda otra.

—Por cierto, Alicia —me apresuro a decirle antes de cortar la comunicación—. Debería hablar con Thor para que la ponga al día sobre el tema de los móviles. Al parecer, Judith tenía dos terminales.

—¿En serio?

—No es tan extraño. Si lo piensa bien, ese tipo de gente suele cargar con planes ocultos. Lo que me intriga es que el segundo terminal dejó de emitir señal en la costa hace unas cuatro horas.

—¿Y cree que Judith está allí?

—Para nada. Pero sí hay alguien tomándose muchas molestias para que lo creamos. Mire, Thor también ha podido saber que el mensaje que hicieron llegar a *La voz de Aurora* fue enviado cerca de Banyoles y usaron un teléfono de prepago.

—No doy crédito.

—Por eso mismo le digo que contacte con Thor. Él se lo explicará mucho mejor.

Le doy al botón rojo y busco la dirección. Se la envío a Alicia. Añado el texto: «En cuanto sepas algo del posible acechador, dímelo enseguida».

Tiro el teléfono al asiento y enciendo el motor del coche. Es hora de visitar de nuevo a los Pellicer.

Piso el embrague, pongo primera y suena el móvil.

Lo miro de reojo. No voy a responder a Alicia. Que haga su trabajo. Pero, en la pantalla, aparece un número que no conozco y siento curiosidad. Si se trata de un vendedor comercial lo tiraré por la ventana.

Deslizo en pantalla el icono verde.

Nadie me responde.

—¿Y bien? —Le doy una oportunidad.

—Es… —Parece la voz de una chica joven. Y asustada—. ¿Es usted el inspector Santos?

—El mismo —digo—. ¿Con quién hablo?

Un silencio incómodo.

—Soy Eli Basterra, señor. La amiga de Judith.

«¡Bingo!».

—¿Qué ocurre, Elisabeth? Justo ahora estaba pensando en ir a tu casa. —Un poco de presión siempre es buena mecha.

—Yo… yo no he hecho nada malo, señor.

—Tampoco he dicho que lo hubieras hecho, Eli. Solo que pretendía hacerte una visita para hablar de Judith. Y creo que es por ella que me has llamado, ¿me equivoco?

—No. Ha acertado.

—Y bien.

—Creo que debería saber algo, pero no quiero hablar por teléfono.

—Perfecto —digo—. ¿Te va bien que nos veamos en tu casa en quince minutos? —pregunto a sabiendas que no está allí.

—Preferiría que fuera en otro lugar, si no le importa.

«¡Bingo otra vez!».

—Soy todo oídos, Eli.

—El parque de la mona. ¿Le va bien?

Ese sitio está cerca de Los Desamparados. Así que estás en la zona. Bien.

—En diez minutos estoy allí.

56

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Mañana.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Sentirme como una mala madre no es lo mejor, pero no puedo evitar el retortijón que me revuelve las tripas. Acabo de echar a mi hijo.

Otro día, cualquier otro, me iría tras él. Sería su protectora. Su guardiana. Tendría cuidado con que no le sucediese nada. Hoy, me limito a verle seguir el caminito y deseo que no regrese pronto.

Cierro la puerta y tomo una gran bocanada de aire.

Me dirijo a la habitación donde está Judith.

—Ya no está —digo. Ella abre los ojos y me mira—. Se ha ido al río. Tenemos un rato para hablar en serio de mujer a mujer.

—Gracias, Olivia —me dice con una sonrisa—. ¿Ha ido bien?

—He hecho lo que se supone, pero sigo sin estar muy segura de que sea una buena idea.

—No os deseo ningún mal. Créeme.

—Me gustaría —no miento—. Pero, por más que lo intento, no entiendo nada. Se me hace imposible imaginar lo que sucedió con mi hijo.

Judith mira sus muñecas atadas. Dudo. Pero, al final, le desanudo las cuerdas que la retienen. Ella se friega las muñecas. Las tiene enrojecidas, casi en carne viva. Su rostro ojeroso y el pelo despeinado.

—Sé que tiene que ser complicado confiar en mí, pero le aseguro que no es mi intención mentir.

Le pongo mi mirada más gélida.

—Si lo haces no dudaré en acabar contigo —la amenazo—. Me sería más sencillo hundir tu cadáver en el lago.

Decirlo en voz alta me ha provocado un escalofrío. Tengo el vello de los brazos de punta. Y el espinazo me tiembla. No. No sería capaz de hacerlo. Y supongo que ella lo sabe porque ni se ha inmutado.

—No será necesario.

—Eso espero.

—¿Tiene los terminales? —me pregunta mirando mis manos.

—Sí, hace unas horas les he enviado el mensaje y me he deshecho de él. Los otros dos están en la cocina.

—Eso les despistará. Bien hecho.

—No sé qué pretendes, Judith. Y me inquieta que estuvieras junto al cadáver de aquel chico.

Ayer noche, mientras Justin dormía, hicimos el maldito trato. Yo la ayudaría y ella lo haría con nosotros.

—Mi padre creerá que me he marchado por voluntad propia, pero a la policía les hará dudar.

—Pero sigo sin entender por qué quieres confundir a la policía, Judith. ¿No sería mejor que pensaran que te has marchado o que el chico ese quería hacerte daño?

—No quiero mezclarla a usted y a su hijo en eso. Ya se lo dije. Prefiero no contárselo.

Me río.

—Un poco tarde ¿no crees?

—No para salir de esta, Olivia.

—¿Y qué has pensado que hagamos ahora?

—Esta tarde, cuando Justin se duerma después de comer —¿cómo sabe que le gusta darse una siesta? Mejor no pregunto—, deberá salir de nuevo. Se llevará el segundo terminal y hará una llamada a un número que yo le diré. Le indicará al hombre dónde estoy.

—No puedo hacer lo que me pides. Si lo hago nos relacionarán contigo y con el asesinato.

—Si lo prefiere, entonces llame desde aquí y luego tire el terminal al lago. Quien vendrá aquí o donde usted quiera, no tiene nada que ver con la policía.

—Pero esto no tiene sentido.

—Lo tendrá a su debido tiempo. Créame. Lo principal, ahora mismo, es que su hijo y usted se alejen de mí tanto como puedan.

¿Por qué mi estómago me dice que no debo fiarme?

Lo más seguro es porque tiene razón. Lo sensato sería llamar a ese inspector y contarle la verdad. Justin no hizo nada malo. Él pensaba que la estaba ayudando de algún modo. Solo eso.

Pero… ¿me creerán? ¿Lo creerán a él?

Imposible.

Ya nos hemos escondido. He escrito un mensaje falso desde un móvil, he tirado el suyo al mar. He comprado tres terminales desechables y he desviado la investigación con una mentira. Y lo peor: tengo a Judith maniatada en nuestra cabaña. Bueno, ya no está atada… ¿Qué importa ahora?

Nadie nos creerá. Iremos a la cárcel.

Si Rafael me viese, se revolvería en su tumba.

—Olivia —me llama. La miro. Su rostro es sincero. O eso me

parece. El aspecto de una chica asustada—. Quiero hacerle daño a mi padre. Es lo único que me importa.

¡¿Cómo dice?!

—Él y yo tenemos algo pendiente. —Su mirada es ahora glacial—. Tendrá que confiar en mí.

Recuerdo leer en la prensa que no tienen una buena relación. Incluso en los actos públicos destacaban por su poca (o nula) avenencia.

—¿Cómo sé que no intentas engañarme, Judith? ¿Cómo sé que no nos delatarás?

—No puedo decir nada que le dé esa seguridad. —Me mira con tal fijeza que siento punzadas en las mejillas—. Mi padre no es una buena persona, y quiero, más que nada, que pague por su mala praxis.

57

LA VOZ DE AURORA

NUEVO CADÁVER EN AURORA

Hace escasos minutos, hemos descubierto que la policía ha hallado un nuevo cadáver en las afueras del pueblo.

No disponemos de mucha información. Sin embargo, nuestra redacción ha podido saber que se baraja la posibilidad de que, el reciente hallazgo, tenga relación con la desaparición de Judith Pellicer y el cadáver del traficante conocido como el Comadreja, un habitual de la zona.

El examen preliminar del cuerpo, totalmente calcinado en el interior de un silo de la granja Puigmal, conocida familia de la comarca, apunta a un ajuste de cuentas entre bandas. El cuerpo presenta lesiones muy importantes, así como la amputación de las falanges de sus manos y la extracción de los dientes. Lo cual dificultará, o imposibilitará, la identificación.

En cuanto a las localizaciones geográficas del rastreo del teléfono móvil de Judith, por el momento, no han aportado pistas significativas al caso. La policía se niega a tratarlo como una fuga y su padre se niega a hablar de ella siguiendo con sus apariciones públicas con total naturalidad.

Otro fuego provocado, en los alrededores del lugar, ha mantenido activos a los equipos de bomberos. Es este caso se trata de un vehículo, una furgón común. Desconocemos si guarda relación con el caso Pellicer.

58

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Plaza de la mona, Aurora.

Elisabeth está sentada en un banco de madera. Me acerco a ella con paso decidido y la mirada pendiente de las esquinas del lugar.

La plaza está rodeada por edificios altísimos. En los balcones, cientos de prendas de vestir colgando para su secado y antenas parabólicas. Los residentes de los bloques son, mayoritariamente, inmigrantes y ocupas. Gente a la que no le gustamos y no apartarán la vista de mí en ningún momento.

—Eli —saludo cuando ya le veo la cara; triste.

—Inspector —dice—. Gracias por venir. Siéntese.

—Así que tienes información que nos puede ayudar a encontrar a Judith —lo digo sin preguntar. Una afirmación que acostumbra a incitar a la persona a relatar lo que se espera. Funciona.

Asiente.

Luego, dice:

—Tengo miedo de que esté en peligro de verdad. —No hago ningún inciso a ese «peligro de verdad». Quiero que hable sin tapujos.

Un sonido parecido a ollas cayendo al suelo nos hace alzar las cabezas. No hay movimiento, pero estoy seguro de que nos vigilan.

—Judith no es una chica como las demás. ¿Me entiende?

—Supongo que ser la hija de quien es, la hace ser más visible de lo que le gustaría a una chica de su edad.

—Así es. —Mueve la cabeza arriba y abajo—. A ella le gustaría ser más independiente, más anónima. Que no la estén señalando siempre que hace o dice algo.

—¿Y qué te hace temer, Elisabeth? ¿Quizás te dijo o hizo algo que te ha hecho pensar?

Me mira a los ojos.

—Ella quería huir de su familia. Decía que no podía seguir viviendo rodeada de mentiras y secretos. Que la destruirían.

—Entonces, ¿me confirmas que se ha marchado de verdad? ¿Tal y

como parece por la nota de despedida y el mensaje?

—Eso es lo extraño. Judith no tenía pensado hacerlo así.

Elisabeth me está confirmando que Judith quería huir de verdad. Un paso hacia adelante que nos viene muy bien ahora mismo.

—¿Habíais hablado de su partida?

—Sí, inspector. De hecho, ella buscaba tirar de la manta que cubría las mierdas de su padre.

—Y es por eso por lo que estuvisteis rondando al Comadreja. Para que la ayudase a escapar.

—Así es.

—Sin embargo, algo salió mal.

—Hace poco fui a ver a sus compinches. —La escucho con mucha atención. Me está contando la verdad. Lo sé porque ni le he mencionado que ya lo sé porque yo también estuve ayer allí. Aunque sé que también es posible que ya lo sepa.

—¿Y saben algo del paradero de Judith?

—No. Con la muerte del Comadreja estaban desorientados. Él era quien debía ayudarla esa misma noche.

—Aun así, es posible que Judith se fuera de la comarca y ya se halle lejos de aquí.

—No con el Comadreja muerto. Él debía llevarla hasta los perros del Diablo, que la esperarían con una furgoneta. Cogerían la autopista y se irían al sur. Su plan era llegar a Marruecos. Y, desde allí, zarpar en un velero, o algo así, hasta llegar a Lanzarote, donde se quedaría sin llamar la atención.

—¿Y qué te hace pensar que el plan no sigue en marcha?

—Uno de los perros ha muerto en la granja Puigmal —suelta sin más.

—Un modo suave de decirlo.

—Solo sé que eran dos, pero no llegué a conocerlos en persona. Solo trataron con Judith.

—¿Y no crees que sea probable que haya llevado a cabo sus planes sin que tú lo sepas? Quizá para mantenerte al margen de las consecuencias.

—Imposible. Su grupo no tiene constancia de ello, y yo… —Hace una pausa más larga de lo normal. Está temblando. Se aprieta las manos con fuerza—. Yo debía acompañarla.

Esa sí que no me la esperaba.

Veamos, Thor me confirmó que no había estado en el congreso. El rastreo de sus movimientos era bastante específico.

Entiende mi silencio como una invitación a seguir hablando.

—Habíamos quedado en marcharnos juntas de este lugar y desapareceríamos juntas. Primero sacaríamos la pasta del banco con las tarjetas para hacer los pagos a los intermediarios. Lo demás, ya lo

sabe.

—¿Y qué sabes del hombre que la seguía? Según un compañero suyo, Judith estaba siendo rondada por alguien de tamaño considerable.

—No me lo creo.

—¿Por?

—Ese chico, David, es un fanfarrón que desde sexto le ha ido detrás. Está pillado por ella.

—¿Entonces crees que se lo inventó?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—No lo sé. Quizá para que miren a la persona equivocada.

Así que también sabe quién es el hombretón. Nuestro sospechoso número uno.

—¿Puedes decirme algo más?

—Que Judith estaba obsesionada con ese tal Justin. —¿Justin? ¿El hombre alto que la perseguía?

—Por tanto, no crees que él tenga nada que ver con su desaparición.

—¡Qué va! Justin es…, ¿cómo decirlo? Le faltan unas cuantas luces. ¿Me entiende?

Asiento.

—Es grandote y un poco bruto a veces, pero tiene un corazón igual de grande. Es inofensivo.

—¿Pero estaba obsesionado por ella?

—Y ella por él. Lo trataba con mucho aprecio y pasaban horas juntos. Y eso que no tienen nada que ver. Son polos opuestos.

—¿Y sabes dónde puedo encontrar a Justin?

—Supongo que en su casa. Vive en el mismo barrio que Judith. Nunca hacen nada desde que su padre murió en aquel accidente, ¿sabe? Me da mucha pena. Es un buen chico.

Justin Fonseca, el hijo de Olivia Dernal y Rafael Fonseca. Es un buen chico, sin duda. Le recuerdo de cuando ocurrió el maldito accidente. En fin, un buen hilo del que tirar.

—Muchas gracias, Elisabeth. Si tienes cualquier información que recuerdes en otro momento, no dudes en llamarme.

Le doy mi tarjeta y me voy.

—¡Inspector! —Elisabeth me llama—. Encuéntrela, por favor. Encuéntrela.

—Lo haré —le prometo cuando veo un tatuaje que asoma en su antebrazo.

59

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

—¿Acaso te piensas que soy boba? —digo sin miramientos—. No sé qué le has dicho a Justin, pero necesitarás convencerme de que no se trata de un engaño.

—No puedo —murmura ella.

—¡Sí puedes! Es tan sencillo como contándome qué ocurrió en el descampado. La verdad. Sin medias tintas. No voy a dejar que mi hijo vaya a la cárcel.

—Fue un accidente. —Está pensando. Se lo veo en los ojos. Pero no puedo fiarme. Nada me asegura que no me engañe—. No debía pasar así.

—Y, ¿qué significa eso exactamente, Judith?

Me mira pero no dice nada.

¡Dios! Estoy perdiendo los nervios y es lo último que necesito ahora mismo. Me extraña que aquel inspector no haya sumado dos más dos y ya esté tras nosotros.

—Piensa una cosa, Judith —le digo muy seria y con la voz calmada —. Mi vida ha dado un vuelco de ciento ochenta grados y, en este punto, lo único que me impulsa a tomar una u otra decisión, es el futuro de Justin.

Hago una pausa de unos segundos antes de añadir:

—Necesito saber qué esperabas que ocurriera. Tus planes. ¿Es cierto lo que dicen en las noticias que querías huir de tu casa?

Niega con la cabeza. De sus labios no sale palabra alguna.

—Si lo que quieres es desaparecer, puedo ayudarte de algún modo. —No sé cómo lo haría, pero se lo digo de todos modos. Nada me asegura que mi hijo quede libre y no lo tenga que pagar—. Entiendo que no estuvieras bien con tu padre. Cuéntamelo, Judith. Si no lo haces por mí, hazlo por Justin. ¿Qué pasó el viernes por la noche?

Levanta la cabeza y veo sus ojos muy humedecidos.

—Es por él…

Se calla.

—¿Cómo dices?

—Y por usted…

Se calla de nuevo y yo me siento el corazón desbocar. He empezado a sudar. Me temo que voy a perder el conocimiento aquí mismo.

—¿Me estás diciendo que no me cuentas nada por mí? ¿Y por mi hijo?

—Exacto.

Acabo de perder los papeles ante ella. No sé qué pensar y mucho menos qué decirle.

—Mi intención fue simular la huida desde el principio. —La miro. Supongo que tengo la mirada perdida igual que mi cabeza.

Judith ha empezado a llorar.

Sé que puedo equivocarme, pero la veo como una cría. Una chica que se derrumba, que ha bajado las defensas y arrasado el muro que la protegía.

—Y, ¿por qué harías algo así, Judith? ¿Te ha hecho daño tu padre?

—Es mucho más complicado que eso.

—¿Y adónde pensabas ir? ¿Qué pinta Justin en todo eso? ¿Acaso él te iba a ayudar de algún modo?

Me siento cada vez más incómoda con nuestra conversación. Quizá sea como los casos de violencia de género que he visto tantas veces en televisión. Bien podría ser que su padre abusara de ella. Es un personaje no muy querido. Aunque, de eso, a lo que pienso, es dar un paso en la oscuridad absoluta.

Sigue callada, negándose a contarme nada.

Opto por darle apoyo y ver si se siente un poco más cómoda conmigo.

—No tienes por qué pasar sola por esto, Judith. Hay muchos profesionales a los que dirigirte. Incluso puedo acompañarte en todo momento si es necesario. No tienes por qué ver a tu padre si no quieres.

—Lo odio —me dice.

—¿Él… te ha tocado?

Me temo una respuesta positiva. Espero que se hunda en sí misma o se desarme y vea que la quiero ayudar de verdad. En lugar de eso, me dice algo que me desarma a mí.

—Si me hubiese puesto la mano encima, ya no respiraría. —Su voz es gélida y afilada. Sincera.

Cuando logro recuperar el aliento, respondo:

—Entonces, ¿para qué simular una fuga?

Se lo piensa. Sé que se lo está pensando. Sus gélidos ojos se ponen en los míos. Escrutan si pueden fiarse de mí. Y por primera vez soy consciente de algo; le tengo miedo.

—Para tenderle una trampa —dice, al fin, helándome las entrañas.

60

JUDITH

UNA SEMANA ANTES

Viernes, 31 de mayo de 2019. Madrugada.
Habitación de Judith, Aurora.

No veo el momento de poner mi plan en marcha. Me siento como Beth Harmon en *Gambito de dama*. Llevo meses planeándolo; cada detalle, cada palabra. Cada movimiento estudiado a la perfección para alcanzar la victoria. Y, en lugar de una partida de ajedrez, yo me enfrento a mi padre en su propio terreno.

Que nunca nos hemos llevado bien, es de dominio público, y algo por lo que mamá dejó de intentar hace años. Ella siempre ha callado. Ha obedecido como se supone que debe obedecer. No es feliz. Solo lo aparenta.

La he visto ahogar lágrimas en botellas de vino blanco, ron e, incluso wiski. Perder el conocimiento en actos sociales. Eso sí, tenía la decencia de aguantar hasta que no la viese nadie. Por lo menos nadie que no fuese de la familia.

Recuerdo que la primera vez que llegó a casa en ese estado, yo estaba bajo el cuidado de Melissa Molist, que, por aquel entonces, era mi canguro.

Mamá llegó con una elegancia que solo tienen las princesas en los cuentos de hadas —era lo que pensaba entonces—, se deshizo del abrigo y, con ese porte real, agradeció sus servicios a Melissa y le dio dos billetes de cien euros.

Ella quiso rechazarlos. Era demasiado por unas horas de nada, pero mi madre le respondió que se lo merecía, y que, si se atrevía a rechazarlo, no la llamaría nunca más.

Lo que ella jamás supo es que, al cerrar la puerta, me dio un beso en la mejilla y desapareció escaleras arriba hasta su habitación. Me dejó sola. No le importó lo que pudiera hacer, ni qué podría sucederme. Esto lo pensé mucho tiempo después, claro. Entonces no me pareció que obrase mal.

Subí tras ella y abrí con cuidado la puerta. Ya me imaginaba verla quitándose el vestido y las joyas, dándose una ducha al tiempo que entonaba una canción.

Nada más alejado de la realidad.

Lo que me encontré fue que llegó justo para derrumbarse en la cama. Con el vestido y las joyas puestas. Me asusté tanto que no pude despegarme de ella. Lloré como una cría hasta que me dormí.

Lo último que recuerdo fue a mi padre llevándome en brazos a la cama. Y al preguntarle por mamá, su única respuesta fue: «Le ha sentado mal el marisco».

Ha llovido mucho desde entonces. Y el agua se mezcló, rápidamente, con los sedimentos rencorosos que aparecen con la adolescencia y te hace ver todo desde otro punto de vista mucho más cruel. Casi como si se tratara de otra persona. Como si fueras otra persona.

Sé que yo no soy una hija fácil. Ni se lo he puesto en bandeja a pesar de las comodidades de que dispongo. Pero cuando eres testigo de un crimen, eso te cambia.

Mi padre es un experto manipulador. Un narcisista con complejo de Dios. Un hombre que busca la adoración y sumisión por encima de cualquier cosa.

El próximo viernes desapareceré. Dejaré una nota de despedida, me iré lejos y pasaré unos días —o quizá semanas— oculta donde no me faltará nada.

No habrá petición de rescate. Únicamente se informará a la prensa y a mi padre que no seré liberada a menos que la verdad salga a la luz. La verdad de lo que hizo mi padre el año pasado.

Es hora de que lo pague.

Y lo pagará.

61

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Urbanización Los Álamos, Aurora.

—Dime que tenemos algo —le exijo a Alicia, que me mira mordiéndose el labio inferior y los brazos en jarras.

—En realidad, sí, pero no sé por dónde cogerlo.

—¿Qué has averiguado?

—Para empezar, Justin y Olivia, su madre, no están en casa. —Saca una libretita de su bolsillo y pasa unas hojas—. La anciana que vive aquí al lado me ha dicho que están pasando el fin de semana en una caseta que tienen en el pantano de Darnius, en el Alt Empordà.

—No está lejos.

—Cuarenta y cinco minutos —responde—. ¿Quiere que mandemos una unidad?

—No será necesario, Alicia. Yo mismo puedo acercarme.

—Entonces, lo acompaño…

—Prefiero que compruebes con Pérez si ha logrado identificar el cadáver del silo.

—Con todo el respeto, señor —sé que lo dice de verdad—. Con una llamada bastaría y puedo serle de utilidad en caso necesario.

—Un placer tener una compañera que se preocupe tanto por mí y me respete. —Se sonroja un poco—. Hay otro trabajo que quisiera que hicieras tú en persona.

No me dice nada. Solo asiente con la cabeza y las mejillas sonrojadas.

—Quiero que compruebes las cámaras de tráfico de la urbanización y los alrededores.

—Ya está hecho, señor. Y no se halló rastro de Judith en ninguna de las grabaciones.

—No quiero que busques a Judith.

Ha abierto mucho los ojos.

—Céntrate en una furgoneta blanca.

—¿Una furgoneta?

—Así es. Quiero la ruta en mapa de todo vehículo que se haya movido por la zona. Sea de empresa o particular. El único detalle a tener en cuenta es: tipo furgoneta de color blanco.

—Entendido —responde a secas. Por lo poco que hemos compartido juntos, sé que se ha molestado. Lógico, ¿a quién le gusta sentarse durante horas frente a unas grabaciones de tráfico?

—Una cosa más. Necesito que averigües lo que puedas sobre los símbolos que lleva tatuados Judith en el antebrazo, así como en qué centro se los hicieron.

—Eso haré.

Está fastidiada y por eso le asigno lo de los tatuajes. No quiero agobiarla. Es buena y aplicada, y, con el tiempo, se convertirá en una gran líder. No tengo la menor duda. Por ahora, debe aprender a realizar lo que se le dice.

—Judith y Elisabeth se tatuaron los mismos símbolos en el antebrazo —añado para darle interés e importancia al trabajo—. Si encuentras el local y presionas al dueño, quizá obtengamos una lista de grupo.

—¿Un grupo? —pregunta—. ¿Cree que podemos estar ante los movimientos de una secta, entonces?

—Ya veremos, Alicia. Dejémoslo en una corazonada.

—Me pongo a ello enseguida, jefe.

62

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

—¿Una trampa? —la pregunta me sale en estampida de muy adentro.

—No se lo puedo contar —responde a secas—. Cuando todo haya pasado lo comprenderá.

La confusión ha vuelto a apoderarse de mí. Aunque también dudo de que se hubiera apartado en algún momento. Igual que las palpitaciones que golpean mi pecho.

¿Qué haría Rafael si estuviera aquí? No tengo la más remota idea. Sin embargo, sé que me sentiría más segura con su apoyo.

Judith es una chica complicada. Como toda esa pandilla de esnobs, vamos. A mí no me ha faltado nada, pero soy de otra pasta. Estos jóvenes suben con la arrogancia y la prepotencia de que pueden escapar de cualquier situación por su estatus social. En efecto, es así la mayoría de las veces. Me da coraje.

Ella tiene algo en la mirada y el timbre de voz que me aterra. La siento fría, calculadora, segura… Todo lo contrario a mí.

Una chica de dieciséis años que quiere vengarse de su padre. Pero ¿por qué? ¿Malos tratos, abusos y palizas? ¿Falta de atención y sin interés por ella?

Podría llegar a comprenderla. Es tan diferente a mi pequeño Justin. Él siempre ha requerido un trato especial. Yo dejé mi trabajo para volcarme en sus necesidades, y Rafael, las pocas horas libres que tenía, las aprovechaba para jugar con él. Luego, se rendía en el sofá quedando aplacado por el sueño sin ser capaz de llegar a la cama.

—Vamos a confiar la una en la otra, Olivia —me dice Judith sacándome de mis cavilaciones—. Usted hace lo que le digo, y yo le prometo que no haré ninguna tontería. Será solo cuestión de unas horas.

¿Puedo fiarme de ella a ciegas?

—Cuando despertaste —inicio con un ligero tartamudeo en mi voz —, al principio, aquí en la cabaña, me refiero. ¿Por qué le hacías lo

que hacías?

En realidad, no quiero saberlo y me repugna la imagen que me llega a la mente. Sin embargo, comprendo tan poco de esta chica, que se hace prácticamente imposible imaginar un motivo lógico.

—No quería que se vieran en medio —dice, y añade con el rostro quebrado—. Y menos Justin. Es muy buen chico.

Lo sé.

Y parece sincera otra vez. La creo.

Sé que no debería hacerlo. Sé que voy a arrepentirme de haber tomado una decisión en esta dirección. Y se supone que después entenderé sus motivos.

¿Acaso tengo otra opción? ¿Estoy dispuesta a jugármelo todo por ella?

Soy incapaz de acabar con su vida y, mucho menos, de deshacerme de su cadáver. No podría vivir con la conciencia tranquila. La vería todas las noches en mis sueños.

Y Justin. ¿Qué supondría para él vivir algo tan macabro? Lo destrozaría.

Lo pienso mejor.

Puede que ya esté destrozado por lo que vivió aquella noche. Si ni siquiera sé con certeza qué ocurrió.

No. No caeré en pozo sin fondo. Haré lo que haga falta. Ya he tomado decisiones que no pensé llegar a tomar jamás.

—Una promesa —le digo.

—Usted dirá.

—Pase lo que pase, Justin debe quedar al margen de todo.

—Justin es una de las piezas fundamentales y no…

—O queda fuera o no hay trato —corto con voz severa. No estoy segura de haber sido lo suficientemente amenazante como para hacer mella en Judith, pero me conformo con ver que sus ojos están dudando. Añado—: En caso de que algo salga mal, cargaré con toda la culpa, seré yo la única culpable. Debes prometerme que si llega el caso declararás a favor de Justin.

Asiente.

—Entendido.

—Prométemelo —exijo—. Necesito que lo digas, Judith.

—Le prometo que pase lo que pase, Justin quedará fuera de todo castigo. Si pasamos por los tribunales, declararé en su favor. De hecho, él solo pretende ayudarme.

No sé por qué, pero sus palabras son como un bálsamo que apacigua mi interior. Oírselo con su timbre, lo hace más real. Es hora de dar otro paso al frente, aunque sea con los ojos vendados.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos ahora?

63

NÚMERO OCULTO

—Señor, la gacela ha salido del bosque y ha asomado el hocico al claro.

Un silencio seguido de una risotada.

—Bien. —Única respuesta.

—¿Algún detalle a tener en cuenta? —pregunta.

—Dígale al cazador que actúe según lo previsto. No quiero más errores. ¿Entendido?

—No se preocupe.

Se corta la comunicación.

El hombre sí se preocupa. Hay mucho en juego y demasiados ojos observando. La policía y la prensa están al acecho y sabe que no puede permitirse ningún descuido más. Sacrificar perros no le gusta y ya lleva dos. Tiene la certeza de que el perro cazador que irá tras la gacela no le fallará.

Y cuando ella esté bajo su control… podrán seguir con el plan establecido.

64

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
En carretera, de camino a Darnius.

Pensar en Judith como la desaparecida, la secuestrada, o el número de expediente que está anotado en el adhesivo blanco de su carpeta, es un modo efectivo de quitarle la importancia que merece.

De no ser así, cada caso se torna demasiado personal con la amenaza de acabar con tu integridad, física y mental.

Son tantos los casos que pesan en mi mente, que en alguna ocasión he llegado a envidiar dicha capacidad. Todo fachada. En mayor o menor medida, los casos destrozan a los policías. Incluso aquellos que aparenten una fortaleza sobrehumana, sufren con los fantasmas escondidos tras los números. Y en cuanto el caso tiene la relevancia como en este, el riesgo es mucho mayor.

El timbre del teléfono suena en el coche.

Reprimo el impulso de apretar el botón que acciona el manos libres con un chasqueo. Llamadme antiguo, pero no me he acostumbrado en lo que llevo en el cuerpo de policía.

Doy un volantazo a la derecha y detengo el viejo Seat León en un arcén de tierra y pedruscos. Agarro el móvil y descuelgo en el momento que giro las llaves para detener mi coche.

—Si es para decirme que has encontrado algo, te prometo que redactaré yo mismo la recomendación para que te asciendan.

Espero su risa como si se tratara de una bendición.

—Lo tenemos —dice ella, resuelta.

—¿Y bien?

—Estoy en Holly Tattoo, en el casco antiguo de Aurora, con su propietario; Samuel Peláez.

—Alicia, es domingo.

—Lo mismo pensé yo, pero el centro está ubicado en lo que sería una habitación del dueño. Una suerte a nuestro favor.

Si espera que dé saltos de alegría, siento decepcionarla. Permanezco en silencio.

—El registro que lleva el señor Peláez es exhaustivo y muy bien catalogado. Ha recordado al momento los clientes, y me ha mostrado las fotos con sus direcciones.

Ahora sí que me tiene intrigado.

—Estaba en lo cierto, ¿verdad?

—Así es —confirma—. Judith y Elisabeth están fichadas, pero lo verdaderamente asombroso es que hay tres chicos más con los mismos símbolos tatuados en el antebrazo.

—¿Cómo dices?

—Lo que oye, inspector. Peláez recuerda al grupo porque se lo hicieron el mismo día. Me ha contado que son una especie de runas antiguas. Por separado, da la impresión de ser meros símbolos. A menos que los conozcas, claro.

—Alicia —la corto—, ¿me estás confirmando que tiene que ver con rituales y demonios?

—Algo así, inspector. Como iba diciéndole, resulta que, al juntar los antebrazos del grupo, se forma una estrella de cinco puntas en un círculo de poder. Algo muy antiguo y poderoso. Son conocidos los mitos nórdicos y tal, pero esta comarca tiene una magia especial que no todos conocen. Menos estos chicos, claro. Cada uno de ellos se tatuó dos runas idénticas. La tercera representaba el poder interior de cada uno.

—¡Dios mío! —No era mi intención decirlo en voz alta, pero soy incapaz de morderme la lengua.

—Dios no tiene nada que ver, Santos. Peláez dice que se trata de algo pagano y anterior al cristianismo. Un poder latente en la naturaleza y que engloba a todos los seres del planeta.

Una luz se enciende en mi cerebro. Es tan brillante que me deslumbra. El recuerdo de que Juan Pérez me había compartido ese detalle de la autopsia del Comadreja. Unos símbolos en el antebrazo izquierdo.

—Y el cadáver del descampado, que reposa en la morgue, es uno del grupo —digo más para mí que preguntando a Alicia.

—¡Bingo! —exclama—. Pero hay más. Juan me ha confirmado que el hombre asesinado y calcinado es el cuarto integrante del grupo. Ha logrado identificarlo como uno de los perros del Diablo. Al parecer, encontraron sus pertenencias en la cuadra de los cerdos de la granja Puigmal.

Un jarro de agua helada me cae encima.

Eso le da un vuelco a la investigación que no se me había pasado por la cabeza. Si partimos de la base que Judith ha desaparecido y dos chicos están muertos, puede que alguien se los esté cargando.

¿Un asesino en serie?

¿Qué posibilidades hay de que la encontremos con vida? Pocas o

ninguna. Quizá ya esté descomponiéndose en la orilla del río o algo mucho peor.

—Debemos enviar una patrulla a casa de Elisabeth Basterra de inmediato, puede que sea el siguiente objetivo. Por cierto, Alicia, ¿qué sabemos del quinto del grupo? Por tu tono deduzco que te has guardado lo mejor para el final. Y me intriga a más no poder saber cuál es su nombre.

—Ahora es cuando se cae de culo, Santos.

Me tiene en ascuas. Me gusta su manera de manejar la tensión. Estoy atrapado cuando me suelta sin que lo espere:

—David. El quinto del grupo es David Torres.

65

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

He recogido un buen ramo de flores silvestres. Hay de muchos colores intensos y diferentes a lo largo del prado; violetas, amarillas, rojas. Pero el que más me gusta es el color blanco de estas que crecen en la orilla del pantano y ahora no recuerdo su nombre. Mi cabeza va a su ritmo. Sonrío. Pienso en mamá. Seguro que ella sí se acordará.

Me detengo frente a la puerta. Escucho voces en el interior. Mamá y Judith hablan. Eso es bueno. Se están haciendo amigas. A fin de cuentas, si Judith y yo nos casamos un día, será de la familia.

Me ruborizo al pensarlo. Siento el calor en mis mejillas y enseguida me arrepiento de no haber preparado dos ramos. Uno para mamá y otro para Judith.

Abro y me las encuentro a las dos sentadas a la mesa. ¿Qué está pasando?

—Oh, cariño —dice mi madre. Se pone las manos en la boca. Sus ojos miran mis manos—. Qué flores tan bonitas has encontrado. Entra, las pondremos en un jarrón.

Se gira y busca en el armario. Yo entro y cierro la puerta tras de mí. Judith me observa con una sonrisa en los labios. Es tan guapa.

Tengo mucha suerte de que me haya elegido a mí en lugar de uno de esos chicos del barrio.

—Hola, Judith —la saludo y, de pronto, me quedo sin más palabras.

—Qué preciosidad de lirios —dice mi madre poniéndole nombre a las flores. Sabía que ella se acordaría—. Sé que crecen en esa zona pantanosa y sabes que no me agrada que te adentres solo, pero hoy te lo perdono.

—Es para las dos. —Noto el calor que me ruboriza las mejillas—. Si quieres voy a por otro.

—Qué va, no te preocupes. —Niega con la cabeza—. Así está muy bien.

Deja el jarrón encima de la mesa y las flores en su interior. Sus tonalidades destacan en el color de la madera. Incluso quedan más vistosas con el oscuro de las paredes.

—Sí —afirma Judith—, es hermoso.

Cuando la gente a mi alrededor se siente contenta, es cuando yo me considero mejor persona.

—Ven. — Mamá aparta una silla y da un par de golpes con su palma—. Siéntate.

Obedezco sin apartar mis ojos de Judith. Tiene un platito con bizcocho y un vaso con zumo. Es tan guapa que no puedo ocultar mi sonrisa.

—Verás, cariño. —Mi madre es la que habla y rompe mi embrujo colocando las manos en mis hombros, dando pequeños círculos. Como un masaje —. Judith y yo hemos llegado a un trato.

—Ah, ¿sí? —Me sorprendo. Pensé que se harían amigas, pero quizá se lo haya contado todo. No. No puede hacerlo. Es nuestro secreto.

La miro y ella me guiña un ojo. ¿Será una señal de que no le ha contado la verdad? ¿O una estrategia para engañarla?

—Así es, Justin. Hemos llegado al acuerdo de que, si la ayudamos a irse, nosotros quedaremos al margen y jamás se nos relacionará con el caso.

—¿Y el chico del descampado?

—La policía dirá que fue un ajuste de cuentas entre bandas —me dice Judith—. No podrán relacionarlo con vosotros.

De pronto, estoy triste. Comprendo lo que significa y no me lo puedo callar.

—¿Quieres marcharte? —le pregunto.

—Es por tu bien y el de tu madre, Justin. Nadie podrá relacionarnos si no nos encuentran.

Es verdad. Aunque no me gusta la idea de separarme de ella. No ahora que podíamos estar juntos.

—Y, ¿cómo piensas irte? ¿A través del bosque? ¿Sola? —El simple hecho de imaginármela sola, corriendo entre zarzas y espinos, me da mal rollo.

—Cariño —habla mi madre—. Hemos llamado a un amigo suyo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo? —Las venas del cuello se me hinchan. No quiero que se vaya con ningún amigo. No.

—Es necesario para poneros a salvo. —Judith me coge la mano y aplaca mis nervios—. No hay otra solución.

—¿Y cómo lo harás?

—Cuanto menos sepáis, mejor. Nada puede relacionarnos.

—¿Y cómo lo harás? —repito.

—Hemos llamado a alguien que nos ayudará a seguir con el plan — dice, resuelta—. Recuerdas que me querías ayudar, ¿verdad?

—Sí —confirmo.

—Es lo mismo, pero con unos ligeros cambios. El amigo que me iba a recoger, lo hará aquí. No debes preocuparte.

Lo hago de todos modos. Porque me importa. Y no quiero que le hagan más daño. Merece ser feliz.

Un sonido en el exterior nos hace girar hacia la ventana. Suena como las ruedas de un coche en la gravilla. ¿Ha llegado la ayuda para Judith?

Ella y mamá se levantan y andan hasta la ventana. Yo no puedo moverme. Las miro andar como si fueran a cámara lenta.

66

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
En el coche, Alt Empordà.

El paisaje tiene algo de tenebroso y triste en esta zona. Es boscosa, de un verde oscuro y plateado. Encinas y robles han dado paso a un escenario calcinado, herencia del incendio que azotó hace unos años.

Los nuevos tallos y el trabajo del voluntariado Acción Verde, empieza a dar sus frutos. Plantaron nuevos árboles y limpiaron la zona. Pequeños retazos de color empiezan a luchar por el suelo.

Cuando cojo el caminito sin asfaltar que me debe llevar a la dirección de la cabaña, el paisaje cambia de nuevo y me envuelve de golpe la espesura natural.

En pocos minutos oigo el sonido del río a un lado, y, en unos más, veo la cabaña justo al lado de un florido prado.

No veo el coche hasta que estoy a escasos metros de la cabaña. Es de gama alta. Un Audi rojo.

Detengo mi coche a un lado y apago el motor. No se oye nada que llame mi atención.

Bajo y respiro el aire. Demasiado caliente y húmedo para mi gusto.

Ando hasta la puerta tamborileando los dedos en la pistola. No creo que la necesite. Aunque nunca se sabe.

Doy unos golpecitos con los nudillos.

No hay respuesta.

Pruebo una segunda vez con más fuerza.

—Olivia —digo en voz alta para que me oigan desde el interior—, soy el inspector Santos. Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Está en casa?

No espero respuesta. Agarro el pomo y giro para abrir la puerta. Bingo. Está abierto.

—¿Olivia? ¿Puede oírme? Soy el…

Es asomarme y saber que entro en un escenario totalmente diferente al que me esperaba.

La estancia está puesta patas arriba. Inevitablemente observo el

cerrojo y veo que ha sido arrancado de cuajo. Una mesa de madera y sus sillas están tumbadas por el suelo. Hay zumo y restos de comida por doquier; bizcocho en el suelo, una olla con el agua derramada y un brik de salsa de tomate.

Saco la pistola, compruebo que las tomas de gas estén cerradas y me dirijo a la habitación.

—¿Olivia? ¿Está usted ahí?

No hay respuesta. Para variar.

Una cama sencilla con una mesita. La lámpara está rota y veo unas cuerdas ensangrentadas y la ropa de cama sucia.

Oteo el exterior. Me siento observado.

Saco el teléfono y llamo a la central.

—Quiero que emitan una orden de búsqueda de Olivia y Justin Fonseca. Ambos fueron vistos hace menos de un día y, si no me equivoco, guardan relación con la desaparición de Judith Pellicer.

—¿Está seguro, inspector? La jueza Pelayo me está pisando los huevos. —La voz del jefe de operaciones es dura y fría como el acero. Muchos le temen. A mí me respeta.

—Sin duda —digo mirando los cabellos largos de color violeta que hay en un cojín—. Y manden la unidad científica de inmediato a la dirección que le indicaré. Y mejor si Pérez está con ellos.

—¿Cree que ellos son los responsables del asesinato y el secuestro?

—No estoy seguro, jefe. —Hago una pausa demasiado larga—. Puede que ellos también sean víctimas.

67

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Ha llegado muy rápido. Es lo primero que pienso. Aunque no me desagrada. Cuanto antes empecemos, antes acabará todo.

No tenía planeada esta opción, pero tampoco sirve de nada lamentarse. Todo ha cambiado mucho del guion que pensé durante tanto tiempo. Volver a encauzar la situación es esencial. Y una prioridad que tanto Olivia como Justin no paguen por nada.

Olivia y yo nos levantamos al unísono. Mezcla de alegría e incertidumbre en nuestros ojos. Es una buena persona.

Llegamos a la ventana y miramos a través del cristal.

—¿Son ellos? —pregunta Olivia tapándose la boca.

—Un momento —le pido.

La furgoneta blanca se ha detenido a unos metros. El sol se refleja en las ventanas tintadas de esta y no me deja ver el interior. Aún no estoy segura de que sea él.

La puerta del copiloto se abre y veo a David bajar del automóvil.

Siento que he dejado de respirar.

Si él no conduce, ¿quién lo hace?

David se pone la mano en forma de visera en la frente y otea la cabaña. Me escondo un poco. Algo en mi interior me dice que no puedo fiarme. No está bien. Debería estar solo. Y está claro que se ha traído a alguien.

—¡Judith! —me llama.

No respondo.

—¡Vamos! ¡Ya puedes salir!

Mi intuición me dice que no salga. Soy incapaz de hablar. Y mucho menos de gritar. Mi instinto me dice que salga corriendo.

—¿Ese no es…?

—Es David Torres, un amigo del instituto.

—Entonces, ¿por qué no salimos o dejamos que entre?

No respondo.

—Se supone que él es a quien hemos llamado, ¿no?

—Sí —afirmo—. Pero debía venir solo y está claro que la furgoneta no se ha conducido sola.

Olivia vuelve a mirar al exterior.

—Tienes razón. ¿Con quién habrá venido?

—¡Judith! —grita de nuevo a pleno pulmón—. No me hagas ir a buscarte. Por Dios. El reloj sigue pasando y como te encuentre la policía tendrás que dar muchas explicaciones.

Sé que tiene razón. Aunque estoy paralizada. Los músculos de mis piernas, los de mi boca y las cuerdas vocales están inertes. En una tensión que me impulsa en sentido contrario.

—Bueno, bueno —repite, y, entonces, le veo la pistola en la mano —. Si no quieres salir, tendremos que entrar nosotros a por ti.

Tan pronto como lo dice, se rasca la cabeza con el cañón de la pistola y la puerta del conductor se abre.

Me quedo helada.

Es un hombre robusto con los músculos marcados y tatuados. Lleva una camiseta negra de tirantes y unos pantalones de pinzas. Su cabeza está rasurada por los lados y atrás. En la parte superior, un pelo negrísimo y engominado le brilla en un peinado a lo John Travolta en *Grease*.

—¡Mierda! —puedo susurrar en voz baja.

—¿Qué ocurre, Judith?

—Hay una puerta trasera o algo, ¿verdad? —Casi es una súplica.

—Sí.

—¡Debéis marcharos de inmediato!

—¿Por qué? ¿Quiénes son?

—Me ha traicionado —les digo—. Y no pueden saber que estáis aquí. Os matarán.

Olivia está muy pálida. Justin no abre la boca. Supongo que está conmocionada.

—Entonces —susurra Olivia—, ven con nosotros. Marchémonos juntos.

—Imposible. Saben que estoy aquí, pero no que lo estáis vosotros.

Olivia niega con la cabeza.

—No puedo dejarte, Jud —Justin me habla con lágrimas en los ojos.

—Nos veremos otro día, Justin. Ahora es primordial que os pongáis a salvo. Por favor.

Le suplico. Y surge efecto. Él y su madre asienten.

Ahora, todo sucede muy rápido y muy despacio a la vez.

Pierdo de vista a Justin y a Olivia. Un crujido invade la estancia. Es de la entrada. La puerta principal se abre como empujada por una fuerza sobrehumana. Esquirlas de madera vuelan en todas direcciones.

David y el hombre grande entran.

El grandullón me apunta con la pistola y dispara.

La aguja se me clava en el cuello. Siento el dolor al instante.

Me la arranco con la mano y veo que el contenido de la ampolla se ha vaciado.

¿Qué es?

Mi visión se cansa, se vuelve turbia y pierde color.

—¿Dónde están esos dos, Judith? —pregunta David.

Solo puedo balbucear un «no» sin mover la boca ni la lengua. Es un suspiro, un quejido.

—Judith, Judith, Judith. Siempre complicándolo todo —David no parece él. Lo percibo peligroso, agresivo, una amenaza—. Ahora no podemos dejarles ir.

Pierdo de vista al grandullón.

—Voy a por ellos. No andarán lejos.

—Bien —responde David—, pero no tenemos todo el día.

—Me apetece ir de caza. —Su voz es grave y me recuerda a una gruta oscura.

Carcajea.

—Hubiese sido divertido, sí. Quizá en otra ocasión. Ve a por ellos y asegúrate de que no hablarán.

—¿En serio? —Su tono denota emoción.

—Solo necesitamos a Judith —apunta David—. Puedes matarlos a los dos.

68

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

El corazón me late tan fuerte que tengo la impresión de que me van a estallar los oídos. Cabalga veloz como mil caballos.

Aprieto la mano de Justin. No se la siento. Solo un hormigueo en ella que me dice que la sangre no llega a los dedos.

Lo último que he escuchado ha sido: «Puedes matarlos a los dos». Y se refería a nosotros.

¡Mierda! ¡Los teléfonos están en la cabaña!

¿En qué demonios había pensado? ¿Qué me hacía creer que podríamos escapar del castigo?

Judith es hija de una familia poderosa y deben creer que Justin y yo tenemos algo que ver en su secuestro. Claro. Piensan que somos sus secuestradores. Su padre habrá movido cielo y tierra. Quizá ha contratado a un detective privado para hallar su paradero. Y, posiblemente, también a unos matones después para liberarla.

Aunque mi idea no es descabellada, David me descoloca la ecuación. ¿Qué pinta él? Si lo habíamos llamado como «de confianza», según Judith, ¿por qué ahora actuaba como un matón.

En cuanto nos adentramos en el bosque, oigo un fuerte golpe a mi espalda. Miro de reojo y enseguida me arrepiento de haberlo hecho. Es el matón de camiseta de tirantes. Nos ha visto y viene tras nuestros pasos.

Llegamos a la orilla con las mejillas enrojecidas, arañadas y sin aliento.

—Justin, cariño —le digo entre suspiros—. Debemos separarnos.

—No, no, no, mamá. No quiero.

—Yo tampoco, cielo. —Y es del todo cierto—. Pero no nos queda elección. Si ese hombre nos alcanza, estamos perdidos.

—¿Y Judith, mamá? ¿Qué pasa con ella?

—No te preocupes ahora. Céntrate en una sola cosa.

—Pero no podemos…

—¡Justin! ¡Escúchame!

Le corto, quizá, con demasiada brusquedad, pero no tengo alternativa. Es cuestión de segundos que podamos sobrevivir.

—Tú irás por allí abajo —le señalo el camino—, yo por arriba. No puede ir a por los dos. Así que uno de nosotros contactará con la policía.

—No, mamá. La policía no puede saber nada.

—Ya cometimos el error de no acudir a ellos cuando ocurrió lo del chico, Justin. No podemos obrar de otra manera.

Le veo los ojos vacilar. Tiemblan como las hojas sopladas por el viento. Está pensando, buscando las palabras, o quizá imaginando lo que le digo.

—Prométeme que no te detendrás por nada, Justin. Correrás como alma que lleva el diablo hasta llegar a la carretera principal. Encontrarás a alguien, buscarás un teléfono, llamarás a la policía y le contarás todo. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero no quiero que nos…

—¡Ya basta, Justin! —le grito con demasiado dolor—. ¿Qué te diría tu padre ahora?

Ni yo misma lo sé. Ni yo misma estoy segura de qué pensaría Rafael en caso de poder verme en esta situación.

—Diría que… yo puedo. Que puedo con todo. Que no me eche atrás. Por nada, ni por nadie.

—Eso es. —Le abrazo tan fuerte que tengo la certeza de que es una despedida. De que no volveré a verlo—. Eso es lo que debes hacer.

Asiente convencido.

Le doy un beso.

—¡Corre, Justin! ¡Corre y no te detengas por nada!

Lo empujo y empiezo a llorar.

Mi niño. El hombre de la casa.

Su cuerpo enorme perdiéndose en el follaje del bosque. Deseo con toda mi alma que pueda salvarse. Se lo merece.

No hay tiempo que perder. Emprendo mi propia huida en dirección contraria, y me detengo en el tronco de un árbol caído.

Miro hacia atrás y lo veo. El matón ha salido de entre los árboles y centra sus ojos en mí.

—Eso es, hijo de puta —lo digo en voz alta aunque es imposible que él me oiga—. Ven a por mí.

Lo repito en mi mente como un mantra.

«Ven a por mí».

Solo cuando veo que su cuerpo se inclina en mi dirección, sonrío.

Ahora, sí. Me doy la vuelta y corro.

Ya he dejado de llorar porque sé que mi niño se salvará. Lo he conseguido. De otra manera a lo que tenía pensado en un principio,

pero lo habré protegido.

¿Acaso no lo haría cualquier madre?

69

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

La puerta trasera de la cabaña está mal cerrada y, en el suelo húmedo, que da al norte, hay varias pisadas. Es bueno que estas zonas no se sequen nunca. Ahora me permite ver tres pares distintos en la misma dirección. Y solo uno que regresa al punto de partida.

Las sigo bosque adentro.

Las pistas de que alguien ha huido corriendo son evidentes. Hierbas aplastadas, helechos quebrados… incluso restos de algo rojizo. Sangre.

No tardo en llegar al pantano, que resplandece bajo el sol en una superficie en calma. Miro a ambos lados. ¿Qué dirección habrán tomado? ¿De qué o de quién huirían? Puede que me hayan visto llegar y eso los asustase. No lo creo. No por el tercer par de huellas. Es como si huyeran, sí, pero no de mí.

Un destello plateado me llama la atención orilla arriba. Hay algo en el margen, a unos cientos de metros, aunque no distingo de qué se trata.

70

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Pantano de Darnius, Alt Empordá.

El matón está ganando terreno. Tiene más resistencia que yo. Está más entrenado. Lo imagino en un gimnasio levantando pesas y en un campo de tiro clandestino practicando con su arma.

No. No puedo permitirme el lujo de pensar estas cosas.

Me cuesta respirar y siento pinchazos en el abdomen y en las piernas. Necesito todo el oxígeno, pero lo único que resistiría sería una maratón de cocina o de cuidados hacia Justin. En eso tendría las de ganar.

Mi mente me lleva, inevitablemente, a otra escena que no me ayuda para nada; el hombre de cacería. Disparando a liebres, pájaros y… a mí. Soy su presa. Su trofeo. Aunque no me alcance —cosa que dudo— lo hará una de sus balas.

Ya he oído un disparo en la cabaña. ¿Habrá matado a Judith? ¡Mierda! Si ha acabado con ella, ¿qué me hará a mí?

¿Me reventará los sesos? ¿O preferirá herirme en una pierna? Hacerme sufrir. Que sea consciente de todo lo que me hará. Verme sufrir. Verme suplicar. Verme… morir.

Doy un traspié y caigo rodando en un desnivel. Una vuelta. Dolor en el brazo. Otra vuelta. Pinchazo en la pierna. Una más. Termino con mi cara en el barro de la orilla.

Mi nariz sangra y me dan latigazos de dolor que se irradian hacia los brazos y piernas. Arañazos, rozaduras, hematomas. Estoy hecha un cromo.

Lo miro. Se detiene.

El hombre apunta con su pistola.

Estoy perdida.

Me levanto, me lanzo al agua y me sumerjo en ella.

Oigo una percusión ensordecida. ¿Ha fallado? Sí. De lo contrario, lo habría sentido en mi cuerpo. ¿O quizá no? Y ya estoy muerta.

Abro los ojos con miedo a lo que pueda encontrarme. Veo en azul y

verde. Y oigo mi corazón haciendo vibrar el agua.

Salgo a la superficie y tomo aire. Una gran bocanada. La sensación es de ardor y desespero como si fuera mi primera vez. El matón está más cerca. ¿Cómo puede ser tan rápido con tanta masa muscular?

Ahora ya no puedo regresar a la orilla y correr. Me atraparía. Y no tendría opción de ganar. «¿Acaso la tienes?», me pregunta una voz en mi cabeza. No le respondo con palabras. Miro lago adentro y me pongo en marcha.

Una brazada. Otra. Y otra más.

Había sido una buena nadadora en el instituto. Incluso había participado en competiciones y pruebas de resistencia. Y ahora lo demostraré.

Nado. Mi respiración se acompasa a mi ritmo. Pienso en el hombre. Ahora es un tiburón que va tras de mí. Eso me da fuerza para poner más ímpetu, más ganas.

Es entonces cuando algo impacta en mi hombro. Es un bocado del tiburón. Me detengo y el brazo se me duerme. Un dolor punzante me recorre el cuerpo y me impide moverme. Solo puedo pensar que ha llegado el fin.

Y así es.

Mi cuerpo se está apagando. Ya no puedo sentir dolor. No sufro. Solo quiero cerrar los ojos que me pesan dos toneladas.

Cedo a su embrujo.

Y me hundo.

Es el fin.

71

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Bosque de Darnius, Alt Empordá.

Me duelen las piernas, la cabeza me da vueltas y el estómago se me revuelve.

Me detengo, apoyo las manos en un árbol y me inclino hacia adelante. La boca se abre y sale un chorro de algo parecido a un Slime, pero de colores oscuros.

El estómago se retuerce y me da aguijonazos tan fuertes que hasta mis quejidos son entrecortados.

Me pregunto qué estará haciendo mamá.

Quizá debería regresar y plantarle cara al tío ese. ¿Qué quería hacernos? Era muy grande y musculoso.

Judith nos hizo correr. Le tenía miedo y sabía que iría a por nosotros. Pero el otro, el más delgado, ese era David Torres. No es mi amigo, aunque sí de Judith. Los he visto muchas veces juntos.

Me incorporo. El grifo se ha quedado seco. Menos mal. No me dejaba pensar bien. Aún me duele la tripa y el pecho.

Debí hacerle frente. Soy un hombre y no actué como tal. No. Judith merece a alguien valiente que se preocupe por ella y la cuide. Y yo soy un cabeza de chorlito. He huido como un cobarde. Un gallina.

Miro hasta donde alcanzo a ver. No es mucho; por los troncos, los arbustos y las hojas. El murmullo del agua debería darme tranquilidad, pero no saber si el hombre fuerte sigue tras de mí, me pone muy nervioso.

Me acerco a la orilla y me arrodillo. Formo un cuenco con mis manos y lo lleno de agua. Me la llevo al rostro y cierro los ojos. Es fresca. Repito la acción y me la echo con más brusquedad mojándome el pelo, la camiseta.

Vuelvo a ponerme en pie.

Soy el hombre. Soy el hombre. Me lo repito en la mente hasta que mis labios se mueven y lo dicen también. Primero es un susurro, luego una voz apagada. Y, al final, terminan siendo unas letras poderosas.

—¡Soy el hombre! —grito a pleno pulmón.

El corazón me late rápido y mi respiración se ha acompasado. Debo hacer lo que toca. Doy un paso al frente. Para eso soy el hombre. Luego, otro paso.

—¡No temáis, mamá y Judith! ¡Ya voy!

72

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Orilla del pantano de Darnius, Alt Empordà.

A medida que me acerco a la parte de la orilla que me ha llamado la atención, tomo consciencia de que se trata de un cuerpo humano.

Me quedan unos metros para llegar. Los suficientes para distinguir las piernas de alguien.

Sigo andando al tiempo que saco mi teléfono móvil del bolsillo y llamo a Alicia.

—Iba a llamarle ahora mismo, Santos —me dice antes de que yo pueda hablar.

—¿Y eso? —pregunto intrigado.

—No se lo va a creer.

—Suéltalo de una vez —le exijo ya con palpitaciones en el pecho.

—Thor ha encontrado la furgoneta blanca que buscábamos —no dice nada más.

El silencio me hace pensar. Es lo que ella quiere. Me conoce demasiado bien. Entonces, lo veo como si mi cuerpo visionara una serie de imágenes sacadas de una película.

Furgoneta blanca.

Hombres rapados y musculosos.

Familia poderosa.

Chicos tatuados.

Símbolos de poder ancestral.

Asesinato.

Ritual.

Secuestro.

Cuerpo calcinado.

La cabaña del bosque.

Cada uno de los detalles se mezcla con el anterior formando un todo y, a la vez, se difumina para alejar las similitudes.

Se me está escapando el detalle más importante de todo y que no he tenido en cuenta desde el principio. Sí, lo tuve en mente, pero no le

di la importancia que merecía. Y, sin embargo, aquí estoy ahora. Como un necio que recuerda dos segundos tarde el levantar la tapa del váter para mear.

—¿Ha oído lo que le he dicho, Santos? —Alicia me hace regresar al presente.

—Sí —confirmo—. Dime cómo es posible que Thor dé aviso de la furgo si hace nada estaba calcinada.

—Y sigue estándolo. Sin embargo, dos detalles de nada la convierten en excepcional. —De nuevo un silencio que me golpea los oídos—. Uno, el modelo y la marca del vehículo es idéntico. Lo que le encantará es que comparten incluso la matrícula.

—¿Cómo dices?

—Lo que oye. Una podría estar en Andorra y la otra en Antequera, pero ambas serían la misma a efectos visuales y legales.

—¿Y a nombre de quién están?

—De nadie. Un nombre falso, con DNI falso y dirección inexistente. Aunque Thor ha logrado seguir la señal espejo, o algo así, que le ha llevado por todo el mundo hasta dar con una sociedad vinculada al consejo comarcal.

—¡No me jodas!

—Le jodo, Santos. Pero aún hay más. Thor la ha encontrado.

¡La madre que me parió!

Sé de sobra que Thor, el puto psicópata de los ordenadores, es un fuera de serie en lo suyo. Pero no llegué a imaginar tal proeza.

—Hace menos de cuarenta minutos que ha tomado el desvío de la N-260 y una cámara la ha registrado en la GI-511.

—Lo cual significa que…

No me deja terminar.

—Se dirigía al pantano.

La revelación no es del todo una sorpresa. Sí lo es lo que conlleva. Sea quien sea que esté detrás del caso, se está tomando muchas molestias para no dejar rastro.

—Alicia —digo tan calmado como puedo aparentar—, haga que pongan controles en todas las salidas de la autovía de inmediato y que vigilen todas las cámaras de los peajes en la AP-7 por si coincide la matrícula. Pero, ante todo, que nadie entre o salga de Aurora sin ser registrado.

—¿En Aurora? —Alicia pregunta—. ¿Cree que la furgoneta se dirige allí?

—Creo que hemos cometido un gran error, Alicia. Y puede que tengamos al culpable más cerca de lo que creemos. Haga lo que le pido. No hay tiempo que perder.

—Entendido, Santos. Me pongo a ello.

—Bien.

—Una cosa más —me dice—. ¿Para qué me ha llamado?

Tiene razón. Fui yo el que la llamé. Lo había olvidado por completo.

—Que manden una unidad forense junto a los de la científica que le pedí. He encontrado otro cadáver.

—¡Por Dios! —exclama—. ¿Otro del grupo? ¿Judith, Elisabeth o David?

—No, Alicia. No es ninguno de ellos.

73

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Orilla del pantano de Darnius, Alt Empordà.

Veo al hombre grande en la orilla del pantano.

Yo estoy escondido detrás de un roble muy grande. Los otros no me ocultarían. Soy muy grande también.

Parece una roca. Sus pantalones empapados. Está agachado tirando de algo que hay en el agua. ¿Qué será?

Me acerco un poco más intentando comportarme como lo haría un espía de las películas que miro.

Sigo dándole vueltas en mi cabeza al hecho de que no sé muy bien qué debo hacer. ¿Me abalanzo encima de él? ¿Le golpeo con el palo? Y un detalle del que ya me había olvidado: ¿Dónde está mamá? ¿Dónde está Judith? ¿Les habrá hecho algo el hombre grande?

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, el hombre se gira y mira bosque adentro. Doy un traspié y me acurruco.

No me ha visto. No me ha visto. Espero que no me haya visto.

El latido de mi corazón parece reverberar en el bosque. Si el hombre grande tiene buen oído, ¿podrá escucharlo? He dejado de respirar y siento las mejillas ardientes.

Asomo la cabeza con el miedo atenazándome el estómago, a punto de vomitar.

Alza un brazo y… ¡BANG!

Ha disparado la pistola.

¿Al bosque? ¿Para qué? Quizá había alguien…

El hombre baja el brazo.

Se ha girado otra vez.

Suspiro de alivio. Por lo menos yo estoy bien. Aunque…

Aunque hay otra cosa que me inquieta aún más.

Está agarrando lo que flota en el agua y, con un movimiento de culturista, se lo pone en los hombros.

Es cuando veo lo que es.

¡No!

¡No puede ser!
¡Es mamá!
Mamá es la cosa que flotaba en el agua del pantano.
Mamá es lo que arrastraba el hombre grande.
Mamá está…
No puedo y no quiero pensarlo.
Mamá está muerta.

74

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Orilla del pantano de Darnius, Alt Empordà.

Mis nervios están desatando el fuego en mi interior.

Necesito tomarme una de las pastillas naranjas que me recetó la doctora.

La cabeza me da vueltas. Imágenes borrosas. Dolorosas. Mamá está muerta. El hombre grande y malo la ha ahogado.

La lleva colgando en su hombro. Viene hacia mí. Y yo estoy hipnotizado con el movimiento de su cabello mojado. Se zarandea de un lado a otro. De un lado al otro. Igual que sus brazos. Igual que sus piernas. Veo que ha perdido un zapato.

Están a unos metros.

¿Qué hago?

¿Salgo de mi escondite y le salto encima?

Dudo de ser lo suficientemente fuerte para ganarle. Pero debo hacerlo. Por su culpa me he quedado solo.

A papá se lo llevaron. A mamá se la está llevando. Y a Judith también.

Estoy solo.

No valgo para nada.

Mis ojos sueltan ríos de lágrimas que imagino se evaporan de las mejillas. Me arden. Me quema el rostro y el pecho se me aplasta. Comprime mis pulmones. El aire me abrasa.

El hombre grande y malo está a unos pasos de mí.

No puedo moverme.

Ver a mamá de cerca me impresiona. Es un cuerpo. Su ropa mojada y pegada al cuerpo chorrea agua al suelo. No le veo la cara. Aunque sé que es ella.

Estoy anclado al suelo. La espalda y parte de mi pecho se han fundido con el árbol.

El hombre grande y malo está a un par de metros.

¿Salgo y le golpeo?

Sí. Debo hacerlo. Es ahora o nunca.

Mis músculos no reaccionan y el hombre grande y malo pasa de largo.

Se aleja.

Soy un cobarde. Soy un gallina.

75

NÚMERO OCULTO

—¡¿Dónde demonios estáis?! —grita la voz al otro lado.

El chico está temblando y la voz se le ahoga.

—Ha habido un imprevisto… Y… —se disculpa sin poder terminar ni encontrar las palabras que busca.

—Ni imprevistos ni leches —grita de nuevo—. ¡Quiero a la gacela enjaulada, ya!

El chico está tan asustado que solo puede asentir con la cabeza. No se da cuenta de que su voz está silenciada.

—¡Ah! Algo más. Si los imprevistos son la mujer y el retrasado de su hijo, te recuerdo que son prescindibles.

—Sí, señor —dice al fin—. No tiene de qué preocuparse. En estos momentos, su hombre se está encargando de ello.

—Más os vale, si no queréis acabar sacrificados. —Una risotada atraviesa el teléfono como un cuchillo afilado.

76

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Camino del bosque, Alt Empordà.

Me repito una y otra vez que soy valiente. Me digo que he de ser capaz de salvar a mamá y, luego, a Judith. Si no lo hago yo ¿quién lo hará? Están solas y en peligro.

El hombre grande y malo lleva a mamá por el camino que conduce a la cabaña. Ella se zarandea de un lado a otro y no sé si está viva o muerta.

Estoy a unos pasos de ellos. Ni muy cerca ni muy lejos. En mi mano, el palo que he recogido antes me da cierta seguridad.

Ahora veo la furgoneta blanca. Tiene el motor apagado. No hay movimiento en el interior. Tampoco podría verlo. Las ventanillas están oscurecidas, casi negras del todo.

Pensaba que el hombre malo iría hacia allí, pero va en dirección al Audi de mamá. ¿Qué quiere hacer?

Doy un rodeo volteando la cabaña. Me pego a la pared y saco la cabeza por la esquina.

El hombre está hurgando en los pantalones de mamá. Saca algo de su bolsillo, apunta al coche y los intermitentes del Audi se encienden en el guiño sonoro. «Claro, la llave se habrá estropeado al estar en el agua», pienso. «¡Qué te jodan!».

Tira la llave al suelo con rabia. Luego, tira del portón con su gran mano. Se abre. Mamá debió de olvidarse de cerrarlo.

Va a meter a mamá en el maletero.

Pensaba que nos quería secuestrar y llevarnos con la furgoneta.

La puerta lateral de la furgoneta se abre, y David, el chico delgado, se baja.

—¿Se puede saber por qué tardabas tanto? —pregunta.

—Corren como liebres —gruñe. Luego añade—: Y a ti no tengo que darte explicación alguna, ¿entiendes mocoso? Si estoy aquí es porque tú no has sido capaz de hacer tu cometido.

—Tranquilo, gorila. Solo te transmito la inquietud del jefe.

Se pone tenso.

—Tú ya tienes a la gacela, ¿no? —Hace un movimiento con la cabeza—. Vete a entregar el trofeo.

—¿Y qué harás tú?

—No dejar cabos sueltos. Ya que tú no fuiste capaz de hacerlo de buenas a primeras.

—No fue culpa mía que ese retrasado entrometido…

—¡Déjate de hostias! Un crío con biberón de oro, eso es lo que eres. Deja la garrafa y lárgate de una vez.

—Como quieras. —David deja una garrafa en el suelo y cierra la puerta. Arranca el motor y se va.

—Maldito niñato —reniega el hombre malo—, ¿acaso piensa que sin él no puedo moverme?

Es el momento que esperaba.

La furgoneta se pierde de vista tras los árboles, y el hombre se ha quedado mirando como si quisiera asegurarse de que lo pierde de vista.

No se da cuenta de que me acerco a él.

¿Saldrá bien? ¿Lo haré bien?

El hombre malo se gira, y yo, que he cargado toda mi fuerza en el brazo, le planto el tronco en toda la cara.

Su rostro se contrae en ondas. Su cabeza se echa atrás en contradirección. Incluso me parece que le ha saltado un diente.

Mamá, que hasta ese momento estaba en sus hombros, se precipita al interior del maletero. Parece una muñeca de peluche. ¿Se ha hecho daño? Seguro que sí, pero no tengo tiempo que perder.

En cuanto el hombre está en el suelo, me lanzo encima de él y voy golpeando con el tronco. Arriba y abajo. Crujido y quejido.

Mi respiración pierde el control. Igual que mi latido. Soy una locomotora sin frenos.

Arriba y abajo.

Crujido y quejido.

77

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Orilla del pantano Darnius, Alt Empordà.

Arma de fuego. Herida limpia. El orificio de entrada está situado a la altura del pecho, justo en el corazón, y la salida por la espalda.

Supongo que el hombre estaría en el lugar menos indicado y vio lo que no debía. Descarto al instante un accidente. Cada año hay en época de caza; el novato que se dispara en un pie, el nervioso que dispara antes de tiempo o un enfado que se materializa con un tiro en una pierna.

Esto es diferente. Y más sin haberme cruzado con Olivia y Justin.

El hombre me observa con sus ojos desdibujados en una mueca de asombro, y su rostro ya se torna ceniciento. Evito tocar nada, pero el ligero vaivén de sus extremidades al compás del agua me dice que no presenta *rigor mortis*. Y eso significa que su asesino no anda lejos.

Un hedor a plástico quemado me asalta de golpe.

Me levanto y las rodillas se quejan con un dolor agudo punzante.

Doy una gran bocanada de aire y trago saliva. Ni que fuera a calmarme. La sensación de que voy un paso por detrás me saca de quicio.

Desando el camino. Acelero a cada paso. La pendiente suave me ayuda a tomar impulso. No llega a ser una carrera, aunque poco le falta.

Los árboles aparecen como moscas atraídas por la miel. Los setos y zarzas me hacen la zancadilla. ¿Lo estaré imaginando? La falta de sueño me pasa factura.

El olor es cada vez más intenso, menos agradable. Una mezcla de tóxicos que no sé definir.

Antes de lograr liberarme de la vegetación ya veo las llamas. Enormes lenguas anaranjadas se elevan en columnas ardientes y danzarinas.

Un paso más y estoy en el claro.

Una nube negra sube directa al cielo. El Audi está irreconocible.

Nadie sería capaz de distinguir la marca.

Ahora no me queda la menor duda de que alguien me estaba observando cuando llegué a la propiedad de los Fonseca.

¿Quién? No tengo ni idea.

¿Por qué ha incendiado el coche? Se me ocurre una respuesta, aunque no podré estar seguro hasta que finalice el incendio.

78

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Vuelvo a respirar cuando el pecho del hombre malo no se mueve. No es que no respirase en sí, más bien es que no me daba cuenta de que lo hacía.

Me ha vuelto a suceder.

He perdido el control.

Papá y mamá discutían mucho por ello. A mí no me lo decían, pero los escuchaba a través de la pared. Se disgustaban. Y yo me entristecía.

Mi padre decía: «No es malo, pero algo toma el control. Y eso es peligroso». Y tenía razón. Es como si alguien me dominara. Como si yo fuese un luchador de *Mortal Kombat* o *Street Figther*, y alguien le diera a los botones.

Suelto el tronco que aún tenía en la mano.

Era cuestión de elegir: el hombre malo o mamá. Y elegí a mi madre.

¡Mamá!

Me levanto para mirar en el maletero si ella está bien, cuando oigo un ruido carretera abajo. Es el motor de un coche.

¡Mierda!

Seguro que es David. Habrá regresado a recoger al hombre malo. Pero… ¿qué debo hacer? En nada se dará cuenta de lo que he hecho. Y no podré librarme.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

No dejo de repetirme en mi cabeza. O quizá lo hago en voz alta. No lo sé. No estoy seguro de nada. No debería sucederme esto a mí. Soy un chico bueno. Y a los chicos buenos no pueden ocurrirle cosas malas.

Me tumbo en el suelo y aprieto al hombre malo.

Pesa mucho. Y está resbaladizo. Por suerte para mí, yo también soy grandote, no gordo. Lo empujo con todas mis fuerzas hacia debajo del

coche. Luego, amontono la hojarasca del suelo encima de la sangre.

¿Cuánto rato ha pasado?

Levanto la cabeza y todavía no veo la furgoneta blanca de David. Dudo si la habré imaginado. No, no la veo, pero oigo su motor más fuerte. Más cerca.

Miro al suelo y escampo con los pies lo que puedo. A simple vista no se ve nada raro.

Me levanto y me centro en el maletero. Me da miedo mirar. He de ser valiente. Si David me ve, será el fin.

Asomo la cabeza y veo a mamá tumbada. No se mueve. No sé si respira. No sé si me oye.

—Mamá —le susurro—. ¿Estás bien? Tenemos que irnos.

Paso un brazo por debajo de su espalda y otro por las piernas. La levanto y me la acurruco en el pecho. Su cabeza ha caído hacia mí. Bajo la mejilla y friego con la suya.

—Todo irá bien, mamá. Ya verás como saldremos de esta.

Doy un golpe al portón del maletero y este se cierra con un chasquido demasiado fuerte. Me da la impresión de que el hombre malo se ha despertado y de un momento a otro, va a cogerme de las piernas.

No lo hace.

Salgo corriendo hacia la cabaña. No al interior. A la parte trasera.

Me detengo. No puedo irme. Me asomo y veo que el hombre malo, aun estando debajo del coche, se ve con total claridad. David lo verá y sabrá que he sido yo. Me cazará.

Dejo a mamá con suavidad en el suelo, apoyándole la espalda y con cuidado de que su cabeza no se golpee.

Corro hasta nuestro Audi rojo y me dejo caer de rodillas al suelo. Le agarro de los pantalones y un brazo, y tiro con todas mis fuerzas.

Parece que pesa incluso más.

Cuando logro sacarlo de debajo, abro el maletero. No puedo cogerlo como a mamá. Él es mucho más grande. Y pesado. Pruebo a alzarlo usando mis brazos por debajo de sus axilas. Funciona. Cuesta, pero logro que su cabeza, luego, el torso, caigan al maletero. Al instante, me arrodillo y le agarro las piernas. Otro fuerte tirón hacia arriba y cae al interior.

Suspiro.

Parece que ha crecido aquí dentro. Se ve enorme.

Cierro de nuevo y me llevo la garrafa a la cabaña, a la parte trasera donde está mi madre.

Justo a tiempo. En cuanto doblo la esquina, el rugido del motor se ha adueñado del claro.

¿Qué hago?

Es difícil decidir cuando me cuesta incluso pensar.

Apoyo la espalda en la pared de la cabaña.

¿Debo asegurarme de que es David? ¿O mejor me marcho sin mirar atrás?

La curiosidad gana.

Un ojo. Es lo que necesito para ver que no es la furgoneta blanca. Y, por deducción, no es David. Es otro hombre con otro coche.

Mis latidos aumentan de velocidad.

¿Quién será?

Se detiene y apaga el motor. Sale del vehículo y su cara me es familiar. No sé hasta qué punto, pero su cara me suena.

Da unos pasos hacia la cabaña mirando alrededor. Se fija en el Audi, aunque no le da mucha importancia. Parece centrado en la entrada principal.

Entonces, me doy cuenta de que el bulto de su cintura es una pistola. La saca de la funda.

¡No! Ya lo recuerdo. Este hombre vino a casa el día del accidente de papá. Es policía. Y fue él quien nos dio la noticia.

Mamá quería que llamase a la policía y él lo es. ¿Lo llamo? ¿Le cuento lo que ha sucedido?

No.

Me pongo a mamá sobre el hombro derecho y me dirijo al bosque.

No es que me dé miedo. Al principio me cayó mal, aunque llegué a entender que era su trabajo. También lo sería encontrar a quien lo hizo. Eso me deja un sentimiento de dolor, de impotencia, como dice la doctora. Que no es lo mismo que el miedo.

Me parece un tipo simpático. Vamos, del tipo de persona que te puedes fiar. Pero no puede saber lo que ha sucedido aquí. No lo entendería. Ni mamá lo entiende.

Así que corro.

Y cuando estoy lo bastante lejos, me dejo caer al suelo.

Dejaré que pase el tiempo. No sé qué más puedo hacer para no empeorar nuestra situación.

Pasa el rato y sigo pensando en qué hacer. Recuerdo haber visto en esa serie de Netflix que la policía podía encontrar a una persona con solo las huellas o un pelo.

He dejado las mías en el coche, en el hombre malo y seguro que se me ha caído algún cabello. O a mamá. Nos encontrarán. Pues claro que lo harán. Está en el maletero de nuestro coche.

«Solo hay una manera de que no queden restos biológicos que te delaten», era la frase del detective forense de la serie. «Quemarlo todo».

Eso es.

Miro a mamá. Sigue durmiendo.

Regreso a la cabaña y recojo la garrafa de gasolina con la que

querían hacernos daño. La abro. El fuerte olor que sale de dentro me hace arrugar la nariz.

No importa.

Abro el maletero y vacío la mitad. Lo cierro otra vez y termino de echar el resto por el interior y encima de nuestro Audi rojo. Acabo echando la garrafa en el asiento trasero.

Me da un poco de pena. Bueno, mucha. Sin embargo, es eso o que nos descubran.

Entro en la cabaña y abro el primer cajón de la cocina. Cojo la caja de cerillas. Vuelvo afuera. Enciendo una y la dejo caer encima del capó.

Prende rápido. El calor me quema las pestañas.

Tiro la caja entera al coche y me voy con mamá sin perder un segundo. No vaya a ser que explote como en las pelis y me haga pedazos.

79

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
¿Camino al cielo?

Tengo la cabeza embotada. Un ligero vaivén me trae el fresco aroma de las flores. ¿Estaré soñando? No. ¿Estoy muerta? Recuerdo vagamente el agua del pantano envolviéndome por completo, el pinchazo en mi piel y la caída al fondo.

Si esto es la muerte, no se asemeja para nada a lo que había imaginado encontrar. ¿Dónde está la luz? El túnel, los prados verdes y flores multicolor, las frutas en cada árbol y la múltiple bonanza ambiental. La gente vestida de blanco y la amabilidad como ley.

El dolor en mis costillas me devuelve a un infierno que no me agrada.

¿Dónde estoy?

¿En serio puede ser esto el infierno?

Mis párpados pesan y se niegan a hacerme caso. Intento sentir. Mi tacto está entumecido. El olor floral y almizclado. Quizá un perfume demasiado fuerte. El oído me trae sonidos extraños; crujidos, lamentos, un chisporroteo parecido a aceite hirviendo.

De pronto, el movimiento se detiene.

¿Qué ocurre?

¿Son voces? ¿Quizá palabras?

Siento el timbre grave temblándome en la tripa, en el pecho, en la cabeza. Es como si la voz saliese de mí sin usar la boca. Como si mi ombligo hablara.

No es posible.

Estoy delirando.

La otra voz, sin embargo, viene de lejos. De otro mundo. Y me es familiar. No percibo, ni concibo, de qué manera lo es, pero me da cierta seguridad, cierto bienestar.

Entonces, algo me arranca de mi posición y me zambulle en el aire. Estoy volando. No lo veo. Lo siento. El viento me abraza y me sacude, me lleva con él.

No sé cuánto dura ese placer, solo que desaparece de golpe. Mi cuerpo impacta contra algo que ha opuesto resistencia, terminando así con el breve placer. Me sacude como un terremoto recorriendo cada parte de mi cuerpo adormilado.

Y por más que intento abrir los ojos y ser consciente de lo que ocurre a mi alrededor, no puedo. La oscuridad es demasiado fuerte y poderosa.

Gana la batalla.

80

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019.
Lugar desconocido.

Tengo la cabeza embotada y la mente confusa. Siento el cuerpo pesado y los brazos y piernas entumecidos. ¿Acaso he vuelto al viernes noche? ¿O es una pesadilla?

«¿Hola?».

La pregunta no sale de mi boca demasiado reseca. Lo ha dicho mi cabeza. Me cuesta discernir si estoy durmiendo aún y seré devorada por un monstruo de un momento a otro.

«¡Despierta!».

La orden no surge efecto. Es un eco más que ocupa algún lugar dentro de mi cabeza.

A pesar de mis esfuerzos no logro abrir los ojos. Es como si algo muy pesado los obligara a cerrarse.

Con esfuerzo, y pasado un rato, logro entreabrirlos un poco. Lo justo para ver unas cuadrículas luminosas, mitad luz mitad textura. Cedo al peso y los cierro de nuevo. ¿Qué tengo en los ojos?

He de centrarme.

Primero acompaso la respiración a un ritmo más lento y agradable. Poco a poco voy recuperando cierta consciencia.

Tengo las manos atadas a la espalda. Los pies también. Y me duele el culo. Estoy sentada en algo duro. No hay corriente de aire ni se oye el canto de los pájaros.

Vuelvo a abrir los ojos y la textura cuadriculada toma su forma verdadera; una capucha o un saco que me cubre la cabeza. Estoy convencida.

Hago fuerza. Pero es inútil. Quien me ha sujetado lo ha hecho muy bien. No logro moverme ni un centímetro.

Mis oídos dejan de escuchar mis latidos cuando un golpe se lleva toda la atención.

Son pasos. No muy lejos. Quizá en otra habitación. Se detiene. Una resonancia larga y quejumbrosa. Después, un portazo y, de nuevo, más

pasos.

Se dirigen hacia mí.

Lo sé y siento la subida de adrenalina en mis venas. Mi agudeza visual me permite vislumbrar una silueta frente a mí, que crece a medida que se acerca.

—Bueno, bueno —dice la silueta que, al fin, sé quién es—. ¿Cómo estás, Judith?

¿Cómo se atreve a preguntármelo?

—Hijo de la gran puta.

Se ríe.

La rabia crece en mí.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando, David? —le pregunto. O quizá le exijo. No controlo aún mi timbre de voz.

—Tiene gracia que me lo preguntes a mí, Jud. Sobre todo, cuando fuiste tú quien lo empezó.

—No me llames Jud.

—Huy, perdón. —Hace un chasquido con la lengua—. ¿Ya no somos amigos?

—No. ¡Suéltame!

—¿Y para qué debería hacerlo?

—Para tomar una buena elección, por ejemplo. O para que hablemos de qué demonios está sucediendo aquí.

Una carcajada.

—Comprendo que estés confundida ahora mismo, pero, por lo demás, fuiste tú quien quiso jugárselo todo. Yo… solo he tomado un camino diferente.

—Nunca es tarde, David. —Intento ganarme su interés y confianza —. Puedes cambiar y nadie tiene por qué enterarse.

—Te equivocas. Ya es tarde para echarse atrás.

—No, David. No es tarde.

—Sí, lo es. —Se queda callado. No es bueno. Sé que podría estar pensándolo, pero mi intuición me dice que no es eso lo que está sucediendo.

Forcejeo con las muñecas intentando que se aflojen las cuerdas.

—No debiste implicar a ese gigante y a su madre en nuestro plan.

—Lo sé, pero no lo elegí así.

—Falló desde el principio, y no por ello puedo hacer como si nada.

—Sí, David —insisto—. No es tarde para arreglarlo.

—Judith, por favor. —Arrastra la voz como si estuviera muy cansado—. Es demasiado tarde para todos.

¿Para todos? ¿Quiénes son todos?

—¿Dónde están Justin y su madre? —pregunto nuevamente de los nervios—. Como les hayas hecho algo te…

—¿Qué, Judith? —me corta—. ¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme?

¿Comprarlos con tu dinero?

No puedo responder. Si algo les ha sucedido, no podré perdonármelo.

—Te he preguntado dónde están, David.

Un silencio gélido congela la estancia.

—Muertos.

El hielo se instala en mi corazón.

No puede ser. No puede ser. Ellos no…

—No nos has dejado más remedio, Judith. Los cabos sueltos son peligrosos.

—¿Cabos sueltos? ¡Maldito cabrón! Son los únicos inocentes en toda esta mierda.

—Eran —me corrige—. Y toda esta mierda empezó por ti. No lo olvides.

—Yo no quería que los matarais. Yo no quería que…

—Haberlo pensado antes.

—Y tú, David. Dime, ¿qué ganas con todo esto?

—¡Por Dios! —exagera con falsedad—. Es cierto que aún no lo has deducido. Tampoco es que seas muy inteligente, ¿verdad?

—Está claro que no lo suficiente.

—En esta vida, tienes que tomar las mejores decisiones, Judith. Y tener contacto con los que mueven los hilos. Aquellas personas que te lleven al éxito. No por simple buen corazón. ¿Comprendes?

—¿Así que lo haces por dinero?

—Algo así.

—¿Cuánto, David? Dime qué precio tiene tu lealtad, tu amistad…

—Tendré un lugar al lado de la persona más importante del país. ¿Lo oyes? Y solo por entregarte a ti.

—Puedo pagarte lo que me pidas —le imploro—. No es tarde para la redención.

Un portazo retumba en la sala y hace que me gire hacia el lugar a pesar de que no puedo ver nada.

—Lo siento mucho, Judith. Ha habido muchos cambios, pero, para ti —susurra para decírmelo muy bajito al oído—, ya es demasiado tarde.

81

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Bosque de Darnius, Alt Empordà.

Mis ojos se van abriendo y puedo sentir que estoy apretada a algo con mucha fuerza. Toso y la presión baja.

—¿Mamá?

Es mi niño. Es Justin. O quizá una ilusión para mantenerme viva. ¿Acaso lo estoy?

—Mamá. —De nuevo su voz—. ¿Estás bien?

Abro los ojos y mi visión borrosa se aclara lo justo para dejarme ver a mi niño. Mi hombretón.

—Justin —logro susurrar.

—Hola, mamá. —Vuelve a abrazarme con demasiada fuerza.

—Donde… ¿Dónde estamos?

—En el bosque de la cabaña.

Es pronunciarlo y mi mente me sacude con imágenes grotescas: Judith atada a nuestra cama, Justin corriendo en el bosque, un hombre que nos sigue, yo nadando, yo hundiéndome…

—¿Dónde está el hombre?

Su cara se ensombrece y sus ojos se llenan de lágrimas.

—He tenido que matarle, mamá.

Se calla. Yo también me callo.

Hace una semana, esta me hubiera parecido la peor de las frases. Pero no hoy. Me alegro de que lo haya hecho.

—No quería hacerlo…

—Está bien, Justin. De esto ya hablaremos más tarde. —Me incorporo con la ayuda de sus fuertes brazos—. Y Judith, ¿dónde está?

—Se la ha llevado David en un furgón blanco. —Sí, la recuerdo llegando a la cabaña y a él bajándose de ella. Y su frase: «Puedes matarlos a los dos».

—Y por eso estamos aquí escondidos —digo. Aún sin entender cómo es posible que hayamos llegado a esta situación.

—No. El hombre malo te hizo algo y yo pensé que te había matado.

—Cierto, recuerdo el fuerte pinchazo y el desvanecimiento que me sobrevino después—. Luego, me puse muy nervioso y enfadado con él. Pensaba que te había matado y quería deshacerse de ti. Y de mí, también. Lo supe cuando vi que disparó al anciano de los pájaros. No sabía que era él entonces.

El anciano, Eduardo Nitral, un señor amable que cumplía el sueño de su vida. «Un retiro en el pantano», decía. Una gran persona que solo pretendía descansar de una vida trabajando.

—Después te cargó en hombros y te quería llevar a algún sitio, pero me eché encima de él y le golpeé hasta que dejó de moverse.

Me aterra pensar en Justin de este modo. No quiero ni imaginarlo matando a alguien. Es tan bueno…

—Luego llegó el hombre de las malas noticias y me escondí.

—¿El hombre de las malas noticias?

—Sí, mamá. Al principio no lo reconocí. Pensé que era un hombre malo como el que nos persiguió. Pero, luego, lo recordé de cuando papá tuvo el accidente y vino a casa a contárnoslo.

«El hombre de las malas noticias».

Claro. Es el inspector que nos informó cuando murió Rafael. El mismo que estaba investigando la desaparición de Judith y me asustó con sus preguntas ayer por la mañana.

—¿Y dónde está ahora ese hombre, cariño?

Temo la respuesta.

—No lo sé. Yo me escondí y él supongo que entró en la cabaña.

—¿Así que no lo has visto más?

—No. Pero sí olí algo muy extraño.

Espero que siga relatando con cierta esperanza.

—Al rato, me pareció como cuando quemamos aquellos neumáticos en la entrada de Aurora para quejarnos y evitar que construyeran la autovía por la zona natural. ¿Lo recuerdas?

Por supuesto que lo recuerdo. Hubo un gran revuelo y la prensa nos hizo un hueco a nivel nacional.

Me pongo en pie. Una mano en el árbol. La otra entre los brazos de Justin.

—¿Estás bien?

—Un poco mareada. Nada más.

—No deberías moverte. Siéntate.

—No, Justin. Debemos regresar a la cabaña.

—No podemos, mamá. Quizá esté el hombre aún.

—Es lo que espero, cariño. —Le aguanto la mirada a los enrojecidos ojos—. Es el único que puede ayudarnos.

82

LA VOZ DE AURORA

UN DISPOSITIVO FUERA DE LO COMÚN

La policía local, junto con efectivos del Estado, está, en estos momentos, dando forma a un dispositivo jamás visto en nuestras calles.

Las entradas y salidas de Aurora están siendo custodiadas y no permiten el paso de nadie sin identificar ni registrar.

Según hemos podido confirmar, incluso en la autovía y autopista se está haciendo un seguimiento de los automóviles y sus ocupantes, con un mayor esfuerzo en los pasos fronterizos con Francia y Andorra.

Así pues, la búsqueda de Judith Pellicer sigue en el ojo del huracán y por más que se pensara en una posible huida, con el paso de las horas toma más fuerza un suceso violento o, incluso, el secuestro y posterior ocultación en nuestra tierra.

La policía se mantiene en silencio, al igual que la familia Pellicer, que no quiere hacer declaraciones al respecto.

Sin embargo, según fuentes cercanas al círculo amistoso de la joven, se tiene la certeza de que pronto sabremos qué le ocurrió a Judith Pellicer.

83

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Cabaña de los Fonseca, Alt Empordà.

Es curioso pensar en la forma que se suceden las cosas. Qué habría pasado si en lugar de una decisión hubiésemos tomado otra. Si en lugar de coger el coche hubiésemos ido andando a comprar. O vas a dar un paseo en lugar de al cine.

Cuando ocurre algo que escapa a nuestra comprensión, enseguida pensamos en ello como algo que podíamos haber evitado.

Ahora me ocurre a mí.

El coche arde con furia cuando hace apenas unos minutos todo era normal. ¿Debí haber registrado la cabaña? Está claro que había alguien más siguiéndome de cerca.

Mientras me devano los sesos, más inútil lo veo.

Una rama se rompe en la linde del bosque. Mi cuerpo se pone en guardia al instante. Saco la pistola de la funda y apunto a la vegetación mientras me cubro.

Al principio, me da la sensación de que es un oso. Luego, enseguida veo que es un chico joven, altísimo y grueso. Y, a su lado, una figura más menuda que reconozco; Olivia.

—No dispare, por favor —dice ella con los brazos en alto—. Soy Olivia Dernal, la viuda de Rafael Fonseca, y él es mi hijo Justin.

El chico, Justin, tiene las manos, los brazos, el pecho e, incluso, el rostro manchado de carmesí. Sangre.

—¡Quietos! ¡No se muevan!

Se detienen.

—No llevamos ningún arma, inspector. —Parece que se tambalea. Su rostro soñoliento parece haberse levantado de una larga siesta.

—¿Qué hacen aquí? Y, ¿qué ha ocurrido?

—Yo se lo contaré todo. —Es Justin quien me lo dice. Su tono es sincero, ¿puedo fiarme?

—Es verdad, inspector —añade Olivia.

—¿Tan verdad como lo que me contó el día que hablamos?

Baja la mirada.

—¿Tan verdad como que no tienen nada que ver con la desaparición de Judith?

Levanta el rostro y me mira fijamente a los ojos.

—Tan verdad como que todo lo que he hecho ha sido para proteger a mi hijo, inspector.

—¿Dónde está Judith, Olivia?

—No lo sé.

—¡Mentira!

—No. No miento.

—Es verdad —se entromete Justin—. Ella no sabe nada.

—¿Y tú sí?

—Sí —afirma.

—Entonces, dímelo, Justin.

—Se lo diré si nos lleva.

—¿Adónde quieres que os lleve, Justin?

—Ejem. Yo solo quiero ayudar a Judith. Siempre he querido ayudarla. Y, ahora, no será menos.

—No espero que comprendas que no me fíe de ti, ¿verdad, Justin?

—Yo no soy malo, señor. Soy un buen chico que, a veces, pierde el control. Solo eso.

—¿Y lo perdiste con Judith?

—No. Con ella estoy muy a gusto. No necesito la pastilla naranja cuando ella está conmigo. Pero, en este momento, la tiene el demonio. Judith está en peligro.

—Dime todo lo que sepas, Justin. ¡Venga!

—Se lo diré en el coche mientras vamos a por ella

—De usted depende que viva o muera —Olivia añade.

Maldita conciencia.

No quiero que este momento se convierta en uno de esos de los que después te arrepientes de haber tomado la decisión incorrecta. Pero ¿cuál es la buena?

«Que viva o muera».

Eso ha dicho. Una frase que lleva implícita una certeza; que sigue viviendo. Y ahora depende de mí creerlo o no. Que muera o no.

¡Maldita conciencia!

84

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Lugar desconocido.

Es una voz cavernosa la que se oye tras el portazo y el eterno silencio.

—¡Nos has hecho perder mucho tiempo!

No lo reconozco. Bueno, doy por hecho que se trata de un hombre, aunque podría ser cualquiera. Incluso una mujer. Usa un aparato para distorsionar la voz. Alguna vez lo había usado con Eli para gastarle una broma a algún compañero de clase. Era divertido. Ahora no lo es.

—Discúlpenos. —David tiembla al hablar—. Fue algo que escapó a nuestro control.

—Excusas. —Zanja la voz—. Nadie bajo mi cargo puede cometer este tipo de errores.

Su forma de hablar con David… Superioridad, condescendencia… Me es familiar.

—Y la serpiente, ¿dónde está?

¿También están buscando a una serpiente? ¿Quién será?

—De camino, señor. La pudimos interceptar antes de que los guardas del zoo le pusieran vigilancia y…

—Aunque no a tiempo para cortarle la lengua viperina.

—Fue más rápida.

—Estos son el tipo de errores que no permito, ni consiento, a ninguno de mis perros.

«Mis perros».

Una expresión que he escuchado y no sé situar. Piensa, Judith, piensa.

—Es… —El golpe de la puerta corta la excusa de David y reverbera en la estancia.

Debe tratarse de un lugar amplio. El eco de los golpes, las voces y los ruidos se expanden y regresan una y otra vez.

Si por lo menos me quitaran el saco de la cabeza, podría hacerme a la idea mental de cómo escapar. Pero salir corriendo a ciegas… De momento, sigo forcejeando con las cuerdas lacerándome las muñecas.

No estoy segura de si serán imaginaciones mías o esperanzas inútiles, pero parece que han cedido algún milímetro.

—¡Querido, Dóberman! —No soy capaz de ver la silueta del hombre de voz tenebrosa, pero, por la expresión, lo imagino recibiendo a su secuaz con los brazos abiertos—. Dime que tú sí has hecho el trabajo sin contratiempos.

—La serpiente no volverá a morder de nuevo, señor. —Tiene un acento extranjero. Del norte de Europa.

—Muy bien, cachorro. —Casi es como si lo premiara con una galletita—. Ponla en el trono. Y haz el favor de llamarla por su nombre. Ya estamos en familia.

—Okey, señor.

Oigo el sonido de Dóberman cumpliendo las órdenes de la voz. Mi cabeza se encarga de dar forma a las escenas que no puedo ver.

—Despierta a Elisabeth —ordena la voz.

Me giro hacia ella. Por suerte, no pueden ver mi cara de asombro. De pánico. Ojos y boca muy abiertos y sin fuerza para respirar.

«Elisabeth».

¿Es la serpiente?

¿Qué tiene que ver ella?

¿Para qué la han secuestrado?

85

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Camino al antiguo pabellón, Aurora.

—¡¿Me has entendido?! —le grito a Alicia sin darle tiempo a reaccionar—. Quiero a todas las unidades en el antiguo pabellón del área de Los Desamparados.

—¡Entendido, inspector! ¿Ha encontrado a Olivia y a su hijo Justin?

—Están conmigo. Nos vemos en nada. —Y corto.

Madre e hijo están sentados en los asientos traseros del coche. No están atados ni detenidos. Me da que no son una amenaza real. Aunque si el chico pierde los nervios… podría retorcerme el cuello casi con su mente. Me da igual.

Desde el principio el caso me pareció raro de cojones, y ellos han confirmado mi intuición.

—Habíamos planeado la partida de Judith —dijo Justin.

—¿A qué te refieres, chico?

—Judith quería escapar de su padre, inspector — dijo—. Yo solo pretendía ayudarla.

—¿Qué teníais pensado, Justin?

—Ella iba a desaparecer unos días para que todos pensaran que la habían secuestrado.

Miré el rostro de la madre por el retrovisor. Parecía sorprendida por las palabras de su hijo. A mí no tanto. Elisabeth ya me contó algo similar. El relato coincide.

—Y tú la ayudarías escondiéndola en casa con tu madre, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No. Mamá no sabía nada de estos planes. —Se rio.

—Es verdad —añadió Olivia—. No tenía ni idea.

—Entonces, ¿por qué la habéis ocultado, Olivia? —Fijo mis ojos en los suyos.

Ella hizo que no con la cabeza.

—Estaba en la cabaña, ¿no?

—Yo, yo… —tartamudeó—. Solo pretendía que Justin no sufriera. El… llegó a casa manchado y pensé que… Y luego vi que…

—¿Estabas en el descampado con ella el viernes noche, Justin?

—Sí, pero el chico con cara de rata le quería hacer daño y yo la ayudé. Las cosas no tenían que salir como salieron, ¿sabe? Había alguien más vigilándola.

Ahora, por suerte o sin querer, fue cuando Justin escuchó que iban a llevar a Judith al pabellón.

¿Qué me encontraría allí?

Solo Dios lo sabe.

Tras unos minutos en coche, que se me hacen eternos, entramos en Aurora. Me salto el control policial, los semáforos en rojo, los *stop*, los pasos de peatones…

Llego a la zona de Los Desamparados y el viejo pabellón se muestra ante mí.

Su desuso es más que evidente, está deteriorado, ruinoso. Sus paredes amenazan con un derrumbe como unas piernas artríticas que ya no pueden con el cuerpo de su dueño.

—No salgan del coche bajo ningún concepto, ¿entendido? —les digo a Olivia y Justin.

Los refuerzos aún no han llegado, pero no puedo perder ni un minuto más. Si lo que me ha contado Justin es cierto, alguien más poderoso e intocable, como el mismísimo rey, está detrás de toda esta mierda.

Cierro la puerta del coche y compruebo el cargador de mi pistola. Oteo alrededor. Todo está en silencio. Siento grima. Es como la calma que precede a la tormenta.

Salgo corriendo y me meto en lo que fue una puerta de emergencia. Ahora es una abertura oscura y tétrica como la garganta de una bestia.

86

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

Gemidos. Quejidos. Dolor.

Eli se despierta. Le falta el aliento y jadea como un animalillo herido.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —pregunta.

La voz misteriosa es quien responde.

—Tienes mucho valor, Elisabeth. Te has enfrentado a mí como una verdadera perra. Y eso es algo que admiro y respeto.

—Yo no… —Jadea—. Yo no he hecho nada. No sé de qué me está hablando.

—Sí lo sabes —afirma David.

—¿David? —Se sorprende—. ¿Qué haces tú aquí?

—Cumplir mi parte del trato, Eli.

—Con retardo. —Golpea la voz siniestra—. Y con ayuda.

—Lo siento mucho, señor —se disculpa.

—Vamos al grano que no tengo todo el día. Dóber, es hora de poner las cosas en su sitio.

Siento cómo me agarra la capucha y me la saca de un tirón. Punzadas como cuchillos en mi cuero cabelludo. Me ha arrancado cabellos.

Por un instante, me siento abrumada y deslumbrada.

El lugar es oscuro y tétrico, con escombros y runa por todos lados. El suelo es una antigua pista de básquet que aún conserva alguna de las líneas del suelo.

Yo estoy en el centro, en el círculo.

Por delante, dos focos enormes me deslumbran. Es de donde provenía la voz siniestra. Entrecierro los ojos. Ni esto me sirve para siquiera ver su silueta.

A la izquierda, sentada y atada a una silla metálica, está Elisabeth, mi Eli. Me mira con el rostro demacrado. Moretones y sangre, un ojo hinchado que no puede abrir. ¿Qué le han hecho? Y, ¿por qué?

A mi lado, un hombre rapado, que parece un matón de película de acción, me mira con ojos impasibles. Azules. Fríos. Sádicos. Su cuerpo es músculo puro. Sus brazos son más anchos que mis piernas y, me da la sensación, de que su cabeza no reposa sobre un cuello y hombros, más bien lo hace sobre una coraza de acero.

—Bienvenida, Judith.

La voz siniestra. Vuelvo a intentar ver en la oscuridad tras los focos. No lo logro.

—¿Quién eres?

No hay respuesta.

—Y, ¿qué quieres?

Tampoco responde.

En su lugar, recibo una cachetada del gorila de película.

—Tú no hablar sin permiso, niña. ¿Entiendes?

Entiendo el calambre que me recorre la mandíbula, la nariz, se mete en mi cerebro y luego baja por el cuello. Puedo imaginar cómo se me rompen los huesos. Quizá un diente también. Un sabor metálico me llena la boca. Escupo. Un hilo de sangre me cuelga y resbala por el mentón.

—Déjala, Dóber —ordena la voz—. Me gusta ver esa parte agresiva en ella.

—Suelta a Eli, hijo de puta —ataco de nuevo. Total, ¿qué tengo que perder?—. Ella no tiene nada que ver.

Una carcajada retumba en la pista.

—¿Acaso sabes por qué estamos aquí, Judith?

—Obvio —provoco—. Me has secuestrado para chantajear a mi padre y para obtener una buena suma de dinero por mi rescate.

Un nuevo carcajeo estremece mi estómago. Ahora con más fuerza.

—Eso no es del todo cierto —dice con la risa en su timbre—. Verás, Judith. Sí íbamos a secuestrarte y pedir un rescate por ti, pero he cambiado de opinión. Los acontecimientos lo exigen.

—¿Y qué juego tienes pensado, maldito cabrón?

—Ya no necesito que estés viva para cumplir mi objetivo.

Me petrifico.

87

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

Justin estaba en lo cierto y Judith está aquí.

He entrado por la puerta de emergencia y me he dirigido a la zona de gradas.

El edificio es, prácticamente, una ruina. Eso me sirve para camuflarme. Veo que David Torres está a un lado, Elisabeth y Judith maniatadas en sillas frente a él. Al lado de Judith hay un hombre enorme, y, frente a ellas, dos focos que las iluminan. Detrás de estos, hay alguien más que no logro ver.

Están hablando.

Me acerco con sigilo. Debo entender qué dicen. Y conseguir una buena posición por si puedo disparar.

Una carcajada retumba en la pista y me pone los pelos de punta.

—¿Acaso sabes por qué estamos aquí, Judith? —Logro escuchar al hombre que hay detrás de los focos. Tiene la voz rara. Distorsionada.

—Pues claro —le responde Judith—. Me has secuestrado para chantajear a mi padre y para obtener una buena suma de dinero por mi rescate.

Vuelve a reírse. Las palabras de Judith no me parecen descabelladas. Yo mismo lo había pensado.

—Eso no es del todo cierto —dice sin dejar de reír—. Verás, Judith. Sí íbamos a secuestrarte y pedir un rescate por ti, pero he cambiado de opinión. Los acontecimientos lo exigen.

Ah, ¿sí?

—¿Y qué juego tienes pensado, maldito cabrón?

Eso es. Dilo. Yo también estoy expectante.

—Ya no necesito que estés viva para cumplir mi objetivo.

No me lo esperaba. Va a matarla. ¿Qué consigue con eso?

Judith no dice nada. Estará sorprendida como yo.

—Verás, Judith. Creo que mereces saber algo más. Pero yo también quiero conocer algún que otro detalle que se me escapa en todo este

asunto.

—No te voy a decir nada —responde agresiva con cierto tartamudeo en la voz—. Vas a matarme de todos modos, ¿no?

—Sí lo harás, cariño. —Incluso con la distorsión de voz, una cierta complicidad envuelve ese «cariño».

—¡Te equivocas! Mis labios están sellados.

—Como quieras. —Se ríe—. Reconozco que me siento decepcionado, pero si es tu elección, la respeto.

—¡Vete a la mierda!

—Dóber, primera consecuencia.

El percutor de la pistola detona y la explosión reverbera en el pabellón como una granada de mano.

El cañón de la pistola del hombre humea y, en un segundo y medio, David Torres recibe el impacto de la bala en la frente. Se desploma hacia atrás y cae al suelo entre los ecos de guerra y el chillido de las chicas.

Un charco de sangre se expande por la pista alrededor de su cabeza.

—Pero ¡¿qué diablos haces?! —grita Judith mirando hacia las sombras.

—Tú lo has querido, cariño. Primera negación. Primera consecuencia.

—Yo… no…

—Tú sí, Judith. Aquí solo eliges tú.

Está llorando. Oigo sus lamentos. ¿Qué hago? Ha sido mi culpa. Ya estamos otra vez con los remordimientos. Si hubiese disparado yo antes, se podría haber evitado la muerte del chico. Pero no logro ver a ese tipo detrás de los focos. En cuanto pueda distinguirlo le disparo.

—Tienes dos oportunidades más —dice.

—¡No te voy a contar nada!

—Como quieras. Luego no digas que no te he avisado. Es tu decisión.

Unos segundos de silencio planean como el espesor de la gelatina.

—Si te niegas de nuevo —advierte la voz—, será el turno de Elisabeth. Y si sigues sin decírmelo a la tercera oportunidad, te unirás a ellos.

—Hijo de…

—Así es la vida, Judith. Las elecciones del ahora definirán tu futuro. Siempre. En tu caso: si vives o mueres.

—Di… —solloza Judith—. ¿Diablo? ¿Eres tú?

¿Diablo? Judith cree que la voz es del patriarca de los mafiosos. ¿Es esto posible? ¿Acaso no eran conocidos?

—Una pregunta que responderé gustoso en cuanto tú me cuentes los detalles de tu partida.

—¿En serio eres tú, Diablo? Por cojones tienes que ser tú. Creí en tu palabra. ¿Por qué me has traicionado?

—Cuéntame qué hacíais en el descampado la noche que desapareciste. ¿Qué ocurrió? ¿Qué querías hacer con esa gente?

—Está bien —asiente Judith.

—Ya era hora de que entraras en razón.

—Te lo contaré todo.

88

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
En el coche del inspector.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —pregunto a Justin que ya está con la puerta abierta.

Se detiene y se gira.

—Mamá —responde—, debemos ayudar a Judith.

—Sé que tienes buenas intenciones —suplico para que entre en razón—, pero el inspector sabe lo que hay que hacer. Es su trabajo.

Su expresión me bloquea. Tiene los ojos tan fijos en mí que parece una estatua. De no ser por su mandíbula, que tensa los músculos, diría que no es real.

El aire que me llega del exterior se me antoja frío. Es todo lo contrario. Húmedo. Pegajoso. Un calor sofocante.

A Justin se le mueve un mechón y pienso que ya no tiene siete años. Ya no es el niño que era. Ha cambiado. Y yo no estoy preparada para aceptar que algún día dejará de estar a mi lado.

—Te equivocas —dice.

Me quedo a cuadros.

—¿Qué?

—Que el inspector puede ser muy bueno y lo que quieras, pero no sabe hacer su trabajo.

Su rostro supura enfado. Quizá odio.

—No digas esto, Justin. Él…

—Él no pudo salvar a papá. —Zanja—. No ha encontrado al que lo atropelló. Y ahora tampoco puede salvar a Judith.

No tengo argumentos para rebatir sus palabras. Resentimiento y rabia. Dos sentimientos que conozco más de lo que quisiera. Que me han hundido. Que me han destrozado.

¿Qué se supone que he de decirle?

¿Todo irá bien? ¿El tiempo lo cura todo?

Mentiras. No son más que absurdas y patéticas frases que te hacen perseguir una estabilidad que no llegará jamás.

No si has sufrido tanto. No, si te han arrebatado a un ser querido. No, si quien lo hizo se marchó impune. No, si no puedo ponerle cara a quien mató a Rafael.

Justin está focalizando su ira en el inspector. Puedo entenderlo. También necesita un culpable.

—Jus…

—No, mamá. Tú quédate si quieres. Yo me voy.

Nunca me ha hablado con tanta decisión. Con tanta fuerza.

Definitivamente, puedo decir que ha madurado. Y es una palpitación triste y alegre a la vez.

Se me humedecen los ojos a pesar de que ya no me quedan lágrimas por derramar.

Sale del coche y, sin cerrar la puerta, se lanza a la carrera en dirección al pabellón abandonado.

Yo tampoco soy la misma que era hace apenas unos días. Y es algo que debo afrontar, me guste o no. He de llegar hasta el final. Y ayudar a mi hijo. Cueste lo que cueste.

Doy un brinco en el asiento hacia afuera.

—¡Espérame, Justin!

89

JUDITH

LA NOCHE QUE TODO CAMBIÓ

Nueve meses antes. Noche.
Viernes, 14 de septiembre de 2018.
Residencia Pellicer, Aurora.

No estoy segura de que papá le sea infiel a mamá; pondría la mano en el fuego a que sí.

Su matrimonio, al igual que nuestra familia, es un corta y pega en toda regla. Me explico: coges la misma foto sonriente, la cortas, y luego la pegas a una nueva escena. Y tanto se aplica a los cuatro, como a ellos de pareja.

Siempre viajando en pro de la comarca, de la ciudad, de sus habitantes. Todo habladuría sin sentido. Palabras para comprar al pueblo. La costumbre le puede y le queda como anillo al dedo.

Sus movimientos estudiados al dedillo. Los gestos específicos para las fotos. Y todo lo demás que sé que es una mentira.

Hoy lo descubriré. O eso espero.

Oigo cerrarse la puerta del garaje y me acurruco más aún.

Estoy tumbada en el suelo trasero de su Lexus RX cubriéndome con una manta. Me duelen las rodillas y el trasero de permanecer tanto rato en la misma postura. ¿Cuánto? No lo sé. Me parecen horas.

Abre la puerta delantera y accede al asiento del conductor. La luz interior se me hace cegadora, molesta. Tira algo a la parte trasera. No respiro para que no me descubra. Por el rabillo del ojo veo que es su maletín de piel marrón oscuro.

Cierra la puerta y enciende el motor. Tiene un sonido suave, casi melodioso. Desearía que gruñera y explotaran sonidos como los de *Fast & furious*. Pero no, a él le gustó este híbrido deslumbrante de más de cien mil euros.

Se pone en marcha y vuelvo a tomar aire.

Un rato después se detiene a las afueras de Aurora y sale del coche. No apaga el motor. Solo sale y saluda a alguien.

No me atrevo a sacar la cabeza. Oigo que está hablando con alguien a quien no reconozco la voz. Es un hombre. Y luego una mujer. ¿Quizá su amante?

Regresa al interior del coche y sube alguien más. Rezo para que no sean los tres. Si me descubren estaré perdida.

Tengo suerte. Solo oigo la puerta del copiloto.

—¿Adónde vamos? —pregunta ella.

Percibo un poco de miedo en su timbre.

No resisto la tentación y aparto la manta.

—Habla cuando se te diga —le ordena papá con voz dura—. No te volveré a avisar. ¿Entendido?

Ella no responde. Ahora veo su rostro asentir. Es muy diferente al prototipo de amante que había imaginado. Tiene la mirada aterrada y no tendrá más de doce o trece años. Alcanzo a ver el top amarillo de tirantes. Su piel tostada. El pelo castaño con reflejos dorados. Sus mejillas rojas como sus labios, y sus ojos con demasiada sombra y colorete.

¿En serio papá es así?

Sé que no es un santo. De eso no tengo la menor duda. Pero esto lo cambia todo. Es… Me cuesta imaginarlo. Es un monstruo.

Afuera es de noche y la luz de las farolas va iluminando a intermitencias que me revelan más detalles del rostro de la chica.

No sé dónde estoy. He perdido la noción del tiempo. Papá y la chica han bajado del coche hace un rato. El exterior está oscuro y silencioso. Parece una zona abandonada. Hay un local con luces de neón. ¡Uno de sus *pubs*!

Cuando al fin regresa, ella no va con él.

Empiezo a preguntarme qué habrán hecho, dónde está ahora y si estará bien. Tengo demasiadas escenas perturbadoras en mi cabeza.

Se sienta, da unos golpes al volante y suelta un suspiro. No estoy segura de lo que significa.

Luego arranca el coche y se pone en circulación.

El juego de luces y sombras de las farolas se me hace aterrador cuando se pone a cantar. ¡Por Dios! ¡Nunca lo he escuchado hacerlo! Es más, nunca lo he sentido tan feliz. Tan pletórico. Tan…

—¡Oh, mierda! —grita.

Un chirrido y el coche se va de lado.

Un golpe lo acalla todo.

Me he clavado todos los huesos golpeándome contra el asiento. ¿Qué demonios ha sido eso?

—¡Mierda! —le oigo gritar de nuevo.

Pienso que me ha descubierto por el espejo retrovisor. Que ha pisado el freno con todas sus fuerzas. Y que me espera una buena.

No oigo nada. Mis latidos me lo impiden. ¿O tampoco los oigo?

Siento tal grado de confusión, que se me pasa por la cabeza abrir la puerta y salir corriendo. Correr hasta perder el sentido y no regresar nunca más. Mi padre es un monstruo y me ha pillado.

Abre la puerta y sale del coche.

¿Por qué?

Espero que ahora se abra la puerta trasera y me saque a rastras.

Me equivoco.

No lo hace.

Vuelvo a sacar un ojo porque necesito ver qué ha ocurrido. Si no me ha descubierto a mí, ¿qué ha sido ese golpe? ¿Hemos tenido un accidente?

Lo que veo detiene la sangre de mis venas como ríos de hielo.

Al otro lado de la quebrada luna delantera veo a mi padre andando de un lado a otro. Difuminado por la telaraña que se ha dibujado en el cristal. Se frota el pelo rascándose la cabeza. Está muy nervioso. En el suelo hay algo bastante grande tendido.

¡Es una persona!

No sé quién es. No alcanzo a ponerle un rostro. Lo único de lo que estoy segura es que se trata de un hombre de pelo corto y complexión fuerte.

Me estoy mareando.

Siento arcadas al ver el brillo del charco escarlata que se expande en el suelo. Es sangre.

El lugar me es familiar. Esos árboles. Esas casas.

¡Nuestra urbanización!

Espero que llame a la policía o a alguien. ¿Ha atropellado a un vecino? Deseo que no. Luego pienso que no tiene importancia, el hecho es el mismo y ha de actuar rápido para salvarle la vida. Sea quien sea. Debe llamar a emergencias.

No lo hace.

Sube de nuevo al coche, arranca y se va directo a casa.

90

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
En el antiguo pabellón, Aurora.

—Pensé en llamar a emergencias —sigue relatando Judith—. Lo pensé tanto que se me pasó el tiempo. Me avergonzaba decir en voz alta que yo no hice nada. Que quizá pude evitarlo. Luego, al día siguiente, cuando supe que el doctor Fonseca había fallecido en un atropello y el culpable se dio a la fuga… ya era demasiado tarde.

Judith no solo fue testigo del incidente. Ella estaba allí.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el día del descampado, Judith?

—Todo, hijo de puta —le escupe—. No me sorprendió que mi padre no fuera un ángel, ¿sabes? Pero que fuese capaz de vivir como si no hubiera ocurrido nada… ¡Mató a un hombre inocente y se olvidó sin más! Incluso tras abusar de una chiquilla.

—¿Es cierto, Judith? —No me lo puedo creer. Le había dicho que se quedara en el coche.

—¿Justin? —Se gira Judith sollozando.

—Tú sabías quién le había hecho daño a mi papá y no me dijiste nada.

—Tenía miedo, Justin —confiesa—. No me atreví a hablar de ello. Y me arrepiento. Te lo prometo. Quería hacerlo de la mejor manera.

—¿Mintiéndome? ¿Riéndote de mí y de mi madre en nuestra casa?

—No…

Un nuevo disparo truena en el pabellón.

—¡Ya vale! —gruñe el eco oscuro—. Tú, niñato retrasado, no te acerques más y levanta las manos.

Aparece Olivia detrás de él.

—Tranquilo, señor —suplica temblando al ver el cadáver de David en el suelo—. Haremos lo que nos diga. Pero no nos haga daño. Venga, Justin. Obedece y levanta las manos.

—Mamá… Judith nos mintió. ¡Me engañó!

—A mí tampoco me gusta, cielo. Ya lo hablaremos después.

—Judith, Judith, Judith —se carcajea el hombre entre las sombras

—. Al parecer eres una mentirosilla, ¿no?

—Yo solo…

—Dóber, acerca un par de sillas a los nuevos invitados y acomódalos.

El gorila obedece sin dejar de apuntar a la madre y al hijo.

—Y no me rechacen, señora —le dice al ver que ella niega con la cabeza—. O les acallamos de un tiro. No sería divertido. ¿Verdad que prefiere ver el espectáculo?

Ella asiente. Justin aprieta la mandíbula y muestra los dientes.

Se sientan y Dóber les envuelve las cuerdas con fuerza.

—Lo mejor es tener una buena previsión, Dóber —le dice—. Sobre todo, para cubrir los imprevistos.

—Es usted el mejor, señor —pelotea el gorila.

Vuelve a carcajear.

Cuando se calma es para decir:

—Somos todo oídos, niña. Cuéntanos la verdad. Ahora, si quieres pensártelo mejor y no hablar, tienes dos oportunidades más a negarte; la vieja y el tarado.

Su risotada rebota en el espacio oscuro.

Judith se pone a relatar de nuevo.

91

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

—Deseaba haber muerto yo —revela Judith—. Me costaba dormir por las noches y a todas horas veía al doctor Fonseca. Llegué a pensar en el suicidio.

Miro a Justin. En sus ojos veo la ira y el dolor.

—Con cada día que pasaba, más difícil y complicado veía contar la verdad. Mi padre actuaba como si nada y yo me volvía loca. Hasta que pensé en delatarlo de otra manera.

Quiero matarla con mis propias manos. Quiero hacerla sufrir por todo lo que hemos sufrido nosotros. ¿Cómo ha podido callarse? ¿Cómo puede?

—De pronto, un día, pensé en organizar un plan para que mi padre pagara por todo de una vez. Me acerqué a un grupo de Los Desamparados y nos hicimos amigos.

—¿Como te hiciste mi amiga? —pregunta Justin.

—Mi amistad por ti es real. Tanto, que quise mantenerte al margen. Dios sabe que lo intenté. Sin embargo, no pude. Estar contigo me daba fuerzas para seguir adelante. Cuanto más te conocía, más buscaba contentarte.

—Y me mentiste.

—Tracé un plan para fingir mi secuestro. Eli fue la primera en conocer los detalles de mi plan y la finalidad por la que me esmeré.

Mira a su amiga que está maniatada a una silla metálica. Ha sufrido una tortura brutal. Tiene la cara ensangrentada, hinchada y amoratada.

—Perdóname, Eli —le implora—. No pensé que llegaría a tal extremo.

Ella sonríe, aunque se asemeja más a una mueca deforme.

—¿Cuáles eran tus planes, Judith? —pregunta un hombre que no alcanzo a ver.

—Me iría hacia el sur, y en la costa viajaríamos en barco hasta las

islas Canarias. Nada oficial. Sin registros ni rastros. Únicamente se encontraría mi mochila con una nota manuscrita despidiéndome. Con lo cual, tenía la finalidad de despistar a la policía, que contaba que tuvieran una llamada de mi madre. Con ello, tratarían el caso como una huida y se archivaría. En cuanto estuviese en puerto seguro, el Comadreja realizaría la llamada pidiendo un rescate, mientras David les hablaría de mi miedo a alguien que me seguía. Más tarde, Eli corroboraría la historia.

—Sigo sin ver una conexión, cariño.

—La idea era que la policía investigara los trapos sucios de Francis Pellicer. El rescate de la hija no sería monetario. El secuestrador pediría la confesión del atropello de Rafael Fonseca. Para ello se le haría creer a mi padre que estaban en poder de «los secuestradores» pruebas de ello y de suculentas cuentas en el extranjero, así como una red de trata de blancas en sus bares musicales.

—Eres una pequeña zorra muy lista, Judith.

—¿Ya estás contento? Tienes lo que querías. Ahora me toca a mí.

—Reconozco que me sorprende gratamente saber que tienes una mente tan privilegiada. Y retorcida. Por desgracia, nunca fuiste lo suficientemente buena.

—Dímelo de una vez —exige—. Eres Diablo, ¿verdad? Me mentiste. Quisiste extorsionar a mi padre.

—Te equivocas. No soy Diablo.

—Entonces, ¿quién demonios eres?

—Atiende, Judith. Así es cómo trabajan los profesionales.

Se oyen unos pasos que reverberan en el viejo pabellón.

Luego, el sonido de algo rozando una piedra y una llama se prende en la oscuridad frente al rostro de un hombre.

92

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

«Las piezas encajan», pienso. Pero solo hasta cierto punto. Mi intuición me dice que hay algo más y que no tardaré en saber.

Recuerdo a la chica del top amarillo. La encontró uno de los vagabundos que atestan las afueras, alrededor de la autovía. El caso quedó en nada. No pudimos identificarla, nadie la reclamó y pasó a formar parte del montón sin resolver.

En el examen forense, Juan Pérez evidenció los abusos reiterados sufridos por la joven y las torturas a las que la sometieron.

Desde luego que, si la declaración de Judith es cierta y su padre tiene algo que ver en ello, al igual que con el atropello, tendrá mucho que declarar y mucho por lo que pagar.

—Eres una pequeña zorra muy lista, Judith —espeta el hombre de las sombras.

—¿Ya estás contento? —contesta ella—. Tienes lo que querías. Ahora me toca a mí.

—Reconozco que me sorprende gratamente saber que tienes una mente privilegiada. Y retorcida. Por desgracia, nunca fuiste lo suficientemente buena.

Me hurgo en los bolsillos. Están vacíos. Me he olvidado el teléfono móvil en el coche. ¡Mierda! No puedo avisar a Alicia.

—Dímelo de una vez —exige Judith—. Eres Diablo, ¿verdad? Me mentiste. Quisiste extorsionar a mi padre.

El Diablo. No es tan descabellado. Él tiene la infraestructura para cometer cualquiera de estos delitos y permanecer indemne. Aunque me extraña que se involucre en una venganza tan personal.

—Te equivocas —gruñe el hombre sombra—. No soy Diablo.

¡Bien! No es él. Tengo una ligera idea que…

—Entonces, ¿quién demonios eres? —exige con arrebato.

—Atiende, Judith. Así es cómo trabajan los profesionales.

Se oyen unos pasos que reverberan en el viejo pabellón.

Luego, una llama se prende en la oscuridad frente al rostro de un hombre.

93

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

La odio. Aun con todo lo que está diciendo.

Me engañó. Me hizo creer que sentía algo por mí. Que yo era especial para ella. Mentira. Solo quería usarme.

Judith vio cómo mataban a mi padre y no hizo nada. No dijo nada. Se comportó muy bien conmigo. Vale. Pero no me lo contó. Y yo siempre le hablaba de él.

Papá, ¿qué harías tú? Dímelo. ¿Es por esto por lo que me visitabas cada noche? ¿Querías decirme que Judith se callaba? ¿Que su padre te atropelló?

Judith habla, habla y habla.

He dicho que la odio, pero no es verdad del todo. Siento una presión en el pecho y un dolor que golpea contra mi piel. Quiere salir algo al exterior. Pero no le deseo ningún mal. No a ella. No puedo.

Es tan frágil. Es una víctima como yo.

Su «plan» no me parece descabellado.

Cometió un error e intentó enmendarlo. Quizá fuese culpa mía. Quizá la apartase demasiado de su objetivo final. O era vulnerable y ella no quería dañarme.

Sí. Seguro que es eso. Tiene que serlo.

—Eres una pequeña zorra muy lista, Judith —suelta el hombre que se oculta en las sombras. —Me da miedo.

—¿Ya estás contento? —pregunta ella—. Tienes lo que querías. Ahora me toca a mí.

Qué valiente es Judith. Está maniatada, como todos ahora mismo, y no le teme a lo que le pueda suceder. Ha contado su historia. Y creo que puedo llegar a perdonarla. Pero ese hombre… es malo de verdad.

—Reconozco que me sorprende gratamente saber que tienes una mente privilegiada. Y retorcida. Por desgracia, nunca fuiste lo suficientemente buena.

Forcejeo con la cuerda. Quizá si puedo desatarme y lanzarme

encima del tío grande que nos ha atrapado, y pueda quitarle la pistola. Y luego… al hombre sombra.

—Dímelo de una vez —exige Judith—. Eres Diablo, ¿verdad? Me mentiste. Quisiste extorsionar a mi padre.

¿El Diablo? He oído hablar de él. Un hombre malo que vive en la zona mala con gente mala. Dicen que es el líder que hay detrás de las extorsiones a tiendas y comercios de la ciudad.

—Te equivocas —gruñe el hombre sombra—. No soy Diablo.

No. Dice que no es él. Siento cierto alivio que no se trate del hombre malo jefe de los malos…

—Entonces, ¿quién demonios eres? —exige con coraje.

—Atiende, Judith. Así es cómo trabajan los profesionales.

Se oyen unos pasos que se propagan en el viejo pabellón.

Luego, una llama se prende en la oscuridad frente al rostro de un hombre.

94

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

La luz de un mechero se prende y propaga una claridad que me retuerce las entrañas cuando veo el rostro que ilumina.

—¡Papá! —grito.

—Ves, cielo no soy Diablo.

Cierto. Es mucho peor.

Aparta el aparato de sus labios y la voz metálica desaparece para que termine la frase con su auténtica voz.

—No comprendo nada —digo confusa.

¿Qué hace él aquí? Se supone que estaba en un viaje de negocios, en Niza o París. Yo qué sé. En cualquier lugar con sus actividades políticas menos aquí. Pero él…

—La inteligencia lo es todo, cariño. —Da un paso más y apaga el mechero. Ahora está por delante de los focos. Junto a Dóber—. Debiste aprender a prever cualquier contratiempo mucho antes de que suceda.

—¿En serio tú me has hecho esto? —le exijo.

Pone las manos en alto y las zarandea a lado y lado.

—No, no, no, cielo. Esto te lo has hecho tú misma. Yo solo me he adaptado a la situación. Y reconozco que me has sorprendido.

Se queda callado. ¿Quiere que le dé una explicación? No soy capaz. Se lo he contado todo.

—Tú quisiste marcharte. Tú quisiste ponerme una trampa. Tú pensabas descubrirme. ¡Menuda mente!

—Papá… mataste a un hombre inocente.

—Olvidas que fue un accidente. Solo tuve que adaptarme, cariño. La vida es así, Judith. Unos viven. Otros mueren. Los vencedores son los que saben mediar entre ambos estados.

Justin gruñe en su asiento.

—Solo buscaba que dieras la cara —explica Judith—. Que te responsabilizaras.

Se ríe.

—Es justo lo mismo que yo esperaba de ti, Judith. Llevo años dándote oportunidades. Buscando que seas mejor y más dura. Esperando que acudieses a mí con una muestra de que puedes ser como yo. El negocio familiar no puede ser dejado de la mano de Dios.

—Para eso tienes a Lidi, papá. Ella estará contentísima. Únicamente vive para complacerte.

—Lidi tiene un problema mayor, cariño. Ella no piensa por sí sola. Como bien has visto estos años, su finalidad es satisfacer. Hacerme la pelota para que vea lo excelente que es.

—¿Y no es lo que quieres?

—Ni hablar. —Carcajea y me da un escalofrío—. Quiero a una persona fría y calculadora, que no le tema a tomar decisiones que impliquen nuestro beneficio sin tener en cuenta el daño a posibles terceros.

—Yo jamás seré como tú, papá.

—Tampoco yo te creía capaz hasta hace apenas unos días.

—¿Y cómo supiste de mis planes?

—Es otra historia bastante larga, cariño. No quiero aburrirte.

—¿Tienes prisa? ¿Acaso no merezco conocer la verdad? Yo te he contado mis intenciones.

—Cierto. Aunque no disponemos de mucho tiempo. No me esperaba que fueses tan valiente. Reconozco que tenía serias dudas de que lograses llevar a cabo tu plan.

—¿Lo conocías?

Tras un silencio.

—Sí. Por eso me extrañó la aparición del cadáver del Comadreja y no dejaran un rastro de ti.

—¿Cómo podías estar al corriente?

—Cielo, en Aurora, en la comarca, no ocurre nada sin mi conocimiento.

La satisfacción le supura por cada centímetro de piel. Se está regodeando. Se burla de mí.

—Tú ganas, Judith. Te lo voy a contar. —Se toma un tiempo que me pone histérica. Más que el juego de abrir y cerrar el Zippo—. Supe de tu plan hará un par de semanas.

¿Tan pronto? Si ni siquiera yo estaba segura de poder llevarlo a cabo.

—Te juro que me alegré. Pensar en ti como en una manipuladora capaz de planificar una fuga y simular un secuestro propio, me llenó de orgullo. Otra cosa es que pudieras hacerlo.

Se rasca el mentón.

—No podía dejar que te salieras con la tuya. Así que planifiqué un propio plan en el que yo saliera ganando. Reconozco que David —

señala el cadáver del suelo—, me fue de gran ayuda.

Él no conocía mis planes. Sí que Eli le contó algo, pero lo justo para que pusiera en sobre aviso a la policía y corroborar y despistar a la vez.

—¿David? ¿Y qué pasa con él? ¿Qué tiene que ver contigo?

—Tu amigo vino a mí con parte de la historia que tenías pensada, cielo. Hace meses que trabajaba para mí. Él me pasaba información y, a cambio, recibía una buena suma. Y al conocer tu propósito… Desde entonces, mi proyecto salió rodado. Si tú desaparecías y se pedía una gran suma de dinero o, incluso, si salía mal y te encontraban muerta, mi objetivo se cumpliría.

¿En serio pensaba dejarme morir si salía mal?

—Sabías que me iría.

—Sí. Y dejé que lo hicieras.

—No entiendo qué ganabas con ello, papá.

De verdad que me siento muy confundida.

—Veo que no te das cuenta de nada aún. —Se siente satisfecho. No recuerdo haberlo visto nunca tan alegre—. Primero me aseguré de contar con David. No fue difícil. Su hambre por ser parte de la empresa era monumental. Le prometí un lugar en primera línea, a mi lado. En cuanto se lo dije, cayó rendido a mis pies. Lo único que debía hacer era seguir las instrucciones paso a paso.

—Le mentiste y ahora lo matas.

—David me informó de tus planes concretos; cuándo pensabas llevarlo a cabo, dónde se suponía que irías y los detalles que iba conociendo.

—¿Y el tuyo era?

—No te impacientes, Judith. Recuerda: mente fría en la toma de decisiones. Calcula siempre al detalle.

—Lo sé. ¿Cuál era tu plan, papá?

—Está bien. —Consiente al fin—. En cuanto saliste de casa, uno de mis perros te siguió hasta el descampado. Allí, otro de los perros esperaría en una furgoneta. El plan consistía en que nunca llegases a huir. Los perros harían desaparecer al Comadreja y te secuestrarían de verdad.

—¡Ibas a secuestrarme! ¿Para qué?

—Primero para demostrarte que, si quieres ser una buena líder, antes debes tener todas las posibilidades cubiertas.

—¿Pero qué ganabas con ello? No lo entiendo.

—Ya te digo que estás muy verde aún, cariño.

Me cuesta trabajo imaginar a mi padre secuestrándome. Sé que no es un tipo normal, pero llegar a ese extremo…, ¿para qué?

—Vi que mataría dos pájaros de un tiro. Cumplir tu plan mostraría que tengo enemigos a los que no importa hacer daño ni a mí ni a mi

familia. Te retendrían durante unas semanas o meses, dependiendo del eco e importancia que le dieran los informativos. Luego, se pediría un rescate con una suma cuantiosa y, uno de los detalles estrella, una declaración firmada de que jamás permitiría el derribe de Los Desamparados.

—¿Una declaración por Los Desamparados? ¿Y en qué te beneficiaría que pensaran que ellos tenían algo que ver? ¡Ya lo entiendo!

—Sabes que llevo tiempo tras los terrenos, hija. El barrio es un nido de delincuentes, drogadictos y sucias ratas de cloaca.

—No estoy segura de que sean peores que las ratas trajeadas con millones en sus cuentas bancarias.

—Gracias, cielo. Un alago muy acertado. Pero ¿no quieres saber qué ocurriría después?

No estoy segura de poder seguir oyéndolo. Digo que sí con la cabeza.

—Se lograría el permiso para hacer una redada. La jueza Pelayo y el jefe de policía son buenos ases en mis mangas. Luego te encontrarían allí encerrada, en uno de sus edificios.

No me puedo creer que el Diablo estuviera al corriente, ni el Comadreja, ni Dimitri…

Como si me estuviese leyendo la mente, responde:

—Evidentemente, ninguno de los implicados sabía nada. Estarías en uno de los edificios anexos protegida por mis perros. Si la cosa se torcía, o se complicaba demasiado, tenían órdenes estrictas de acabar contigo.

—Papá…

—No me llames más así. Nunca me has mostrado el mínimo respeto. Además, yo no soy tu padre.

¿Qué?

—Estés diciendo que…

—¿Acaso no se nota la diferencia física entre nosotros? Mejor sería que le preguntaras a tu madre, pero está claro que ahora no puedes. —Se queda pensativo antes de añadir—: Y luego tampoco podrás.

Sí, lo sé. Soy diferente a ellos por muchos motivos. Pero…

—¿Por eso dices que podían acabar conmigo? ¿Porque de verdad no soy hija tuya?

—Nada tiene que ver con ello. He dicho que no importaba si vivías o no. Más bien todo lo contrario, el efecto para mí sería mejor si hallaban tu cadáver.

No puedo creer que papá haya formulado esta frase.

No puedo creer que afirme que me quería muerta.

No puedo creer que no sea su hija.

95

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

Es malo de narices. El padre de Judith es lo peor de lo peor.

Ella me engañó. Lo sé. Y siento una presión en el pecho que no me deja respirar. Pero la entiendo. Entiendo que quisiera alejarse de alguien así.

Ella no me dijo nada. ¿Puedo culparla? ¿Puedo odiarla? No. No quiero que le pase nada malo. Hizo lo que hizo para protegerse y protegerme de su padre. Que no es su padre. Él es el verdadero monstruo en todo esto.

Quería matar a su hija. Que, en realidad, no es su hija.

Y yo quiero matarlo a él.

96

SANTIAGO

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

Me he acercado más. Desde mi posición ahora tengo la posibilidad de disparar a Francis Pellicer.

El hombre ha confesado. Y ante un juez el castigo sería claro. Pero ¿puede comprar el veredicto con su dinero? ¿Puede salir impune? Siempre que la jueza Pelayo y el jefe de policía se sienten en el banquillo de los acusados.

Si Pellicer disfruta de indemnidad en todo lo que hace, ¿qué me hace pensar que no ocurrirá lo mismo?

Es cierto que el relato de Judith también sea castigable, e, incluso, la participación de Olivia y Justin en el plan. Aunque nada que ver con la maldad que recubre a Francis.

—No sé de qué te sorprendes, Judith —dice—. Con ello, lograría echar a los delincuentes y la recualificación de los terrenos, harían que mi proyecto saliese adelante sin problemas. Tendría el apoyo de todos.

Judith no dice nada.

La veneración y el poder son solo una fachada. Es miedo lo que le tienen. La maldad en los planes es marca personal del hombre.

—Reconozco que no esperaba que tu amigo, el oso retrasado, se entrometiera.

—Él no tiene nada que ver —replica Judith.

—Vamos si tiene que ver. Fue él quien se cargó al Comadreja.

—Aquel chico quería hacerle daño —añade Justin desde su silla—. Y no podía quedarme quieto.

—Truncaste los planes de fuga de Judith y, por ende, los míos —certifica Francis—. Te la llevaste y yo me vi obligado a trazar un nuevo plan. Pero el fin está cerca y la conclusión será la misma. Aún mejor.

«No, porque yo estoy aquí», pienso.

Lo que no tengo tan claro es si dispararle en una pierna, detenerlo y encerrarlo, o apuntar entre ceja y ceja y que acabe todo en dos

segundos.

Un olor químico me llama la atención.

Gasolina.

—¿Y se puede saber qué piensas hacer?

—Lo mismo que al principio, pero con más víctimas finales. De hecho, el pabellón está dentro de la zona que me interesa comprar y edificar. Así que ahora mataré unos cuantos pájaros de un tiro.

97

OLIVIA

Domingo, 9 de junio de 2019. Tarde.
Antiguo pabellón, Aurora.

¿Qué clase de padre puede maquinar una salvajada así contra su propia hija? Aunque no sea de su sangre no lo hace más fácil.

Reconozco que Judith no es un ángel y que su plan también tiene un grado muy elevado de mezquindad. Pero matar a su hija para beneficio propio…

Francis Pellicer juega con su mechero tipo Zippo; lo abre y lo cierra, lo abre y lo cierra. Clic-clac. Clic-clac.

No me arrepiento de haber tomado las decisiones que me han llevado a esta situación. A fin de cuentas, creí estar haciendo lo mejor para mi hijo. Sé que no me convierte en buena persona, pero no llego al nivel de maldad del padre de Judith. Incluso a ella intenté ayudar.

Ahora pienso que quizá tomaría otra dirección. Quizá debí haber hablado con el inspector cuando tuve la ocasión. O debí llamar a la policía en cuanto Justin llegó a casa el viernes por la noche. Quizá debí llevar a Judith a la comisaría o a un hospital enseguida.

Ahora es tarde para lamentaciones.

Ahora nos va a matar a todos.

Miro alrededor. Hacia las sombras y escombros. Hay garrafas. Y en el suelo charcos.

Ha prendido el mechero.

Huele a…

¡Nos va a quemar!

98

FRANCIS

Domingo, 9 de junio de 2019. Noche.
Antiguo pabellón, Aurora.

Me siento satisfecho de poner fin a este asunto. Me ha tenido ocupado y, prácticamente, sin dormir con cada giro que ha dado la situación.

No tendría por qué acabar así. Lo sé. Pero los medios de comunicación se van a recrear con esto.

Dóber, siguiendo mis instrucciones, ha esparcido garrafas de gasolina por todo el pabellón. En cuanto prenda el fuego, el edificio se convertirá en un horno.

Nadie va a correr para apagar el fuego. No en esta zona. Se limitarán a contener el perímetro para que no se extienda a edificios colindantes.

Luego, con el paso de las horas y con las brasas frías, aparecerán los cadáveres. Los identificarán y podré pasar al duelo, al llanto por mi hija ilegítima (que nadie sabrá), la rabia por los delincuentes y gente barriobajera. Unos criminales que obran sin compasión. Solo por el odio a la ley. El odio a los gobernantes. Y, luego, cuando se calmen las aguas, compraré los terrenos, echaré a esa gentuza y erigiré un complejo de alto nivel en honor a Judith y los aquí asesinados. El plan perfecto.

—Dóber —llamo a mi perro—, es hora de irnos.

—¿Y qué vas a hacer, papá?

—No me llames así, cariño. No pienses que me enternecerás. Ya no.

Un reflejo me deslumbra. Proviene de la zona de gradas.

Mi cuerpo se tensa en modo automático y se retira a la oscuridad detrás de los focos.

Desde allí veo a un hombre agazapado apuntándonos con una pistola.

¿Quién es? Maldito cabrón.

—¡Dóber! —grito—. ¡Sal de ahí ahora mismo! ¡Tenemos un halcón acechando!

Solo tiene tiempo de girar la cabeza cuando su cráneo explota en

mil pedazos. La detonación reverbera después, antes de que su cuerpo enorme caiga al suelo.

Los espasmos de sus brazos y piernas levantan una capa de polvo mientras alrededor de su cabeza un charco se expande. Mezcla de rojo oscuro con blanco.

Otra detonación hace estallar el foco de mi derecha y los chisporroteos me deslumbran un instante.

¡Mierda!

Arranco a correr hacia mi vía de escape. El hombre de la pistola no me ha visto.

Una tercera detonación vuelve el pabellón a oscuras. El otro foco ya no existe.

Por suerte para mí, ya estoy en la protección del pasillo.

Enciendo mi Zippo y lo dejo caer al suelo, junto a la pared.

Un río incandescente de color azul anaranjado avanza implacable y a toda velocidad.

Alrededor de la pista, las gradas. Todo prende. Las explosiones no tardarán en llegar.

El brillo de las llamas creciendo e inundándolo todo me hacen sonreír. Ha habido algún imprevisto. Pero soy el mejor y el más listo.

Todo acaba esta noche.

Las llamas lo consumirán todo y empezaré un nuevo ciclo, un nuevo proyecto.

Salgo a la calle cuando llega la primera detonación y sonrío.

Me subo al coche y, a lo lejos, unas luces rojas y azules se dirigen hacia aquí.

99

JUSTIN

Domingo, 9 de junio de 2019. Noche.
Antiguo pabellón, Aurora.

El fuego está prendiendo cada rincón a nuestro alrededor y un humo espeso se concentra por encima.

—¡Justin! —me llama mamá—. Haz algo, cariño. Tú puedes liberarte.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—Rompe la silla. Tú puedes, cariño. Tú puedes.

Sí, yo puedo. Porque soy grandote, no gordo.

Tenso las piernas y mi cuerpo se alza. Doy un impulso hacia atrás y dejo que la silla impacte en el suelo.

Oigo el crujido y un dolor agudo me sube por el brazo. Y una pierna.

La silla no se ha roto. Se ha doblegado. Y algún tornillo se ha soltado.

Hago fuerza y retuerzo las piezas metálicas.

Judith se está sacudiendo en su silla. Se balancea y se cae de lado. Oigo su gemido. Ahora patalea y sigue el forcejeo. No puede contra el metal.

—Espera, Judith —le grito—. Ya voy.

Toda la fuerza de la que dispongo se concentra en mis brazos, aún atados a la espalda. El metal se doblega y un clonc me libera.

Giro los brazos y con los dientes tiro de la cuerda. Sabe rara. Como a moho.

Se afloja.

Vuelvo a tirar y mis manos se sueltan. Las llevo a los nudos que retienen mis piernas.

¡Al fin!

Voy corriendo hacia mi madre.

Toso. El esfuerzo y el humo me ahogan. El calor del fuego es más intenso a cada instante.

Libero a mamá.

—¡Vamos! —dice ella.

—No. No puedo dejar a Judith. ¡Vete tú!

Me mira y niega.

—No sin ti, Justin.

Me lanzo encima de Judith. Le desato los nudos de sus brazos mientras mamá lo hace con los de sus piernas.

—Gracias —dice Judith mientras se levanta—. Perdonadme, por favor.

—No te preocupes por esto ahora —le dice mamá—. Debemos salir de aquí. Vamos.

Alguien tose.

—¡Eli! —grita Judith al seguir el origen de la tos y ver a su amiga —. ¡No podemos dejarla!

Justo entonces y justo antes de que demos el primer paso hacia ella, un sonido parecido a un trueno estalla en el techo.

Los tres miramos hacia arriba.

Solo hay humo. Espeso y gris como un gran batido o como un gran lago de espuma.

Luego, de su interior, aparece una enorme placa incandescente que se precipita encima de Elisabeth.

El impacto nos echa al suelo. Trozos de madera roja como brasa nos salpica. Nos quema. El grito de Judith es una agonía. Su amiga…

No quiero pasar por lo mismo. No sé qué haría si perdiera a Judith. O a mamá.

El fuego me quema la piel. Me pican los ojos y me ahogo.

De repente, veo algo en mi cabeza. La primera llama apareció en esa dirección, creo. Había una puerta o un túnel. O algo parecido.

Voy a por mi madre y la agarro con todas mis fuerzas a un costado. Luego cargo a Judith en mi hombro y salgo disparado a lo que pienso será nuestra salvación.

100

JUDITH

Domingo, 9 de junio de 2019.
Antiguo pabellón, Aurora.

El vaivén de mi cabeza me sacude como a una muñeca.

Justin es un amor de persona. Es el chico más bueno que el destino podría poner a mi lado. Es un ángel.

Las llamaradas me abrasan.

Veo un túnel naranja que nos quiere comer. Quizá sería lo mejor.

Sé que no he obrado bien y puede que sea un monstruo como el que pensaba que era mi padre, mi padrastro. O quizá soy peor. Y él se ha librado.

Salir al exterior es como recibir una bofetada.

El ambiente no es frío, pero, en comparación a las llamas, lo siento como el hielo.

Toso por el humo que deja un sabor a ceniza en mi garganta. Justin tropieza y caemos al suelo. No siento el golpe.

Oigo sirenas a mi alrededor.

¿Estaré soñando?

El cielo tiene un tono anaranjado.

¿Estaré muerta?

—Judith —me llama Justin entre murmullos—. Estoy aquí. ¿Puedes oírme?

—Justin —susurro—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—No hay nada que perdonar, Jud. —Algo me aprieta la mano.

Abro los ojos y veo que es su mano. Me agarra la mía.

Los ojos me escuecen y se llenan de lágrimas. Los de él se cierran. Ha perdido el conocimiento.

—Judith —es Olivia quien habla. Me está cogiendo la mano también—. No te dejes vencer. No ahora.

—Señora Fonseca —murmullo e hipeo con lágrimas en cada sílaba —. Yo no quería hacerles pasar por esto. Yo no quería hacerles daño.

—No importa, Judith.

—Sí, sí importa. —Carraspeo—. Le doy mi palabra de que cumpliré

mi promesa y haré lo que esté en mi mano para que salgan impunes de todo esto. No dejaré que les hagan daño.

Ella me coge las mejillas con sus manos. También está llorando.

—Yo también tengo parte de culpa, cariño.

—Usted es la mejor persona que conozco. La más buena.

—No lo creas. —Gimotea—. Yo sabía que Francis no era tu padre y no hice nada.

—¿Cómo? ¿Es verdad? ¿Cómo podía usted saberlo?

—Porque me lo contó mi marido, Judith.

¿Y él lo sabía?

—Rafael me confesó que tuvo una aventura con Delena, tu madre.

—No puede ser.

—Por aquel entonces, tu madre le pidió consejo para dejarlo. Le había levantado la mano en más de una ocasión y no sabía qué hacer. De esos encuentros, pasaron a intimar. Pero tu madre tenía demasiado miedo a dejarlo. Un miedo que se amplificó cuando supo que estaba embarazada. Sabía que Francis no era el padre porque ya no se acostaban juntos.

—Así que…

No me lo puedo creer.

—Rafael era tu padre.

Entro en choque emocional.

—Delena decidió seguir adelante con el embarazo y quedarse con Francis por miedo a su reacción si llegaba a enterarse. Yo no podía aguantar más, y el mismo día que murió, discutimos como nunca lo habíamos hecho. Yo estaba ciega de odio y le di un ultimátum: contar la verdad o el divorcio. Él me respondió que no y se marchó hecho una fiera suplicando que no dijera nada a nadie, que debía seguir siendo nuestro secreto. Temía que saberlo te hiciera más daño.

—Por eso usted no quería que Justin y yo fuésemos amigos.

—Me aterraba que pudierais llegar a sentir algo más.

—No cambia nada, Olivia. Yo quiero a Justin igual y voy a ayudarles como pueda.

—Judith…

—Nadie tiene por qué saberlo. Nadie tiene por qué saber nada. Será nuestro secreto.

Olivia me abraza.

Veo el coche de mi padre envuelto de luces rojas y azules.

Justin tose y vuelve en sí.

—¿Dónde está el hombre policía? —pregunta Justin.

—Es cierto, estaba en las gradas.

—Él nos salvó disparando a los malos, mamá. Quizá esté dentro aún.

Las llamas llegan al cielo.

Justin se levanta.

—¿No estarás pensando en…?

—Sí, mamá —indica él—. No puedo dejarlo que muera allí dentro.

Sale corriendo y se pierde entre las llamas.

No quiero que Justin muera. Por todo lo que significa ahora. Es más fuerte el amor que siento. Él es mi hermanastro.

Olivia grita y llora. Está rota y agotada por todo lo que ha ocurrido estos días.

—Olivia. —Le paso el brazo por el hombro—. Justin va a lograrlo.

Me mira y se abalanza sobre mí en un abrazo.

—Y luego me ocuparé en cuerpo y alma de que no os ocurra absolutamente nada. Nadie sabrá nada.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Alguien llega hasta nosotras y nos envuelve con una especie de manta que brilla con un tono metálico y dorado.

Entonces, vemos a Justin regresando con el inspector Santos a cuestas. Se acerca y cae cerca de donde nos hallamos.

Olivia sonríe y llora a la vez.

—¿Me has oído, Olivia? —pregunto susurrándole—. ¿Será nuestro secreto?

Asiente y me mira.

Luego dice:

—Nuestro secreto más oscuro.

EPÍLOGO

LA VOZ DE AURORA

Veintisiete meses después.
Septiembre de 2021.

EL JUICIO MÁS ESPERADO

Empieza el juicio al que, con toda probabilidad, recordaremos durante muchos años por su enorme complejidad, frenado por la dificultad de la pandemia que azota al mundo.

El alcalde de Aurora, presidente comarcal y empresario del ocio nocturno, Francis Pellicer, fue el primer detenido sin fianza en la gran operación destapada tras la desaparición de su hija Judith.

La evasión de impuestos, las empresas fantasma, la trata de blancas y la implicación en el secuestro de su propia hija, así como el intento de asesinato, son solo la punta del iceberg de trapos sucios que escondía Pellicer y van saliendo a la luz. La jueza Pelayo, el jefe de policía de Aurora y muchos altos cargos de la administración están siendo investigados por su implicación en dichos complots liderados por Pellicer. Aunque el hecho que más ha afectado al público es el atropello y posterior omisión de auxilio al querido doctor Rafael Fonseca.

La esposa y el hijo del doctor Fonseca, que, presuntamente, también se vieron envueltos en el entramado del caso, Olivia y Justin serán juzgados por participar en la ocultación de la joven y el asesinato del narcotraficante conocido como el Comadreja. Tanto la defensa como la mismísima Judith Pellicer mantienen que tanto la madre como el hijo jugaron un papel fundamental en su protección y que los actos que podrían ser imputables, fueron causados por la presión del magnate Pellicer. Alegando que, sin la participación de Olivia y Justin, la joven hubiese terminado en la red de su padre y, posteriormente, muerta. Cumpliéndose así el macabro plan para hacerse con los terrenos y las concesiones de obras.

Recuerdan también que, en el incendio del antiguo pabellón, fueron, precisamente, Justin y su madre Olivia, quienes la salvaron de morir abrasada.

No corrió tanta suerte su amiga Elisabeth Basterra, la cual falleció en dicho incendio.

Por otro lado, el inspector de policía Santiago Santos y su compañera Alicia Bravo, recibirán la próxima semana la medalla al honor por el ministro de Defensa.

Santos fue rescatado de una muerte segura por Justin Fonseca, que, a pesar de sus limitaciones, demostró un coraje fuera de lo común. Santos ha mantenido a nuestra redacción la intención de ceder el honor a la medalla al joven.

Lidia, la hija mayor de los Pellicer, no ha querido hacer declaración alguna y se mantiene encerrada en la mansión de la familia desde que su madre Delena, y esposa de

Francis Pellicer, se quitara la vida con una mezcla letal de pastillas y alcohol. Dejó su despedida y deseo de morir en un mensaje de audio dirigido a sus hijas, pidiéndoles perdón por haber sido tan débil y mala madre.

Judith, sin embargo, cada día se muestra más abierta a asumir la culpa. Sus numerosas apariciones públicas y vídeos en la red dándose a conocer, en su vida privada y sus intenciones de futuro, le están otorgando el favor de las masas. Las cuales manifiestan el deseo de su total inocencia y libertad.

Judith ha anunciado, entre muchas otras acciones, que con el dinero de su familia reconstruirá el barrio de Los Desamparados así como la construcción de un colegio público, un centro social y un nuevo pabellón que llevará el nombre de su madre, en honor al trabajo invisible de todas las madres.

Quedamos a la espera de la decisión del juez y nuevas declaraciones.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi familia, por el apoyo diario y continuo, y por quererme tantísimo.

A Pili, Ivan, Linnette y Max. *No os cambio por nada. Os quiero por todo*.

A mi padre, al que dedico el libro entero. *Nada tienes que ver con el padre de Judith.*

A mi madre y mi abuela. *Os siento a mi lado todos los días*.

A Katy Molina, por poner todo tu arte en la portada perfecta. *Eres un pilar fundamental que no quiero perder.*

A Lorena y Yolanda, gracias por vuestro trabajo, observaciones y paciencia. *Suerte la mía de encontraros.*

A Pedro, por sus inagotable impulso.

A Sònia, por todas las confidencias.

A los lectores y blogueros que siempre estáis ahí, esperando un nuevo título y recordando mis libros anteriores. *Tenéis un pedazo muy grande de mi corazón.*

Y a ti, lector, lectora, un GRACIAS infinito por dar vida al libro con tu lectura. Deseo de corazón que hayas disfrutado de esta novela y espero que nos reencontremos en la siguiente historia.